Carl

Emmanuel Joseph Pinto

die decima septima

nuari anni M.DCCC

R.11.495

BIBLIOTEKA JAGIELLOŃSKA
Kraków

ANT
XVIII
137

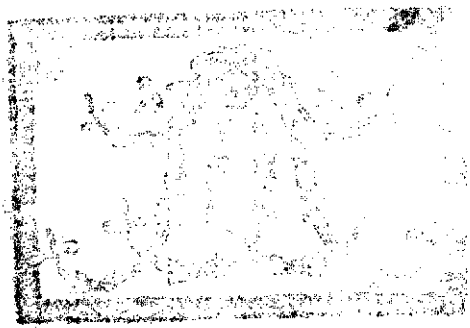
LAS
CONFESSIONES
DEL
GLORIOSO DOCTOR
DE LA IGLESIA
S. AGUSTIN,

Traducidas del Latin en Caſtellano por el R. P. PEDRO DE RIBADENEYRA, *de la Compañia de* JESUS.

Nueva y ultima Edicion, mas correcta que las precedentes.

EN LEON DE FRANCIA,
Por JAIME CERTA, Año de 1747.

Con Aprobacion, y Privilegio Real.



PROLOGO

AL LECTOR.

Penſando algunas vezes en la benignidad con que el Señor proveyò à ſu Igleſia, y le diò por ſu Doctor, luz y Maeſtro, al glorioſo Padre San Aguſtin, y conſiderando los admirables dones con que le enriqueciò, he venido à dudar, qual fue mayor, ò el ingenio deſte Santiſſimo Padre, ò ſu doctrina, ò el eſpiritu con que el Señor iluſtrava el ingenio, è infundia en èl los toſoros riquiſſimos de ſu celeſtial ſabiduria: y de tal manera le encendia, y transformava en ſi, que parece eſtava colgado de los pechos, y dulzura de Dios, como lo eſtà un niño de los pechos de

ſu madre. El ingenio de ſan Aguſtin, à mi juyzio, fue, ò el mayor, ò uno de los mayores, y mas excelentes que ha avido en el mundo. La doctrina es un poço ſin ſuelo, una fuente manantial, y perpetua, un rio muy caudaloſo, eſtendido, y profundiſſimo de aguas copioſas, ſaludables, y delicadas, con las quales han regado, y riegan ſus campos, de las quales han bevido, y beven todos los Doctores de la Igleſia que le han ſucedido, aſſi los Eſcolaſticos, como los Poſitivos. Pero con ſer cierto lo que aqui digo del ingenio, y ſapiencia admirable deſte glorioſo Padre, yo confieſſo que me admiro mas de aquel eſpiritu ſoberano, que dava luz al entendimiento, y vida à la ciencia, y abraſava la voluntad de San Aguſtin, y le traya abſorto, y como fuera de ſi. Y para

prueva deſta verdad, baſta leer el libro de ſus Confeſſiones, que tenemos entre manos, en el qual aunque con la agudeza, y excelencia de ſu ingenio buela como aguila, y vierte, y derrama ſu gran ciencia; en todo lo que trata es tan aventajado el eſpiritu, que reſplandece en ellas, que parece que eſcurece lo demas. Porque quien leerà eſte libro con limpios ojos, y con algun deſſeo de aprovecharſe, que no ſe maraville del eſpiritu divino deſte Santiſſimo Doctor, y de aquella humilde llaneza, y verdad con que deſcubre ſus llagas, y confieſſa ſus flaquezas, y pregona ſus pecados, y llora, y gime ſus miſerias, y con rios de lagrîmas pide perdon dellas, è invoca la miſericordia del Señor? Que es eſto, ſino conocerſe el hombre, y conocer à Dios? Ver la corrupcion de nueſtra natu-

raleza, y la eficacia de la gracia del Señor? Confundirse delante del, y no hazer caso de la confusion de los hombres? Querer ser tenido por pecador para exemplo, y remedio de los pecadores? Magnificar los tesoros inestimables de la bondad de Dios, que assi convierte los lobos en ovejas, los leones en corderos, las serpientes en palomas, y los grandes pecadores, en grandes Santos, y de las piedras haze hijos de Abrahan? Pues que dirè de las otras cosas innumerables, y utilissimas de que estàn llenas estas Confessiones; en las quales como en un vivo, y perfectissimo retrato està pintado con sus colores, y matizes el espiritu celestial de San Agustin? Que conocimiento del Criador, y de la criatura? Que menosprecio de todo lo visible? que aprecio de lo invisible, y eterno? que

aborrecimiento de los vicios? que amor à las virtudes? Que deſengaño de la vanidad del mundo? que eſtima, y deſſeo del cielo? que lagrimas por las propias culpas? que gracias por los dones de Dios? que delicadeza de conciencia? que examen, y ponderacion de qualquiera coſita, en que pudieſſe aver alguna ſombra de culpa? que afectos en ſuplicar al Señor, que le remedie, y libre della? que deſecho y aniquilado eſtava eſte ſanto en ſi, y que firme, y fuerte en la gracia del Señor? como le reconoce? como le invoca? como le alaba? Començando deſde el tiempo que el miſmo Señor le formò en las entrañas de ſu madre, y le guardò en ellas, y le ſacò dellas, y le comunicò la luz del cielo; y deſpues de aver paſſado por las flaquezas de niño, y por las traveſſuras de muchacho, y

por las liviandades, y torpezas de moço, le alumbrò, y alentò para que rompieſſe ſus cadenas, y priſiones: y ſalido de aquellas profundas tinieblas en que eſtava, vieſſe la lumbre de todas las lumbres, y cantaſſe cantares de alabanza al Señor, y ſe nos puſieſſe por dechado, y exemplo de nueſtra gran miſeria, y de la grandiſſima miſericordia de Dios. Todas eſtas coſas podemos aprender, y devemos imitar en las confeſſiones de San Aguſtin. Pero ſobre todas, la conſideracion, y continua meditacion de la providencia del Señor; con la qual el anima del ſiervo de Dios ſe esfuerça, y regala, y entre las tempeſtades deſte golfo ciego, y mudable, en que vivimos, navega ſegura al puerto de la eterna felicidad. Gran coſa es ſaber, que el Señor tiene providencia de todas las

cosas que criò, y que las endereza à los fines para que las criò, y que particularmente encamina al hombre à su fin, que es la bienaventurança, con un cuydado tan paternal, que no ay cosa que le toque, por pequeña, y menuda que sea, que no passe por sus benditas manos, y dellas no se encamine para su bien. Porque assi como no ay parte deste mundo inferior, que no participe de la virtud del Sol, ni hoja en el arbol, que no reciba de la raiz toda su belleza, y frescura, ni miembro en el cuerpo à quien el alma no dè vida, assi no ay cosa que no estè sugeta al Artifice, y Criador del Universo, que es como el Sol que le alumbra, y como la raiz que le sustenta, y como el alma que le vivifica, y de tal manera tiene cuydado, y providencia de las cosas, que no ay ninguna, alta, ni baxa, pequeña,

ni grande, preciosa, ni vil, en el Cielo, ni en la tierra, que se pueda eximir della, pues hasta la hoja del arbol no cae sin su voluntad, ni perece un cabello de nuestra cabeça. En lo qual es admirable (como en las demas cosas) san Agustin, y en estas sus Confessiones lo manifiesta, porque todas estàn llenas de la consideracion de la providencia de Dios, y en reducir los efectos, aun de las cosas minimas, y rateras, à la primera, y universal causa de todas, que es el Señor, y reconocerlas de su mano, y hazerle gracias por ellas, hasta alabarle por la leche que dava al ama que le criò, y por la voluntad con que ella le dava el pecho, y por la son que èl siendo niño, le tomava, y no queria mas de lo que Dios le dava. Y por otras cosas tan pequeñas como estas, confessando que no eran à caso, ni

pendian de la fortuna, ſino que eran encaminadas para ſu ſalud por la providencia, y mano del Señor, unas vezes ſabiendolo, y otras no ſabiendolo los que las hazian. Eſte es un punto muy ſuſtancial, è importante en que ſe deve exercitar el Chriſtiano, que deſſea agradar à Dios, y aprovechar en el camino del cielo, y vivir en la tierra con quietud, y deſcanſo. En la ſalud, y en la enfermedad; en la honra, y en la afrenta; en la alabanza, y en el vituperio; en las perdidas de la hazienda, y en las ganancias; en la gracia, ò deſgracia de los Principes: en la muerte, y en la vida, mirar ſiempre à eſte norte de la divina providencia, ſi quiere nos desfallecer en eſta peligroſa navegacion. Lo miſmo devemos hazer en todas las calamidades publicas de hambres, ſequedades,

guerras, incendios, avenidas peſtilencias, y otros generos de tribulaciones, con que Dios caſtiga las Ciudades, Provincias, y Reynos. Y emmendando nueſtros pecados (que ſon la verdadera cauſa dellos) recurrir al Autor de todos los bienes, y caſtigador de los males de culpa con los males de pena, como en eſtas Confeſſiones nos enſeña que devemos hazer, ſan Aguſtin. Pero noſotros lo hazemos muy al contrario: unas vezes porque las coſas que vemos ſon tan menudas, que no ſabemos hallar en ellas à Dios, q[illegible]es immenſo, y en las coſas minimas grandiſſimo. Otras, porque ſon tan naturales, y ordinarias, y nos eſtàn tan en los ojos, que por la coſtumbre que tenemos de verlas, nos quedamos en ellas, ſin ſubir por ellas à Dios. Otras, porque es tan ſuave eſta divina pro-

videncia que no pocas vezes diſpone, y haze las coſas de manera, que parece que no las haze el Señor, ſi que fueron hechas à caſo, y no entendemos que aquel que llamamos caſo, fue ordenacion de Dios, à quien todas las coſas obedecen. Y finalmente, porque vemos algunas coſas malas, y juzgamos que no puede ſer Autor dellas Dios Vemos pleytos injuſtos, quitar la hazienda à ſus verdaderos dueños, condenar al inocente, librar al culpado, perſeguir, y afligir à los buenos, honrar, y favorecer à los malos, dar el Reyno al herege, y al tirano, que le han de arruinar, y otras ſemejantes: en las quales, porque no ſabemos el conſejo, y ſecreto de la providencia del Señor, que permite eſtos males, para ſacar dellos mayores bienes, nos confundimos, y cegamos con la luz,

y no ſabemos ver al que es luz de toda la luz, y conocer que Dios es el Autor de todò lo que es bueno, y de todo lo que es pena, aunque no lo es de la culpa, como lo eſcrivimos en nueſtro libro de la Tribulacion. No quiero alargarme en eſto, porque ſeria nunca acabar, ſino ſolamente referir lo que el miſmo San Aguſtin dize de ſus Confeſſiones, el qual hablando dellas en el libro de ſus retractaciones eſcrive eſtas palabras: Los treze libros de mis Confeſſiones, por mis males, y por mis bienes alaban al Señor, que es juſto, y bueno; y deſpiertan el entendimiento, y afecto del hombre para èl. Lo que puedo dezir de mi, es, que eſtas dos coſas hizieron en mi alma, quando los eſcrivì, y agora las hazen quando los leo. Los otros verán

lo que sienten dellos, aunque à muchos de mis hermanos, sè que han agradado, y agradan mucho. *Todas estas son palabras de San Agustin, las quales solas bastan para encarecer la grande estima que devemos tener destas Confessiones, pues el mismo Santo Doctor que las escriviò, con ser tan humilde, y modesto, dize, que levantan, y avivan nuestro entendimiento, y nuestra voluntad, para alabar, y bendezir al Señor, por los males, y por los bienes: y que el mismo Santo quando las escriviò, sintiò en si estos encendidos afectos, y alumbrarse con la divina luz su entendimiento, è inflamarse con el amor su voluntad, y que quando despues los leìa, causavan en él los mismos resplandores, y ardores, y que sabia que à muchos agradavan mu-*

cho. Todo lo que leemos nos deve ſervir, ò para ſaber, ò para querer la virtud, para conocer, ò para amar à Dios, para iluſtrar el entendimiento, ò para encender el afecto, pero de manera, que no paremos en ſolo lo que es luz del entendimiento, ſino que la miſma luz nos ſirva de paje de hacha, y deſpierte en noſotros con ſus rayos nuevos encendimientos del divino amor. Y todo eſto hallaremos en eſtas Confeſſiones: en las quales ay algunos lugares muy emmarañados, y dificultoſos. O por tratarſe en ellos coſas caſi del todo pueſtas en olvido (como ſon algunas de las que eſcrive contra los Manicheos) ò por no eſtar el texto emmendado por culpa de los eſcrivientes que las traſladaron, ò por la ſutileza, y alteza de las ſentencias, y brevedad, y preciſion de las palabras, que cauſa obſcuridad, ò por el afecto,

y eſpiritu del Santo, que reboſava à borbollones, y buſcava, y multiplicava palabras para explicarſe mejor: ò porque el miſmo eſtilo no ſiempre es uno, ni uniforme, è igual; ni el que eſcrive (por ſanto, y doctо que ſea) eſtà ſiempre de un temple, y diſpoſicion para eſcrivir. Y por eſto he tenido trabajo en entender lo que en eſtos lugares intrincados, y obſcuros, quiere dezir San Aguſtin, y en bolverlos en nueſtra lengua, de manera que ſe entiendan, ò no ſean mas eſcuros que lo ſon en el Latin. Nueſtro Señor por ſu miſericordia nos dè aquel eſpiritu para leer eſtas Confeſſiones, que diò à S. Aguſtin para eſcrivirlas, y abraſe nueſtro coraçon con aquellas llamas de amor divino, con que ardian las deſte glorioſo Doctor, y Padre de tantos, y tan luzidos hijos, que quando èl los eſcriviò.

OTRO PROLOGO.

DEL R. P.

DE RIBADENEYRA,

AL CHRISTIANO LECTOR.

EL bienaventurado Padre San Aguſtin, hablando deſte libro de ſus Confeſſiones, dize, que los diez primeros libros cuentan ſu vida, como la avemos viſto, y que los otros tres començando del onçeno, haſta el fin del libro treze y ultimo, los eſcriviò para declarar algunos lugares de la S. Eſcritura: y eſpecialmente aquellas palabras del Geneſis: *In principio creavit Deus cælum & terram*, en el principio criò Dios el Cielo, y la Tierra: en las quales haſta los tres poſtreros libros, ſin hazer mas mencion de ſu vida. Y por-

que las materias que en ella ſe tratan no ſon para todos; y nueſtro intento es introduzir eſte libro de las Confeſſiones de San Aguſtin, ha ſido ponerle delante de todos los que las leyeren como un dechado de perfecta ſantidad, para que (quanto ſufriere ſu flaqueza) le ſigan: me ha parecido no paſſar adelante, y hazer punto aqui. El Señor que hizo tan gran Santo à eſte glorioſo Doctor, y le moviò à eſcrivir ſus miſerias, y las miſericordias de Dios para con èl, nos dè gracia para llorar, y emmendar nueſtras culpas, y deſconfiar de noſotros, y confiar de ſu bondad, y gozarnos con eſta, y aprovecharnos della. Amen.

EL LIBRERO
AL LECTOR.

SE ha procurado en esta nueva Edicion, Amigo lector, corregir no solamente las faltas ocasionadas por la incuria de los Impressores en las otras Ediciones, pero algunos terminos envejecidos, mui buenos en tiempo del R. P. *de Ribadeneyra, pero en este désacreditados, para mayor inteligencia de una obra que ha merecido los aplausos de todo el Orbe Christiano. Por el mismo efecto se ha mejorado la Ortographia de algunos vocablos, mudandola conforme al Diccionario de la Real Academia Española.*

En quanto à lo demas, se ha hecho todo el possible para que saliesse à luz esta Edicion mas perfecta que las otras.

APPROBATION.

J'Ai lû par Ordre de Monſeigneur le Chancelier, un Ouvrage Eſpagnol, qui a pour Titre, *Las Confeſſiones del Glorioſo Padre San Aguſtin, por el Padre de Ribadeneyra*, dans lequel je n'ai rien trouvé qui en puiſſe empêcher l'Impreſſion. A Paris ce 20. Decembre 1746.

MARSIGLY.

PRIVILEGE GENERAL. N°. 2366.

LOUIS, PAR LA GRACE DE DIEU, ROY DE FRANCE ET DE NAVARRE : A nos Amez & Feaux Conſeillers, les Gens tenans nos Cours de Parlement, Maîtres des Requêtes ordinaires de nôtre Hôtel, Grand Conſeil, Prévôt de Paris, Baillifs, Sénéchaux, leurs Lieutenans Civils & autres nos Juſticiers qu'il appartiendra : SALUT. Nôtre bien amé LOUIS GENNEAU, Libraire à Paris, Nous a fait expoſer qu'il deſireroit faire réimprimer & donner au Public, des Ouvrages écrits en Langue Eſpagnole, qui ont pour Titre, *Las Confeſſiones del Glorioſo Padre San Aguſtin, & Vida y Hechos de Don Quixote de la Mancha, compueſta por Miguel de Cervantes Saavedra con Eſtampas.* S'il Nous plaiſoit lui accorder nos Lettres de Privilege pour ce neceſſaires : A CES CAUSES, voulant favorablement traiter l'Expoſant, Nous lui avons permis & permettons par ces Preſentes, de faire réimprimer leſdits Livres, en un ou pluſieurs Volumes, & autant de fois que bon lui ſemblera, & de les vendre, faire vendre & debiter par tout nôtre Royaume pendant le tems de *Neuf années conſécutives*, à compter de la date

des Preſentes ; FAISONS défenſes à toutes Perſonnes de quelle qualité & condition qu'elles ſoient, d'en introduire d'impreſſion étrangere dans aucun lieu de nôtre obéïſſance, comme auſſi à tous Libraires & Imprimeurs, d'imprimer, faire imprimer, vendre, faire vendre, débiter ni contrefaire leſdits Livres, ni d'en faire aucuns extraits, ſous quelque prétexte que ce ſoit, d'augmentation, correction, changement ou autre, ſans la permiſſion expreſſe & par écrit dudit Expoſant, ou de ceux qui auront droit de lui, à peine de confiſcation des Exemplaires contrefaits, de trois mille livres d'amende contre chacun des contrevenans, dont un tiers à Nous, un tiers à l'Hôtel-Dieu de Paris, & l'autre tiers audit Expoſant, ou à celui qui aura droit de lui, & de tous dépens, dommages & interêts, à la charge que ces Preſentes ſeront enregiſtrées tout au long, ſur le Regiſtre de la Communauté des Libraires & Imprimeurs de Paris, dans trois mois de la date d'icelles ; que la réimpreſſion deſdits Livres ſera faite dans nôtre Royaume, & non ailleurs, en bon papier & beaux caracteres, conformément à la feüille imprimée & attachée pour modelle ſous le contre-ſcel des preſentes, que l'Impétrant ſe conformera en tout aux Reglemens de la Librairie, & notamment à celui du 10. Avril mil ſept cens vingt-cinq ; qu'avant de les expoſer en vente, les Imprimés qui auront ſervi de Copie à la réimpreſſion deſdits Livres, ſeront remis dans le même état où l'Approbation y aura été donnée, és-mains de nôtre très-cher & feal Chevalier, le Sieur DAGUESSEAU, Chancelier de France, Commandeur de nos Ordres, & qu'il en ſera remis deux Exemplaires de chacun, dans nôtre Bibliotheque publique, un dans celle de nôtre Château du Louvre, & un dans celle de nôtre très-cher & feal Chevalier le Sieur Dagueſſeau, Chancelier de France ; le tout à peine de nullité des Preſentes, du contenu deſquelles, vous mandons & enjoignons de faire joüir ledit Expoſant ou

ſes ayans cauſes, pleinement & paiſiblement, ſans ſouffrir qu'il leur ſoit fait aucun trouble ou empêchement. Voulons que la Copie des Preſentes qui ſera Imprimée tout au long au commencement ou à la fin deſdits Livres, ſoit tenuë pour dûëment ſignifiée, & qu'aux Copies collationnées par l'un de nos amez, feaux Conſeillers & Secretaires, foy ſoit ajoûtée comme à l'Original: Commandons au premier nôtre Huiſſier ou Sergent ſur ce requis, de faire pour l'execution d'icelles, tous Actes requis & neceſſaires, ſans demander autre permiſſion, & nonobſtant Clameur de Haro, Charte Normande, & Lettres à ce contraires: CAR TEL EST NÔTRE PLAISIR. Donné à Verſailles le 23. jour du mois de Decembre, l'an de Grace mil ſept cens quarante-ſix, & de nôtre Regne le trente-deuxiéme.

PAR LE ROY, en ſon Conſeil. SAINSON.

Je ſouſſigné reconnois avoir cedé à Sieur JACQUES CERTE, Libraire à Lyon, le preſent Privilége, pour en joüir comme choſe à lui appartenante, & ce ſuivant l'accord fait entre nous. A Paris le 2. Mars 1747.

LOUIS GENNEAU.

Regiſtré enſemble la Ceſſion cy-deſſus ſur le Regiſtre onziéme de la Chambre Royale des Libraires & Imprimeurs de Paris. No. 721. *fol.* 636. *Conformément aux anciens Reglemens, confirmés par celui du* 28. *Février* 1723. *A Paris le* 9. *Mars* 1747.

G. CAVELIÉ, PERE, Syndic.

LIBROS CASTELLANOS impressos en Casa del mismo Mercader de Libros.

EL Atlas Abreviado ò el nuevo compendio de la Geographia Universal, Politica, Historica, i Curiosa, segun el estado presente del Mundo, illustrado con quarenta i tres Mapas, i enriquecido con un breve Tratado de la Geografia Antigua mui util para los curiosos de la Historia antigua. Por Don Francisco Giustiniani. P.R. en 3 tomos in-8°. 1739.

Meditaciones, Soliloquios, y Manual del Glorioso Doctor de la Iglesia San Agustin, traducidas por el Padre Pedro de Ribadeneyra, de la Compañia de JESUS. Nueva y ultima Edicion, mas correcta que las precedentes. in-12. 1747.

Y en el Año proximo,

Los Consejos de la Sabiduria, ò Compilacion de las Maximas de Salomon las mas necessarias al hombre para vivir prudente, y Christianamente, con reflexiones sobre ellas. Nueva Edicion.

Historia de Theodosio el Grande, para el Señor Delphin, escrita en Francès por el Señor Flechier Obispo de Nimes; y nuevamente traducida de este Idioma en Lengua Castellana. 2 tomos in-12.

LAS

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO I.

CAPITULO I.

Maravillaſe de la Mageſtad de Dios, con un entendido deſeo de alabarle.

GRande ſois, Señor, y muy digno de alabança, grande es vueſtra virtud, y no ay quien pueda contar vueſtra ſabiduria: y ſiendo eſto aſſi, el hombre, que es una pequeña criatura vueſtra, y veſtido de carne flaca, y mortal, y que trae conſigo el ſanbenito, y teſtimonio de ſu pecado, y que vos reſiſtis à los ſobervios, ſe atreve à que-

reros alabar; pero vos, Señor, le despertais, y le moveis para que se deleite en vuestras alabanças, pues nos criastes para vos, y nuestro coraçon anda siempre desasosegado, hasta que se quiete, y descanse en vos. Señor mio, dadme gracia para que yo sepa, y entienda, qual destas dos cosas es la primera, ò invocaros, ò loaros, ò si es primero el conoceros, que el invocaros. Pero como os invocarà el que no os conoce? Pues no conociendoos podrà invocar una cosa por otra. O dezidme, Señor, si para conoceros es menester primero invocaros? Mas vuestro Apostol dize: Como invocaràn à aquel en quien no han creido? O como creeràn, sino tienen quien les predique? Loaràn al Señor los que le buscan, porque los tales le hallaràn, y hallandole, le alabaran. Señor, busquèos yo invocandoos, y invoquèos creyendo en vos, porque ya nos aveis sido annunciado Dios mio, à vos llama mi Fè, la qual vos me distes, y me inspirastes por la humildad de vuestro unigenito Hijo, y mi Señor.

CAPITULO II.

Que el hombre tiene de Dios el ſer, y Dios eſtà en él, y él en Dios.

COmo invocarè yo à mi Dios, à mi Dios, y mi Señor? Sin duda que quando yo le llamo, le llamo para que venga à mi alma, y entre y more en mi coraçon. Pero que lugar ay en mi, para que mi Dios venga à mi? Aquel Dios que hizo el cielo, y la tierra? Y como, Señor, y Dios mio, ay en mi coſa en que vos podais caber? ò por ventura cabeis vos en el cielo, y en la tierra que hiziſtes, y en que me hiziſtes? ò porque ninguna coſa de las que ſon puede ſer ſin vos, es neceſſario que os tenga dentro de ſi, todo lo que tiene ſer? Pues porque teniendo yo ſer, os ſupplico que vengais à mi, pues no le tendria, ſi vos no eſtuvieſſedes en mi? Adonde irè yo fuera del cielo, pues no eſtoy en el infierno? Y aunque eſtuvieſſe en él, tambien alli eſtais vos. Si yo baxare al

infierno, alli os hallarè, porque vos estais en todo lugar. De manera, mi Dios, que yo no tendria ser, si vos no estuviessedes en mi, ò por mejor dezir, yo no seria, si no estuviesse en vos: del qual, y por el qual, y en el qual son todas las cosas: sin duda ello es assi, assi es verdaderamente. Pues adonde os llamo, estando yo en vos? O dedonde aveis de venir à mi? O à que parte irè fuera del cielo, y de la tierra, para que de alli venga à mi, mi Dios? que dixo: Yo hincho el cielo, y la tierra.

CAPITULO III.

Que Dios està todo en todas partes.

CAbeis vos por ventura en el cielo, y en la tierra? Porque los henchis, ò de tal manera los llenais, que resta algo de vos, que no queda en ellos? Y si estando el cielo, y la tierra llenos, queda algo de vos, esso que queda, adonde està? O por ventura no teneis necessidad que vuestras criaturas os abraçen, porque vos

todas las abraçais, y las que henchis, abraçandolas las henchis: Porque los vasos que estàn llenos de vos, no os hazen firme, y estable: pues aunque se quiebren, no os derramareis vos, y quando os derramais sobre nosotros, no estais caïdo, antes nos levantais, y sin esparciros recogeis. Mas vos que llenais todas las cosas, llenaisllas todas con vos todo. Por ventura, Señor, porque todas las cosas no pueden recebiros à vos todo, reciben parte de vos, y aquella misma parte la reciven todas, ò cada cosa recive su parte de vos? la mayor, mayor parte, y menor la menor? Mas si esto fuesse en vos, avria una parte mayor, y otra menor. O todo estais en todas las cosas, y ninguna cosa puede aver que todo os abarque, y comprehenda.

CAPITULO IV.

Que Dios reparte à todos sus dones, sin perder nada.

PUes Dios mio, que sois vos? que sois, yo os suplico, sino el Señor

Dios? porque, que Señor ay fuera del Señor, y que Dios fuera de mi Dios? Sumo, boniſſimo, potentiſſimo, poderoſiſſimo, miſericordiſſimo, juſtiſſimo, ſecretiſſimo, preſtiſſimo, hermoſiſſimo, y fortiſſimo; eſtable, incomprehenſible, inmutable, mudando todas las coſas, nunca nuevo, nunca viejo, renovando todas las coſas, y envejeciendo à los ſobervios, ſin que ellos lo entiendan. Siempre obrais, y ſiempre eſtais quedo, recogeis, y no teneis neceſſidad, llevais, llenais, amparais, criais, ſuſtentais, y dais perfeccion, buſcais, no teniendo falta de coſa alguna: amais, y no os congoxais: teneis zelos, y eſtais ſeguro; arrepentis os ſin dolor, enojais os ſin turbacion, mudais las obras, mas no el conſejo: recevis lo que hallais, y nunca perdiſtes: nunca ſois pobre, y holgais con las ganancias, no ſois avaro, y pedis uſuras: ofrecenos los hombres obras de ſupererogacion para hazeros deudor; pero quien tiene coſa que no ſea vueſtra? Pagais

las deudas ſin dever nada, y perdonais lo que ſe os deve, ſin perder nada. Que es lo que dezimos, Dios mio, vida mia, y dulcedumbre mia ſanta? O que puede dezir el que habla de vos? Ay de los que callan, y de los que ſiendo parleros, ſon mudos.

CAPITULO V.

Pide perdon de ſus pecados, y la caridad del Señor.

O Señor, quien deſcanſaſſe en vos? quien me haria tanta merced, que vos vinieſſedes à mi coracon, y le embriagaſſedes, para que yo me olvidaſſe de todos mis males, y me abraçaſſe con un ſolo, y todo mi bien que ſois vos? Señor, que ſois vos para mi? Otorgadme vueſtra gracia, para que yo pueda hablar. Querria ſaber, que ſervicio os puedo yo hazer, ò que os và en ello, pues tan encarecidamente mandais que os ame, y os enojais, ſino os amo, y me amenaçais con tan grandes miſerias por ello. Es por ventura pequeña miſeria el no ama-

ros? Ay de mi: dezidme, Señor Dios mio, por vueſtra miſericordia, que ſois para mi: Dezid à mi alma: Yo ſoy tu ſalud, dezidlo de manera que yo lo oïga: mirad que los oïdos de mi coraçon eſtàn delante de vos: abridlos, Señor. Y dezid à mi alma: Yo ſoy tu ſalud: yo correré tras eſta vos, y me aſirè de vos, y me abraçarè con vos: no eſcondais vueſtro roſtro de mi. Muera yo para poderlo ver, porque ſino lo viere, morirè. Eſtrecha es la caſa de mi alma, enſanchadla vos, Señor, para que ſea capaz, y os pueda recevir: caediza eſtà, reparadla vos: tiene muchas coſas que ofenden vueſtros ojos, yo lo ſè, y lo confieſſo: pero quien la limpiarà, ò à quien tengo de clamar ſino à vos? Limpiadme de las culpas ocultas, que yo no conozco: Señor, perdonad à eſte vueſtro ſiervo las agenas. Yo creo, y por eſſo hablo, y vos Señor lo ſabeis: no tengo ya confeſſados delante de vos mis pecados, y vos mi Dios, me los aveis perdonado? No quiero ponerlo à pleito, ni entrar en

juizio con vos, que ſois la verdad, ni quiero engañar à mi miſmo, penſando que ſoy juſto, ſiendo pecador: no quiero venir à juizio con vos, porque ſi vos, Señor, mirais los pecados, quien podrà parar delante de vos?

CAPITULO VI.

Que todos los bienes recibiò de Dios.

PEro con todo eſſo dadme licencia, Señor, para que hable delante de vueſtra miſericordia, aunque ſea polvo, y ceniza: dexadme hablar, porque no hablo con hombre mofador, ſino con vueſtra miſericordia, y aunque por ventura vos os burlareis, pero al fin bolvereis vueſtros ojos, y tendreis miſericordia de mi. Que es, Señor Dios mio, lo que quiero dezir, ſino que no ſé de donde yo vine à eſta vida mortal? Aunque no ſé ſi la llame vida mortal, ò muerte vital: deſde el punto que me formaſtes, las conſolaciones de vueſtras miſericordias me recibieron, y acompañaron, ſegun que me han dicho los padres que

me engendraron, que yo no me acuerdo: de manera, que luego tuve el regalo de la leche humana, y ni mi madre, ni las amas que me criavan, henchian los pechos de la leche con que yo me sustentava, mas vos, Señor, por ellas davades à mi tierna niñez el mantenimiento necessario, segun la inefable disposicion de vuestra rica providencia: tambien vos me davades que yo no quisiesse mas de lo que me davades: y à las que me criavan, davades voluntad para que me diessen lo que vos les davades: porque ellas, con un afecto, y amor ordenado, me querian dar lo que vos les davades para mi con tanta abundancia: y el bien que yo recibia dellas, aunque era bien dellas; pero no venia dellas, sino de vos, que por su mano me le davades. Que vos Dios mio, sois la fuente de todos los bienes; y de vos, mi Dios, depende toda mi salud, y esto yo lo he notado por las vozes, que despues me aveis dado con los dones interiores, y exteriores que vos repartis, porque en-

tonces yo no sabia mas que mamar, y deleitarme, y llorar las molestias que mi carne padecia: despues comencè à reïr, al principio dormiendo, y despues velando, que esto me han dicho que yo hazia, y he lo creïdo, porque assi vemos que lo hazen los otros niños, que yo dello no me puedo acordar. Poco à poco iva sientiendo donde estava, y queria manifestar mis quereres à aquellos que los podian cumplir, y no podia, porque los quereres estavan dentro de mi, y ellos fuera, y por ninguna via podian entrar en mi alma, y penetrar mi voluntad: por esto yo me movia, y dava gritos, y con las manos, y con los otros miembros del cuerpo, hazia las señas que podia, y como podia, para significar mi voluntad, aunque por ellas mal se podian comprehender: y quando no se hazia lo que yo queria, ò porque no se entendia, ò porque me fuera dañoso, enojavame con mis mayores, porque no se me sujetavan, y con los libres, porque no se me servian, y quexavame

de todos, y vengavame dellos con llorar : desta manera entendi que son los niños, y que yo fuy como uno de ellos, y esto mas me lo han enseñado los mismos niños, que no lo saben, que no los que me criaron, y lo saben. He aqui, Señor, que mi niñez, mucho antes de agora es muerta, y yo vivo. Pero vos, Señor, sois el que siempre vivis, y ninguna cosa muere en vos, porque sois antes del principio de los siglos, y antes de todo lo que se puede dezir antes, y sois Dios, y Señor de todo lo que criastes. En vos están todas las causas de todas las cosas instables, y permanecen en vos las ideas, y formas inmutables de todas las cosas que se mudan, y viven en vos sempiternas las razones de todas las criaturas irracionales, y temporales. Dezid, Dios mio, à este vuestro siervo que os suplica, dezid misericordioso à este miserable, dezidme si sucediò mi niñez à otra alguna edad mia ya muerta, ò si es esta la que yo passé en las entrañas de mi madre, porque della me han dicho alguna

coſa, y yo tambien he viſto mugeres preñadas, Dios mio, y dulçura mia, antes deſto, que fue de mi? Fuí yo algo, ò eſtuve en alguna parte, porque no tengo quien eſto me declare: ni mi padre, ni madre lo pudieron hazer, ni la experiencia de otros, ni mi memoria. Por ventura os reïs de mi, porque pregunto eſto? ſabiendo yo que me mandais que os alabe por ello, y enſalce vueſtro ſanto nombre? yo os confieſſo, yo os alabo, Señor del cielo y de la tierra, por el principio de mi niñez, del qual no me acuerdo, y quiſiſtes que los hombres lo aprendieſſemos, por lo que vemos hazer à los otros niños, y por lo que nos dizen las mugeres que nos parieron, y criaron. Ser tenia yo entonces, y vivia, y en el fin de mi niñez buſcava ſeñas, por las quales me entendieſſen. De donde vino, ò quien pudo hazer eſte tal animal, ſino vos mi Dios? Ay algun artifice tan primo y excelente, que ſe pueda hazer à ſi miſmo? ò ay alguna vena, por la qual nos venga el ſer, y el vivir, ſino

por vos, Señor, que nos hizistes? y en quien el ser y el vivir, no son dos cosas, porque vos mismo sois la suma vida; y el sumo ser. Sumo sois, y no os mudais, ni passa por vos el dia de oy, dado que està en vos, porque en vos estan todas las cosas, y no tendria camino por donde passar, si no estuviessen en vos: y porque vuestros años no desfallecen, por esso todos ellos son un dia presente. O quantos dias mios, y de mis Padres han passado por este vuestro dia de oy! y del tomaron su modo, y manera de ser, y aun passaràn otros, y tomaràn su ser, y su modo, y manera; pero vos, Señor siempre sois el mismo, y todo lo de mañana, y mas adelante, y todo lo de ayer, y mas atras; oy lo hareis, y oy lo hizistes. Que se me dà à mi, si alguno no me entiende, gozese tambien este tal, y diga, que es esto? Gozese à si, y mas quiera hallaros; no hallando; que hallando, no hallaros Señor.

CAPITULO VII.

Que aun la niñez eſtà ſujeta à pecado.

OYdme Dios mio : Ay de los pecados de los hombres ; y dize eſto el hombre , y vos teneis miſericordia dèl , porque vos le hiziſtes , y no hiziſtes el pecado en él. Quien me darà à entender el pecado de mi niñez , porque delante de vos ninguno eſtà ſin pecado , aunque ſea niño de ſolo un dia ? Quien me aviſarà , ò enſeñarà ? Por ventura el niño chiquito , en el qual veo lo que no me acuerdo de mi ? Que pecados eran los mios en aquel tiempo ? eran por ventura el llorar por el pecho ? Porque ſi yo aora buſcaſſe el mantenimiento conveniente à mis años con aquella anſia con que entonces apetecia el pecho, juſtamente ſeria reprehendido. Luego bien ſe ſigue que entonces hazia coſas dignas de reprehenſion ; pero como no tenia entendimiento para ſentirla, no permitian la coſtumbre , y la razon

que yo fuesse reprehendido, porque en la edad que sobreviene, estas cosas se olvidan, y acaban, y jamas vi hombre sabio, que limpiando alguna cosa echasse lo bueno della. O por ventura por aquel tiempo era bien pedir llorando lo que pedia, aunque el tomarlo fuesse dañoso? y enojarse con coraje con todos los de casa, padres, criados, grandes y pequeños: y porque no hazian mi voluntad tan presto, procurava arañarlos, y hazerles mal: como aquella edad lo puede desear? De manera, que la flaqueza del cuerpo tierno es inocente, mas no el animo de los niños. Yo he visto, y conocido à un niño, que aun no sabia hablar, tan zeloso, ò embidioso, que mirava à un hermano suyo de leche, con la carilla turbada, y el aspecto enojado. Quien duda desto? las madres, y las amas dizen, que hazen remedios para este mal, si yà no dixessemos: que sobrandole al niño de teta la leche, y estando otro niño necessitado della, es inocencia el no querer tener en la

teta compañia. Mas passase ligeramente por estas cosas, no porque son pequeñas, y de ninguna estima, sino porque se acaban con aquella edad: lo qual aunque se aprueve en el niño, toda via no se sufriria, si se viesse en otro de mayor edad. De manera, que vos mi Dios, que distes vida al niño, y un cuerpo proveido de sus sentidos, y trabado con miembros, y adornado de hermosura, y le distes para su salud, y vida, la disposicion, y fuerças convenientes, me mandais que yo os confiesse, y alabe en estas vuestras maravillas, porque sois Dios bueno, y todo poderoso, aunque no huviessedes hecho otras cosas, sino estas las quales ninguno otro puede hazer, sino vos solo, que criastes este mundo tan hermoso, y dais con vuestra ley à cada cosa su forma, y la orden que ha de tener. Desta mi edad, Señor, no me acuerdo averla vivido, mas creo lo que desta me dizen; y de lo que veo hazer à otros niños, barrunto lo que yo haria siendo de aquella edad. Pesame de con-

tarla por parte de la vida que yo aora vivo; porque quanto toca al olvido que della tengo, es como la que vivi en el vientre de mi Madre. Y si yo fui concebido en pecado, y en pecados me crio mi madre: donde, ò quando Dios mio, y mi Señor, fue este vuestro siervo inocente, y sin pecado? Pero dexo aquel tiempo, que no ay para que hablar, de lo que no ay rastro, ni memoria.

CAPITULO VIII.

Pinta la niñez.

SAlido de los pañales, y de aquella tiernecita edad, en què no sabia hablar, comencè à crecer, y à entrar en otra edad de muchacho, que llaman puericia, ò por mejor dezir, ella vino en mi, y sucedio à mi primera niñez: la qual no se partiò; porque adonde huviera ido? pero ya no era, porque ya no era yo niño que no hablasse; mas era niño que hablava, y desto me acuerdo; y despues adverti como avia aprendi-

do à hablar. No me enseñavan à hablar los mayores, que yo diziendome las palabras con cierta orden de doctrina, como un poco despues me enseñaron las letras : Mas yo mismo, Dios mio, con el entendimiento que vos me distes, quando oïa dezir el nombre de alguna cosa, encomendavalo à la memoria, viendo que con vozes, y gemidos, y varios movimientos del cuerpo, no podia declarar todo lo que queria, ni à todos. Y quando vià que se movian à hazer alguna cosa, segun aquella palabra que avian dicho, entonces entendia que aquella cosa se llamava por aquel nombre, porque assi la llamavan, quando la querian mostrar : y conociase que queria esto de los movimientos del cuerpo, que hazian con el rostro, y con los ojos, y otros miembros, y con el sonido de la voz, que son como palabras naturales de todas las gentes para declarar los afectos del anima en las cosas que queremos, y no queremos, pedimos, tenemos, ò desechamos. Desta suerte

vine poco à poco à entender lo que querian dezir las palabras que oïa, por oïrlas muchas vezes aplicar à diversas cosas en varias sentencias: y yo por aquellas palabras declarava mi voluntad, y manifestava à los que tratava lo que queria, y entrè en la compañia tempestuosa de la vida humana, colgado de la autoridad de mis padres, y de los otros mayores que me avian de governar.

CAPITULO IX.

El aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, è inclinacion al juego.

SEñor Dios mio, que de miserias, y engaños experimente en aquella edad; porque me proponian por buena, y acertada vida el obedecer à los que me amonestavan, que me diesse à aquellas artes, que tratan de pulir la lengua, porque con ellas seria estimado en el siglo, y alcançaria entre los hombres honra, y falsas riquezas. Para esto me embiaron à las

eſcuelas à aprender letras, y yo miſerable no ſabia el provecho que avia en ellas, y con todo eſſo me açotavan quando era deſcuidado en aprenderlas, y los mayores guſtavan dello. Y muchos que antes de nos vivieron, nos abrieron unos caminos trabajoſos, por los quales nos compelian paſſar, multiplicando el trabajo, y el dolor à los hijos de Adan. Hallè, Señor, algunos hombres, que os invocan en ſus neceſſidades, y de la manera que pude, aprendì dellos, que vos ſois tan poderoſo, que podiades oïrnos, y ſocorrernos, aunque con nueſtros ſentidos no os conocieſſemos: por lo qual yo ſiendo niño comencè (ò refugio, y ayudador mio!) à romper las ataduras de mi lengua con vueſtra invocacion, y à ſuplicaros, que no me açotaſſen en la eſcuela; y eſto aunque yo era pequeño, os lo rogava con no pequeño afecto; y quando no me oïades, para mas enſeñarme, reïanſe los hombres, y aun mis padres, que me deſeavan todo bien, del caſtigo de mis açotes, que yo en-

tonces tenia por un grande, y grave mal. Señor, ay persona tan grande, y tan crecida, y robusta en vuestro amor, que de los pèynes de hierro, del potro, y de los otros varios, y atroces tormentos con que los hombres son afligidos, y descoyuntados, y por librarse dellos en todas las partes del mundo, se os ofrecen tantas oraciones y plegarias; assi se ria, y haga burla, como nuestros padres se burlavan de los tormentos con que nosotros de los maestros eramos afligidos, porque no menos los temiamos, ni menos os suplicavamos, que nos liberassedes dellos, y con todo esto peçavamos, no escriviendo, ni leyendo, ni aprendiendo las letras con aquel cuydado que deviamos; porque à mi, Señor, no me faltava memoria, ni ingenio, que vos me le aviades dado harto bueno para aquella edad; pero yo holgavame de jugar, y castigavan nos aquellos que jugavan con nosotros; pero las burlas, y juegos de los grandes, llamanse negocios; y los juegos, y bur-

las de los muchachos ſon caſtigados de los mayores, y ninguno ſe apiada dellos ſi ya no huvieſſe alguno que tuvieſſe por bueno, que yo fueſſe açotado, porque ſiendo niño jugava à la pelota, y por jugar no aprendia tan preſto aquellas letras, con las quales ſiendo ya de mayor edad, avia de jugar mas feamente. Y el miſmo que me açotava hazia lo miſmo que yo, porque ſi en alguna diſputa era vencido de otro Doctor, era fatigado de ſu ira y embidia mas que yo, quando en el juego de la pelota era vencido de aquellos con quien jugava.

CAPITULO X.

Que por jugar à la pelota, no hizo el mandado de ſus Padres.

YO, Señor Dios mio, y ordenador de todas las coſas naturales, mas no de los pecados, pecava haziendo contra lo que mis Padres, y mis maeſtros me mandavan: porque yo deſpues de ayer aprendido letras,

podia usar bien dellas, qualquiera que fuesse, buena, ò mala la intencion de los que querian que yo las aprendiesse: porque no dexava yo de hazer lo que ellos me mandavan, por hazer otra cosa mejor, sino por jugar, queriendo con sobervia siempre vencer, y deleitando mis oïdos con patrañas, y falsas consejas, y los ojos con una vana curiosidad de ver espectaculos, y entretenimientos, adonde los que los mandan representar son de oficio, y dignidad tan preeminente, que todos desean que sus hijos sean tales como ellos son: y por otra parte huelgan que sean castigados, si por mirar los tales juegos, y representaciones, pierden algo de su estudio, por el qual querian que subiessen, y viniessen à ser tan excelentes, que puedan entretener el pueblo con semejantes fiestas. Mirad vos, Señor, con misericordia estas cosas, y libradnos pues yà os invocamos, y librad tambien à los que aun no os invocan, para que libres yà de si, os invoquen, y alaben.

CAPI-

CAPITULO XI.

De una enfermedad que tuvo ſiendo niño, y como por aver ſanado della dilatò el Bautiſmo.

AVia yo oïdo dezir, aun ſiendo niño, de la vida eterna que nos ha ſido prometida por la humildad de Jeſu Chriſto nueſtro Señor, que ſe abaxò tanto por nueſtra ſobervia: y ſignavame con la ſeñal de la Cruz, y tomava ſabor con la ſal de vueſtra dotrina, deſde que ſàli del vientre de mi madre, que ſiempre tuvo gran eſperança en vos. Siendo pues yo muchacho, un dia fuy gravemente apretado de un dolor de eſtomago, que ſubitamente me ſalteò, y me congojò de manera que penſé morir: y vos Señor, Dios mio, que yà erades mi guarda, y mi amparo, ſabeis con quanta anſia, y con quanta fee pedia à mi madre y madre de todos noſotros, la ſanta Igleſia, que me concedieſſe el Bautiſmo de vueſtro Chriſto, mi Dios, y Señor, y la madre de

mi carne, porque lo era mas de mi espiritu, y deseava mas la eterna salud de mi alma, se daya mucha priessa para que yo fuesse lavado con el agua saludable deste santo Sacramento, y confessasse, y reconociesse à vos, Señor mio Jesu Christo, para remission de mis pecados. Pero como luego bolvi en mi, y comencè à estar mejor, dilatòse el Bautismo, con el qual yo me avia de limpiar, pareciendo que si vivia, me avia de tornar à ensuciar; y que los delitos que despues del Bautismo cometiesse, serian mas graves, y dignos de mayor castigo. De manera, que yo ya creia, y mi madre, y toda la casa, excepto mi padre, el qual nunca jamas pudo vencer en mi el derecho piadoso que mi madre sobre mi tenia, para que yo dexasse de creer en mi Señor Jesu Christo, assi como él no creia, porque mi madre procurava que vos, Dios mio, fuessedes mi padre, mas que el que me avia engendrado, y vos le ayudavades para que venciesse à su marido, al qual servia;

siendo ella mejor que no él, y en esto que hazia os servia à vos, que se lo mandavades. Pero yo, Señor Dios mio, querria saber, si vos quisiessedes, con que consejo fue entonces dilatado mi Bautismo, si fue para mi bien afloxarme las riendas para mas pecar, ò si entonces no se aflojaron, porque de donde se ha tomado esta costumbre que hasta oy se guarda, y oïmos con nuestros oïdos hablar à algunos, y dezir: Dexadle, haga lo que quisiere, que aun no està bautizado. Siendo assi, que en la salud del cuerpo no solemos dezir: Dexadle mas herir, porque aun no està sano. Quanto mejor fuera aver sanado luego, y con mi diligencia, y la de mis padres, procurar que la salud de mi alma estuviera segura debaxo de vuestro amparo y proteccion, que me la aviades dado? Cierto que fuera mejor; pero como mi madre sabia tambien las ondas, y tentaciones que sobre mi avian de venir despues de aquella tierna edad, con las quales yo me avia de formar, dexavalas, à

vuestra disposicion, para que dellas, y de mi dispusiessedes.

CAPITULO XII.

Como le apremiavan para que estudiasse, y Dios se servia dello.

EN esta mi puericia, y tierna edad, la qual los que bien me querian, tenian menos que mi juventud : yo no gustava del estudio, y me pesava que me hiziessen estudiar, y con todo esso me apretavan, y me hazian bien, y yo no hazia bien ; porque sino me apretaran, no aprendiera, y ninguno por fuerça haze bien, aunque sea bueno lo que haze : ni los que me apretavan me hazian aquel bien, mas el bien que se me hazia, me venia de vos, Señor ; porque ellos no tenian cuenta con el blanco adonde yo avia de encaminar las letras que me compelian à aprender, ni tenian otro fin, sino satisfazer al apetito insaciable de la riqueza probre, y de la gloria afrentosa (que tal es la que el hombre vano apetece) pero

vos, Señor, que teneis contados los cabellos de nueſtra cabeça, con miſericordia del engaño de todos los que me matavan que aprendieſſe, os ſerviades para mi provecho, y de la culpa que yo tenia en no querer aprender, os ſerviades para mi pena, ſiendo yo digno de ſer caſtigado con ella, porque aunque era tan pequeño en el cuerpo, era grande en los pecados: de manera, que por medio de los que hazian mal, vos me haziades bien, y juſtamente caſtigavades mis culpas con mis penas, porque vos aveis pueſto eſta ley, y aſſi es, que el animo deſordenado ſea verdugo de ſi miſmo.

CAPITULO XIII.

A que eſtudios ſe aficionava mas.

HAſta agora no acabo de entender por que razon tenia yo tan grande aborrecimiento à las letras Griegas, que ſiendo muchacho me enſeñavan, yo guſtava mucho de las letras Latinas, no las que enſeñan los

maestros de leer, sino los otros, que se llaman Gramaticos, porque aquellas primeras en que se aprende à leer, y escrivir, y contar, no las tenia por menos pesadas, y trabajosas que todas las Griegas. Y de donde me venia esto, sino del pecado, y de la vanidad desta vida, porque era carne, y un espiritu que và, y no buelve? Porque sin duda que aquellas primeras letras eran mejores, y mas ciertas, por las quales yo he alcançado poder leer lo que hallo escrito, y escrivir lo que quiero, que no las otras, en que olvidado de mis yerros, era forçado à acordarme de la errada navegacion de no sé que Eneas; y de llorar à Dido, que se matò por amores, siendo yo tan miserable, que con semejantes cosas me apartava, Dios mio, de vos que sois mi vida; y viendome muerto, no me llorava: porque que cosa ay de mayor miseria, que ver à un hombre tan miserable, que no tiene misericordia de si? y que llora la muerte de Dido, causada por el amor de Eneas, y no llora su propia

muerte, que se causa de no amaros à vos, Señor Dios, que sois lumbre de mi coraçon, y pan interior de mi alma, y virtud, y esposo dulcissimo que la fecundais, y posseeis los mas secretos senos de mis pensamientos: yo no os amava, antes fornicava con las criaturas, siendo desleal à vos; y quanto yo andava mas perdido, tanto era mas favorecido, y alabado; porque la amistad deste mundo, no es sino un adulterio cometido contra vos, y los que estàn embueltos en él, son alabados, y no se tiene por hombre el que no es tal. Y yo no llorava esto, y llorava à Dido muerta, y acabada con hierro, y dexandoos à vos, seguia vuestras criaturas, y de la tierra me iba tras la tierra, y tenia dolor quando no me dexavan leer, lo que leydo me avia de dar dolor: y tienense por mas honradas y mas provechosas las letras, en que se enseñan estos desatinos, que las otras, en que se aprende à leer, y à escrivir. Pero vos, Dios mio, clamad à mi alma, y vuestra verdad me diga, no

es assi, sino que aquella primera institucion, y dotrina es mejor, y yo cierto antes querria olvidarme de los discursos, y rodeos de la navegacion de Eneas, y de todas las demas cosas semejantes, que escrivir, y leer. Es verdad, que las puertas de las escuelas de los Gramaticos estan adornadas con paños que cuelgan delante dellas; pero mas son coverturas de errores, que velo, y ornato de autoridad. No dèn vozes contra mi aquellos que yà yo no temo, por que mi alma os confiessa, y alaba, Señor; y yo descanso, reprehendiendo mis malos caminos, por seguir los vuestros que son buenos: estos vendedores, y compradores de Gramatica no den vozes contra mi; porque si les preguntare, si es verdad, que Eneas vino à Cartago, como dize el Poëta, los menos doctos responderàn, que no saben, y los mas doctos diran que no es verdad. Mas si yo les preguntare, con que letras se escrive el nombre de Eneas; todos los que aprendieron estas letras me diràn la ver-

dad, segun la orden de los que las instituyeron, y enseñaron. Y si les preguntare, qual es mas dañoso para la vida humana, el olvidarse de leer, y escrivir, ò de aquellas ficciones, y devaneos poëticos, quien duda lo que deve responder el que no està olvidado de si? Segun esto, yo siendo niño pecava, quando anteponia aquellas cosas vanas à estotras provechosas, ò por mejor dezir, quando aquellas amava, y estotras aborrecia? Pues si hablasse del guarismo, quan odiosa y desabrida cosa era para mi el oyr dezir, uno, y uno son dos, y dos vezes dos son quatro; y por otra parte era para mi un espectaculo vano, pero de mucho gusto, y entretenimiento aquel cavallo de madera lleno de soldados armados, que le metieron en la Ciudad de Troya, y el incendio de la misma Troya, y la sombra de Creusa.

CAPITULO XIV.

De las Letras Griegas, y Latinas.

PUes porque aborrecia yo la Gramatica Griega, en que semejantes cosas se contavan? Porque el poëta Homero, que es grande artifice, y maestro de semejantes fabulas, y dulcemente vano, era muy amargo para mi, aunque creo que para los muchachos Griegos lo sea tambien Virgilio, quando son apremiados de aprenderle, como yo lo era de aprender à Homero, porque aquella dificultad que ay en aprender la lengua peregrina, era coma una hiel que se derramava en la dulçura que yo hallava en las fabulas, y narraciones Griegas; porque yo no sabia aquella lengua, y hazianmela aprender con espantos, amenazas, y penas: y la Latina, aunque siendo niño no la sabia, pero con un poco de cuidado la aprendi sin ningun temor, ni pena, entre los regalos de las amas, y burlas, y entretenimientos que me hazian, y

aprendila sin que nadie para ello me molestasse, porque mi mismo coraçon que queria, y no podia explicar sus conceptos, me estimulava, y movia à buscar algunas palabras para declararlos, las quales yo aprendia, no delos que me las enseñavan, sino de los que hablavan, en cuyos oïdos yo tambien deseava poner lo que sentia. De aqui claramente se saca, que para hazer aprender, tiene mas fuerça la curiosidad libre, que la necessidad medrosa. Pero vos, Señor, con vuestras leyes reprimis la corriente deleznable de aquella edad: con aquellas leyes, digo, que comiençan de la palmatòria, y llegan hasta las tentaciones, y tormentos de los Martyres, y son tan poderosas que saben mezclar azibar, y una amargura saludable en los deleytes ponçoñosos, para que dexandolos, nos bolvamos à vos, de quien nos partimos por seguirlos.

CAPITULO XV.

Oracion à Dios.

OYd, Señor, mi oracion, no desfallezca mi alma debaxo de vuestra disciplina, ni yo me canse confessando vuestras misericordias, por las quales me sacastes de todos mis caminos torcidos, para que me seais mas dulce que todos los engaños que yo seguia, y yo os ame fortissimamente, y de todas mis entrañas me abrace con vuestra santa ley, y vos me libreis de toda tentacion, hasta el fin. Vos, Señor, sois mi Rey, y mi Dios; por tanto, todo lo bueno que yo aprendi siendo muchacho, os sirva, y todo lo que hablo, escrivo, y leo, y cuento. Porque quando yo aprendi las cosas vanas, vos me castigavades, y me aveis perdonado los pecados, que deleytandome en ellas cometia. Verdad es, que yo en aquellas vanidades aprendi muchas palabras utiles; pero tambien se pueden aprender en las cosas que no son vanas; y

eſte es el camino ſeguro por donde los moços deben caminar.

CAPITULO XVI.

Contra las fabulas deshoneſtas.

PEro ay, ay, que grande fuerça tiene la coſtumbre, y como à manera de un rio arrebatado, y furioſo corre con tan grande impetu, que à penas ſe le puede reſiſtir. Quando ſe ſecara eſte rio? Quando dexara de llevar tras ſi à los hijos de Eva, haſta anegarlos en aquel mar eſpacioſo y peligroſo, que à penas con nave ſe puede paſſar? Como no veo yo en ti que Jupiter truena en el cielo, y es adultero en la tierra? Bien ſé que èl no pudo hazer eſtas dos coſas; pero para poder ſeguramente adulterar, fingiò que tronava. Que Maeſtro de Gramatica avrà, que oïga con paciencia à un hombre de ſu profeſſion, que dize eſtas palabras: Eſto fingiò Homero, atribuyendo las coſas humanas à los Dioſes; mas quiſiera que truxera à los hombres las divinas.

Cierto, con mas verdad dixera, que Homero fingiò eſtas coſas haziendo Dioſes à hombres vicioſos, y atribuyendoles las coſas divinas, para que los pecados no ſe tuvieſſen por pecados, ſino que qualquiera que los cometieſſe, creyeſſe que imitava, no à los hombres malos, ſino à los Dioſes celeſtiales. O rio infernal, quantos hombres ſe pierden en ti con ſus ganancias, quando aprenden eſtas torpeças? Y tieneſe por gran coſa repreſentarſe en las plaças publicamente en preſencia de los juezes, que dànpremio à los que las repreſentan, y con todo eſſo hazes ruido corriendo por tu piedras, y reſuenas diziendo: Aqui ſe aprenden las palabras elegantes? aqui ſe alcança la eloquencia, que es tan neceſſaria para explicar bien ſus conceptos, y perſuadir el hombre lo que quiere? Como, que no pudieramos noſotros aprender eſtas palabras, rozio de oro, regaço, y engaño, y templos del cielo, y otras palabras que eſtàn eſcritas en aquel lugar, ſi Terencio no nos pu-

ſiera delante un moço laſcivo, que toma por exemplo de ſu deshoneſtidad à Jupiter, mirando una tabla pintada en la pared, adonde eſtava pintado como Jupiter para cubrir ſu adulterio, transformandoſe en un rozio de oro, deſcendia en las faldas de Danae, engañando à aquella pobre muger: y mirad como ſe animava el moço à la deshoneſtidad, con el exemplo celeſtial de ſus Dioſes. Como (dize) y yo hombrecillo no harè lo que hizo Dios? y que Dios? El que haze con los truenos temblar el cielo. Cierto yo lo hize, y de buena gana lo hize. Por eſta torpeza no ſe aprenden mejor eſtas palabras, mas por eſtas palabra eſta torpeza ſe obra con mayor libertad. No reprehendo yo las palabras, que ſon como unos vaſos eſcogidos, y precioſos, ſino el vino dañado que en ellos nos dan à bever los maeſtros, eſtandos ellos tomados dèl. Y ſino queriamos bever, nos caſtigavan, ſin poder apelar algun juez ſobrio, y templado. Y con todo eſto yo, Dios mio, en cuya pre-

sencia ya seguramente me acuerdo destas cosas, con gusto las aprendi, y me deleytava en ellas, y por ello me llamavan muchacho habil, y de grandes esperanças.

CAPITULO XVII.

El exercitio que tenia en recitar, y en desatar los versos.

DAdme licentia, Dios mio, para que yo diga en que desatinos cansava el ingenio, que vos por vuestra misericordia me aveis dado. Proponianme un negocio muy inquieto, y desasosegado para mi alma, y para moverme mas, me ponian delante el premio de la alabança, y el vituperio, y el temor del castigo, y açotes. Y el negocio que me proponian era, que dixesse las palabras de Juno enojada, dolorosa, y afligida, porque no podia impedir la entrada del Rey de los Troyanos en Italia, las quales yo à ella nunca avia oïdo dezir, mas forçavannos à salir de camino, y seguir la huella

de las ficiones poëticas, y dezir en proſa, lo que el Poëta avia dicho en verſo : y aquel hazia eſto mejor, y era mas alabado, que mas vivamente repreſentava los afectos de la ira, y del dolor, ſegun la dignidad de la perſona que fingia, y con palabras mas ſignificativas veſtia las ſentencias que dezia. Pero, ò Dios mio, y verdadera vida mia ! que ſacava yo de todo eſto ? Que provecho ſe me ſeguia, quando recitando yo, me alabavan mas que à todos mis iguales, y condiſcipulos ? Como no era todo aquello humo, y vanidad ? Por ventura, Señor, no avia otra coſa en que exercitar el ingenio, y la lengua en vueſtra alabança ? Si yo me empleara en las ſagradas Eſcrituras, pudieran vueſtras alabanças, que ſe leèn en ellas, ſin duda conſervar la fruta de mi coraçon ; de ſuerte, que las aves no me labraron por medio deſtas vanidades : porque no de una ſola manera ſe haze ſacrificio à los demonios.

CAPITULO XVIII.

Como los hombres procuran guardar las leyes de la Gramatica, y quebrantan las de Dios.

PEro que maravilla es, Señor, que yo me fuesse tras las vanidades, y salieſſe fuera de vos, pues me ponian por dechado, y exemplo à unos hombres que ſe confundian quando los reprehendian, por aver contado algunos hechos ſuyos, no malos, con algun barbariſmo, ò ſoleciſmo: y ſi contavan ſus deſoneſtidades, y torpezas, con palabras bien compueſtas, elegantes, eran alabados, y ſe gloriavan dello. Eſtas coſas bien las veis vos, Señor, y callais con mucha paciencia, y ſufrimiento; pero quanto ha de durar eſte ſilencio? Aveis de callar para ſiempre? y no librais deſte abiſmo profundiſſimo al alma que os buſca, y tiene ſed de vueſtros deleytes, y cuyo coraçon os dize: Vueſtro roſtro buſquè, Señor, vueſtro roſtro buſcarè, porque yo muy lexos

deſte vueſtro roſtro me apartè por un afecto eſcuro, y tenebroſo. Que el huir de vos, y el bolver à vos, no ſe haze por diſtancia de lugares, ni de paſſos corporales. Buſcò por ventura cavallos, ò carros, ò naves aquel vueſtro Hijo menor, ò volò con alas viſibles, ò camino con los pies quando ſe apartò de vos para aquella region remota, y apartada, y para deſperdiciar en ella lo que vos le aviades dado à ſu partida? Muy dulce Padre le fuiſtes en darſelo, y mucho mas dulce en recebirle, quando bolviò pobre, y perdido. El que eſtà preſo de algun afecto libidinoſo, y tenebroſo (que todo es uno) eſſe eſtà lexos de vueſtra preſencia, y de vueſtra luz. Mirad, Señor, y Dios mio, y mirad con paciencia como ſoleis, mirad el cuidado que ponen los hijos de los hombres en guardar las reglas de las letras, y de las ſillabas que les enſeñaron los primeros maeſtros del hablar; y el deſcuido que uſan en obedecer à las leyes eternas de nueſtra perpetua ſalud. De ma-

nera, que si alguno que sabe, ò enseña las tales reglas, y preceptos de hablar, dixesse, ò escrivièsse en Latin esta palabra, Hombre, sin h, contra sus reglas, mas desagradaria à los hombres, que si contra vuestros Mandamientos, siendo hombre aborreciesse al mismo hombre. Como si algun hombre (por enemigo que sea) pudiesse hazerle màs daño que el odio con que èl persigue al otro, ò como si alguno pudiesse destruir mas à otro que el mismo se destruye à si, teniendo à otro mala voluntad; siendo cosa cierta, que la ciencia de las letras no es tan intrinseca, è interior à nuestra alma, quanto nuestra propia conciencia, en la qual està escrito, que no hagamos con otro, lo que no querriamos que se hiziesse con nos. Maravillosos son vuestros secretos, Dios mio, solo, y grande; que morais con silencio en las alturas, y con una ley perpetua, è inefable, para castigo de los apetitos desordenados de los hombres, permitis que se cieguen en pena de su pe-

cado. Quando el hombre busca fama de eloquencia, y estando delante del juez, acusa à su enemigo en presencia de muchos, y con un odio cruel le persigue, tiéne grandissimo cuydado, que por yerro de la lengua no diga palabra contra la Gramatica, y contra el comun uso de los que hablan bien, y no se le da nada del odio furioso, y desatinado con que quiere sacar de entre los hombres à otro hombre.

CAPITULO XIX.

Que mas cuidado ponia de no caer en algun barbarismo, que en pecado.

A La puerta de estas costumbres estava yo siendo muchacho miserable, y este era el exercicio en que me avia de ocupar, y temia mas hazer un barbarismo, que quando le hazia, de no tener embidia à los que no le hazian. Yo, Señor Dios mio, confiesso delante de vos las cosas de que era alabado de aquellos à quien yo quando agradava en aquel tiem-

po, juzgava que vivia honeſtamente, porque no veia la profundidad de la fealdad en que eſtava lançado de vueſtros ojos. Porque que coſa avia aun entre aquellas miſmas perſonas mas fea que yo? pues en muchas coſas los deſagradava, engañando con innumerables mentiras à mi Ayo, y à mis Maeſtros, y Padres, por amor del juego, y por la curioſidad de ver eſpectaculos vanos, è imitar el deſaſoſiego, è inquietud de los juglares. Hurtava de la deſpenſa, y de la meſa de mis Padres, unas vezes por goloſina, y otras por tener que dar à los otros muchachos que jugavan, y ſe entretenian con migo, y con todo eſſo, holgandoſe como yo de jugar, me querian vender el jugar con migo, y yo vencido de la codicia de la vana excelencia, procurava vencer à los otros, aunque fueſſe con engaño. No avia coſa mas moleſta para mi, ni que yo mas gravemente reprehendieſſe, que el hazer ellos con migo, lo que yo hazia con ellos. Y ſi hallandome en

alguna culpa me reprehendian, no la conocia; ni me rendia, antes me embravecia, y enojava. Puedese esta llamar inocencia de niño? No lo es, no por cierto, Señor Dios mio; porque la misma passion, y corrupcion en su raiz es la del niño, y la del hombre, aunque no es el mismo el objeto. En los niños està mas flaca; pero de las cosas menores se viene à las mayores, y de los Ayos, y Maestros, à los Governadores, y Reyes: y de las nuezes, y pelotas, y pajarillos, se viene à codiciar el oro, y las heredades, y el tener esclavos, y vienen con la mayor edad nuevos, y mayores cuidados, como à la palmatoria succeden otros mayores trabajos, y suplicios. Y con todo esto vos, Señor, y Rey nuestro, quando dixistes: Destos tales es el Reyno de los cielos, alabastes la humildad que ay en aquella edad.

CAPITULO XX.

Da gracias à Dios de los beneficios recebidos.

YO os hago infinitas gracias, Señor Dios mio, y excelentissimo, y benignissimo Criador, y governador del universo, porque me hizistes niño. Y aunque no me huviessedes hecho otra merced, os las daria, porque en aquella edad, ya yo tenia ser, y vivia, y sentia, y tenia cuenta con mi salud; la qual es una huella, y señal de la sacratissima unidad, que es fuente de donde mana mi ser, y guardava con el sentido interior la integridad de mis sentidos, y en las mismas cosas, aunque pequeñas, y en los pensamientos de las cosas pequeñas, me deleytava de la verdad. No queria ser engañado, tenia buena memoria, exercitavame en hablar bien, regalavame con la amistad, huia del dolor, del desprecio, y de la ignorancia. Que cosa ay en un animal como este, quo no sea maravillosa,

ravilloſa, y digna de loor ? Pero todas eſtas coſas ſon dones de mi Dios, no me las di yo à mi, buenas ſon, y yo ſoy ellas todas : huego bueno es el que me hizo, y èl es mi bien, y en èl me alegro de todas las coſas, que aun ſiendo niño tenia. En eſto pecava, porque no buſcava en eſte Señor, ſino en las criaturas à mi, y los otros deleytes, honras, y verdades, y porque le dexava à èl, caïa en dolores, confuſiones, y errores. Gracias os doy dulcedumbre mia, honra mia, y confiança mia, y Dios mio: Gracias os doy por vueſtros dones, pero guardadmelos, Señor, porque deſta manera me guadareis à mi, y los miſmos dones que me aveis dado, ſe me aumentaràn, y ſe perficionaràn, y yo ſerè con vos, pues para eſto me los diſtes.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO II.

CAPITULO I.

Como entrò en la edad, y vicios de la juventud.

QUierome acordar de mis fealdades passadas, y de las carnales torpezas de mi anima, no porque las amo, sino por amaros à vos mi Dios. Esto hago por amor de vuestro amor, trayendo à la memoria mis caminos torcidos con grande amargura de mi coraçon, para que vos me seais dulce, que sois dulçura verdadera, dulçura dichosa, y segura, y me recojais de aquel derramamiento,

y diviſion en que eſtoy partido en mil partes, por averos dexado à vos (que ſois uno) y deſvanecidome en muchas coſas. Tuve yo en algun tiempo de mi juventud gran ſed de hartarme deſtas coſas baxas, y perecederas, y con la verdura, y ſombra de varios amores ſe afeò, y corrompiò mi hermoſura y agradandome de mi, y queriendo agradar à los ojos de los hombres, en los vueſtros, Señor, me hize feo, y abominable.

CAPITULO II.

Acuſa ſu juventud gaſtada en amores deshoneſtos.

Y Que era en lo que yo me deleytava, ſino en amar, y ſer amado? Pero no guardava yo en eſto el modo devido, ni me contentava de los terminos del amor puro, y claro, que conſiſte en la buena amiſtad, antes del cieno de mi concupiſcencia, y de los pantanos de mi moçedad, ſubian unas como nieblas muy eſpeſas, que eſcurecian mi coraçon, en tanto

grado, que no sabia hazer diferencia entre la serenidad del verdadero amor, y la escuridad del carnal deleyte. Y el uno, y el otro ardian confusamente, y arrebatavan mi flaca edad por unos despeñaderos de vanos deseos, y me anegavan en un gran pielago de pecados. Vos estavades muy enojado contra mi, y yo no lo sabia: haviame hecho sordo con el sonido de la cadena que traïa de mi carne flaca, en pena de la sobervia de mi alma, y ivame alexando de vos cada dia mas, y vos me dexavades, y yo perdido, y desatinado, y preso de mis blanduras sensuales, andava inquieto, y derramado, y hirviendo con las llamas de mi concupiscencia, me vertia, y vos callavades. O que tarde veniστes, gozo mio! vos entonces callavades, y yo me alexava de vos, sembrando en mi alma muchas semillas (esteriles) de dolores, con un abatimiento altivo, y con un cansancio desasosegado, no havia quien pudiesse mitigar aquella mi miseria, para que yo usasse

moderadamente de la hermoſura de las coſas baxas de la tierra, que tan preſto huye, y ſe deshaze; y poniendo taſſa à los deleytes dellas, ſe rompieſſen aquellas hondas de mi edad, con que era combatido, y ſe deshizieſſen como en una playa, y blanda arena con el uſo del matrimonio. Porque mi anima abraſada no ſe contentàva con el fin dèl, que es criar hijos, como lo manda, Señor, vueſtra ley, la qual diſtes para la multiplicacion, y conſervacion del genero humano, y para templar con vueſtra mano ſuave las amarguras, y dolores, que tenemos los hijos de Adan deſpues que fuimos echados del Parayſo; donde no avia las eſpinas que aqui nos laſtiman: porque vueſtra Omnipotencia no eſtà lexos de nos, aun quando noſotros eſtamos lexos de vos: à lo menos atendiera con mayor vigilancia al ſonido de vueſtras nubes, que ſon los Apoſtoles, de los quales uno dize: No les faltarà tribulacion de la carne à los tales, pero yo os perdono; y bueno

es para el hombre no tocar à muger, y el que no tiene muger, pienſa las coſas de Dios, y como agrade à Dios; pero el que eſtà caſado, pienſa en las coſas del mundo, y como agrade à ſu muger. Mejor fuera para mi oir eſtas vozes con mayor atencion, y menoſpreciando la ſuceſſion de la carne por el Reyno de los cielos, eſperar vueſtros abraços. Pero yo, deſventurado, encendido, y abraſado, ſeguì el impetu arrebatado de mi carne, dexandoos à vos, y traſpaſsè los limites de vueſtra ley, que me aviades pueſto; pero no me librè de vueſtros caſtigos (quien es el que ſe puede librar dellos) porque vos ſiempre eſtavades preſente, y piadoſamente os enojavades, y con los malos ſuceſſos de mis malos deſſeos, aguavades el guſto ilicito que yo en ellos pretendia, para que con eſta, como ſofrenada, yo procuraſſe deleitarme ſin tantos tropieços, y embaraços. Eſto no lo podia yo hallar, ſino en vos, Señor, que fingis que ay trabajo en cumplir el precepto de vue-

ſtro amor, no aviendo otro deſcanſo en el mundo, ſino cumplirle, y herirnos para ſanarnos, y nos matais para que no muramos ſin vos. Adonde eſtava yo, y quan lexos andava deſterrado de los deleytes de vueſtra caſa, en el año diez y ſeis de mi edad, quando tomò ſeñorio ſobre mi, y yo me ſujetè, y rendi al apetito libidinoſo, y loco, que aunque los hombres diſſimulan, y no le tienen por deshonra, es prohibido por vueſtras ſantas leyes? No tuvieron los mios cuidado detenerme con el matrimonio, para que yo no cayeſſe, ſino que fueſſe grande Orador, y con mis palabras pudieſſe perſuadir à los hombres lo que quiſieſſe.

CAPITULO III.

Los caminos que hizo por razon de ſu eſtudio, y el intento de ſus padres.

EN aquel año, viniendo de la ciudad de Madauro (adonde avia ido à eſtudiar el Arte oratoria) dexè de eſtudiar algunos dias, entre-

tanto que ſe aparejava lo que era meneſter para embiarme à Cartago, que eſtava mas lexos que Madauro. Para eſte camino yo me aparejava con mas animo que dineros, por ſer mi padre un muy pobre ciudadano de la ciudad de Tagaſte. Pero à quien digo yo eſto? No lo digo, à vos Dios mio, que lo ſabeis, ſino à aquella partecilla del linage humano, y mio, que acertare à leerlo: y para que lo digo? para que yo, y los que lo leyeren, penſemos quan de veras, y quan profundamente devemos clamar à vos; pero que coſa ay que eſtè tan cerca, y tan preſente como vueſtros oidos? Si el coraçon os confieſſa, y la vida ſe conforma con la Fè, que hombre avia entonces que no alabaſſe à mi padre? porque gaſtava con migo mas de lo que podia, y me dava todo lo que avia meneſter para mis eſtudios (que no era poco) porque otros muchos ciudadanos avia mas ricos que no èl, que no tenian eſte cuidado de ſus hijos, y con hazer eſto mi padre con migo, no tenia

cuidado que yo crecieſſe para vos, y vivieſſe caſtamente, ſino que fueſſe eloquente, ò por mejor dezir, deſamparado de vueſtra mano, Señor Dios mio, que ſois unico, verdadero, y buen Señor del campo de mi coraçon. Pero en aquel año, que (como dixe) era el diez y ſeis de mi edad, por la neceſſidad en que eſtava la caſa de mi padre, me detuve en ella ſin eſtudiar, y con la ocioſidad crecieron tanto las eſpinas de los vicios ſobre mi, que me cubrieron de pies à cabeça, ſin aver quien las arrancaſſe; antes viendome mi padre un dia lavar en los baños, ya deſta edad, y que me hervia la ſangre con ella, como quien ya ſe holgava con la eſperança de tener nietos de mi, con mucho contento ſe lo dixo à mi madre, alegrandoſe con la embriaguez de las coſas deſte mundo, con que los hombres ſe olvidan de vos ſu Criador, y en vueſtro lugar aman la criatura, pervirtiendo el amor, y abatiendo ſu voluntad à las coſas baxas. Pero en el pecho de mi madre,

ya vos aviades començado à edificar vueſtro templo, y vueſtra ſanta morada (que mi padre aun era Catecumeno, y nuevo en eſtas coſas) y aſſi ella, oyendo eſto, ſe alegrò con un piadoſo temblor, y temor: y aunque yo en aquel tiempo no era Chriſtiano fiel, temiò ella los torcidos caminos que ſiguen los que no quieren miraros, y os buelven las eſpaldas. Ay de mi! y oſo yo dezir, que vos, Dios mio, callavades, alexandome yo de vos? Aſſi callavades, y no me hablavades: y cuyas eran ſino vueſtras, aquellas palabras que por mi madre, vueſtra fiel ſierva, cantaſtes en mis oïdos, aunque ninguna coſa de las que della oïa, penetrava mi coraçon, para ponerlo por obra? Queria ella (y acuerdome, que con gran diligencia me lo aconſejò) que me apartaſſe de toda muger, y eſpecialmente de las caſadas; pero ſus conſejos me parecian conſejos de mugeres, à los quales yo tenia verguença de obedecer: mas aquellos conſejos vueſtros eran, Señor, y yo no lo ſabia, y pen-

ſava que vos callavades, y ella me hablava, y no entendia que vos me hablavades por ella: y aſſi en ella yo ſu hijo, y ſiervo vueſtro, os deſpreciava. Eſta mi ignorancia, y ceguedad, era de manera, que me dexava deſpeñar de un vicio en otro, con tan grande deſverguença, que me corria de no ſer tan deshoneſto como los otros de mi edad, quando oïa que ſe alabavan de ſus torpezas, y ſe gloriavan tanto mas dellas, quanto eran mas feas. Aſſi que yo me deleytava en mis males, no ſolo por el guſto de la mala obra, ſino tambien por alabarme dellos. Que coſa ay digna de vituperio, ſino el vicio? y yo deſventurado, por no ſer vituperado, me hazia mas vicioſo, y quando no avia hecho el mal que otros avian hecho, ni era en eſto tan perdido como ellos, fingia averlo hecho, para que no me tuvieſſen en menos, por ſer mas inocente, y por ſer mas caſto, me deſpreciaſſen mas. Con tales compañeros, Señor, paſſeava yo por las plaças de Babilonia, y me rebolcava

en el cieno, como si fuera balsamo y unguento precioso, y en medio della, para que me enlodasse mas, el enemigo invisible me hollava, y engañava, porque yo era engañadizo. Ni tampoco mi madre, aunque ya avia huido de en medio de Babilonia, y tenia poca aficion à las cosas della, y me avia enseñado la castidad, no por esso procurò de quitarme las ocasiones, tratando de casarme (como lo avia oido dezir à mi padre) viendo el peligro en que yo estava, y que no podia del todo arrancar de mi aquel torpe amor: no tuvo este cuidado, temiendo que si me casava, se perderia la esperança que de mi tenia; no digo la esperança que mi madre tenia de la otra vida, sino de las letras de mi padre, y mi madre en gran manera desseavan que yo aprendiesse. Mi padre, porque de vos cuidava poco, y de mi hazia torres de viento: y mi madre porque creia, que las letras, no solo no me serian dañosas, sino antes provechosas para la vida inmortal. Esto

es lo que yo entiendo de las costumbres de mis padres, en quanto yo me puedo acordar. Tambien me davan mas rienda para jugar, de lo que convenia à la recreacion severa, y moderada, y con esto me destraïa en desordenados desseos, y varias passiones, y en todas ellas se me ponia delante una niebla cerrada, y obscura, que me impedia la claridad de vuestra verdad, Dios mio, y (como dize vuestro santo Profeta) de los malos de una grossura salia mi maldad.

CAPITULO IV.

De un hurto que hizo.

Cierto, Señor, que vuestra ley castiga el hurto. Aquella ley (digo) que està escrita en los coraçones de los hombres, y la misma maldad no la puede borrar: porque, que ladron ay, que sufra à otro ladron? ni aun el rico que hurte al pobre? y yo quise hurtar, y hurtè, no por pobreza, ni por necessidad, si-

no por el aborrecimiento que tenia al bien, y por la sobra de mi maldad, porque hurtè aquello de que yo tenia abundancia, y mucho mejor de lo que hurtava; ni yo queria gozar de lo que tomè por el hurto, sino del mismo hurto, y pecado. Avia en un campo, vezino de una nuestra viña, un peral cargado de peras, que no eran, ni hermosas à la vista, ni sabrosas al gusto: y aviendo jugado en las eras (como teniamos de costumbre) yo, y otros moços traviessos como yo, à media noche, que era la hora en que aviamos dexado de jugar, nos fuimos al peral, y le sacudimos, y despojamos, y cargados de las peras, nos venimos, no para comerlas, (aunque algunas comimos) sino para echarlas à los puercos, porque no pretendiamos sino tomar gusto en hazer lo que por ser vedado nos le dava. Yo derramo mi coraçon delante de vos, Señor, aquel coraçon, digo, que estando en el profundo del abismo, vos le mirastes, y os apiadastes dèl. Este mi co-

raçon es bien que os diga, que no pretendia en eſte hurto, ſino ſer malo debalde, y que de mi maldad no huvieſſe otra cauſa, ſino mi miſma malicia. Fea era, y yo la amè, amè mi muerte, amè mi culpa, la qual no era tanto por amar otra coſa fuera de vos, quanto por amar la miſma culpa, y ſaliendo de vueſtra firmeza, y cayendo en la perdicion, apetecia feamente, no otra coſa, ſino la miſma fealdad.

CAPITULO V.

Que ninguno peca ſin cauſa.

NO ſe puede negar, que en las coſas que tienen cuerpo ay hermoſura, como claramente ſe vè en el oro, y en la plata, y en todo lo demas, y la proporcion que ſe ſiente en el tacto de la carne, puede mucho, y lo miſmo es de los otros ſentidos. Los cuerpos tienen ſu concierto, y harmonia. Tambien la honra temporal, y el poder mandar, y ſer mas aventajado que otro, tiene ſu

hermoſura, de donde nace el deſſeo de la vengança. Pero por alcançar todos eſtos bienes, no ſe ha de apartar el hombre, Señor, de vos, ni deſviarſe un punto de vueſtra ley. Y la vida que aqui vivimos tiene ſus dulzuras, y halagos, por un cierto modo, y conveniencia de ſu hermoſura, que dize con todas las coſas que acà baxo ſon hermoſas, y parecen bien. La amiſtad aſſi miſmo de los hombres, con un ñudo fuerte de amor es dulce, haziendo de muchos amigos uno. Por todas eſtas coſas, y otras ſemejantes, pecamos, porque nos inclinamos demaſiadamente à ellas, y abraçandonos con los mas baxos bienes, dexamos los mayores, y mas excelentes, que ſois vos, Señor, Dios mio, y vueſtra verdad, y vueſtra ley. No ay duda, ſino que tambien eſtas coſas de la tierra tienen ſus deleytes, pero no tienen que ver con el deleyte de mi Dios, que hizo todas las coſas, en quien el juſto ſe deleyta, y èl es el deleyte de todos los que ſon rectos de coraçon. De manera, que

quando ſe pregunta la cauſa, porque ſe cometiò algun pecado, no ſe ſuele creér que ay otra, ſino, ò el apetito de alcançar alguno deſtos bienes bãxos, que diximos, ò el temor de perderlos. Son ellos, ſin duda, hermoſos, y eſtimados, y eſto no ſe puede negar; pero ſi ſe comparan con aquellos ſoberanos, y celeſtiales, todos los de acà baxo ſon viles, y de ningun precio, y valor. Aquel matò à un hombre, porque? porque queria bien à ſu muger, ò à ſu hazienda, ò lo queria robar, por tener con que vivir, ò temiò que el otro no le hizieſſe otro tanto mal, ò por eſtar agraviado, ſe quiſo vengar. Ay, por ventura, algun hombre que mataſſe à otro, ſolo por deleitarſe en el homicidio? quien lo creerà? porque lo que ſe dize de un hombre malvado, y cruel, que lo era debalde, y ſolo por ſerlo, poco antes ſe dixo la cauſa, que ſe exercitava en tales obras, y crueldades, porque por no uſarla, no ſe le entorpecieſſe la mano, ò el animo? y eſto porque? porque exercita-

do en eſtas maldades, y apoderado de la ciudad de Roma, alcançaſſe honra, mando, y riquezas, libre ya del temor de las leyes, y de mal paſſar la vida por falta de la hazienda, y mala conciencia; de ſuerte, que ni aun el miſmo Catilina amò ſus maldades, y vicios por ſi miſmos, mas otra era la cauſa porque los cometia.

CAPITULO VI.

Que todas las coſas con que ſo color de bien, los vicios nos engañan, en ſolo Dios ſon verdaderos, y perfetos bienes.

QUeria ſaber, ò hurto mio! que es lo que yo miſerable buſquè quando te cometi? O maldad mia! que cometi de noche? ſiendo de diez y ſeis años, que pretendi? porque ſiendo hurto, no podias ſer hermoſo: y digo eſto ſi eres algo, para que yo hable con tigo. Aquellas peras que hurtamos, hermoſas eran, Señor, porque eran vueſtras criaturas, y vos ſois hermoſiſſimo ſobre todas las coſas, y criador de todas; Dios bueno,

Dios ſumo bien, bien mio verdadero, hermoſas eran aquellas peras, pero no eran ellas las que mi anima miſerable codiciò, porque yo tenia abundancia de otras mejores, y quando las cogi, no pretendi ſino hurtar, porque deſpues de cogidas las arrojè, y dellas ſolo comi la maldad con que me deleitava, y ſi comi algunas de aquellas peras, lo que les dava ſabor, era la maldad. Aora querria ſaber, mi Dios, que era lo que en el hurto me deleitava, porque yo no deſcubro en el raſtro alguno de bien, no digo tal, como es el que ſe halla en la juſticia, y en la prudencia, ni en el entendimiento, memoria, y vida vegetativa del hombre, ni como aquella que dà hermoſura à las eſtrellas, y las pone en ſus lugares, y à la tierra, y al mar que eſtàn llenos de varios animales, ſucediendo los que nacen à los que mueren. Ni aun ſi quiera como una falſa, y engañoſa hermoſura, con que los vicios nos engañan, porque la ſobervia imita una manera de alteza, ſiendo vos ſo-

lo excelso, y alto sobre todas las cosas; y la ambicion que busca sino honra, y gloria? Siendo vos solo sobre todas las cosas, digno de honra, y glorioso para siempre. La crueldad de los Principes, y de los que mandan, quiere ser temida, pero quien lo deve ser sino solo Dios? de cuyo poder, quien ay que se pueda librar, ò quando, ò adonde, por quien, ò en que lugar? Y las blanduras de los que sensualmente se aman, tambien pretenden sacar amor; pero no ay cosa mas blanda que vuestra caridad, ni que mas provechosamente se ame, que aquella vuestra verdad, que sobre todas las cosas es hermosa, y resplandeciente. Pues la curiosidad parece que imita el estudio de la ciencia, siendo vos solo el sabidor de todas las cosas. La ignorancia, y necedad se cubren con nombre de simplicidad, y de inocencia, porque no ay cosa tan sencilla como vos, y que cosa ay mas inocente, y pura que vos, cuyas obras son tan contrarias, y enemigas à los

malos? La floxedad aſſi miſmo parece que buſca quietud, y repoſo: pero adonde la puede aver cierta ſino en vos? La ſuperfluidad de adereços, y aparato, quiere ſer llamado abundancia, y hartura, y vos ſois la copia, y ſuperabundancia de aquella ſuavidad, que no desfallece ni ſe corrumpe. La prodigalidad, y derramamiento, toma nombre de liberalidad, mas vos ſois el dador liberaliſſimo de todos los bienes. La avaricia quiere poſſeer muchas coſas, y vos las poſſeéis todas. La embidia nace del apetito de la excelencia: mas que coſa ay mas excelente que vos? La ira quiere vengarſe, y quien ay que mas juſtamente ſe vengue que vos? El temor ſe eſpanta de los caſos repentinos, y no acoſtumbrados, y que ſon contrarios à lo que ſe ama, deſſeando tenerlo ſeguro; pero en vos que coſa ay que ſea ſubita, ò repentina? ò quien ay que pueda apartar de vos, lo que vos amais, ò donde puede aver cierta ſeguridad ſino en vos? La triſteza nos aflige quando ſe

pierden las coſas en que ſe deleitava nueſtra codicia, que no queria que ſe le quitaſſen, como à vos ninguna ſe puede quitar. Aſſi anda fornicando el alma con las criaturas quando ſe aparta de vos, y buſca fuera de vos, lo que puro, y limpio no halla, ſino quando buelve à vos. Mal os imitan, Señor, todos los que ſe alexan de vos, y ſe levantan contra vos; pero aun quando os imitan deſta manera, mueſtran que vos ſois el Criador de toda la naturaleza, y que no ay donde ella totalmente ſe pueda apartar de vos. Pues que es lo que yo amè en aquel hurto, ò en que imitè yo mal, y perverſamente à mi Dios? Por ventura, holgueme yo de hazer contra la ley, ſi quiera por engaño, ya que por fuerça no podia, y ſiendo cautivo, hize por parecer libre, lo que no me era licito hazer ſin caſtigo, pretendiendo una ſemejança engañoſa de vueſtro poder?

CAPITULO VII.

Haze gracias à Dios por el perdon de ſus pecados, y por averle guardado de otros muchos.

VEis aqui el ſiervo, que por ſeguir la ſombra huyò de ſu Señor, ò corrupcion, ò monſtruo de la vida, y profundidad de la muerte! Pudome à mi agradar lo que no me era licito, ſolo porque no era licito? Con que pagarè yo à Dios el acordarme deſto, y no temblar mi alma por ello? Yo os amarè, Señor, y os harè gracias, y alabarè vueſtro ſanto nombre, por averme perdonado tantas, y tan graves maldades; à vueſtra gracia, y à vueſtra miſericordia devo yo el aver vos deshecho mis pecados, como ſe deshaze el yelo: y à cuenta deſta miſma gracia, pongo todos los males que no hize. Porque, que mal no pudo hazer el que debalde amò la miſma maldad? Confieſſo que me aveis perdonado todos los pecados que yo hize por mi voluntad, y los que no

hize por vuestra gracia. Que hombre ay, que considerando su flaqueza, se atreva à atribuir à sus fuerças su inocencia, y castidad, y della tome motivo para menos amaros, pareciendole que no tiene necessidad de aquella vuestra misericordia, con que perdonais à los pecadores que buelven à vos? Porque el que llamado de vos oyò vuestra voz, y no hizo los pecados que leé de mi, y yo confiesso aver hecho, no se burle de mi, porque estando yo enfermo, aquel Medico me sanò, que à èl le preservò para que no enfermasse, ò por mejor dezir, para que enfermasse menos. Antes os deve amar tanto, ò mas, pues vé que el que à mi me librò de la dolencia de mis graves pecados, à èl le detuvo para que no cayesse en ellos.

CAPITULO VIII.

Lo que amò en el hurto.

QUe fruto tuvè yo cuytado, en las cosas, que aora quando me acuerdo

acuerdo dellas, me acarrean verguença, eſpecialmente en aquel hurto, en el qual no amè otra coſa, ſino el miſmo hurto, ſiendo nada, y yo mas miſerable por èl? Con todo eſſo, en quanto me puedo acordar, yo ſolo no le hiziera? luego tambien amè en el hurto la compañia de los otros que me ayudaron: pues ſiendo aſſi, no puedo dezir que no amè otra coſa ſino el hurto: antes ninguna otra coſa amè, pues que todo ello es nada. Mas à la verdad, que es? Quien me enſeñarà, ſino el que alumbra mi coraçon, y aparta las ſombras dèl, para que buſque, y conſidere, que fue aquello que entonces me moviò? porque ſi yo entonces amara por ſi aquella fruta que hurtè, y deſſeava gozar della, y pudiera à ſolas (ſi eſto baſtàra) cometer aquella maldad, y con ella alcançar mi deleite, ſin encender mas el ardor de mi codicia con la mala compañia; pero como yo no hallava deleite en aquellas peras, poniale en la miſma traveſſura, que ſe acrecentava con la compañia

de los que juntamente con migo pecavan.

CAPITULO IX.

Quan dañoſa es la mala compañia.

QUe afecto era aquel que mi animo tenia ? por cierto que era muy feo : ay de mi ! que tal tenia. Pero que era ? Quien entenderà los pecados ? Era una cierta riſa que nos bullia, y ſaltava en el coraçon, y nacia de ver, que engañavamos à los que eſtavan deſcuidados de lo que haziamos, y les peſava en gran manera que lo hizieſſemos. Pues porque me holgava yo de no ſer ſolo en el pecado ? Es por ventura la cauſa, porque ninguno quando eſtà ſolo rie facilmente ? aſſi ſuele ſer, pero tambien la riſa algunas vezes vence à los que eſtàn ſolos, y ſin compañia, quando, ò à los ſentidos, ò al animo ſe ofrece alguna coſa, que ſea muy digna de riſa. Mas en fin, yo ſolo aquello no lo hiziera, cierto que yo ſolo en ninguna manera lo hiziera, por-

que delante de vos, mi Dios, tengo viva la memoria de lo que entonces hize: yo ſolo no cometiera aquel hurto, en el qual no me agradeva lo que hurtava, ſino el hurtar, y eſto à ſolas no me agradara, ni lo hiziera. O amiſtad de nombre: y verdadera enemiſtad, engaño del coraçon, que no ſe entiende, y una codicia de hazer mal, y de dañar en juegos, y burlas, y un apetito del mal ageno, que no nace de deſſeo de intereſſe, ni de vengança, ſino de oïr dezir: vamos, hagamos, y de tener verguença de no ſer deſvergonçados.

CAPITULO X.

Que en Dios eſtà todo el bien.

QUien desharà eſte ñudo tan intricado, y ciego? Feo es, no quiero poner los ojos en èl, ni verle. A vos quiero, Dios mio, que ſois juſticia, è inocencia hermoſa, y à los ojos limpios agradable, y les dais inſaciable hartura. En vos eſtà ſobre manera el deſcanſo, y la vida, que

jamas se puede turbar. El que entra en vos, entra en el gozo de su Señor, y no temerà, y hallarse ha muy bien en el que es sumo bien. Yo me apartè de vos, y anduve perdido, Dios mio, y porque en mi juventud me desasi de vos, que sois firme, y estable, anduve descarriado, y hecho tierra yerma, y esteril, y llena de pobreza, y confusion.

LAS CONFFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO III.

CAPITULO I.

Como deſſeando amar fue preſo del amor.

VIne à la ciudad de Cartago, y vine cercado por todas partes de uno como incendio, y hervidero de deshoneſtos amores. Aun no amava, y deſſeava amar, y con una mas ſecreta pobreza me aborrecia à mi, porque era menos pobre. Buſcava que amar, deſſeando amar, y queria mal al camino ſeguro, y ſin trampas, y laços. Tenia hambre de aquel mantenimiento interior, que ſois vos, Dios mio, pero en eſta hambre no ſentia hambre, ni deſſeava los man-

jares que no se corrumpen : no porque yo estuviesse harto dellos, sino porque tanto mas hàstio me causavan, quanto me hallava dellos mas vazio, y por esso no le iva bien à mi alma, y assi llagada, se arrojava miserablemente fuera de si, encarnizada en el apetito sensual de las cosas sensibles, las quales sino tuviessen alma, no se amarian. Dulce cosa era para mi el amar, y el ser amado, especialmente quando llegava à gozar de la cosa que amava; de manera, que yo con la immundicia de la concupiscencia ensuciava la vena pura de la amistad, y escurecia su blancura con una sensualidad infernal: y con ser sucio, y deshonesto, era tan grande mi vanidad, que queria parecer galan, y gentil Cortesano; al fin, cai en el amor, del qual desseava ser preso. O Dios mio, y misericordia mia, como aguastes aquel mi deleyte? Que de hiel, y que de azibar, y con quanta bondad derramastes sobre èl? porque yo fui amado, y llegue secretamente à lo que queria, y estan-

do alegre, me veïa atar de unas ataduras congojosas, y ser herido como con unas encendidas varas de hierro, de zelos, de sospechas, y temores, de iras y contiendas. Llevavanme tras si las representaciones del teatro, en las quales yo veïa, como en un espejo, mis miserias, y con aquellas llamas mi fuego crecia.

CAPITULO II.

De las representaciones de las Tragedias.

QUe quiere dezir, que quando el hombre està mirando alguna representacion llorosa, y tragica, y de cosas que el no querria padecer, se huelga de tener dolor, y el tenerle le es deleyte? que es esto, sino una miserable locura? Porque tanto mas se mueve el hombre con estas cosas, quanto està menos libre de semejantes afectos. Aunque quando el mismo hombre padece, se suele llamar miseria, y quando se compadece de otro, misericordia. Pero que miseri-

cordia puede aver en las cosas vanas, y fingidas, en las quales el que las oye no es movido para socorrer, sino solo para tener dolor, y tanto mas le agrada el autor destas representaciones, y vanidades, quanto es mayor el dolor que tiene quando las oye. Y si quando se representan aquellas calamidades de los hombres (ora sean antiguas, ora falsas) el que las està mirando no siente dolor; luego se parte enfadado, y descontento; y si le siente, estàse quedo, y atento, y derrama lagrimas con alegria. Luego segun esto, tambien se aman los dolores? Por cierto que todo hombre se quiere holgar, alegrar, y gozar. Por ventura, puesto caso que ninguno huelgue de ser miserable, huelga de ser misericordioso? Y como no lo puede ser sin dolor, por esta sola razon, los dolores son amados, y esto procede de aquella vena de amistad. Mas veamos adonde và, y adonde corre esta vena de amistad? Corre en un rio, y en una corriente de pez hirviendo, de la qual salen llamas

inmenſas de torpes deſſeos ; en los quales el alma infeliz , echada de aquella ſerenidad, y pureza celeſtial, ſe muda por ſu voluntad , y ſe buelve , y rebuelve. Luego deſechamos la miſericordia ? Eſſo no. Luego los dolores algunas vezes ſe han de amar? Amenſe. Pero , alma mia , pues tienes à Dios por tu tutor , y por Dios de tus padres , y èl es digno de ſer loado, y ſobreenſalçado en todos los ſiglos , huye , huye la immundicia porque aora no dexo yo de tener miſericordia ; pero entonces en los teatros gozavame con los que ſe amavan, quando ellos malamente ſe gozavan , aunque todo lo que ſe hazia era un juego, y vana repreſentacion. Y quando los amantes ſe apartavan, y el uno perdia al otro , como hombre miſericordioſo me entriſtecia , y el gozo , y la triſteza me deleytavan. Mas aora , Señor , mas me compadezco del que ſe goza en ſu maldad, que no del que padece coſas graves, y duras , por no aver alcançado aquel deleyte pernicioſo que pretendia , y

por aver perdido aquella infeliz felicidad que amava. Y à la verdad, esta es mas cierta misericordia, aunque en ella no se deleyta el coraçon. Porque aunque se tiene por oficio de caridad el tener pena de la miseria agena, mas el que verdaderamente es misericordioso, mas queria que su proximo no tuviesse aquel mal que es causa de su pena. Porque assi como es cosa imposible, que el que ama, aborrezca lo que ama; assi tambien es imposible, que el que de veras, y sinceramente tiene misericordia, desee que aya hombres miserables, con los quales èl exercite su misericordia; de manera, que algun dolor se puede tener por bueno, pero ninguno por si se deve amar. Por tanto vos Señor, y Dios mio, que amais las animas, mucho mas copiosa, y puramente teneis misericordia que nosotros, porque lo hazeis sin ningun dolor. Pero quien podrà llegar à esto? Mas yo desventurado, en aquel tiempo desseava tener dolor, y buscava materia de tenerle, quando

hallandome en el teatro, y viendo repreſentar las miſerias agenas, y falſas, aquel repreſentante me agradava mas, y me tenia mas ſuſpenſo, que me hazia derramar mas copioſas lagrimas. Pero que maravilla es, que andando yo como una triſte oveja deſcarriada, y fuera de vueſtro rebaño, y no queriendo eſtar debaxo de la guarda del dulce Paſtor, eſtuvieſſe lleno de roña? De aqui nacian los amores de mis dolores, que no eran tales, que me penetraſſen las entrañas porque yo no deſſeava padecer los males que ſe repreſentavan, ſino que con las coſas oydas, fingidas, como con unas uñas laſtimandome, me regalaſſen, y entretuvieſſen exteriormente; pero tras eſtas uñas, ſe ſeguia un ardor, y hinchaçon, y una horrible materia, y corrupcion, y eſta era entonces mi vida. Pero eſta puedeſe llamar vida, Dios mio?

CAPITULO III.

Como començò à tratar los negocios publicos.

VOlava sobre mi, aunque de lexos, vuestra misericordia, Señor. En quantas maldades me consumi, siguiendo una sacrilega curiosidad, que dexandoos à vos mi Dios, me llevava al servicio engañoso, y profundo de los demonios, à los quales sacrificava mis malas obras, y vos en todo me castigavades. Atrevime un dia de fiesta, à dessear, y hazer dentro de las paredes de la Iglesia, un negocio para alcançar el fruto de la muerte; y vos, Señor, me açotastes con graves penas, aunque no iguales à mi culpa: porque vos, Dios mio, y grandissima misericordia mia, sois mi refugio para guarecerme de los enemigos bravos, y terribles, y de todas las cosas, en que siguiendo yo mis caminos torcidos, y no los vuestros, y mi vana y fugitiva libertad, en-

greido, y con la cerviz yerta, me derramè para apartarme mas lexos de vos. Y aquellos mis estudios, que se llaman honestos, tambien se enderezavan, y tenian por blanco los tribunales, y pleytos; en los quales yo pretendia aventajarme, para ser tanto mas alabado, quanto fuesse mayor engañador; pero tanta es la ceguedad de los hombres, que se glorian de su ceguedad. Avia hecho yo buen progresso en la Retorica, y con sobervia me alegrava, hinchado de viento, y de vanidad, aunque era mas compuesto, y sossegado que otros (vos lo sabeis Señor) y apartado totalmente de la pestilencia de que usavan algunos, que llaman en Latin, *Everfores*, que quiere dezir, destruidores de las buenas costumbres (que este nombre de destruidores, tan cruel, y diabolico) ya se tiene por nombre de cortesania. Yo vivia entre estos con una verguença desvergonçada, porque no era tal como ellos, y con todo esso andava con ellos, y algunas vezes me hol-

gava de su amistad, y por otra parte aborrecia sus obras, y engaños, con los quales descaradamente corrian, y perseguian à los que no conocian, burlandose de la modestia, y verguença que los otros tenian, y tomando gusto por aver mofado della. No ay obra mas semejante à las obras de los demonios, que la que aquellos hazian, ni nombre que mas les quadre, que de destruidores, y perversos. Sin duda que ellos mismos primero son pervertidos, y perversos, que perviertan à otros, y los espiritus malignos se rien, y burlan ocultamente dellos, en lo mismo que ellos se rien de los otros, y los quieren engañar.

CAPITULO IV.

Como se aficionò à la Filosofia, leyendo un libro de Ciceron, que se llama Hortensio.

ENtre estos destruidores, en aquella tierna, y flaca edad, aprendia yo los libros de la eloquencia en

la qual deſſeava ſer excelente por mal fin, y hinchaçon, vencido como hombre de la vanidad humana. Siguiendo la orden deſtos eſtudios, vino à mis manos un libro de Ciceron, de cuya lengua todos ſe admiran, mas que de ſu pecho. Aquel libro, que ſe llama Hortenſio, exorta al eſtudio en la Filoſofia, y mudò, Señor, mis afectos, y trocò mis deſſeos, y hizo que enderezaſſe mis oraciones à vos. Todas las vanas eſperanças me parecieron baxas, y viles, y con un fervor increible de mi coraçon, començè à deſſear la ſabiduria inmortal, y à levantarme de donde, eſtava para bolver à vos. Porque yo no pretendia con aquel libro pulir, y hazer mas elegante mi lengua (como antes pretendia con los gaſtos que por mi hazia mi madre) ſiendo ya de diez y nueve años, y aviendo dos que era muerto mi padre. Pues no leïa yo (como dixe) aquel libro para pulir la lengua, ni me avia perſuadido tanto à ſeguir ſus elegantes palabras, quanto

lo que con ellas dezia. Como ardia, Dios mio, como ardia mi alma, deſſeando volar deſtas coſas terrenales à vos, y no ſabia lo que haziades con migo, porque en vos eſtà la ſabiduria: y el amor de la ſabiduria, en Griego ſe llama Filoſofia, con el qual aquellas letras me inflamavan. Muchos ay que engañan por medio de la Filoſofia, dando color, y cubriendo ſus errores con la grandeza, y reſplandor deſte nombre, y caſi todos los que en los tiempos paſſados lo hizieron, ò deſpues fueron ſus dicipulos, eſtàn notados, y pintados con ſus colores en aquel libro, y en èl ſe manifieſta aquella ſaludable amoneſtacion de vueſtro eſpiritu, que nos hiziſtes por vueſtro ſiervo fiel, quando dixo: Mirad que ninguno ſe engañe con vana Filoſofia, ſegun la doctrina de los hombres, y los principios, y documentos deſte mundo, y no de Chriſto, en el qual mora corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Y bien ſabeis vos (ò lumbre de mi coraçon) que en aquel

tiempo aun no tenia yo noticia desta doctrina de vuestro Apostol. Lo que solo me deleytava en aquella exortacion, era que me excitava, y persuadia, no que siguiesse esta secta, ò aquella, sino que amasse, y buscasse, y me abraçasse fuertemente, y me apretasse con la sabiduria qualquiera que ella fuesse; y yo con aquellas palabras me encendia, y abrasava. Una cosa sola aguava este tan grande gusto mio, y contento, que no hallava en aquel libro el nombre de Christo, porque este nombre, Señor, que es nombre de mi Salvador, y vuestro unigenito Hijo, por vuestra misericordia, con la leche de mi madre, mi coraçon tierno le avia bevido, y se avia impresso en èl de manera, que todo lo que se hallava sin este nombre, aunque fuesse docto, pulido, y verdadero, no me llevava empós de si.

CAPITULO V.

Que le desagradaron las letras Sagradas por la llaneza del estilo.

DEterminè, pues, darme al estudio de las santas Escrituras, para ver que tales eran, y hallè que era una cosa no manifiesta à los sobervios, ni descubierta à los pequeños, sino à la entrada humilde, y en el progresso sublime, y cubierta de misterios: y yo no era tal, que pudiesse entrar, ni baxar en ella mi cerviz para seguir sus pisadas. Al principio quando las leì, no juzguè dellas lo que aora digo, antes me pareciò que no eran dignas de ser comparadas con la magestad, y eloquencia de Tulio, porque mi hinchazon huïa de su humilde estilo, y mi corta vista no penetrava el meollo que en ellas se encerrava. La sagrada Escritura es de tal manera, que crece con los pequeñuelos: mas yo me desdeñava de ser pequeño, y por mi sobervia, y hinchaçon me tenia por grande.

CAPITULO VI.

Como fue engañado de los Manicheos.

ASsi que cai en las manos de unos hombres locos, y sobervios, y en gran manera carnales, y parleros; en cuya boca estavan armados los laços del demonio, y una liga compuesta de las silabas de vuestro nombre, y del de nuestro Señor Jesu Christo, y del Espiritu Santo nuestro consolador. Todas estas cosas tenian siempre en su boca, y en el sonido, y ruido de la lengua, y el coraçon estava vazio de la verdad: dezian muchas vezes, y repetian, verdad, verdad, y hablavanme della, y nunca se hallava en ellos esta verdad, sino muchas falsedades que dezian, no solamente de vos, que sois verdadera verdad, sino tambien de los elementos deste mundo, y criaturas vuestras: de las quales, aun quando dizen verdad los Filosofos, los devia yo dexar por vuestro amor. O Padre mio sumamente bueno, y hermosura de to-

das las coſas hermoſas! O verdad eterna, quan de veras, y quan entrañablemente, en lo mas ſecreto de mi alma ſuſpirava yo entonces por vos? Quando ellos con ſola la voz, y con muchos, y grandes libros à menudo me hablavan de vos, y eſtando yo hambriento de vos, ellos ſe ſervian como de platos de aquellos libros, para darme à comer, y ponerme delante, y venderme por vos el Sol, y la Luna, que ſon obras hermoſas vueſtras, mas al fin obras vueſtras, y no vos, ni aun las obras mas ſeñaladas de vueſtra mano. Porque mas excelentes ſon vueſtras obras eſpirituales, que eſtas corporales, por mas que ſean reſplandecientes, y celeſtiales. Mas yo de vos tenia hambre, y ſed, que ſois verdad, en la qual no ay mudança, ni eſcuridad un ſolo momento, y no de aquellas obras vueſtras. Davanme todavia en aquellos platos unas fantaſmas aparentes, ſiendo menos mal amar à eſte Sol (que à lo menos à la viſta corporal es verdad) que aquellas coſas falſas, las

quales por los ojos engañavan al alma de dentro. Pero como yo penſava en vos, comia, aunque con poca gana, porque en mi boca no teniades el ſabor de lo que vos ſois, ni erades aquellos fingimientos vanos, con los quales yo no me ſuſtentava, antes desfallecia. Porque el manjar que los que duermen, ſueñan que comen, es ſemejante al manjar que comen los que eſtàn deſpiertos; y con todo eſto los que duermen no ſe mantienen dèl, porque duermen; pero aquellas fantaſmas en ninguna manera eran ſemejantes à vos, como deſpues me aveis enſeñado: porque aquellas eran vanas fantaſmas corporales, y unos cuerpos falſos, y no tan ciertos como eſtos cuerpos verdaderos que vemos con los ojos de la carne, aora ſean celeſtiales, aora terrenales. Eſtos vemos noſotros, y los animales brutos, y las aves, que ſon mas ciertos que quando los imaginamos, y con mayor certidumbre los imaginamos de la que tenemos, quando por medio dellos venimos à concebir otras coſas

mayores, y infinitas, las quales en ninguna manera se hallan: y destas tales cosas vanas me apacentava entonces yo, pero no me sustentava, porque comiendo, no comia. Mas vos, amor mio, en quien para ser fuerte desfallezco, no sois estos cuerpos que vemos en el cielo, ni aun sois los que no vemos en èl, porque vos los criastes, sin apartaros jamas de vuestras altas, ò baxas criaturas. O quan lexos estais de aquellas mis fantasmas de cuerpos, que no ay en el mundo: pues son mas verdaderas que ellas las fantasmas de los cuerpos que tienen ser, y los cuerpos mas que sus mismas fantasmas; y vos no sois estos cuerpos, ni aun el alma, que es vida dellos; y por tanto la vida de los cuerpos es mejor, y mas cierta que los mismos cuerpos. Mas vos sois vida de las almas, y vida de las vidas, que vivis por vuestra misma vida sin mudaros: O vida de mi alma: pues donde estavades vos entonces, y quan lexos de mi? Muy lexos de vos andava peregrinando,

y lexos de poderme hartar del manjar de los puercos, con que à los mismos puercos yo mantenia. Quanto eran mejores las fabulas de los Gramaticos, y de los Poëtas, que aquellas trampas, y engaños? Mas provecho acarrean los versos, y el valor de Medea, que los cinco elementos engañosos, por las cinco cuevas de tinieblas, que son cosas que no tienen ser, y matan à los que las creen. Porque de los versos, y de la Poësia, sirvome yo para los elementos, y principios verdaderos, y aunque cantava à Medea que volava, no lo afirmava, y quando lo oïa cantar, no lo creïa, pero aquellas cosas creialas. Ay! ay de mi! porque escalones baxè al profundo del infierno! Porque como fatigado, y congojado por la falta de la verdad, os buscasse à vos, Dios mio (à vos me confiesso, que tuvistes piedad de mi, aun en el tiempo que no os confessava) no con el entendimiento, con el qual me hizistes mas excelente que las bestias, mas con el sentido de la carne, es-

tando vos mas interior à lo intimo de mi mismo, y mas alto de todo lo que es alto en mi, cai en manos de aquella muger atrevida, y de prudencia pobre (significada por el enigma de Salomon) assentada en una silla à su puerta, la qual dezia: Comed alegremente del pan escondido, y beved del agua dulce hurtada. Esta muger me engaño, porque me hallò fuera de mi, y que habitava en los ojos de mi carne, y rumiava dentro de mi las mismas cosas que por su consejo avia tragado.

CAPITULO VII.

Que la Doctrina de los Manicheos era desbaratada.

NO sabia yo nada de lo que verdaderamente es, y parecia que agudamente me movia para dar mi parecer, y responder à los engañadores locos quando me preguntassen de donde procedia el mal, y si Dios tenia cuerpo, cabellos, y uñas, y si avian de ser tenidos por justos los que tenian

tenian muchas mugeres juntas, y matavan hombres, y ſacrificavan animales? Y como yo no ſupieſſe reſponder à ſemejantes preguntas, turbavame, y apartandome de la verdad, me parecia que la ſeguia, porque no entendia que el mal no es ſino una privacion del bien, haſta aquello que de todo punto no es. Pero como lo avia yo de ver, pues con la viſta de los ojos no alcançava à ver ſino los cuerpos, y la del alma no ſe eſtendia mas que à las eſpecies intelectuales; y no ſabia que Dios es eſpiritu ſin miembros eſtendidos en largo, y en ancho, y que carece de tomo, y grandeza, la qual en la parte es menor que en ſu todo: y aunque ſea infinita, es menor en alguna parte, en cierto eſpacio determinada, que en lo infinito, y no eſtà toda en todo lugar, como lo eſtà el eſpiritu, y como lo eſtà Dios. Tampoco ſabia que es aquello que ay en noſotros, y nos haze ſemejantes à Dios, ò en que conſiſte lo que con tanta verdad ſe dize en la ſagrada Eſcritura, que ſomos hechos à la

ſemejança de Dios : ni menos conocia la verdadera juſticia interior, que juzga, no por la coſtumbre, ſino por la ley juſta, y ſanta de Dios todo poderoſo, con la qual ſe forman las coſtumbres de las tierras, y tiempos, variandoſe conforme à las miſmas tierras, y tiempos, ſiendo ella ſiempre, y en todo lugar una y la miſma, y no una en un lugar, y otra en otro, ni diferente en un tiempo, y en otro; ſegun la qual fueron juſtos Abraham, Iſaac, Jacob, y David, los quales todos fueron alabados por boca de Dios, aunque los ignorantes, queriendo juzgar con la prudencia humana, y medir todas las coſtumbres del genero humano con las ſuyas, los han condenado, y tenido por malos, y eſtos tales han ſido como un ſoldado que no ſe ſabe armar, y ſe calça la celada, y con la greva arma la cabeça, y ſe quexa porque las armas no le vienen bien. O como ſi alguno ſe agraviaſſe, porque aviendoſe mandado hazer fieſta algun dia en la tarde, no pudieſſe vender en

ella lo que pudo vender à la mañana, ò porque vè, que en una miſma caſa no ſe conſiente, que el que ſirve la copa al ſeñor, haga con ſus manos, lo que otro criado mas baxo haze con las ſuyas, ò porque ſe concede hazer alguna coſa deſpues de comer, y no antes, y ſe quexa, porque ſiendo toda una miſma caſa, y una miſma familia, ay deſiguldad, y no ſe dà à todos los de ella, y ſiempre lo miſmo? Tales ſon eſtos, que murmuràran quando oyen dezir, que en aquel ſiglo algunas coſas fueron licitas à los juſtos, que à los juſtos deſte no lo ſon, y que algunas coſas mandò Dios à aquellos, y otras à eſtos, ſegun la diferencia de los tiempos, y de las cauſas que ocurrian; dado que los unos, y los otros ayan ſervido à la miſma juſticia, y no echan de ver, que en un miſmo hombre, y en un miſmo dia, y en la miſma caſa, conviene una coſa à un miembro, otra à otro; y que lo que poco antes fue licito, en paſſando ſu hora no lo es; y que lo que en una

parte se concede justamente, se veda, y castiga en otra. Por ventura, es por esto la justicia varia, y mudable? No cierto, mas los tiempos se mudan, sobre los quales ella tiene dominio, porque son tiempos, y con sigo traen la mudança. Pero los hombres (cuya vida sobre la tierra es breve) como no saben juntar las causas, y atar las razones que huvo en los tiempos passados, y las condiciones de los hombres que en ellos vivieron (por no averlas experimentado) con las que aora vèn, y experimentan; y por otra parte facilmente pueden ver en un cuerpo, ò en un dia, ò en una casa, lo que conviene à cada miembro, tiempo, parte, y persona: ofendese de las cosas de aquellos tiempos, y passan con estas otras. Estas cosas entonces yo no las sabia, ni las considerava, y aunque las tenia delante de los ojos, no las veïa. Yo cantava versos, y no me era licito poner el pie del verso que yo queria, en el lugar que me placia, mas en un verso de una manera; y en otro

de otra, y no en todo lugar el miſmo pie, y la miſma arte con que los cantava, no era en una parte del verſo, una, y otra en otra, mas en todas juntas era la miſma; y no mirava, que deſta manera, y por otra, mucho mas excelente la juſticia, à quien los buenos, y ſantos varones ſirven, comprehende juntamente en ſi todas las coſas que manda, ſin variar en ninguna parte, aunque no lo manda todo junto, ſino una coſa en un tiempo, y otra en òtro. Y ſiendo ciego reprehendia à los Santos Padres, no ſolo porque uſavan de las coſas preſentes, como Dios ſe lo inſpirava, y mandava, ſino tambien porque dezian las coſas que avian de venir, como Dios ſe las revelava.

CAPITULO VIII.

Que coſa ſea maldad, y como han de ſer caſtigados los pecados.

POr ventura en algun tiempo, ò lugar, es coſa injuſta amar à Dios de todo coraçon, y de toda el

anima, y voluntad, amar al proximo como à si mismo? Desto se sigue que los pecados que son contra naturaleza, como lo fueron los de los Sodomitas, siempre, y en todo lugar deven ser aborrecidos, y castigados, y puesto caso que todas las gentes los cometiessen, no por esso dexarian de ser sujetas à la pena de la ley Divina, la qual no hizo à los hombres para que usassen de si tan torpemente. Estragase, y corrompese aquella santa compañia que devemos tener con Dios, quando la naturaleza que èl nos diò, se amancilla con la fealdad de la carne. Pero las maldades que son contra las costumbres de los hombres, devense evitar, segun que en cada parte se usa. Como el concierto entre si que se ha hecho, y establecido por costumbre de la ciudad, ò de la nacion, ò por ley, no se deve quebrantar por la desorden, y apetito de un ciudadano, ò forastero: porque no dize bien la parte que no corresponde à su todo. Pero quando Dios manda alguna cosa contra la

costumbre, ò fueros, qualesquiera que sean, aunque nunca se aya hecho, se deve hazer, y si se dexò de hazer, se deve hazer de nuevo, y si no se ha instituydo, es justo que se instituya, y mande. Porque si al Rey es licito mandar algunas vezes en su Ciudad, lo que ningun Rey antes del, ni èl mismo avia mandado, y no se tiene por cosa perjudicial à la Ciudad el obedecerle (antes el no obedecerle lo seria, por ser deuda que se les deve à los Reyes, por comun consentimiento de todos los hombres) quanto mas Dios, Rey universal de todas sus criaturas, deve ser obedecido en todo lo que mandare, sin alguna duda? Porque assi como en los que goviernan, el que tiene mayor potestad, es obedecido, y preferido al que la tiene menor: assi Dios deve ser antepuesto, y obedecido sobre todos. Lo mismo es en los pecados en que se pretende hazer alguna afrenta, ò injuria, y lo uno, y lo otro, ò por vengarse, como lo haze el enemigo con su enemigo, ò por alcançar

algun provecho, como el ladron, que roba al caminante, ò por huir algun mal que se teme de alguno, ò por embidia, como acontece al pobre, y miserable con el rico, y dichoso, ò al que està puesto en alguna grandeza, con el que teme que se le iguale, ò le pesa porque ya se le igualò, ò solo por tomar contento del mal ageno, como hazen los que miran à los que riñen, y se matan, ò se rien, y burlan de qualquiera cosa que vèn. Estas son las cabeças, y como fuentes de la maldad; que nacen del mal desseo de señorear, mirar, y sentir, ò de una de dos dellas, ò de todas juntas, y vivese mal, Dios mio, altissimo, y dulcissimo, contra tres, y siete, que es vuestro Decalogo, compuesto de diez cuerdas, como el Psalterio. Pero que ofensa puede caber en vos, Señor, que sois incorruptible, ò que delito cometerse contra vos, pues ninguno os puede dañar? Pero vos castigais lo que los hombres hazen contra si. Porque aun quando pecan contra vos, dañan à si mismos, y la maldad

ſiempre miente para ſu mal, aora ſea eſtragando, y pervirtiendo la naturaleza que vos hiſiſtes, y ordenaſtes, ò por uſar de las coſas licitas deſmedidamente, ò por apetecer las ilicitas, y ſacar del uſo, y curſo natural, aora porque con el coraçon, y con las palabras ſe deſmandan contrà vos, y tiran cozes contra el agujon: aora, porque quebrantando los limites de la paz, y aliança humana, ſe alegran, y ſon atrevidos por las particulares amiſtades, ò enemiſtades que tienen, las quales toman por ſu antojo, ſegun el guſto, ò diſguſto que de los otros reciben. Eſtas coſas ſe hazen, Señor, quando vos, que ſois fuente de vida, y verdadero Criador, y governador de todas las coſas deſta maquina del mundo, ſois dexado, y con una particular ſobervia ſe ama en alguna parte dellas una coſa falſa. Por tanto, con la humilde piedad nos bolvemos à vos, y vos nos purificais de la mala coſtumbre, y perdonais los pecados de los que los confieſſan, y oïs los gemidos de los encarcelados, y nos

quitais las prisiones que nosotros mismos nos echamos, con tal, que ya no levantemos contra vos la cerviz de la falsa libertad, por la codicia de tener mas, ò por temor de perder lo que tenemos, amando mas nuestro propio interès, que à vos que sois bien universal de todos.

CAPITULO IX.

La diferencia que ay entre los pecados, y entre el juizio de Dios, y de los hombres.

PEro en tanta diversidad de pecados, y delitos, y maldades, ya algunos pecados de los proficientes, los quales los que juzgan bien, mirando la regla de la perfeccion, que les falta, los vituperan; y considerando el fruto que dellos se espera, los alaban, como à los panes quando estàn en berça. Otras cosas ay que parecen pecados, y no son pecados, que ni ofenden à vos, Señor Dios nuestro, ni à la conversacion humana. Como quando se procuran algunas

cosas à sus tiempos, para el uso de la vida, y no sabemos si esto se haze con desordenada codicia, ò quando otras se castigan con la potestad ordinaria, porque aya emienda, y no se sabe si aquel castigo naciò de desseo de dañar, ò de zelo de justicia. Assi, que muchas cosas que en los ojos de los hombres se tienen por malas, vos, Señor, las aprobais, y muchas de las que los hombres alaban, vos las condenais; porque otra es la apariencia de lo que se haze, y otro el animo con que se haze, y la sazon, y tiempo en que se haze. Pero quando vos mandais alguna cosa nueva, y no pensada, aunque ayais vedado la misma en otro tiempo, y no descubrais entonces la causa de vuestro mandato, y sea contra las leyes, y costumbres de alguna gente; quien duda que se deve hazer lo que mandais? pues no puede ser justa la compañia de los hombres que no os sirven à vos. Pero bienaventurados son los que saben que vos lo mandais, porque todo lo que hazen los que os sirven, lo hazen, ò porque

el tiempo presente assi lo requiere, ò para significar lo por venir.

CAPITULO X.

Haze burla de los Manicheos.

ESTas cosas no las sabia yo, y por esto me burlava de vuestros siervos, y santos Profetas. Y que era lo que yo hazia, quando me burlava dellos, sino hazer que vos os burlasedes de mi, y que poco à poco me dexassedes caër en tan grande ceguedad? Y creïa yo aquella ceguedad, y burleria, que quando el higo se coge del arbol, llorava, y que la misma higuera, como madre piadosa, tambien llorava lagrimas de leche. Y pensava, que si algun Santo comia de aquellos hijos cogidos con pecado ageno, y no suyo, se le pegavan à las entrañas. De manera, que quando orava, echava con el huelgo Angeles, y aun algunas partecillas de Dios sumo, verdadero, las quales estuvieran como atadas en aquella fruta, sino fueran desatadas, y dest

hechas con los dientes, y eſtomago de algun ſanto varon. Y yo, miſerable, crei, que ſe avia de uſar mas miſericordia con los frutos de la tierra, que con los hombres, para los quales Dios los criò. Porque ſi alguno que no fueſſe Manicheo, aunque tuvieſſe hambre, los pidieſſe, me parecia que aquel bocado que comieſſe, iva como condenado con ſentencia de muerte.

CAPITULO XI.

El ſueño que tuvo ſu madre de San Aguſtin.

ESTando yo, Señor, en eſta profunda obſcuridad, embiaſtes vueſtra mano poderoſa de alla de lo alto, y ſacaſtes mi alma della. Porque mi madre, y fiel ſierva vueſtra, llorava por mi vivo, mas que las otras madres ſuelen llorar las muertes de ſus hijos; y con aquella Fè, y eſpiritu que vos le aviades dado, veïa ella mi muerte, y por eſſo llorava, y vos la oïſtes. Oïſtesla, Señor, y no

menospreciastes sus lagrimas; aquellas lagrimas copiosas, digo, que corrian de sus ojos, y regavan la tierra en qualquiera parte donde orava, y vos lo oisteis. Porque de donde le vinò à ella aquel sueño, con el qual la consolastes, y la trocastes, para que quisiesse que viviessemos juntos en una casa, y comiessemos à una mesa? Lo qual ella antes no queria hazer, porque le desagradavan mis errores, y blasfemias. Pareciòle que estava en pie sobre una regla de madera, muy triste, y afligida, y que venia à ella un mancebo resplandeciente, con rostro alegre, y risueño, y que le preguntava la causa de su dolor, y de aquellas lagrimas continuas que derramava? no porque no lo sabia, sino porque la queria enseñar, y consolar. Y como ella respondiesse, que llorava mi perdicion; èl le dixo: Que no se congojasse, sino que mirasse bien, y estuviesse atenta, porque adonde ella estava, alli estava yo. Y como ella mirasse con atencion, viò que yo estava sobre la misma regla

en que ella eſtava. De donde vino eſto, Señor, ſino de aquella vueſtra miſericordia, con que teniades los oïdos atentos à ſu oracion? O Señor bueno, y todo poderoſo, que aſſi teneis cuidado de cada uno de noſotros, como ſi fueſſe ſolo, y aſſi le teneis de todos, como de cada uno De donde nacio tambien, que contandome mi madre eſta viſion, y queriendole yo perſuadir lo contrario, y darle à entender, que lo que queria ſignificar, era, que ella avia de ſer lo que era yo. Luego con gran preſteza, y ſin alguna duda me reſpondiò. No me han dicho à mi, donde èl eſtà, eſtàs tu, ſino donde tu eſtàs, eſtà èl. Yo confieſſo, Señor, y muchas vezes lo he dicho, que à lo que yo me puedo acordar, me moviò mas eſta reſpueſta de mi cuidadoſa madre, por no averſe turbado con la falſa, y veriſimil interpretacion que yo le di, y aver tan preſto viſto lo que avia que ver; y yo miſmo, antes que hablaſſe, no avia viſto, que con el miſmo ſueño que le

distes, para que ella se consolasse, y tuviesse algun alivio en aquella aflicion que al presente tenia, con la esperança del gozo que despues avia de venir, y tanto antes le revelastes. Porque los nueve años siguientes, poco mas, ò menos, yo estuve rebolcandome en aquel profundo cieno, y tinieblas de falsedad, procurando muchas vezes levantarme, y cayendo cada vez mas gravemente. Mas aquella casta, y piadosa viuda, y tal quales son las que vos amais, alentada ya, y mas alegre, y regozijada con esta esperança, y en las lagrimas, y gemidos, no por esso menos solicita, no dexava à todas horas de importunaros, y llorar por mi, y entravan sus plegarias delante de vuestro acatamiento, y con todo esso me dexavades bolver, y rebolver en aquella escuridad.

CAPITULO XII.

Lo que respondiò un Obispo à Santa Monica, sobre la convercion de su hijo.

ENtretanto que me sufriades, distes otra respuesta à mi madre,

de la qual me acuerdo, aunque otras muchas cosas dexo, por venir mas presto à confessar las que mas afligen mi conciencia, y de muchas tambien no me acuerdo. Distes, pues, otra respuesta de consuelo à mi madre, por medio de un santo Sacerdote vuestro, y Obispo, que se avia criado en la Iglesia, y era bien exercitado en vuestras sagradas letras: porque como mi madre tuviesse por costumbre de rogar, que me curassen à todos los que juzgava que eran para ello; aviendo un dia hablado à este Obispo, le rogò, que tuviessen por bien de hablarme, y confutar mis errores, y desengañarme de mi mala doctrina, y enseñarme la buena. No quiso èl hazerlo, y à lo que despues entendi, con mucha prudencia, porque respondiò: Que yo aun no estava capaz de ser enseñado, porque con la novedad de aquella heregia, estava hinchado, y vano, y con ciertos argumentillos avia dado en que entender à muchos que sabian poco, como mi madre misma se lo avia dicho. Dexadle (dixo el buen

Obispo) y rogad por èl al Señor por-que èl mismo, leyendo, conocerà quan grave sea el error que tiene, y quanta su impiedad. Y juntamente le contò, como siendo el niño, su madre engañada, le avia entregado à los Manicheos, y que èl avia no solamente leydo, pero tambien escrito casi todos los libros dellos; y que con esto solo, sin que ninguno disputasse con èl, ni le convenciesse de sus errores, le avia parecido quan detestable, y para huir, era aquella secta de los Manicheos, y assi èl la avia huïdo, y apartadose della. Y como èl le huviesse dicho esto, y mi madre no se sossegasse, antes le tornasse à hazer instancia, y con muchos ruegos, y lagrimas le importunasse que me hablasse, y desengañasse, como cansado de sus ruegos, finalmente le respondiò: Dexame aora, assi Dios te dè vida, que es imposible, que hijo destas lagrimas perezca. Las quales palabras ella oyò como si huvieran baxado del cielo, à lo que despues, quando hablavamos desto, me dezia.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO IV.

CAPITULO I.

Quanto tiempo, y como engañó à los otros.

DEsde los diez y nueve años, hasta los veinte y ocho de mi edad, por espacio de nueve años, yo era engañado, y engañava à otros. Engañado era, y engañador con varios apetitos, y vanos desseos: y algunas vezes engañava à la descubierta, por medio de las Ciencias que llaman Liberales; y otras vezes ocultamente con un falso nombre de Religion. En las ciencias era sobervio, y en la Religion supersticioso, y en lo uno, y

lo otro vano, y tan dado al viento de la gloria popular, que por alcançarla no dexava cosa por hazer, hasta querer ser loado en las tragedias, y preferido en los premios que se davan à los que mejor componian. Y llegava mi ambicion, y vanidad, hasta à aquellas contiendas vanas, y agonia que toman los hombres por coronas de heno, y niñerias de los espectaculos, y destemplança, y soltura de desseos sensuales. Por otra parte, deseando yo ser purgado destas inmundicias, como lo son aquellos que se llaman santos, y excogidos, les traïa algunos manjares, para que dellos allà dentro de su estomago nos formassen unos Angeles, y Dioses, que nos librassen. Y seguia yo estos desatinos, y los hazia con mis amigos, engañados con migo, y por mi. No se me dà nada que los arrogantes, y los que aun no estàn prostrados, y derribados con vuestra saludable mano, Dios mio, se burlen de mi, y por mas que ellos se burlen, no dexarè yo de alabaros, y de confessar delante de vos

mis torpezas. Dexadme (yo os lo ſuplico) dexad, que yo con la memoria vaya recorriendo, y rodeando los rodeos paſſados de mis errores, y acordandome dellos, os ſacrifique ſacrificio de alabança. Porque, que ſoy yo ſin vos, ſino una guia ciega, y ſin guia que ſe deſpeña? O que ſois quando me và bien, ſino como un niño que mama vueſtra leche, ò que guſta de aquella vianda incorruptible, que ſois vos? Y que hombre es, qualquiera hombre ſiendo hombre? Hagan eſcarnio de nos los fuertes, y poderoſos, y noſotros flacos, y pobres alabemos vueſtro ſanto nombre.

CAPITULO II.

Como enſeñava la Retorica, y no hizo caſo de un Agorero que le prometia la vitoria.

EN aquellos años enſeñava yo la Retorica, y vencido de codicia, vendia el arte de bien parlar, que ſe aprende para alcançar vitoria, aunque como vos, Señor, ſabeis, deſ-

seava mas tener buenos dicipulos (digo de los que comunmente se llaman buenos) y sin engaño les enseñava engaños, no para que usassen dellos acusando al inocente, sino para que defendiessen al culpado: y vos, Señor, de lexos vistes la fidelidad que yo usava en aquel oficio con los que amavan la vanidad, y buscavan la mentira, como uno dellos, y que como en un lugar deleznable, y peligroso, estava ya para caër, y aquellas centellas de claridad que yo mostrava, estavan mezcladas con mucho humo. En aquellos años tenia yo una muger, no por legitimo matrimonio; la qual, vencido del ardor ciego de mi edad, como pobre de prudencia, avia buscado, y à esta una guardava la fé, y lealtad, para esperimentar en ella la diferencia que ay entre el amor honesto, y conjugal de los casados, que tiene por fin la generacion, y el de los que aman con amistad carnal, en la qual nacen los hijos que no querrian, aunque despues de nacidos obligan à quererlos. Tam-

bien me acuerdo, que aviendome yo determinado de entrar en una opoſicion, en que ſe avian de componer verſos, un cierto Agorrero me embiò à dezir: que, que le daria ſi hizieſſe como yo vencieſſe? Y yo abominando, y deteſtando aquellos ſacrificios ſucios, le reſpondi: Que aunque la corona que ſe avia de dar al vencedor fuera de oro, è inmortal, no conſintiera por alcançarla, que ſe matara una moſca. Porque aquel deſventurado, por aquellos ſus ſacrificios avia de matar algunos animales, y con ellos honrar à los demonios, y rogarles que me favorecieſſen. Pero tampoco eſte mal (ò Dios de mi coraçon) no le deſechè yo por vueſtro amor, porque aun no ſabia amaros, pues no ſabia imaginar coſa que no fueſſe corporal. El alma que con ſemejantes devaneos ſe entretiene, y ſuſpira, por ventura, Señor mio, no es adultera contra vos, y confia en las coſas falſas, y apacienta los vientos? No queria yo que por mi ſe hizieſſe ſacrificio à los demonios, y por otra parte

yo miſmo con aquella ſuperſticion à ellos me ſacrificava. Porque, que otra coſa es apacentar los vientos, ſino dar paſto à los demonios? quiero dezir, darles contento, y materia de burlarſe de noſotros con nueſtros errores.

CAPITULO III.

Como aviendoſe dado à la Aſtrologia ſe apartò della por conſejo de un viejo docto en Medicina.

POr tanto, muchas vezes conſultava à los Aſtrologos que contemplan los Planetas, y ſe llaman Matematicos, porque no hazian algun ſacrificio, ni ofrecian plegarias à los demonios para adivinar coſas que deſecha, y condena la Chriſtiana, y verdadera piedad. Porque muy buenos es, Señor, confeſſaros, y deziros: Aved miſericordia de mi, curad mi alma, porque he pecado contra vos, y no uſar mal de vueſtra clemencia para pecar mas, ſino acordarſe de aquella palabra vueſtra. Mira hombre que ya eſtàs ſano, no quieras

quieras mas pecar, porque no te acaezca otra cosa peor. Esta salud, y este bien, quieren destruir los Astrologos, diziendo, que el cielo nos necessita à pecar, y que Venus, ò Saturno, ò Marte, hizo esto, ò lo otro, para que el hombre que es carne, y sangre, y un poco de sobervia podrida, no tenga culpa, y la tenga el que criò, y dispusò el cielo, y las estrellas. Y quien es este, Señor, sino vos mi Dios, que sois suavidad, y fuente de toda justicia, y dais à cada uno el galardon, segun sus obras, y no menospreciais el coraçon contrito, y humillado? En aquel tiempo avia un Medico muy sabio, y excelente en su arte, el qual en lugar del Consul, con su mano avia puesto la corona de la vitoria en mi cabeça loca: aunque esto no lo hizo como Medico, porque vos solo sois el que sanais aquella enfermedad, y resistis à los sobervios, y dais gracia à los humildes. Pero por medio de aquel viejo, no me desamparastes, ni dexastes de curar mi alma. Porque como yo hu-

viesse tomado familiaridad con èl, gustava mucho de estar pegado à su lado, y gozar de sus razonamientos, que eran graves, y apacibles, mas por el peso de las sentencias que dezia, que por la elegancia de sus palabras. Este buen viejo, entendiendo por lo que yo le dezia, que estava muy asido à los libros destos Astrologos, benigna, y paternalmente me amonestò que los dexasse, y no gastasse el tiempo, y mi trabajo en aquella vanidad sin provecho, pues en otras cosas utiles, y necessarias, le podia mejor emplear. Y dixome, que èl se avia dado à aquel arte, y estudiadola con tanto cuidado en los primeros años de su edad, que pensava ganar de comer con ella, y que pues avia entendido à Hipocrates, no le fuera dificultoso entender aquellas letras, las quales, no por otra causa avia dexado, y dadose al estudio de la Medicina, sino por aver hallado que eran falsissimas, y que no le estava bien à un hombre grave, ganar de comer por engañar à los hombres. Y vos (di-

ze) teneis el arte de la Retorica con que manteneros, y ſeguis eſte engaño, no por neceſſidad, ſino por vueſtra voluntad, y guſto; y por eſto deveis dar mas credito à mis palabras, pues yo la eſtudiè, y procurè ſaberla tan perfectamente, como quien queria vivir de ſola ella. Y como yo le preguntaſſe, como ſe alcançavan à ſaber tantas coſas verdaderas por eſte arte? Reſpondiòme èl como pudo, que la fuerza de la ſuerte derramada por todas partes, è inſerta en la naturaleza, era la cauſa deſto. Porque dezia que ſi alguna vez acontece, queriendo alguno ſaber algo por ſuerte, que el verſo de algun Poëta (ſin penſarlo, ni pretenderlo ſu Autor) ſe concierte, y venga al juſto con aquello de que ſe conſulta, que no es maravilla que el anima humana, movida por algun ſuperior inſtinto, ſin ſaber ella lo que ſe haze en ſi, no por arte, ſino à caſo, diga alguna coſa que concuerde con los hechos, y con las coſas que entonces ſe preguntan. Y eſto, Señor mio, me enſeñaſtes por

medio de aquel Medico, è imprimistes, aunque imperfetamente, en mi memoria, lo que yo despues por mi mismo avia de investigar, y buscar. Mas entonces, ni el Medico, ni mi carissimo amigo Nebridio, mancebo muy honesto, y muy recatado, que se burlava de toda aquella arte de adivinar, me pudieron persuadir que diesse de mano à aquella falsa doctrina: porque me movia mas la autoridad de los autores que la tratavan, y aun no avia hallado argumento cierto, y firme (como yo lo buscava) que me convencieste, y me hizieste creer, que las cosas verdaderas, que responden quando son consultados estos Astrologos, salen mas à caso, que por arte, y ciencia de las estrellas.

CAPITULO IV.

Cuenta la enfermedad, y Bautismo de un su amigo, à quien èl avia engañado, y llora su muerte.

EN aquellos años que començè à enseñar en la Ciudad en que na-

ci, tuve un amigo muy amado, porque era compañero en los eſtudios, y de una miſma edad, en la flor como yo, de ſu juventud: deſde niños nos criamos juntos, ivamos à la eſcuela, y jugavamos juntos; pero entonces no teniamos tan eſtrecha amiſtad, ni la que tuvimos deſpues era verdadera. Porque no lo es, ſino aquella que vos juntais entre los que eſtàn unidos con vos, por medio de aquella caridad que vos miſmo derramais por el Eſpiritu ſanto en nueſtros coraçones. Mas con todo eſto, aquella amiſtad era muy dulce, y ſazonada con la igualdad de los miſmos eſtudios. Aviale yo apartado de la Fè verdadera que èl fielmente tenia, y le avia atraïdo à creer fabulas ſuperſticioſas, y perniciosas; por las quales me llorava mi madre. Ya aquel hombre andava errado con migo, y yo no podia vivir ſin èl. Pero vos, Señor, que ſois Dios de los caſtigos, y fuente de las miſericordias, y por modos maravilloſos nos convertis à vos, yendo à los alcances

de los siervos fugitivos, aun no aviendo un año entero que eramos amigos, le llevastes desta vida, y me lo quitastes, siendo mas suave para mi, que todas las suavidades de aquella mi vida. Ay por ventura alguno que pueda contar vuestras alabanças, y los bienes que en si solo ha experimentado? Que hizistes entonces mi Dios? Que profundo, y quan sin suelo es el abismo de vuestros juizios? Porque estando èl doliente de calenturas, vino à quedar sin sentido por grande rato, con un sudor de muerte, y estando ya deshauziado, fue bautizado sin saberlo èl, dandoseme à mi poco dello, porque presumia que estaria mas fixo en su alma lo que yo le avia enseñado, que no lo que se hazia en su cuerpo sin sentirlo èl. Mas sucediò al revès, porque mejorò, y sanò, y bolviò en si; y en pudiendo yo hablar con èl, que fue quando el pudo (porque yo no me apartava un punto de su lado, y el uno estava colgado del otro) començè à burlarme del Bautismo, que èl estando sin

ſentido, y fuera de ſi, avia recebido, creyendo que èl tambien ſe burlàra con migo dèl. Mas ya èl ſabia lo que avia recebido, y aſſi luego como entendiò lo que dezia, ſe bolviò contra mi, como contra un enemigo, con un eſtraño enojo, y con una repentina, y maravilloſa libertad, me aviſò que ſi queria ſer ſu amigo, no le hablaſſe mas de tal coſa. Turbème yo en aquel punto, y aſſombrème, pero diſſimulè, aguardando que convalecieſſe, y cobraſſe fuerças, para deſpues tratar con èl lo que me pareciеſſe. Pero vos, Señor, le libraſtes de mis desvarios, y le guardaſtes para mi conſuelo, porque pocos dias deſpues, eſtando yo auſente, recayò, y muriò. Fue tan grande el dolor que deſte ſuceſſo recibi, que el dia ſe me bolviò en noche, y todo lo que veïa era muerte para mi. Mi patria me dava pena, mi caſa me parecia un infierno, y todo lo que yo avia tratado con èl, quando me acordava dello, era para mi un crueliſſimo tormento. Deſſeavanle mis ojos, y no le veïan,

y todas las coſas me eran amargas, y aborrecibles ſin èl, y ya no me podian dezir: Preſto vendrà, como ſolia quando vivia, y eſtava auſente. Yo miſmo me era peſado, y congojoſo, y preguntava à mi anima, porque eſtava triſte, y afligida? y no ſabia que reſponderme: y ſi le dezia, eſpera en Dios, con razon no me obedecia, porque aquel hombre amiciſſimo que avia perdido, era mejor, y mas verdadero que aquel fantaſma en que yo le dezia que eſperaſſe: ſolas las lagrimas eran dulces para mi, y eſtas eran, en lugar del amigo ya difunto, todo mi deleyte, y mi regalo.

CAPITULO V.

Las lagrimas que derramò por la muerte de ſu amigo.

MAs aora, Señor, que aquellas coſas ya paſſaron, y con el tiempo ſe mitigò mi dolor, podria yo oir de vos, que ſois verdad eterna, y aplicar à vueſtra boca la oreja de mi coraçon, para que me dixeſſe-

des, porque el llanto es dulce à los miſerables? Por ventura, vos que eſtais preſente à todas las coſas, aveis deſterrado de vos nueſtra miſeria? Vos morais en vos miſmo con una perpetua eſtabilidad, y noſotros en las coſas nuevas que experimentamos, cada dia nos mudamos, y ſi no lloraſſemos delante de vos, toda nueſtra eſperança ſe agotaria. Pues de donde viene, que el gemir, el llorar, el ſuſpirar, y quexarſe, ſe tiene por fruto ſuave, cogido de la amargura deſta vida? Es por ventura dulce en el llanto la eſperança que tenemos de ſer oïdos de vos? Pero eſto ſeria aſſi en las coſas que os rogamos, por el deſſeo que tenemos de alcançarlas. Mas es lo miſmo en el dolor de la coſa perdida, y en aquel llanto con que yo me deshazia? Porque yo ni tenia eſperança que mi amigo avia de reſucitar, ni con mis lagrimas os lo pedia, ſolo me dolia, y llorava: era miſero, y avia perdido mi alegria. Por ventura, el miſmo llanto es amargo por el faſtidio que te

nemos de las cosas de que antes gozavamos, y quando las aborrecemos nos deleyta?

CAPITULO VI.

Declara el grande afecto con que amava à su amigo.

PAra que hablo estas cosas, pues aora no es tiempo de preguntar, sino de confessarme. Yo era miserable, y miserable es el animo de qualquiera que està preso con el amor de las cosas temporales, y quando las pierde, se atormenta, y aflige, y entonces siente su miseria, por la qual es miserable, y lo era, aun antes que las perdiesse. Assi lo era yo en aquel tiempo, y llorava amarguissimamente, y descansava en mi amargura. Esta era mi miseria, y amava mas que à mi amigo, la vida misera que vivia. Porque aunque yo la desseava mudar, pero mas temia perderla que al amigo, y aun no sé si la perdiera de buena gana por èl; como se dize de Oresto, y Pilade (si es verdad lo

que ſe dize) los quales querian morir el uno por el otro, ò ambos juntos, porque tenian por peor muerte el vivir apartados el uno del otro. Mas en mi no ſé que afecto avia nacido muy contrario deſte, y en gran manera me canſava el miedo de la muerte. Creo yo, que quanto mas yo amava à mi amigo, tanto mas aborrecia, y temia como à cruel enemigo, la muerte que me le avia quitado, y penſava que ſubito avia de acabar à todos los hombres, pues avia podido acabar al que yo amava. Sin duda tal era yo, que bien me acuerdo, Dios mio: he aqui mi coraçon, mirad lo interior de mi alma, pues ſois mi eſperança, y en que me limpiais de la inmundicia de tales afectos, y endereçais mis ojos à vos, y librais mis pies de los lazos que me eſtan armados. Maravillavame que vivieſſen los otros mortales, pues era muerto aquel à quien yo avia amado, como ſino huviera de morir, y mas me maravillava, que ſiendo èl muerto, vivieſſe yo, pues yo era otro

èl. Bien dixo el que hablando de un amigo ſuyo, dixo, que era la mitad de ſu alma, porque yo ſenti que mi alma, y el alma de mi amigo, avian ſido un alma en dos cuerpos, y por tanto me deſagradava el vivir, porque no queria vivir la mitad, no viviendo entero, y por eſſo, por ventura temia el morir, porque muriendo, yo no murieſſe todo aquel à quien tanto avia amado.

CAPITULO VII.

Como ſaliò de ſu tierra por no poder ſufrir la fuerça deſte dolor.

O Locura, que no ſabe amar à los hombres humanamente! O lazo del hombre, que lleva las coſas humanas ſin moderacion! Tal era yo en aquel tiempo, y aſſi andava congoxado, y ſuſpirava, llorava, turbavame, y no hallava deſcanſo, ni conſejo, traïa mi alma deſpedaçada, y corriendo ſangre, que ni ſufria ſer llevada de mi, ni yo ſabia como llevarla, ni adonde ponerla, porque no

hallava deſcanſo, ni en los boſques deleytoſos, ni en los juegos, y cantos, ni en los lugares oloroſos, ni en los combites, y manjares delicados, ni en las camas regaladas: y finalmente, ni en los libros, ni en los verſos. Todas las coſas me davan horror, y la miſma luz, y todo lo que no era aquel que yo amava, me era enojoſo, y peſado. En ſolos los gemidos, y lagrimas que por él derramava, algun tanto reſpirava, y quando dexava de llorar, luego ſentia la peſada carga de mi miſeria que traïa acueſtas, la qual vos, Señor, me aviades de quitar, y curar. Bien ſabia yo eſto, pero ni lo queria, ni lo podia. Porque quando yo penſava en vos, no os concebia como una coſa ſolida, firme, y eſtable, porque lo que yo penſava, no erades vos, ſino unas vanas fantaſmas, y mi error era mi Dios, y ſi me esforçava à poner mi alma para que deſcanſaſſe en aquello, luego resbalava como en vago, y caïa ſobre mi, y yo me quedava hecho un lugar de miſeria, en el

qual ni podia estar, ni apartarme del. Porque adonde podia mi coraçon, huir de mi coraçon? ò yo huir de mi mismo, de manera, que no fuesse yo tras mi? Y con todo esso huì de mi patria, y me parti para Cartago, para que mis ojos le buscassen menos, en el lugar donde no le solian ver.

CAPITULO VIII.

Que el tiempo cura las penas.

NO passan de balde los tiempos, ni se rebuelven ociosamente por nuestros sentidos, antes hazen obras maravillosas. Venian, y passavan de dia en dia, y viniéndo, y passando, me traïan nuevas especies, y nuevas memorias, y poco à poco me restituïan mis passados placeres, à los quales iva cediendo, y dando entrada à aquel mi dolor. Pero sucedianle, no otros dolores, sino las causas de dolores nuevos, porque de donde vino que aquel dolor traspassasse tan facilmente lo intimo de mi coraçon, sino porque avia derramado mi al-

ma en la arena, amando al mortal, como ſi fuera inmortal? En gran manera me reparavan, y recreavan los conſuelos de los otros amigos, con los quales yo amava lo que amava, en lugar de vos, y eſto era una gran fabula, y una larga mentira, con la qual nueſtras almas, que ſe davan del todo à oir coſas guſtoſas, con una falſa y engañoſa curioſidad ſe inficionavan. Mas aquella fabula para mi no moria, aunque murieſſe alguno de mis amigos. Otras coſas avia en ellos, con las quales yo me entretenia, como era el razonar uno con otro, el reirſe, y ſervirſe el uno al otro, leer coſas de paſſatiempo, burlarſe, honrarſe, contradezirſe algunas vezes ſin odio, como lo haze el hombre con ſigo miſmo, y con aquella contradicion, y porfia (que era muy de quando en quando) como con un poco de agrio, davamos ſabor à la dulce conformidad que en noſotros avia, y con enſeñar, ò aprender algo uno de otro, tener pena de la auſencia de los amigos, y deſſear-

los, y recebirlos quando venian con alegrias. Con estas señales, y otras semejantes, que proceden del coraçon de los que se aman, y se manifiestan por la boca, y por la lengua, por los ojos, y por otros muchos movimientos gratissimos, se inflaman los animos como el fuego en la yesca, y de muchos se haze uno.

CAPITULO IX.

Compara la amistad humana, con la divina.

ESto es lo que se ama en los amigos, y de tal manera se ama, que se tiene por culpado el que no ama al que le ama, y no paga el amor con amor, no buscando otra cosa exterior del amado, sino las muestras de su amor. De aqui nace el llanto quando el uno muere: de aqui aquellas tinieblas de dolores, y el coraçon afligido, bolviendose la dulcedumbre en amargura: de aqui la muerte de los vivos, por la vida que perdieron los muertos. Bienaventu-

rado es, Señor, el que à vos ama, y al amigo en vos, y al enemigo por vos: porque aquel solo no podrà perder algun amigo, que los ama à todos en el que no perece, ni se pierde. Y quien es este sino nuestro Dios? aquel Dios que hizo el cielo, y la tierra, y los hinche, y hinchiendolos los hizo? Ninguno, Señor, os pierde, sino el que perdiendose os dexa. Y el que os dexa adonde và? ò adonde huïe, sino de vos manso, à vos enojado? Porque adonde no hallarà vuestra ley en su pena? y vuestra ley es verdad, y vos sois la misma verdad.

CAPITULO X.

Que toda la hermosura es de Dios, el qual deve ser alabado en todas las cosas.

DIos de las virtudes, convertidnos, mostradnos vuestra cara, y seremos salvos. Porque do quiera que se buelva el alma del hombre, hallarà dolor, sino es en vos: aunque se abrace con las cosas hermosas, que

estàn fuera de vos, y fuera de si; las quales no serian sino por vos, y nacen, y mueren, y naciendo casi comiençan à ser, y crecen para tener perfeccion, y quando la tienen, se envejecen, y se acaban. Porque todas las cosas se envejecen, y se acaban: de manera que quando nacen, y caminan para el ser, quanto mas priessa se dan en crecer para ser, tanto mayor priessa se dan para no ser, y este es el modo, y el estilo de las criaturas que vos les aveis dado, porque son partes de las cosas mudables, y que no son todas juntas, mas yendo unas, y viniendo otras, componen este universo, cuyas partes son. Desta manera se haze nuestra habla por las palabras que suenan, porque quando hablamos, no podriamos dezir todo lo que queremos, y acabar nuestro razonamiento, si despues de pronunciada una palabra, no diesse lugar à la otra. Mi alma, Señor, y Criador de todas las cosas por esto os alabe, mas no se pegue à ellas por los sentidos del cuerpo, con la liga del

amor. Vanſe eſtas coſas por ſu camino para el no ſer, y deſpedazan el alma, llevandola tras ſi con deſſeos peſtilenciales. Porque ella quiere ſer, y deſcanſar en las coſas que ama, y en ellas no ay donde pueda deſcanſar, porque no eſtàn firmes, y huyen. Y quien ay que las pueda ſeguir con el ſentido de la carne, ò comprehender, aun quando eſtàn muy preſentes? Porque el ſentido de la carne es muy lerdo, y perezoſo, porque es ſentido de carne, y eſta es ſu naturaleza. Es ſuficiente para lo que es, y no lo es para detener las coſas que huyen, y corren de ſu devido principio à ſu limitado fin. Porque en vueſtra palabra (por la qual ſon criadas) oyen: deſde aqui partiràs, y haſta aqui llegaràs.

CAPITULO XI.

Que todas las coſas criadas ſon mudables en ſi, y eſtables en Dios.

ALma mia, no ſeas vana, ni te hagas ſorda por el ruido de tu vanidad: oye tu tambien al miſmo

Verbo que clamà, y te dize, que buelvas, y que eſte es tu centro, y aquel lugar de quietud que no ſe puede turbar, en el qual nunca el amor es dexado, ſi èl primero no dexa. Mira la mudança de las coſas, y como unas van, y otras vienen, y eſta parte flaca, è inferior del mundo eſtà compueſta de todas ſus partes. El Verbo de Dios dize: Partome yo por ventura à alguna parte, alli aſſienta tu morada, alli alma mia encomienda todo lo que de alli tienes, ſi quiera deſpues que te vees fatigada con tantos engaños. Encomienda à la verdad todo lo que de la verdad has recebido, y no perderàs nada, y tus llagas podridas ſe curaràn, y ſanaràn todas tus dolencias, y lo que en ti es deleznable, ſerà firme, y remunerado, y unido con tigo: no te llevarà abaxo tras ſi, antes permanecerà con tigo, adonde eſtà Dios que nunca ſe muda. Porque tu te perviertes, y ſigues à tu carne, deviendo ella convertirſe, y ſeguirte à ti? Todo lo que por ella ſientes, es par-

te del todo cuyas ſon las partes, y tu te deleitas con ellas, y no conoces el todo. Mas ſi tu ſentido fueſſe habil para comprehender el todo, y en pena de tu culpa no le huvieſſe ſido juſtamente pueſta una cierta taſſa, y modo para que ſe contente con la parte, ſin duda que holgarias que paſſaſſe qualquiera coſa preſente, para gozar de todas ellas juntas con mayor deleite. Porque por el miſmo ſentido de la carne oyes lo que hablamos, y no quieres que las ſilabas paren, ſino que buelen para que otras vengan, y las oyas todas. Si todas las coſas ſucceſſivas juntamente ſe pudieſſen ſentir, deleitarian mas que cada una por ſi. Pero mucho mejor es el que hizo todas las coſas, y eſte es nueſtro Dios, que no ſe aparta, porque ninguna coſa le ſucede. Si te agradan los cuerpos, alaba à Dios en ellos, y traſlada el amor de las criaturas en ſu Criador, para que no le deſagrades en las coſas que te agradan.

CAPITULO XII.

Que no es malo el amor quando en las cosas que nos agradan amamos à Dios.

SI las animas te agradan, amalas en Dios, porque tambien ellas en si son mudables, y fixas en Dios son estables, y de otra manera perecerian. Amales pues en èl, y arrebata con tigo quantas pudieres para èl, y dì les: A este Señor amemos, à este Señor queramos, èl hizo estas cosas, y no està lexos de aqui, porque no las hizo, y se fue, antes dèl tiene su principio, y en èl estàn. Si quieres saber donde està, està donde ay gusto de la verdad. Intimo es al coraçon, mas el coraçon sa ha apartado dèl y perdido. Pues ò hijos de Adan, bolveos al coraçon, y abraçaos con aquel Señor que os hizo, estad con èl, y no caïreis, descansad en èl, y tendreis descanso. Adonde os vais por despeñaros, adonde os is? El bien que amais suyo es, y en tanto es bue-

no, y ſuave, en quanto refiere à èl. Mas juſtamente ſe convierte en hiel todo lo que del tiene ſu ſer, quando dexandole à èl, injuſtamente ſe ama. Para que quereis todavia andar por caminos dificultoſos, y aſperos? No ſe halla deſcanſo donde le buſcais. Buſcais la vida bienaventurada en la region de la muerte, y no eſtà alli, porque como es poſſible que aya vida bienaventurada, donde no ay vida? Baxò à noſotros nueſtra vida, y tomò nueſtra muerte, y matòla con la abundancia de ſu vida, y clamò, y diò vozes como trueno, que nos bolvamos à èl, en aquel ſecreto donde vino à noſotros, decendiendo primero en las virginales entrañas de nueſtra Señora, en las quales ſe deſposò con èl la humana criatura, y carne mortal, por no ſer ſiempre mortal. De aqui ſaliò como eſpoſo de ſu talamo, y ſe esforçò con alegre, y valeroſo animo, como gigante à correr la carrera, porque no ſe tardiò en ella, antes la corriò dando vozes con ſus palabras, con ſus obras, con ſu

muerte, y con su vida, con el baxar, y con el subir, para que bolvamos à èl. Y partiòse de nuestros ojos, para que no viendole, bolvamos al coraçon, y le hallemos en él, porque aunque se partiò, aqui està con nosotros. No quiso estar mucho con nos, y no nos dexò. Partiòse de donde nunca està ausente, y saliò de donde nunca se apartò, porque èl hizo el mundo, y estava en este mundo, y vino al mundo para salvar à los pecadores; al qual se confiessa mi alma, para que la sane porque le ha ofendido. Hijos de los hombres, hasta quando aveis de ser de duro, y pesado coraçon? Es possible que aun despues que baxò à vosotros la vida, no quereis subir, y vivir? Mas adonde subistes, quando os levantastes en alto, y pusistes en el cielo vuestra boca? Baxad para que subais, y subais à Dios, porque subiendo contra Dios, caïstes. Díles estas cosas, para que lloren en este valle de lagrimas, y assi los arrebata con tigo para Dios: porque si se lo dizes encendido con el fuego

de

de la caridad, con su espiritu se lo dizes.

CAPITULO XIII.

De donde nace el amor.

ESTas cosas no las sabia entonces yo, y amava las cosas baxas, y hermosas, y ivame al profundo, y dezia à mis amigos. Por ventura amamos alguna cosa que no sea hermosa? y que es esto que llamamos hermoso? Y que cosa es la hermosura? Que es esto que nos atrae, y nos aficiona à las cosas que amamos? Sino huviesse en ellas alguna gracia, y hermosura, en ninguna manera nos movirian à su amor. Notava yo, y veia que en los mismos cuerpos, otra cosa es el todo, que por serlo es hermoso, y otra lo que es apto, por ser conveniente, y acomodado à alguna cosa, como lo es la parte del cuerpo à su todo, ò el calçado al pie, y otras cosas semejantes. Y esta consideracion naciò en mi anima, y en lo mas intimo de mi coraçon, y escrivi dos ò

tres libros de la hermosura, y conveniencia. Vos lo sabeis mi Dios, quantos fueron, yo no me acuerdo de ellos, porque se me han perdido no se como.

CAPITULO XIV.

Del libro que escriviò de lo que llamamòs apto, ò conveniente, y de lo que llamamos hermoso, y hermosura.

QUe me moviò, Señor, Dios mio, à escrivir aquellos libros à Icherio, Orador de la ciudad de Roma, pues no le conocia de vista, mas amavale por la fama de su doctrina que era grande, y por aver oïdo algunas palabras suyas que me agradaron, y mas porque agradavan à otros, los quales le alabavan en gran manera; maravillados que siendo Syro de nacion, huviesse alcançado tanta eloquencia en la lengua Griega, y despues en la Latìna, y fuesse tan excelente Maestro en ella, y tan exercitado en las Ciencias que se requieren para el estudio de la sabiduria? El hombre es alabado, y estimado, es-

tando auſente : Por ventura aquel amor ſale de la boca del que loa, y entra en el coraçon del que oye ? no por cierto, mas de uno que ama ſe enciende otro, y por eſto ſe ama el que es loado, quando ſe entiende que lo es de veras, y no con coraçon fingido : y eſto es, quando le alaba el que le ama. Deſta manera amava yo algunos hombres, por juizio de otros hombres, y no por el vueſtro, Dios mio, en el qual ninguno ſe engaña. No los alabava à la manera que ſe ſuele alabar aquel nombrado cochero, y aquel caçador afamado con el aplauſo de pueblo, pero mas grave, y muy diferentemente, y de la manera que yo queria ſer alabado. Porque no queria yo ſer alabado, y amado, de la manera que lo ſon los repreſentantes, (aunque yo los alabava, y amava) que mas quiſiera no ſer conocido, que ſer conocido de aquella manera, y ſer aborrecido, que amado de tal ſuerte. De donde vienen eſtos peſos, y medidas de amores tan diferentes en un alma ? Que es lo que

por una parte yo amo en otro, y por otra, sino lo aborreciesse, no lo echaria de mi, y mas siendo ambos hombres: porque no se puede dezir, que se ama el representante (que es hombre como yo) de la manera que se ama un buen cavallo, que el que le ama, aunque pudiesse, no querria ser cavallo como èl. Es possible, que siendo yo hombre, ame en el hombre lo que aborrezco? Grande, y profundo abismo es este hombre, cuyos cabellos, Señor, teneis contados, y no se pierde alguno dellos en vos, y son mas faciles de contar, que los afectos, y movimientos de su coraçon. Mas aquel Retórico era de aquel genero de hombres que yo amava, desseando ser como uno dellos, y andava errado por mi sobervia, y qualquier viento me llevava; y vos secretamente me governavades. De lo que sé, y soy cierto, me confiesso à vos, que mas le amava por el amor de los que le loavan, que por las mismas cosas de que era loado: porque sino le loaran, antes le vituperaran, contando

aquellas mismas cosas en su despre-cio, que dezian en su loor; yo sé bien, que no me moviera, ni me encendie-ra en su amor; y sin duda las cosas fueran las mismas, y el hombre no fuera otro, solo lo fuera el afecto de los que hablaran dèl. He aqui, Señor, adonde yaze el alma enferma, y que no està assida à la firmeza de la ver-dad, y por esso es arrebatada con los vientos de las lenguas, y de las opi-niones de los hombres, y como ellos soplan, assi es llevada, y traïda, echa-da, y desechada, y la luz se le escu-rece, para que no vea la verdad, es-tando ella tan presente, y delante de nos. Gran cosa me parecia à mi, que aquel hombre tuviesse noticia de mis palabras, y de mis estudios, y si le pa-recieran bien, alentarame, y encen-dierame mas en ellos; y sino los tu-viera por buenos, llegarame al cora-çon, por ser vano, y estar vazio de vuestra firmeza. Pero no por esto de-xava de considerar, y rebolver dentro de mi pecho aquella hermosura, y conveniencia, de la qual yo le avia-

escrito, y tenerla presente en mi contemplacion, y maravillavame della à solas, sin tener quien conmigo la loasse.

CAPITULO XV.

Que por estar escurecido con las especies de las cosas corporales, no podia entender las espirituales.

MAs aun no veïa yo en vuestra arte la suma de tan gran negocio, ò Dios mio, todo poderoso, que solo obrais maravillas? Ivase mi alma por las formas corporales; y distinia ser aquello hermoso, que por si mismo parece bien, y aquello apto, que es conveniente, y dize bien con otra cosa, y assi lo distinguia, y lo mostrava con exemplos corporales. Y convertíme à la naturaleza del alma, pero no me dexava ver la verdad aquella falsa opinion que yo tenia de las cosas espirituales. La misma fuerça de la verdad se me ponia delante, y se me venia à los ojos, pero divertia yo el pensamiento que vacilava,

y de las coſas que no tienen cuerpo, le traſpaſſava à las corporales, à los colores, y à las coſas que à la viſta me parecian grandes: y porque no podia verlas en mi anima, me parecia que no la podia yo à ella ver. Y como yo amaſſe en la virtud la paz, y en el vicio aborreciesſe la diſcordia, notava en la virtud una unidad, y en el vicio una como diviſion, pareciame que eſtava en aquella unidad del anima racional, y la naturaleza de la verdad, y del ſumo bien. Y por el contrario, en la diviſion una no ſé que ſuſtancia de la vida irracional, y la naturaleza del ſumo mal, la qual, no ſolamente era ſuſtancia, mas aun verdadera vida, que vos no aviades hecho, Dios mio, y fuente del qual ſon todas las coſas. Eſto penſava yo deſventurado, y no ſabiendo lo que me dezia, llamava aquella unidad, una mente ſin diferencia de ſexo; y à eſtotra llamava dualidad: en las coſas ſangrientas, y atrevidas, ira; y en los apetitos deſhoneſtos, deſſeo deſordenado: porque ni yo ſabia, ni lo avia aprendido

que ninguna ſuſtancia es mala, ni que nueſtra alma no es el bien ſumo, è incomutable. Porque aſſi como ſe cometen agravios grandes, violencias, y deſafueros, quando aquel movimiento del animo encendido por la ira, es impetuoſo, turbulento, y deſenfrenado; y grandes torpezas, quando el afecto del anima que percibe los deleytes carnales, eſtà deſtemplado: aſſi los errores, y las falſas opiniones, amançillan nueſtra vida, ſi es viciosa la parte racional de nueſtra alma, como lo era entonces la mia; pues no ſabia, que para ſer participante de la verdad, devia ſer alumbrada con otra luz, pues ella no es la miſma naturaleza de la verdad. Porque vos, Señor mio, dareis luz à mi lampara, y alumbrareis mis tinieblas, y todos recebiremos la lumbre verdadera de vueſtra abundante luz, porque vos ſois verdadera lumbre que alumbra à todo hombre que viene à eſte mundo, y en vos no ay, ni puede aver, eſcuridad, ni mudança. Mas yo esforçavame por llegar à vos, y vos me deſe-

chavades, para que gustasse la muerte, porque resistis à los sobervios. Y que mayor sobervia podia ser, que afirmar con una estremada locura, que yo era naturalmente lo que vos sois? Porque como yo fuesse mudable, y esto me fuesse manifiesto, pues desseava ser sabio para mejorarme, todavia queria antes pensar que vos erades mudable, que creer de mi, que no era yo lo que vos sois. Assi, que yo era desechado de vos, que resistiades à la hinchazon, y engreimiento de mi cerviz, y iva imaginando unas formas corporales, y siendo carne acusava la carne; y siendo espiritu que buela, no bolvia à vos; antes caminando andava por las cosas que no tienen ser, ni en vos, ni en mi, ni en el cuerpo. Y aquellas formas no las avia criado vuestra verdad, sino mi vanidad las fingia del cuerpo, y como parlero desbaratado, dezia à vuestros pequeñuelos, y fieles naturales de mi ciudad, (de los quales yo ignorante, andava desterrado) preguntandoles, porque yerra mi alma,

siendo hecha por Dios? Y no queria que me respondiessen, porque anda Dios errado; y porfiava, y tenia por menor inconveniente, dezir que vuestra incomutable sustancia forçada errava, que confessar que la mia mudable por su voluntad, andava descaminada. Quando escrivi aquellos libros, tendria como veinte y seis, ò veinte y siete años, rebolviendo dentro de mi aquellas corporales, y fingidas imaginaciones que aturdian las orejas de mi coraçon, aunque yo (ô verdad dulce) desseava ocuparlas en aquella vuestra interior melodia, pensando en las cosas hermosas, y convenientes, y queriendo afirmarme, y oir la voz del esposo; no podia, porque me sacavan fuera las vozes de mi error, y con el peso de mi sobervia caïa en el profundo. Porque vos no davades à mi oido gozo, ni alegria, ni se rogozijavan los huessos, que aun no estavan humillados.

CAPITULO XVI.

Como por si entendiò los predicamentos de Aristoteles.

YQue me aprovechava que, siendo yo de edad de veinte años, poco mas, ò menos, vinieron à mis manos los diez predicamentos de Aristoteles, que mi Maestro, y otros tenidos por doctos, con gran pompa, y ostentacion alegavan, y yo desseava ver, como una cosa muy sublime, y divina, y despues leyendolas à solas lo entendi? y como yo los confiriesse con otros, que dezian averlos oido de Maestros sapientissimos, que se los avian declarado, no solamente con palabras, sino con pinturas, y à penas las avian entendido, no me supieron dezir mas acerca dellos, de lo que yo por mi mismo avia alcançado. Que me aprovechava todo esto? antes me dañava, porque creyendo yo, que en aquellos diez predicamentos se comprehendian todas las cosas, queria entenderos (ô Dios mio) que

ſois maravilloſamente ſimple, è incomutable) de tal manera, como ſi vos fuerades ſugeto de vueſtra grandeza, y de vueſtra hermoſura, ò como ſi eſtos accidentes eſtuvieran en vos, como en ſugeto, à la manera que eſtàn en el cuerpo, ſiendo vos vueſtra miſma grandeza, y vueſtra hermoſura, y no como el cuerpo que no es grande, ni hermoſo, por ſer cuerpo, pues ſeria cuerpo, aunque no fueſſe tan grande, ni tan hermoſo. Y aſſi lo que yo imaginava de vos, no era verdad, ſino falſedad, y un fingimiento ſacado de mi miſeria, y no coſa firme, y digna de vueſtra bienaventurança. Vos lo aviades mandado, y aſſi ſe cumplia en mi, que la tierra produxeſſe eſpinas, y abrojos, y que con trabajo, y ſudor de mi roſtro, comieſſe mi pan. Que me aprovechava, que yo malvado, y eſclavo entonces de mis malos apetitos, leyeſſe ſin Maeſtro que me los declaraſſe, todos los libros que pude de las Artes que llamavan Liberales, y los entendieſſe? y holgavame con ellos, y no

ſabia de donde venia lo cierto, y verdadero que en ellos hallava, porque tenia las eſpaldas bueltas à la luz, y la cara à las coſas que participan della; y con eſto, mi miſmo roſtro que veïa las coſas alumbradas, ſe quedava à eſcuras. Bien ſabeis vos, Señor Dios mio, que yo entendi facilmente, ſin que ninguno me enſeñaſſe, la Retorica, y Dialectica, y las demas Artes, y Ciencias Mathematicas, porque el buen ingenio, y habilidad es don vueſtro; aunque yo, por el que me aviades dado, no os ofrecia ſacrificio de alabança, y aſſi no era para mi de tanto provecho, quanto de daño; pues tan buena parte de mi hazienda procurava gaſtarla à mi voluntad, y no guardava para vos mi fortaleza: antes partiendome de vos, me fui con ella à una region apartada, y lexos, para deſperdiciarla en las rameras de mis apetitos. Porque que me aprovechava que la coſa fueſſe buena, ſi uſava mal della? No entendia yo, que aquellas artes eran tan eſcuras, que à penas los muy eſtudioſos, è ingenio-

sos las entendian, hasta que yo se las declarava; y aquel era excelentissimo en ellas, que con la velocidad de su ingenio me alcançava. Pero que me aprovechava esto, Señor Dios mio, y verdad eterna; pues pensava que vos erades un cuerpo resplandeciente, è immenso, y yo un pedazo de aquel cuerpo? O estraña perversidad! mas tal era yo. No me confundo, Dios mio, de confessar las misericordias que me aveis hecho, è invocaros, pues no me confundì entonces de pregonar à los hombres mis blasfemias, y ladrar contra vos. Pues que me aprovechava entonces aquel ingenio facil para entender las Ciencias, y para explicar con tanta claridad, tantos y tan escuros libros, sin que ninguno me los huviesse enseñado; pues tan sacrilega, y torpemente errava yo en la doctrina celestial, y divina? O que daño recebian vuestros pequeñuelos, por no tener tan vivo ingenio; pues no se apartavan de vos, para que en el seguro nido de vuestra santa Iglesia, les creciessen las alas de la cari-

dad, y con el mantenimiento de la Fé ſana, las criaſſen: O, Señor Dios nueſtro, eſperemos en la ſombra de vueſtras alas: defendednos, y ſuſtentadnos, vos llevareis à los chiquitos, y los ſuſtentareis haſta la vejez; porque quando vos ſois nueſtra firmeza, entonces eſtamos firmes; y quando la firmeza es nueſtra, entonces eſtamos flacos. Nueſtro bien ſiempre vive en vos, y porque de vos nos apartamos, nos pervertimos. Bolvamos pues, ya, Señor, à vos, para que no nos perdamos, pues vive en vos ſin algun defeto, nueſtro bien, que ſois vos miſmo. Y no temeremos, que no aya adonde bolvamos; porque aunque noſotros caïmos deſſa vueſtra caſa, que es la eternidad, no por eſſo eſtando noſotros auſentes, ha caïdo, ni puede caër la miſma caſa.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO V.

CAPITULO I.

Despierta su alma à alabar à Dios.

REcebid, Señor, el sacrificio de mis confessiones, que mi lengua os ofrece, la qual vos formastes, y movistes para que confessasse vuestro santo nombre; y sanad todos mis huessos, para que os digan, Señor, quien es semejante à vos? Porque el que se confiessa à vos, no os enseña lo que passa por èl, ni el coraçon cerrado lo puede estar para vos, ni la dureza de los hombres os ata las manos, porque vos, quando quereis, las desatais, ò con misericordia, ò con

castigo, y no ay quien se esconda de vuestro calor. Mas mi anima, Señor, os alabe, para que os ame, y confiesse vuestras misericordias: para vuestro loor, ninguna de todas vuestras criaturas calla, ni dexa de alabaros: todos los espiritus os loan por la boca de los que à vos se convierten; y los animales, y las cosas corporales hazen lo mismo, por la lengua de los que las consideran como obras vuestras, para que nuestra alma cansada se levante en vos, y usando de las cosas que vos hizistes, passe à vos su hazedor admirable, y en vos halle hartura, y verdadera fortaleza.

CAPITULO II.

Que ninguno puede huir la presencia de Dios, porque està presente en todas las cosas.

VAyanse, y huyan de vos los hombres inquietos, y perversos, que à la fin vos los veis, y por el rastro, y la sombra, los distinguis, y conoceis, y siendo todas sus cosas

hermosas, ellos son feos; y que daño os hizieron, ò en que menoscabaron vuestro Imperio, que es justo, y inviolable desde el Cielo hasta el abismo? Adonde huïran, quando huïeren de vos, pues en todas partes los hallais? Pero huïeron por no veros à vos, que los veis à ellos, y ciegos toparan con vos, porquo no desampareis cosa que ayais criado; los injustos tropezaràn en vos, y justamente seràn atormentados, porque apartandose de vuestra blandura, dieron en vuestra rectitud, y cayeron en la aspereza de vuestra justicia, porque no saben que vos estais en todo lugar, de tal manera que ningun lugar os comprehende, y solo estais presente aun à los que huïen lexos de vos. Pues conviertanse à vos, y busquenos, porque aunque ellos dexan à vos su Criador, no por esso vos dexais à vuestra criatura: conviertanse, y busquenos, que en su mismo coraçon os hallaràn: en el coraçon estais de los que os alaban, y se arrojan en vuestros braços, y lloran en vuestro seno los caminos

torcidos que han andado : y vos, sin hazeros de rogar, enjugais las lagrimas de su rostro, para que lloren con mayor abundancia, y se gozen de su mismo llanto, porque vos que los hizistes, los reparais, y consolais, y no el hombre, que es carne, y sangre. Adonde estava yo, Señor, quando os buscava ? Vos estavades delante de mi, y yo me avia partido de mi, y como no me hallava, menos os podia hallar à vos.

CAPITULO III.

Trata de Fausto Manicheo, y de la Astrologia.

HAblarè delante de vuestro acatamiento, Dios mio, y cantarè lo que passò por mi, siendo yo de veinte y nueve años de edad. Avia ya venido à la ciudad de Cartago cierto Obispo de los Manicheos, que se llamava Fausto, gran lazo del demonio, y muchos caïan en èl, enlazados por sus dulces palabras. Yo, aunque loava su eloquencia, todavia conocia

la diferencia que ay entre el hablar bien, y el dezir verdades, las quales yo desseava saber, y estava atento, no al plato de las hermosas palabras, sino à la vianda, y ciencia que en èl me ofrecia. Avia yo antes oido dezir, que era este Fausto doctissimo en todas las Artes honestas, y Ciencias liberales, y porque yo avia leydo muchas obras de Filosofos, y las tenia en la memoria, iva confiriendo algunas cosas dellas con las grandes fabulas de los Manicheos, y pareciame, que las cosas de los Filosofos eran mas verisimiles, por aver investigado muchas cosas naturales del mundo, aunque no hallaron al Señor dèl. Porque vos, Señor, sois grande, y mirais las cosas humildes, y las altas de lexos las conoceis, y no os allegais, sino à los contritos de coraçon, ni sois hallado de los sobervios, aunque ellos con una curiosa Ciencia cuenten las estrellas, y la arena, y midan las regiones del Cielo, è investiguen el curso de las estrellas. Buscan estas cosas con su entendimiento, y con el ingenio que

vos les diſtes, deſcubrieron muchas coſas, y muchos años antes dixeron quando avian de ſuceder los eclipſes del Sol, y de la Luna, y en que dia, y en que hora, y quanto avian de durar, y no ſe engañaron en la cuenta, porque aſſi ſuceden como ellos lo dixeron, y para eſto dieron reglas, las quales oy dia ſe leen, y por ellas ſe ſabe en que año, y en que mes, y en que dia, y en que hora ſe ha de eclipſar la Luna, ò el Sol, y que parte deſtos Planetas ſe ha de eclipſar, y aſſi ſerà como ellos lo pronoſticaron. Los hombres que no ſaben deſto, ſe maravillan, y eſpantan, y los que lo ſaben, ſe alegran, y deſvanecen, y con una impia ſobervia, ſe apartan de vueſtra lumbre, y desfallecen, y viendo tanto antes el defecto del Sol que ha de venir, no vèn el ſuyo que tienen delante, porque no buſcan con piedad, ni reconocen la fuente de donde les viene el ingenio con que eſtas coſas buſcan, y quando hallan que vos los hiziſtes, no ſe entregan à vos, para que guardeis lo que

hizistes, ni se os ofrecen en sacrificio, matando en si lo que vos no hizistes, degollando sus vanidades, como quien sacrificava aves; y sus curiosidades, como pezes de la mar, con las quales andan por las secretas sendas del abismo; y sus luxurias, como quien ofrece unas bestias del campo, para que assi vos, Dios mio, que sois un fuego abrassador, consumais los cuidados muertos dellos, y les deis nuevo ser de immortalidad; mas ellos no saben el camino, que es vuestro Verbo, por el qual hizistes todas las cosas que cuentan, y los que las cuentan, y el sentido con que veen las cosas que cuentan, y el ingenio de donde sacan la cuenta, y no ay numero, ni cuenta de vuestra sabiduria. Este vuestro unigenito Hijo se hizo nuestra sabiduria, y nuestra justicia, y santificacion; y fue contado entre nosotros, y pagò tributo à Cesar. No atinaron ellos à este camino para que de si baxassen à èl, y por èl subiessen à el mismo. No saben este camino, y piensan que son muy altos; y res-

plandecientes como las eſtrellas, y por eſſo cayeron en tierra, y ſe eſcureciò ſu inſipiente coraçon. Dizen muchas coſas verdaderas de la criatura, y no buſcan piadoſamente el verdadero Artifice de la criatura, y aſſi no le hallan, conociendo à Dios, no le honran, ni le hazen gracias como à Dios; antes ſe deſvanecen en ſus penſamientos, y dizen, que ſon ſabios, y atribuyen à ſi lo que es vueſtro; y de aqui viene, que con una ceguedad maliſſima, quieren attribuir à vos lo que es ſuyo, y ſus mentiras, y devaneos à vueſtra ſuma verdad: y trocando la gloria de Dios incorruptible en la ſemejança, è imagen del hombre corruptible, y de las aves, y animales, y ſerpientes, convierten vueſtra verdad en ſu mentira, y adoran, y ſirven à la criatura mas que al Criador. Con todo eſto yo no me acordava de muchas verdades que los tales Filoſofos avian dicho de la criatura, y por los numeros, y por la orden de los tiempos, y por lo que veìa en las eſtrellas, ſe me

ofrecia la razon dellos, y las conferia con los dichos de Manicheo, que dellas escriviò, desatinadamente sobre manera, y no hallava en lo que èl avia escrito, la razon de los Solsticios, y Equinocios, y defetos del Sol, y de la Luna, ni otras cosas semejantes, que en los libros de los Filosofos avia aprendido: antes me mandavan creer cosas que no dezian bien con las que yo por razon, y vista de ojos tenia averiguadas; y lo uno era muy diferente de lo otro.

CAPITULO IV.

Que solo el conocimiento de Dios nos haze bienaventurados.

DEzidme, Señor Dios mio, y Dios de la verdad, el que sabe estas cosas agradaos por solo saberlas? Desventurado por cierto es el hombre que sabe todas estas cosas, y no os conece: y bienaventurado el que os conoce, aunque no las sepa. Pero el que os conoce à vos, y à ellas, no es mas bienaventurado por conocerlas à ellas,

las, sino bienaventurado por conocer à solo vos; con tal, que conociendoos os glorifique como à Dios, y os haga gracias, y no se desvanezca en sus pensamientos, porque assi como el que sabe poseer un arbol, y usar dèl, haziendoos gracias, aunque no sepa quantos codos tiene en alto, y quantos en ancho, es mejor que el que le mide, y cuenta todos sus ramos, y no le posee, ni conoce al que le criò assi. Sin duda el hombre fiel, cuyo es todo el mundo, y no teniendo nada, todo lo posee, uniendose con vos (à quien todas las cosas sirven) aunque no sepa nada del curso de los Planetas, es mucho mejor que el que mide el Cielo, y cuenta las estrellas, y pesa los elementos, sino tiene cuenta con vos, que ordenastes todas las cosas en peso, numero, y medida, y seria gran locura dudar desto.

CAPITULO V.

El atrevimiento de Fausto Manicheo, que enseñava lo que no sabia.

PEro quien pedia à este no sé que Manicheo, que escrivieſſe estas cosas, sin las quales se podia aprender la piedad? Porque vos dixistes al hombre: La piedad es sabiduria; y esta pudiera èl ignorar, aunque supiera perfetamente estotras cosas, mas porque èl no las sabia, y con gran desverguença las osava enseñar, no podia en ninguna manera alcançarla. Porque vanidad es enseñar estas cosas del mundo aunque sean muy sabidas; y piedad es confessaros. Pero aquel hombre descaminado, hablava tanto destas cosas, que fue conocido su poco saber, y convencido de los que las avian bien aprendido, para que mejor se entendieſſe lo poco que alcançava en las otras cosas mas escuras: porque èl no queria que le tuvieſſen en poco, antes quiso persuadir que tenia en si personalmente, y

con plenaria potestad el Espiritu Santo, que consuela, y haze ricos à vuestros fieles. De manera que como se entendiesse claramente que no sabia lo que se dezia quando hablava del Cielo, y de las estrellas, y de los movimientos del Sol, y de la Luna (aunque estas cosas no pertenecen à la doctrina de la Religion) todavia se descubria su sacrilego atrevimiento, pues dezia cosas, no solo mal sabidas, pero falsas, y las dezia hinchado de una loca presuncion, y vanidad, como si Dios las huviera dicho por su boca. Porque quando oygo que algun hermano Christiano (sea este, ò aquel) no sabe essas cosas, y que cree una por otra, llevolo con paciencia, porque veo que no corre peligro, quando de vos Criador de todas las cosas, no siente cosas indignas, aunque no sepa el sitio, y naturaleza de las criaturas corporales. Pero seriale de gran daño si, pensando que la tal cosa pertenece à la doctrina de piedad, se atreviesse con pertinacia à afirmar lo que no sabe. Pero aun la tal flaque-

za, quando el hombre es niño, y tierno en la Fé, la caridad, como madre piadosa, la tolera, hasta que poco à poco el nuevo hombre vaya creciendo, y llegue à ser varon perfeto; de manera, que no pueda ser llevado con qualquiera viento de doctrina. Pero quien no tendria por detestable, y aborrecible la locura del que aviendose hecho Doctor, Guia, Capitan, y Maestro de todos aquellos à quien enseñava, de tal manera, que los que le seguian creyessen que seguian al Espiritu Santo, despues le viesse enseñar falsedades, y mentiras? Aunque yo no tenia bien averiguado, si lo que yo avia leïdo en otros libros de las mudanças de los dias, y noches mayores, y menores, y de la misma noche, y dia, y de los defetos de los Planetas, y otras cosas semejantes, se podian declarar, conforme à sus palabras, y à poderse hazer, no tenia por cierto, si era assi la verdad, ò no. Mas era tan grande la opinion de su santidad, que yo le diera mas credito por su autoridad, que à lo que yo antes creïa.

CAPITULO VI.

Que Fauſto Manicheo era eloquente, mas por naturaleza, que por arte.

POr eſpacio de los nueve años que yo oì à los Manicheos con un animo inquieto, y vagueando, aguardava con gran deſſeo que vinieſſe eſte Fauſto: porque todos los otros Manicheos con quien yo topava, no ſabiendo reſponder à las queſtiones que yo les proponia, luego me hablavan dèl, y me dezian, que con ſu venida, y con ſu comunicacion todas mis dudas ſe me quitarian, y con gran facilidad, y claridad ſe deſharian todas las que yo tuvieſſe, por mas que fueſſen dificultoſas, y eſcuras. Vino èl, y hallèle hombre ſuave, y alegre, y agradable en ſus palabras, y que gorgeava mas dulcemente que los otros de aquellas coſas que ellos ſuelen tratar. Pero las precioſas copas con que èl dava de bever, no apagavan mi ſed. Y mis orejas eſtavan har-

tas de oir lo que èl dezia, y no me parecian mejores las cosas, porque se dezian mejor, ni que eran mas verdaderas, porque se dezian con mas elegancia: ni el anima me parecia mas sabia, porque el rostro era mas compuesto, y las palabras mas pulidas. Mas aquellos que me davan grandes esperanças con su venida, no sabian bien juzgar, y por tanto les parecia que era prudente, y sabio, porque se deleytavan oyendole hablar. Tambien conocì otro genero de hombre, que por el mismo caso que la verdad se dixesse con palabras elegantes, y copiosas, la tenian por sospechosa, y no la querian admitir. Mas vos, Señor, ya me aviades enseñado por unos modos maravillosos, y ocultos: y creo que vos me lo enseñastes, porque es verdad, y ninguno puede ser maestro della, sino vos, en qualquier lugar, y de qualquier manera que ella se halle. Avia, pues, yo aprendido de vos, que no por dezirse una cosa elegantemente se deve tener por verdadera; ni por

falsa, por dezirse toscamente: ni tampoco se ha de tener por verdadera, por dezirse llana, y simplemente; ni por falsa, por dezirse con ornato de palabras. Sino que la sabiduria, y la locura, son como unos manjares provechosos, ò dañosos; los quales se pueden servir como con vasos, ò preciosos, ò viles, con palabras, ò toscas ò elegantes. De manera, que aquella sed que yo avia tenido tanto tiempo por ver aquel hombre, recreavase, y deleytavase con el buen donayre, y efecto con que èl disputava, y con las palabras propias, y faciles, para todo lo que queria dezir. Y no era solo yo el que me deleytava, sino otros muchos, aunque yo mas que otros le loava, y engrandecia. Pero recebia pena, porque entre la gente que le oïa, no me dava lugar, para que yo le propusiesse mis dificultades, y confiriesse familiarmente, dando, y tomando con èl las dudas que yo tenia. Lo qual, luego que me diò entrada, comencè à hazer, en compañia de mis amigos, y familiares,

para que no pareciesse cosa indecente el disputar à vozes. Y propusele algunas cosas que me hazian dificultad, y luego conocí que no sabia ningun arte de las Liberales, sino sola la Gramatica, y aun essa como comunmente se sabe, por aver leïdo algunas oraciones de Tullio, y algunos libros, aunque poquissimos de Seneca, y alguna Poësia, con los libros de su secta, si avia algunos escritos en Latin. Y porque estava exercitado en hablar cada dia, avia alcançado facilidad en el bien hablar: la qual era mas agradable, y engañava mas facilmente, ayudandola con la destreza de su ingenio, y con una cierta gracia natural. Mas, ò Señor Dios mio, y Juez de mi conciencia, es esto assi como yo lo cuento? Mi coraçon, y mi memoria esta delante de vos, que entonces me guiavades con el secreto inefable de vuestra providencia, y me ivades poniendo delante de mi cara mis desbaratados errores, para que yo los viesse, y aborrecieſſe.

CAPITULO VII.

Como ſe apartò de la ſecta de los Manicheos.

POrque deſpues que yo claramente conocì que aquel hombre no ſabia las Ciencias, en que yo penſava que era muy docto, y excelente, comencé à perder la eſperança de que el me pudieſſe deſembolver, y deſatar aquellas dudas que yo tenia : las quales aunque no ſupiera, pudiera ſaber la verdadera piedad, ſino fuera Manicheo. Los libros dellos ſin duda eſtàn llenos de muy largos cuentos, y fabulas del Cielo, y de las eſtrellas, del Sol, y de la Luna : las quales coſas yo yà juzgava que èl no me podia explicar ſutilmente, como yo lo deſſeava, confiriendo las razones de los numeros que en otras partes avia leido, para ver ſi era aſſi, como los Manicheos en ſus libros enſeñavan, ò ſi davan buena, y baſtante razon de ſu doctrina. Luego que le propuſe mis dudas, para que las conſide-

rasse, y examinasse, èl fue tan modesto, que no se atreviò à tomar tan pesada carga sobre si: porque conociò que no sabia lo que yo le preguntava, y no tuvo verguença de confessarlo. Porque no era como otros muchos parleros que yo avia sufrido, los quales queriendome enseñar, no me dezian nada. Pero este, aunque no tenia el coraçon recto para con vos, Señor, teniale menos atrevido, y desbaratado para con sigo. No era tan ignorante, que no conociesse su ignorancia, y por esso no quiso disputando entrar temerariamente en tales aprietos, y estrechuras, de donde no pudiesse salir, ni facilmente bolver atras, y por esto me agradò mas. Porque la templança del animo que se conoce, es mas hermosa que las cosas que yo desseava saber: y tal le hallava yo en todas las questiones mas dificultosas, y sutiles. Desconfiado pues de las letras de aquel Manicheo, y desesperando mas de los otros sus Maestros, viendo que en este tan nombrado no avia hallado yo

lo que desseava saber, comencè à tratar con èl de las letras que yo enseñava à los moços en Cartago, siendo alli Maestro de Retórica, porque èl las desseava saber. Leïa con èl, assi lo que èl desseava, como lo que me parecia quadrava mas à su ingenio. Quanto à lo demas, luego que conocì aquel hombre, perdì todo el estudio, y el cuidado que yo avia tenido de aprovechar en aquella secta, aunque no de tal suerte, que del todo me apartasse della, sino como quien por no hallar otra cosa mejor, determinava de contentarse, y entretenerse, con la que tenia, hasta que se descubriesse otra mejor. Y con esto, aquel Fausto que avia sido à muchos lazo de muerte, sin quererlo, ni saberlo èl, començò à afloxar el lazo con que yo estava apretado. Porque vuestras manos, Señor mio, desde allà de lo mas secreto de vuestra providencia, no desamparavan mi alma, y vos me guiavades con unos modos maravillosos, y ocultos, porque mi madre de dia, y de noche os ofrecia por mi sa-

crificio de sangre de su coraçon, y de lagrimas de sus ojos: Vos Dios mio lo hizistes, porque Dios es el que endereça los passos del hombre, y el que guia su camino. Porque, que diligencia, y negociacion para nuestra salud ay en el mundo, sino vuestra mano, que repara lo que ha hecho?

CAPITULO VIII.

Como se partiò para Roma contra la voluntad de su madre.

DE manera que vos me movistes para que me dexasse persuadir que era bien ir à Roma, y mejor enseñar en ella lo que enseñava en Cartago, y no quiero dexar de confessaros la causa porque me dexè persuadir, que tambien en estas cosas se ha de considerar vuestra prontissima misericordia, y vuestros profundissimos secretos. No quise yo ir à Roma por ganar mas, ni por alcançar mayor honra (que era lo que los amigos, que esto me aconsejavan, me prometian, aunque no dexava

entonces de moverme tambien por eſte reſpeto) mas la mayor cauſa, y caſi ſola era oïr dezir que los mancebos que eſtudiavan en Roma, eran mas quietos, y mas bien diſciplinados: porque no entravan de tropel en eſcuela de otros Maeſtros, ni eran admitidos dellos ſin licencia del ſuyo. Todo lo contrario deſto ſe hazia en Cartago, adonde los eſtudiantes ſon deſcorteſes, y mal criados; entran deſvergonçada, y furioſamente, y turban la orden que los Maeſtros tienen pueſta à ſus diſcipulos, para que aprendan mejor: hazen mil agravios con poco ſeſo, que por las leyes devrian ſer caſtigados, ſi la coſtumbre no los eſçuſaſſe. La qual mueſtra que ellos ſon tanto mas miſerables, quanto por coſtumbre mas ſe les permite, lo que por vueſtra eterna ley nunca les ſerà licito, y pienſan que no ay caſtigo en lo que hazen, ſiendo ſu caſtigo la ceguedad con que lo hazen, y ſin comparacion mayores ſon los males que padecen, que no los que hazen. De manera, que las coſtumbres queſien-

do yo estudiante no quise seguir, despues siendo Maestro era forçado à sufrirlas en los otros, y por esso me agradava el ir à parte donde todos los que lo sabian me dezian que no avia tales costumbres. Pero vos, Señor, esperança mia, y mi parte en la tierra de los que viven, me estimulavades à mudar lugar para salud de mi alma, y por una parte haziades que sentiesse las espinas, y molestias que avia en Cartago, para arrancarme de alli, y por otra, que se me pusiessen delante los deleytes que avia en Roma, para llevarme à ella; y todo esto por mano de los hombres que aman la vida muerta, y hazen cosas de locos, ò prometen cosas vanas: sirviendoos vos (aunque ocultamente) de su perversa voluntad, y de la mia para endereçar mis passos torcidos: porque aquellos discipulos que turbavan mi quietud con una estraña rabia; estavan ciegos, y los que me combidavan à ir à Roma, estavan asidos à la tierra: y yo por una parte aborrecia la verdadera miseria, y por otra des-

seava la falsa felicidad. Mas vos, Señor, sabiades la verdadera causa de mi partida de Cartago, y ida à Roma; pero no la descubriades à mi, ni à mi madre, que llorò amargamente mi partida, y me siguiò hasta la mar: pero yo la engañe, porque me tenia por fuerça, y queria que ò me quedasse, ò irse con migo, y fingì que queria acompañar à un amigo mio, y estarme con èl, hasta que tuviesse buen viento para navegar, y menti à mi madre, y à tal madre: descabullíme della, y vos me perdonastes misericordiosamente este pecado, y estando lleno de abominables sucidades, me guardastes de las aguas de la mar, hasta que llegasse al agua de vuestra gracia, para que lavado con ella se secassen los rios de lagrimas, que continuamente derramava de sus ojos mi madre por mi, y bañava la tierra en que estava prostrada. Con todo esso à penas la pude persuadir que se bolviesse, y que se quedasse aquella noche en un lugar que estava cerca de nuestra nave, en que se

celebrava la memoria del bienaventurado San Cypriano, porque en ninguna manera queria bolver sin mi. Mas aquella noche yo me partì à escondidas, quedando ella llorando, y orando. Y que os pedia, Dios mio, y con tantas lagrimas os suplicava mi madre, sino que no me dexassedes navegar? Mas vos mirando altamente la raiz, y meollo de su desseo, no hizistes por entonces lo que os rogava, por hazer en mi lo que ella mas queria, y siempre os suplicava. Soplò el viento è hinchò nuestras velas; navegamos, y no vímos la ribera en la qual mi madre, luego à la mañana, por el gran dolor salia de si, y con quexas, y gemidos henchia vuestras orejas, y vos no la oïades, antes me dexavades arrebatar de mis malos apetitos, para darles fin, y con un justo açote de dolores castigavades el desseo humano que ella tenia. Porque desseava tenerme con sigo, como suelen las otras madres, pero mas afectuosamente que muchas dellas, y no sabia quan grandes gozos le aviades

vos de dar por mi ausencia. No lo sabia, y por esso llorava, y se deshazia: y en aquellas penas, y tormentos que padecia, mostrava que era hija de Eva, y sugeta à las penas de su culpa, pues buscava con gemidos al que con gemidos avia parido. Finalmente despues de averse quexado de mi, como de cruel, y engañador, se bolviò otra vez à hazer oracion por mi, tornandose à su tierra, y yo seguì mi camino para Roma.

CAPITULO IX.

Como enfermò peligrosamente de unas calenturas.

LLegue à Roma: luego fui visitado de vos, Señor, con el açote de una enfermedad corporal: y ivame yà à los infiernos, llevando conmigo todos los males que avia cometido contra vos, y contra mi, y contra otros, que eran muchos, y muy graves: demas de la obligacion del pecado original, por el qual todos morimos en Adan. Porque vos no me

aviades perdonado nada dellos en Christo, ni èl avia deshecho en su carne las enemistades que mis pecados con vos avian causado. Porque como vuestro Hijo benditissimo las avia de deshazer en aquella Cruz fantastica que yo dél creia? Y assi tan verdadera era la muerte de mi alma, quan falsa à mi me parecia la muerte de su carne: y quan verdadera era la muerte de su carne, tan falsa era la vida de mi alma, que no la creïa. Las calenturas crecian, y yo me iva, y perecia. Porque si entonces muriera, adonde fuera sino al fuego, y à los tormentos, dignos de mis obras, segun la disposicion de vuestra verdad? No sabia mi madre mi peligro, mas sin saberle, estando ausente os rogava por mi. Pero vos que estais presente en todo lugar, allà donde ella estava la oïades, y adonde yo estava, aviades misericordia de mi: para que cobrasse la salud de mi cuerpo, estando aun frenético con el coraçon sacrilego. Porque estando en aquel tan gran peligro, no desseava vuestro bau-

tiſmo, y mejor avia ſido ſiendo muchacho, quando le pedi à mi madre piadoſa, como yà lo tengo dicho, y confeſſado. Pero yo avia crecido, para mi deshonra, y como loco, y deſatinado, me burlava de los conſejos ſaludables de vueſtra medicina; con los quales, ſiendo yo tal, no me dexaſtes morir dos vezes, y ſi yo muriera entonces, el coraçon de mi madre recibiera tal herida, que nunca della pudiera ſanar. Porque no puedo yo con palabras explicar el afecto que tenia para con migo: y quanto mayores eran los dolores con que me paria en el eſpiritu, que los que avia padecido quando me pariò en la carne. Y aſſi no veo como ella pudiera ſanar de aquella herida; y ſin duda mi muerte en pecado, traſpaſſara las entrañas de ſu amoroſo coraçon. Y como era poſſible, que ſe perdieſſen tantas, y tan continuas oraciones, que ſin ceſſar ella endereçava à ſolo vos? Por ventura pudierades vos, Dios de las miſericordias, deſpreciar el coraçon contrito, y humillado de una viu-

da, casta, sobria, limosnera, y servidora de vuestros Santos, que no dexava dia ninguno sin ofrenda en vuestro altar, y que venia à la Iglesia dos vezes al dia, mañana, y tarde, sin faltar jamas; no para parlar, y contar fabulas, y consejas de viejas, sino para oïros à vos en vuestras palabras, y para que vos la oyessedes en sus oraciones? Vos aviades de despreciar las lagrimas de una muger que era tal por vuestra gracia, y que no os pedia oro, ni plata, ni cosa caduca, y mudable, sino la salud del alma de su hijo, y privarla de vuestro socorro, y favor? No, no, Señor, antes estavades presente à sus oraciones, y las oïades, y haziades lo que con vuestra orden inexplicable aviades determinado de hazer. No era possible, que vos la engañassedes en aquellas visiones, y respuestas vuestras, que arriba referì, y en otras que he dexado: las quales ella tenia fixas en la memoria, y orando siempre os las presentava como una cedula real, firmada de vuestra mano. Porque

como vuestra misericordia no tiene fin, teneis por bien de obligaros con vuestras promessas, y hazeros deudor de aquellos à quien perdonais todas las deudas de sus pecados.

CAPITULO X.

Los errores en que andava antes que recibiesse la doctrina Evangelica.

SAnastes me, Señor, de aquella enfermedad, y distes salud al hijo de vuestra sierva, entonces en el cuerpo, para darmela despues mejor, y mas cierta en el alma. Juntavame yo en aquel tiempo en Roma con aquellos que llamavan Santos, y en efeto eran engañados, y engañadores; porque no solamente me acompañava con sus discipulos (de los quales era uno el dueño de la casa en que yo avia estado enfermo, y convalecido) sino tambien con aquellos que ellos llaman Electos. Porque todavia me parecia, que no somos nosotros los que pecamos, sino otra no sé que naturaleza que peca en nosotros: y de-

leytavase mi sobervia, con el parecerme que estava sin culpa, y quando hazia algun mal, con el no confessar que le avia hecho, para que sanassedes mi alma, porque os avia ofendido: y gustava de escusarme, y de acusar no sé que cosa que estava conmigo, y no era yo. Mas à la verdad, todo aquello era yo, y mi impiedad avia hecho division de mi, contra mi. Y tanto este pecado era mas incurable, quanto yo menos conocia que era pecador, y con una detestable maldad mas pretendia (ò Dios todo poderoso) venceros para mi perdicion, que ser vencido de vos para mi salud. Porque aun no aviades puesto guarda à mi boca, ni puerta à mis labios, para que mi coraçon no se inclinasse à las palabras malignas, ni con los hombres que obran maldad, buscasse escusas en mis pecados. Y por tanto yo todavia vivia con los electos dellos. Mas como yo desesperasse ya de hazer provecho en aquella falsa doctrina, y huviesse determinado de contentarme de lo que sabia

della (mientras que no hallava otra cosa mejor) ivame con ella remiſſa, y negligentemente. Porque me vino una imaginacion, que aquellos Filoſofos que llaman Academicos avian ſido mas prudentes que los demas. Porque avian ſido de parecer, que de todas las coſas aviamos de dudar, y que el hombre no podia comprehender coſa que fueſſe verdadera, cierta, y averiguada. Eſto juzguè claramente aver ellos ſentido, como comunmente ſe cree: aunque entonces no avia entendido la intencion dellos, y no dexè de reprimir à mi hueſped de la demaſiada confiança que ſenti que tenia de las coſas fabuloſas, de que los libros de los Manicheos eſtan lienos. Todavia uſava mas familiarmente de la amiſtad dellos, que de la de los otros hombres que no tenian aquella heregia, aunque yo no la defendia ya con aquel fervor que ſolìa. Mas la familiaridad dellos (porque à muchos deſtos encubre Roma) hazia que aunque buſcava otra coſa, la buſcaſſe tibiamente. Y porque deſeſ-

perava poder hallar en vueſtra Igleſia, Señor del Cielo, y de la tierra, y Criador de todas las coſas viſibles, è inviſibles, aquella verdad de donde ellos me avian apartado, pareciame coſa muy fea, creer que vos teneis figura de carne humana, y miembros como los nueſtros, y porque quando yo queria penſar de mi Dios, no ſabia imaginar ſino grandeza de cuerpos (porque me parecia que no avia coſa alguna que no fueſſe corporal) eſta era la mayor cauſa, y caſi ſola, de mi error inevitable. De aqui nacia que yo creyeſſe que avia una ſuſtancia del mal ſemejante, y que tenia ſu cierta grandeza, fea, y disforme à las vezes grueſſa, que llaman tierra, à las vezes delgada, y ſutil, como es el cuerpo del ayre, y eſta ſuſtancia imaginan los Manicheos ſer un eſpiritu maligno que anda por la tierra. Y porque qualquiera piedad, por poca que fueſſe, me forçava à creer que un Dios bueno no avia criado alguna naturaleza mala; hazia yo dos grandezas contrarias una de otra,

ambas

ambas infinitas; la mala, menor; y la buena, mayor, y deſte peſtilencial principio venia à dar en los otros ſacrilegios. Y quando mi alma ſe esforçava à poner los ojos en la Fè Cathólica, era deſviada della, y no podia fixarlos en ella, porque no era Fè Cathólica la que yo penſava. Y aunque por parte de la competencia, y contrariedad que yo imaginava que vos teniades con la corpulencia del mal, me veïa obligado à confeſſar que vueſtro poder era limitado! (O Señor Dios mio, à quien las miſericordias que aveis uſadas con migo, os alaben en mi) todavia tenia por coſa mas piadoſa, perſuadirme que en lo reſtante erades infinito, que finito, y con miembros, y figura de cuerpo humano y mejor me parecia creer que no aviades criado algun mal, que creer que aviades hecho la naturaleza del mal, tal qual yo la imaginava. Porque era tan ignorante, que creïa, que no ſolo era ſuſtancia, ſino ſuſtancia corporal, por no ſaber imaginarme coſa eſpiritual, ſino à manera de

un cuerpo sutil, que vos derramavades por los espacios, y lugares. Y aun à vuestro unigenito Hijo, y Salvador nuestro Jesu Christo, me le imaginava yo como de una massa lucidissima de vuestra grandeza, embiada para nuestra salud, y no creïa otra cosa dèl, sino lo que con mi vanidad podia imaginar. Y pensava que una naturaleza tal como la suya, no podia nacer de su bendita Madre, sino se mezclava, y encorporava con la carne, y no veïa como se pudiesse mezclar con la carne, y no ensuciarse lo que yo dèl me figurava. De suerte que no queria creer que avia nacido en la carne, por no ser forçado à creer que avia sido ensuciado de la carne. Aora, Señor, las personas espirituales, blanda, y amorosamente se reiràn de mi, si leyeren estas mis confessiones: mas al fin yo era él que aqui digo,

CAPITULO XI.

Como San Aguſtin confiriò ſus coſas con los Catholicos.

DEmas deſto, no penſava yo que ſe podia defender lo que los Manicheos reprehendian en vueſtros libros, aunque algunas vezes incierto, deſſeava topar algun varon doctiſſimo, y exercitado en ellos, para conferir con èl las coſas en particular, y ver lo que ſentia, porque eſtando en Cartago, ya me avian començado à mover las palabras de un cierto Elpidio, que dixo en una diſputa que tuvo con los Manicheos, y alegò tales coſas de la Eſcritura, à las quales no ſe podia facilmente reſponder, ni reſiſtir, y lo que los Manicheos avian reſpondido à ellas, me pareciò flaco, y ſin fundamento. Aunque eſta reſpueſta no la publicavan, y deſcubrian à todos, ſino à noſotros en ſecreto, diziendonos, que las Eſcrituras del nuevo Teſtamento avian ſido falſificadas de no ſe quien, que avia querido en-

xerir la ley de los Judios, y juntarla con la Fè de los Christianos. Y con todo esso no mostravan otros exemplares mas emendados, y verdaderos. Mas aquellas corpulencias me tenian preso, y ahogado, y me tiravan azia abaxo, porque no pensava sino en las cosas corporales, y debaxo dellas oprimido anhelava, y no podia respirar en el ayre puro, y simple de vuestra verdad.

CAPITULO XII.

El engaño que usavan en Roma los discipulos contra sus Maestros.

COmencè con cuidado à enseñar en Roma el arte de la Retorica, que era à lo que yo avia venido: y primero juntè en mi casa algunos que avian tenido noticia de mi, para que por ellos se divulgasse mi fama, y entendi que en Roma se hazian algunas cosas que no padecia yo en Africa. Porque supe que aquellas travesturas, y desafueros de los moços perdidos no se hazian en Roma; pero

que por no pagar al Maestro, muchos de los discipulos de concierto dexavan à su Maestro, y se passavan à otro, faltando à su palabra, teniendo en poco à la justicia, por respeto del dinero. A estos tambien aborrecia mi coraçon, aunque no con odio perfecto, y por ventura aborrecia mas el mal que dellos avia de padecer, que no la sin razon que à todos hazian. Los que esto hazen, sin duda son feos, y andan de vos apartados, amando las burlas, y engaños que buelan con el tiempo, y un interesse de lodo, que ensucia la mano quando se toca, y abraçandose con el mundo que huye, y huyendo de vos que sois permanente, y nos llamais, y perdonais al alma pecadora, que aviendose apartado, se buelve à vos. Y aun aora por una parte, quiero mal à gente tan errada, y descompuesta, y por otra los amo, y desseo que se enmienden, y hagan mas caso de la doctrina que aprenden, que del dinero, y antepongan à esta misma doctrina à vos, Dios mio, que sois la primera verdad, y abun-

dancia del bien cierto, y paz castissima. Pero entonces mas desseava yo que no fuessen malos por lo que me tocava à mi, que verlos buenos por amor de vos.

CAPITULO XIII.

Partèse para Milan à enseñar la Retorica.

EScrivieron de Milan à Symacho Prefecto de la Ciudad de Roma, que les proveyesse de un Maestro de Retorica, y que le diesse cavalgaduras, y lo que para el camino huviesse menester. Y yo, aviendo hecho primero experiencia de mi, comencè à pretender que me embiasse el Prefecto, y à negociarlo por medio de los mismos que estavan tomados del vino de los errores de los Manicheos, y iva para librarme dellos, aunque ni ellos, ni yo lo sabiamos. Lleguè à Milan, y fuì à ver à Ambrosio Obispo, varon señalado, y bien conocido por todo el mundo, y piadoso siervo vuestro, el qual con

sus palabras enseñava aquel pueblo, y le sustentava con el pan de su doctrina, y le ablandava con la suavidad del olio, y con el vino fuerte los embriagava de vuestro amor. Vos me llevavades à èl, sin yo saberlo, para que sabiendolo èl, me llevasse à vos. Recibiòme aquel hombre de Dios con amor de padre, y como Obispo alabò mi peregrinacion. Comencèle à amar al principio, no como à Doctor de la verdad (que esta de todo punto desesperava yo poderla hallar en vuestra Iglesia) mas como à un hombre benigno, que me mostrava buena voluntad. Quando enseñava al pueblo, oïale con atencion, mas no con la intencion que devia, sino como quien con una cierta curiosidad queria hazer prueva de su eloquencia, y ver si correspondia à lo que se dezia dèl, ò era mayor, ò menor que su fama, y estava atento, y colgado de sus palabras, no teniendo cuenta con las cosas que dezia, antes las despreciava, y me deleitava con la suavidad de sus palabras,

que eran muy mas doctas que las de Fausto, aunque no tan dulces, y suaves, quanto al modo de dezir. En lo demas que toca à las cosas, no avia comparacion, porque Fausto, con las locuras, y engaños de los Manicheos, andava errado, y Ambrosio con palabras de vida enseñava la salud: mas esta salud està lexos de los pecadores, como entonces lo era yo, aunque me iva llegando à ella poco à poco, sin saberlo.

CAPITULO XIV.

Como oyendo à San Ambrosio, començò poco à poco à caër en la cuenta de sus errores.

PORque como yo no tuviesse solicitud, y cuidado de aprender lo que dezia, sino solamente de oirlo, para ver, quan bien lo dezia (desahuziado, que algun hombre podria hallar camino para ir à vos) contentavame con aquel vano, è inutil cuidado. Pero con las palabras que yo amava, entravan juntamente en mi anima

las coſas que menoſpreciavà, y veniam veſtidas con ellas, porque no podia apartar las ſentencias de las palabras. Y como yo abrieſſe el coraçon para recebir la ſuavidad, y elegancia de las palabras, à buelta dellas entrava tambien la verdad, aunque poco à poco; porque quanto à lo primero, ya me començava à parecer, que ſe podia defender lo que èl dezia, y que la Fè Cathòlica (que hafta entonces avia juzgado que no tenia que reſponder à los argumentos de los Manicheos, que la impugnavan) con la cara deſcubierta podia ſalir al encuentro de ſus enemigos; eſpecialmente aviendo oido una, y mas vezes deſatar algunas dificultades, y declarar lugares eſcuros de las divinas letras; los quales, queriendolos yo interpretar à la letra, eſpiritualmente moria. Pues viendo yo como ſe explicavan muchos lugares de aquellos libros, comencè à reprehender aquel mi engaño, y deſconfiança, con que creïa que la Ley, y los Profetas no ſe podian explicar, de mane-

ra que se diesse satisfacion à los que los aborrecian, y mofavan dellos. Mas no por esto sentia que devia seguir el camino de los Cathólicos por tener por si tambien varones doctos que le defendiessen, y respondiessen docta, y copiosamente à sus contrarios, ni tampoco, que se devia condenar lo que antes yo tenia, por ver que la una parte, y la otra se podia defender igualmente. Porque de tal manera me parecia que la Fè Cathólica no era veneida, que aun no me parecia vencedora. Entonces me desvelè, y puse mayor conato, para ver si podia con algunas fuertes razones, convencer à los Manicheos de error, y falsedad: y si yo pudiera pensar que avia alguna sustancia espiritual, luego todas aquellas fantasmas, y marañas mias se deshizieran, mas no podia. Todavia pensandolo, y considerandolo mas atentamente, juzgava que en las cosas que tocan à este mundo, y à la naturaleza sensible, muchos de los Filosofos avian hablado con mas probabilidad, y mas acertada-

mente. Por eſto, dudando de todas las coſas, como lo hazen los Academicos, y vacillando entre todas, me determinè de dexar à los Manicheos, por parecerme, que por aquel tiempo en que yo eſtava tan dudoſo, no devia perſeverar en aquella ſecta, à la qual yo anteponia algunos Filoſofos, à los quales tampoco no oſava encomendar mi alma, para que la curaſſen; porque no tenian el nombre ſaludable de Chriſto. Con eſto me determinè de ſer Catecumeno en la Igleſia Cathòlica, que mis padres me avian alabado, haſta que ſe me deſcubrieſſe alguna coſa cierta, à la qual yo pudieſſe endereçar el curſo de mi vida.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO VI.

CAPITULO I.

Como yà, ni era Manicheo, ni Catholico.

ESperança mia desde mi juventud, adonde estavades? y adonde os me aviades huido? no sois vos el Señor, que me hizistes, y me diferenciastes de los animales de la tierra, y de las aves del ayre? Vos me aviades hecho mas sabio, que no à ellos, y con todo esto, yo andava por tinieblas, y resbaladeros, y os buscava fuera de mi, y no os hallava (Dios de mi coraçon) antes anegado, y sumido en el profundo de la mar, desconfiava, y estava desahu-

ziado de hallar la verdad. Ya avia venido à mi mi madre, fuerte por ſu piedad, ſiguiendome por mar, y por tierra, muy ſegura en vos entre todos ſus peligros: porque en los peligros de la mar, ella conſolava à los marineros (que ſuelen conſolar à los paſſageros, y nuevos en la navegacion, quando temen) y les prometia, que llegarian à ſalvamento; porque aſſi vos, Señor, ſe lo aviades revelado. Ella me hallò en gran peligro, y deſeſperado de hallar la verdad. Pero como yo le dixeſſe, que ya no era Manicheo, pero tampoco Cathólico Chriſtiano, no ſe maravillò, como ſi le dixera coſa nueva; antes ſaltò de plazer, pareciendole, que ya començava à gozar del fruto de ſu eſperança, y que eſtava ſegura de aquella parte de mi miſeria, en la qual me llorava como à muerto; pero como à muerto que avia de reſuſcitar para vueſtro ſervicio, llevandome en las andas de ſu penſamiento, eſperando que vos dixeſſedes al hijo de la viuda: *Mancebo à ti lo digo, le-*

vantate, y èl resucitasse, y començasse à hablar, y vos le bolviessedes à su madre. De manera que su coraçon no recibiò sobresalto, ni se turbò con alegria, quando oyò, que estava hecho mucho de lo que ella cada dia con lagrimas os suplicava que hiziessedes, viendo que yo estava ya libre de la falsedad, aunque no avia alcançado aun la verdad. Antes, porque estava cierta que vos le aviades de otorgar lo que restava, y cumplirle enteramente su desseo (como se lo aviades prometido) me respondiò alegre, y confiadamente: Que ella confiava en Christo, que antes que saliesse desta vida me avia de ver fiel Christiano. Esto me dixo à mi, mas delante de vos, que sois fuente de misericordia, derramava mas copiosas lagrimas, y ofrecia oraciones con mayor instancia, para que me socorriessedes presto, y alumbrassedes mis tinieblas, y fuesse yo con mas cuidado à la Iglesia: y estando colgado de las palabras de San Ambrosio, bevièsse de aquella fuente, cuya

corriente llega hasta la vida eterna. Amava ella aquel varon, como à Angel de Dios, porque conociò que por sus palabras avia yo venido à aquella duda y perplexidad en que estava, y esperava, que por su medio avia de alcançar entera salud, pues avia passado el mas riguroso trance de la enfermedad, y los terminos, que los Medicos llaman criticos, que son los mas dudosos, y peligrosos, como son el seteno, y catorzeno.

CAPITULO II.

De las ofrendas, y comidas que solian hazer en las sepulturas de los Martyres.

LEvò mi madre (como lo solia hazer en Africa) ofrenda de pan y vino à las sepulturas de los Santos, el Portero de la Iglesia le dixo, que no lo hiziesse, porque el Obispo lo avia vedado, y ella obedeciò con tanta piedad, y humildad, que yo me maravillè mucho, por ver que con aquella obediencia mostrava reprehender mas la costumbre passada,

que querer curiosamente examinar la razon, porque aquello se le vedava. Porque su espiritu no estava tomado de la embriaguez, ni por amor del vino se movia à aborrecer la verdad, como acontece à muchos hombres, y mugeres, à quien assi desagradan, y son desabridos los Cantares Ecclesiasticos, quando falta el comer, como à los beodos el vino muy aguado. Mas ella trayendo el canastillo con la acostumbrada comida, que despues de gustada avia de ofrecer, no ponia mas de un pequeño vaso de vino aguado, segun su gusto; que era harto templado, de donde bevielle en reverencia de los Martires; y aunque avia muchas sepulturas de difuntos, que parecia se devian honrar de aquella manera, ella traïa el mismo vaso por todas, no solamente muy aguado, pero muy tibio; el qual repartia con los de su casa, que estavan presentes, dandoles un pequeño trago, porque en esto buscava piedad, y no deleite. Pero luego que entendiò, que el

excelente Predicador, y Prelado piadoso Ambrosio, avia mandado que esto no lo hiziessen, aun los que sobriamente lo hazian (por no dar ocasion de exceſſo à los destemplados, y porque aquellos combites eran semejantes à los que solian hazer los Gentiles en sus supersticiones) ella se abstuvo, y obedeciò de buena gana: y en lugar de canastillo lleno de frutos de la tierra, aprendiò à llevar à los sepulcros de los Martires, el pecho lleno de desseos, y propositos santos, y purificados, y algo que repartir à los necessitados: aunque alli se dezia Missa, y se dava à los fieles el Sacratissimo cuerpo del Señor, por imitacion de cuya benditissima Passion fueron sacrificados, y coronados los Martires. Pero lo que à mi me parece, Dios mio, y mi Señor, y lo que mi coraçon en este caso siente delante de vuestro acatamiento, es, que por ventura mi madre no dexàra la costumbre que tenia de hazer tales ofrendas, si otro lo prohibiera, à quien no tuviera el amor, y respeto que tenia

à Ambrosio, al qual amava sobre manera, por amor de mi salud, y èl à ella por su religiosissima conversacion, con la qual con gran fervor de espiritu frequentava la Iglesia, y se exercitava en buenas obras: y era esto de manera, que muchas vezes, viendome el santo Obispo, prorumpia en alabanças de mi madre, y me llamava dichoso por tenerla tal, no sabiendo èl, que hijo tenia ella en mi que de todas aquellas cosas dudava, y no pensava que era possible hallar el camino de la vida.

CAPITULO III.

Las ocupaciones, y estudios de san Ambrosio.

NO gemia yo yà orando, y suplicandoos, que me socorriessedes; pero mi animo estava ocupado, è inquieto, por buscar, y averiguar esta verdad, y tenia à S. Ambrosio por un hombre dichoso, y bienaventurado, segun el siglo, porque era honrado, y estimado de personas

grandes, y poderosas; aunque el ver que no tenia muger, me parecia cosa trabajosa. Pero las esperanças, las tentaciones que acompañavan à aquella su excelencia, las dificultades, y los gozos que tenia en las cosas adversas, y los deleites que secretamente gustava en su coraçon, comiendo de vuestro pan, ni yo lo avia experimentado, ni lo podia barruntar, ni èl tampoco sabia las congojas de mi coraçon, ni el peligro grande en que yo estava, porque yo no podia tratar con èl mis cosas quando queria, y como queria, por sus muchas ocupaciones, y por una gran muchedumbre de hombres que venian à èl con negocios à los quales atendia, y estos no me davan lugar à mi, para que yo le hablasse à mi gusto, y le viesse de espacio. Y quando el santo Prelado estava libre destas ocupaciones, que era por muy breve tiempo, gastavale, ò en reparar el cuerpo con el sustento necessario, ò el animo con la leccion. Pero quando leia, llevava los ojos por la escritura, y con el co-

raçon buscava el entendimiento, y sentido, y la voz, y la lengua no se oïan. Muchas vezes, yendole à visitar (porque à ninguno se negava la puerta, ni avia en su casa costumbre de avisarle primero de quien venia) le viamos leer assi calladamente, y nunca de otra manera, y nos sentavamos, y despuesde aver estado gran rato callando (porque quien avia de interrumpir à un hombre tan elevado) nos ivamos, porque juzgavamos que, por aquel breve tiempo que tomava para recrear su espiritu, libre de los negocios agenos, no queria que le ocupassen en otra cosa, ni leer con voz alta; porque si à caso se le ofreciesse algun caso dificultoso en el libro que leïa, no le fuesse necessario declararle à los que estavan presentes, y muy atentos, y suspensos, y venir à disputar de otras questiones dificultosas: y assi, gastando el tiempo en esto, se le passasse, y leyesse menos de lo que queria: aunque bien podria ser que la mas cierta causa para leer callando, fuesse por

conſervar la voz, la qual facilmente ſe le enronquecia quando hablava. Pero en fin por qualquiera cauſa que èl lo hizieſſe, ella era juſta, y buena. Aſſi, que yo no tenia tiempo para preguntarlo que deſſeava à aquel pecho ſagrado, que era como un oraculo vueſtro, ſino fueſſe alguna coſa breve, y que en pocas palabras ſe podia concluir. Mas aquellos cuidados, y deſaſoſiegos (que como olas turbavan mi coraçon) pedian tiempo mas deſocupado para comunicarſelas, y nunca le hallava. Oïale predicar cada Domingo, y tratar de la palabra del Señor admirablemente, y ivame confirmando mas que ſe podian deshazer aquellos lazos engañoſos, que los enemigos de la verdad, y engañadores verdaderos armavan contra los libros ſagrados. Yo como deſpues entendi, que vueſtros hijos eſpirituales, nacidos de la ſanta Madre Igleſia, por vueſtra gracia, no entendian, que de tal manera aviades hecho el hombre à vueſtra ſemejança, que creyeſſen, ò penſaſ-

sen, que vos teniades cuerpo humano (aunque yo no podia aun imaginar pro ninguna via, que cosa fuesse puro espiritu) con todo esso me gozè con una loable verguença, por aver tantos años contradicho no à la Fè Cathólica, sino à la vanidad, y fingimiento, que mi vano pensamiento avia fabricado: y por tanto yo avia sido impio, y temerario, por aver dicho reprehendiendo, lo que deviera inquiriendo aprender: porque vos, Señor, que sois altissimo, y muy cercano, secretissimo, y presentissimo, y no teneis miembros, unos mayores, y otros menores, sino que estais todo en todas partes, y no encerrado en ningun lugar; no sois esta forma corporal, y hizistes al hombre à vuestra imagen; el qual hombre de la cabeça hasta los pies està en lugar.

CAPITULO IV.

De la letra, y espiritu.

PEro como yo no supiesse en que cosa consistia esta vuestra imagen,

dudando, preguntava como se avia de creer; y ya no lo reprehendia como cosa que se huviesse creïdo. Y tanto mas me congojava el cuidado de alcançar lo cierto, quanto mas me avergonçava de aver andado tanto tiempo errado, y engañado, afirmando con atrevimiento, y liviandad de moço, muchas cosas dudosas, como si fueran ciertas, y averiguadas, engañandome con la promessa que me davan, que hallaria lo cierto. Pero despues conocì que todas eran falsas, y era cierto que eran inciertas, y que yo las tuve por ciertas en el mismo tiempo, que con mis ciegas porfias acusava à vuestra Iglesia Cathólica: à la qual, aunque por entonces no conocia por maestra de verdad, à lo menos entendi que no enseñava lo que yo solia gravemente acusar. Assi que yo me confundia, y me convertia, y me alegrava, Dios mio, porque vuestra unica Iglesia (que es cuerpo de vuestro unico Hijo, y en la qual, siendo yo niño, pusieron sobre mi el nombre de Christo) no te-

nia reſabio de aquellas burlerias, ni ſe hallava en ſu doctrina ſana, que vos, Criador de todas las coſas, eſtuvieſſedes encerrado en algun eſpacio de lugar, aunque grande; pero al fin limitado de todas partes, teniendo forma de cuerpo humano. Tambien me alegrava, que yà no leïa la Eſcritura antigua de la Ley, y de los Profetas, con los ojos que ſolia, quando me parecia que tenia coſas abſurdas, y reprehendia à vueſtros Santos, como à quien las ſeguian, ſiendo todo al contrario. Y oïa con gran contento predicar à Ambroſio, y enſeñar por regla muy cierta, que la letra mata, y el eſpiritu dà vida, quando las coſas que parecian intricadas à la letra, y que contenian alguna falſedad, quitado el miſterioſo velo que las cubria, las declarava eſpiritualmente, y de tal manera, que no dezia coſa que me ofendieſſe; pero ſi, algunas, que aun no ſabia ſi eran verdad: deteniame yo, y eſtava ſuſpenſo, temiendo deſpeñarme, y haziame mayor daño eſta ſuſpenſion, porque aſſi queria

yo

yo eſtar cierto de las coſas que no veïa, como lo eſtava, que tres y ſiete ſon diez, y no era tan loco, que penſaſſe, que aun eſto no ſe podia comprehender, mas aſſi como entendia eſto, aſſi deſſeava entender, con la miſma certidumbre, las otras coſas, aora fueſſen las corporales, que no veïa, aora las eſpirituales, de las quales no ſabia penſar ſino corporalmente, y pudiera yo ſanar creyendo, para que la viſta de mi entendimiento, purificado con la Fè, en alguna manera atinaſſe, y ſe abraçaſſe con vueſtra verdad que ſiempre permanece, y en ninguna coſa desfallece, Pero como ſuele acontecer al que cayò en manos de un mal Medico que deſpues aun del bueno no ſe ſa fiar, aſſi era la diſpoſicion de mi anima que no podia ſanar ſino creyendo, y no queria ſer curada por temor de no ſer engañada; reſiſtia à vueſtras manos, con que hiziſtes la medicina de la Fè, tan eficaz, que pueda curar las enfermedades de todo el Mundo, y le diſtes en èl tanta autoridad, y preeminencia.

CAPITULO V.

De la autoridad, y necessidad de las sagradas letras.

DEsde este tiempo comencè ya à tener en mas la doctrina Cathólica, y à juzgar, que con mas modestia, y sin algun engaño se mandò creer en ella lo que no se prueva con demonstracion, que no en la secta de los Manicheos, en la qual à los principios prometen temerariamente la Ciencia, y se burlan de los que creen, y despues mandan que se crean muchas cosas fabulosas, y desatinadas, porque no las pueden probar. Despues vos, Señor, con vuestra mano blanda, y misericordiosa començastes poco à poco à tratar, y componer mi coraçon, y à hazerme considerar que eran innumerables las cosas que yo creìa, aunque no las huviesse visto, ni me huviesse hallado presente quando se hizieron; como son muchas de las que se hallan en las historias de los Gentiles, muchas de Lu-

gares, y Ciudades, las quales yo no he viſto. Otras muchas creemos à los amigos, à los Medicos, y à diverſos hombres, las quales ſino creyeſſemos, no podriamos vivir, ni hazer coſa en eſte Mundo. Finalmente tambien me acordava, con quanta certidumbre, y firmeza creïa quienes fueſſen mis padres; lo qual no podia yo ſaber, ſino lo huviera oïdo, y creïdo. Perſuadiſteſme que devian ſer culpados, no los que creïan à vueſtros libros (cuya autoridad es tan grande en todo el Mundo) ſino los que no los creïan, y que no devia dar oïdos à los que por ventura me preguntaſſen: Como ſabeis vos, que eſtos libros han ſido dados al genero humano por el eſpiritu de un Dios ſolo, y verdadero? Pues eſto miſmo es lo que principalmente ſe ha de creer: porque aviendo yo leïdo muchos libros de Filoſofos, entre ſi contrarios, ninguna contrariedad, ni diverſidad de queſtiones, por mas calumnioſas que fueſſen, jamas me pudo perſuadir, que yo creyeſſe de vos que no era-

des (aunque no supiesse lo que erades) ò que no teniades cuidado y providencia de las cosas humanas. Pero esto unas vezes lo creïa con mas, y otras con menos firmeza; mas siempre creïa que ay Dios, y que tiene cuidado de nosotros, aunque no sabia lo que avia de sentir de vuestra sustancia, ò por que camino aviamos de ir à vos. Por tanto, como fuessemos flacos para hallar la verdad por razon clara, y cierta, tuviessemos para esto necessidad de las sagradas letras, començava à creer que vos no huvierades dado tanta autoridad por todo el Mundo à vuestras Escrituras, sino quisierades que por ellas os creyessemos, y buscassemos. Assi que yo ya referia à la alteza de los Sacramentos, aquella desconveniencia que aviendo oïdo declarar probablemente muchos passos de aquellos libros, me solia ofender en ellos, y su autoridad me parecia mas venerable, y mas digna de Fè, y reverencia. Porque por una parte se dexava leer de todos, y por otra, con

el sentido oculto, y profundo, encubria el secreto, y la magestad de su sentencia, dandose por una parte à todos con palabras llanissimas, y con un estilo humilde; y por otra dando en que entender à los entendimientos de los que creen, y no son de ligero coraçon: y con esto, por parte de su llaneza puede recebir à todo genero de personas en su seno: y por razon de su profundidad, y estrecha entrada, pocos pueden penetrarla. Pero aunque pocos, todavia son muchos mas que fueran, si la Escritura, ò no tuviera tanta autoridad, ò usando de estilo mas alto, no admitiera con llaneza à personas de toda calidad. En estas cosas pensava ya, y vos erades con migo; suspirava, oïadesme, vacilava, y vos me governavades: iva por el ancho camino del siglo, y vos no me desamparavades.

CAPITULO VI.

De la miseria de los ambiciosos.

ARdia mi alma con un encendido desseo de honra, y riquezas, y de casarme, y vos, Señor, haziades burla de mi. Padecia con estas codicias muy amargas dificultades, siendome vos propicio, y tanto mas quanto menos permitiades que ninguna cosa me fuesse dulce, que no erades vos. Mirad mi coraçon, Señor, que aveis querido que yo me acordasse desto, y os lo confessasse. Abraçase mi alma aora con vos, pues la librastes de una liga de muerte tan pegajosa. Que miserable era, Señor, pues no sentia las heridas que le davades? Vos la heriades, para que dexadas todas las cosas, se convirtiesse à vos, que sois sobre todas ellas, y sin el qual todas las cosas nada serian, y convirtiendose à vos, quedasse sana. O que miserable era yo, y con quanta misericordia me hizistes sentir mi miseria? Y un dia que me avia apa-

rejado para recitar al Emperador una Oracion en ſu alabança, y dezir en ella muchas mentiras, y ſer alabado por ellas, de los miſmos que ſabian que eran falſas. Traïa eſte cuidado atraveſſado en mi coraçon, y andava como enfermo, congojado con una fiebre ardiente, y peſtifera: y paſſando por una calle de Milan, vi à un pobre mendigo que eſtava harto (à lo que yo creo) y ſe eſtava burlando, y tomando placer. Entonces dì un gemido, y hablè con gran dolor, y amargura con los amigos que ivan con migo, conſiderando la deſventura de nueſtra locura, y que en todos los trabajos que entonces teniamos, trayendo à cueſtas la carga de nueſtra infelicidad, y haziendo la mas peſada, no pretendiamos ſino llegar à aquella alegria ſegura que tenia aquel pobre mendigo, y noſotros por ventura nunca aviamos de llegar à ella: porque la alegria de la felicidad temporal, que aquel pobre avia alcançado con unas pocas blancas allegadas de puerta en puer-

ta, essa misma era la que yo con tantos trabajos, y ambiciosos rodeos pretendia alcançar. No era verdadero gozo el que tenìa el mendigo; pero mucho mas falso era el que yo buscava con mi ambicion: y enfin, èl estava alegre, y yo triste; èl seguro, y yo con miedo. Y si alguno me preguntara, qual queria mas, estar alegre, ò triste? Sin duda le respondiera que mas queria estar alegre. Y si me tornara à preguntar qual quisiera ser mas, ò aquel pobre, ò lo que yo entonces era? Escogiera mas ser èl que yo era, aunque lleno de cuidados y desventuras; pero no tuviera razon, ni avia causa para ello. Porque no me deviera yo anteponer à aquel hombre. Por ser mas docto que èl, pues el serlo no me dava contento, sino un desseo de agradar à los hombres, no por enseñarlos, sino solo por agradarlos. Por esto vos, Señor, con la vara de vuestra disciplina quebrantavades mis huessos. Apartense pues de mi alma, los que le dizen, và mucho en alegrarse desto, ò

de aquello, alegravaſe aquel pobre con la embriaguez, y vos queriades alegraros con la gloria. Pero con que gloria, Señor? Con aquella que no eſtà en vos? Porque aſſi como aquella alegria que tenia el pobre, no era verdadera alegria, aſſi la gloria que yo buſcava no era verdadera gloria, antes inficionava, y pervertia mas mi coraçon. Demas deſto, aquel pobre avia de digerir aquella noche ſu embriaguez, y yo con la mia avia yà dormido, y me avia levantado, y avia de tornar à dormir, y levantarme con ella, y quantos dias, Señor? Bien ſé que và mucho en lo de que uno ſe alegra, y que el gozo de una eſperança ſegura y fiel, es muy diferente de la de aquella vanidad. Mas entonces mucha diferencia avia entre el mendigo, y mi. Porque èl era mas dichoſo que yo, no ſolamente porque eſtava alegre, y yo con cuidados que me conſumian; pero tambien porque con buena manera èl avia alcançado el vino, y yo con mentiras buſcava la vana hinchazon. Muchas

cosas dixe entonces à este proposito à mis amigos, y considerava muchas vezes como me iva, y hallava, que me iva mal y entristeciame, y con esto se doblavan mis males. Y si me sucedia alguna cosa prospera, pesavame de tomarla, porque casi antes de tomarla, volava, y se me iva de las manos.

CAPITULO VII.

Como apartò à Alipio de la loca aficion que tenia à los juegos que llaman Circences.

SEntiamos, y lloravamos estas cosas los que viviamos juntos en buena amistad, y especialmente las tratava yo familiarissimamente con Alipo, y con Nebridio. De los quales Alipio era de mi misma ciudad, y hijo de muy honrados padres, y de menos edad que yo. Quando yo comencè à enseñar en mi pueblo, y despues en Cartago, avia estudiado en mi escuela, y queriame mucho, porque le parecia hombre docto, y

virtuoſo, y yo à èl le amava tiernamente, por las grandes mueſtras de virtud que dava en aquella edad. Pero con todo eſſo aviale arrebatado la corriente de las malas coſtumbres de Cartago, y con deſſeo, y apetito de entretenerſe en los juegos que llaman Circenſes, que ſe ſuelen frequentar vana, y locamente en aquella Ciudad. Enſeñava yo la Retòrica publicamente en eſte tiempo, y èl aun no me oïa, por cierto diſguſto que avia entre ſu padre, y mi; y ſabiendo que eſtava tañ aficionado, y perdido por eſtos juegos, tuve gran peſar dello, por parecerme que un moço de tantas eſperanças ſe avia de perder, ò por mejor dezir, que ya eſtava perdido. Pero no tenia yo entrada para amoneſtarle, y divertirle de aquel vano entretenimiento, ò como amigo, ò como Maeſtro: porque yo creïa, que en lo que me tocava ſeguia la opinion, y guſto de ſu padre, mas no era aſſi; antes no haziendo caſo de la voluntad de ſu padre, avia començado à ſaludarme, y

à venir à mi escuela, y à oir algo de lo que enseñava, y despues se iva. Pero ya se me avia passado de la memoria el hablarle, y persuadirle que no echasse à perder su tan excelente ingenio con la vana, y ciega curiosidad de los juegos, y espectaculos. Pero vos Señor, que presidis, y teneis el timon de todas las cosas que criastes, no os aviades olvidado de Alipio, que entre vuestros hijos avia de ser Pastor, y Ministro de vuestros Sacramentos. Y para que sin ninguna duda la emienda suya se atribuyesse à vos, vos la obrastes por mi, pero sin saberlo yo. Porque estando un dia sentado en un lugar que solia, y delante mis dicipulos, vino Alipio, saludòme, sentòse, y començò à estar atento à lo que se dezia. A caso tenia yo una leccion entre manos, y pareciòme que venia à propofito traër la comparacion de los juegos Circenses, para mejor declarar lo que queria dezir, y hizelo assi, como burlandome, haziendo donaire de los que estavan presos de aquella locura. Bien

ſabeis vos, Senor nueſtro, que entonces no pensè yo en Alipio, ni tuve intencion de ſanarle de aquella peſtilencia; pero lo que yo dixe, èl lo tomò por ſi, y creyò que no lo avia dicho ſino por él, y de lo que otro ſe huviera enfadado contrà mi, el modeſto moço ſe enojò contra ſi, y començò à amarme con mayor afecto. Vos aviades dicho mucho antes, y dexandolo eſcrito en vueſtras divinas letras: Reprehende al ſabio, y amarte ha. Mas yo no le avia reprehendido, pero vos que os ſervis de todos, algunas vezes ſabiendolo ellos, y otras no ſabiendolo, por una orden juſta que vos ſabeis, os ſerviſtes de mi coraçon, y de mi lengua, y encendiſtes unas brafas para abraſar las entrañas de aquel moço de tan buenas eſperanças, y ſanar ſus llagas. Calle, Señor, vueſtras alabanças el que no conſidera vueſtras miſericordias, las quales dentro de lo mas intimo de mi alma os alaban. Porque Alipio deſpues de aver oido mis palabras, ſaliò de aquel hoyo tan profundo, en que eſtava

gustoso, y ciego, con un deleite miserable, y sacudiò el animo con la fortaleza de la templaça, y todas las suciedades de aquellos juegos se deshizieron, porque no bolviò mas à ellos, antes persuadiò, y hizo fuerça à su padre, que le dexasse ser mi discipulo, y el padre se lo concediò, y se dexò vencer dèl, y començando otra vez à oirme, se enredò juntamente con migo en la superstician de los Manicheos, amando en ellos aquella ostentacion, y muestra de continencia, y que à su parecer era sin ficcion, y verdadera. Pero ella era una vana imagen de continencia, y muy propia para engañar, y cautivar las animas preciosas de los que aun no saben llegar à lo mas perfecto de la virtud, y son faciles para ser engañados con la apariencia de la virtud fingida, y mentirosa.

CAPITULO VIII.

Como Alipio ſe aficionò otra vez à los juegos de los Gladiatores, que antes aborrecia.

NO dexò Alipio el camino de la tierra, que ſus padres le avian alabado, y enſeñado. Partiòſe para Roma à eſtudiar leyes, y alli fue arrebatado con una increible aficion, y locura de ver los juegos que llamavan Gladiatorios, que eran de hombres que combatian entre ſi, y ſe matavan unos à otros. Era Alipio enemigo deſtos juegos, y aborrecialos en gran manera. Pero como una vez topaſſe con ciertos amigos, y condicipulos ſuyos, que venian de comer, hizieronle tanta inſtancia, para que fueſſe con ellos al Teatro, donde ſe hazian eſtos crueles, y fieros eſpectaculos, que ſe dexò vencer, diziendoles èl: Aun que lleveis mi cuerpo à eſſe lugar, y me pongais en èl, no podreis acabar con migo que yo los vea con mis ojos, ni con mi

animo estè atento à lo que se haze. Yo estarè alli, y estando con el cuerpo presente, estarè ausente con el animo, y assi triunfarè de vosotros, y juntamente de los espectaculos. Mas aunque oyeron esto, no por esso dexaron de porfiar, y de llevarle con sigo, desseando por ventura experimentar, si podria salir con lo que dezia. Llegaron al lugar, y sentaronse como pudieron, y todo el Teatro hervia con aquellos rogozijos crueles, y barbaros. Aqui Alipio cerrò las puertas de sus ojos, y mando à su animo que estuviesse recogido, y no atento à aquella maldad, y pluguiera à Dios que tambien huviera cerrado las orejas. Porque combatiendo dos Gladiatores, y cayendo el uno, fue tan grande la grita de la gente, y las vozes que todos dieron, que movido dellas, y vencido de la curiosidad, y determinando de nò hazer caso de qualquiera cosa que viesse, abriò los ojos, y fue herido en el alma, con una herida mayor que lo avia sido el cuerpo del Gladiator, y cayò mas mi-

ſerablemente que el otro que deſſeò ver caër. Quando cayò el Gladiator, ſe levantò aquel clamor, el qual entrò por los oïdos, y abriò los ojos de Alipio, para que ſu alma mas atrevida que fuerte, fueſſe herida, y derribada, y conocieſſe, que tanto era mas flaca, quanto mas avia preſumido de ſi, aviendo de confiar en vos, Señor. Porque luego que viò la ſangre que corria, juntamente con la viſta della, beviò la crueldad, y no apartò los ojos, antes ſe puſo à mirar muy atento, y à veſtirſe de aquel furor, ſin ſaber lo que hazia, deleitandoſe con la maldad de aquella pelea, y embriagandoſe con aquel ſangriento deleite. Y no era ya el miſmo que avia venido, mas uno de aquel poblacho que alli eſtava, y verdadero compañero de aquellos que le avian traido. Pero para que me alargo: èl viò aquel eſpectaculo: diò vozes, trocòſe, encendiòſe, y de alli traxo conſigo la locura que le eſtimulava deſpues à bolver, no ſolamente con aquellos que al principio le avian

llevado por fuerça, pero aun con mas codicia que ellos, y llevando à otros con sigo. Pero vos, Señor, con vuestra valerosa, y misericordiosa mano tambien de alli le sacastes, y le enseñastes à poner su confiança en vos, y no en si, aunque esto fue mucho despues.

CAPITULO IX.

Como Alipio fue preso como ladron.

TOdo esto se ponia, y guardava ya en su memoria, para la medicina que avia de venir; como tambien el aver vos, Señor, permitido que siendo èl estudiante, y dicipulo mio en Cartago, andando en la plaça à medio dia, pensando lo que avia de dezir en publico (como lo suelen hazer los estudiantes) fuesse preso de las guardas, como ladron. Lo qual creo yo, Señor mio, que no lo permitistes, sino para que aquel que avia de ser tan gran varon, desde entonces començasse à aprender, que en los delitos humanos, para condenar

un hombre à otro, ha de ser muy recatado, y no moverse facilmente con temeraria credulidad. Andavase Alipio passeando solo delante del consistorio con las tablas, y con el estilo, ò punçon con que escrivia, y estando en esto, à deshonra de un moço estudiante que era verdadero ladron, trayendo escondida una hacha, sin que Alipio lo echasse de ver, se entrò à ciertas gradas de plomo, que estavan altas sobre la plateria, y començò à cortar del plomo. Oyeron los Plateros que estavan debaxo, los golpes, y dieron vozes, y embiaron à prender al que alli andava, pero como el ladron oyò las vozes, escapò, y hecho à huir, dexando el instrumento que llevava, temiendo de ser preso, y conocido por èl. Alipio no avia visto entrar al ladron, pero viòle salir, y que se descabullia de priessa, y desseando saber la causa, entrò en aquel lugar, y començò à mirar la hacha, maravillandose de lo que podia ser. Los que eran embiados à prender al ladron, como hallá-

ron à Alipio solo con la segur en la mano, hechan mano dèl, arrebatandole, y juntandose los moradores de la plaza, se davan el para bien por aver preso al ladron, y llevavanle à la Justicia. Hasta aqui tuvo Alipio necessidad de ser enseñado, pero luego vos, Señor, socorristes à su inocencia, de la qual solo erades testigo. Porque llevandole à la carcel, ò al tormento, encontraron con un Alarife que tenia cargo con los edificios de la Ciudad, y holgaronse mucho, particularmente por aver topado con èl (porque quando faltava alguna cosa en la plaça, èl sospechava que alguno dellos la huviesse hurtado) para que entendiesse quien era el verdadero ladron. Avia visto este hombre muchas vezes à Alipio en casa de un Senador, à quien èl solia visitar, y luego como le conociò: tomandole por la mano, le apartò de aquella multitud de gente, y le preguntò la causa de aquella prision. Supo el caso, y hizo que toda aquella gente alborotada le siguiesse, y todos juntos

ſe fueron à la caſa de aquel mancebo que avia cometido el deleito. Eſtava à la ſazon delante de la puerta un muchacho de la miſma caſa, y de tampoca edad, que podia facilmente deſcubrir la verdad de todo lo que avia paſſado, ſin penſar que por ello podia venir algun daño à ſu Señor, porque era paje de aquel miſmo mancebo, y avia eſtado con èl en la plaça. Luego que Alipiò le reconociò, dixo quien era al Alarife, el qual moſtrando la ſegur al muchacho, le preguntò ſi ſabia cuya era? Y luego reſpondiò: *Nueſtra es*, y preguntado, confeſsò todo lo demas. Deſta manera ſe diò la culpa à cuya era, quedando confuſa aquella muchedumbre de gente que ya començava à triunfar de Alipio, el qual avia de ſer con el tiempo, diſpenſador de vueſtra palabra, y examinador de muchas cauſas en vueſtra Igleſia, y con eſte acaecimiento quedò mas inſtruido, y enſeñado.

CAPITULO X.

De la bondad de Alipio, y de la venida de Nebridio.

HAllè à Alipio en Roma, y llegòse à mi con un vinculo muy estrecho de amistad, y vinose conmigo hasta Milan, por no dexar mi compañia, y por exercitarse en los derechos que avia aprendido, mas por voluntad de sus padres, que por la suya. Y ya avia estado en Milan con gran loa de entereza, maravillandose èl mucho mas de los que anteponian el oro à la inocencia. Tambien siendo moço, fue tentado con el cebo de la codicia, y aun con los espantos del temor. Porque estando en Roma fue Assessor de un Juez, y en el mismo tiempo avia en ella un Senador muy poderoso que tenia obligados à muchos con sus beneficios, y otros rendidos con sus amenazas. Quiso este Senador hazer çierta cosa (confiando en su potencia) contra las leyes: hizoles resistencia Ali-

pio, prometieronle buena ſuma, ſi conſentia, y èl burlòſe; amenazaronle, y riòſe. Maravillavanſe todos, que huvieſſe hombre que no quiſieſſe por amigo, ò no temieſſe por enemigo à un Señor tan poderoſo, y que tenia tantas maneras para hazer bien, y para hazer mal. El miſmo Juez, cuyo Aſſeſſor era Alipio, aunque no queria que ſe hizieſſe lo que pedia el Senador, no oſava claramente negarlo, pero dava la culpa à Alipio, diziendo, que no ſe lo dexava hazer; porque verdaderamente ſi èl lo hiziera, Alipio le dexara, y ſe fuera dèl. Una coſa ſola tenia caſi enredado à Alipio, que por la aficion que tenia à las letras, deſſeava comprar ciertos libros de los dineros que le ofrecian. Pero tomando conſejo con la juſticia, vino con mejor acuerdo à anteponer la virtud que le mandava que no lo hizieſſe, à la poteſtad que le dava licencia para lo hazer. Pequeña coſa es eſta; pero el que es fiel en lo poco, tambien lo ſerà en lo mucho, y no puede ſer vano en alguna manera, lo

que vos dixistes por vuestra boca verdadera. Sino fuistes fieles en la injusta riqueza, la verdadera quien os la confiarà? Y si en lo ageno no fuistes fieles, quien os darà lo que es vuestro? Tal era entonces este mi amigo, el qual juntamente con migo andava vacilando sobre la manera que tendriamos de vivir. Nebridio tambien dexando su patria, que es junto à Cartago, y la misma Ciudad de Cartago en la qual muchas vezes solia estar, y dexando una heredad de su padre muy buena, y su casa, y su madre, que no le avia de seguir, avia venido à Milan, no por otra causa, sino por vivir con migo en el estudio ardentissimo de la verdad, y sabiduria, y juntamente suspirava, y vacilava con encendido desseo de hallar la vida bienaventurada, ocupandose siempre en escudriñar con grande ansia, è inquirir las questiones arduas, y dificultosas. Todos tres estavamos necessitados, declarandonos unos à otros nuestra pobreza, y esperando de vos, que nos diessedes mante-

mantenimiento à su tiempo. Y en aquella amargura, que por vuestra misericordia se mezclava en esta nuestra vida seglar, quando miravamos nosotros el fin porque tanto padeciamos, se nos ponia delante una grande escuridad, y nos indignavamos, y gimiendo deziamos: *Hasta quando ha de durar esto?* Y esto deziamoslo muchas vezes, pero no por esso lo dexavamos; porque dexandolo, no veïamos otra cosa clara, y cierta que seguir.

CAPITULO XI.

Como tratò de ordenar su vida.

EN gran manera me maravillava yo, considerando quan largo tiempo avia passado, desde el año de 19. de mi edad, en que yo comencè à darme de veras al estudio de la sabiduria, con determinacion de dexar, en hallandola, todas las vanas esperanças, y mentirosas locuras de los apetitos humanos, hasta los treinta años en que andava, y me hallava

ſumido en el miſmo lodo, con deſſeo de gozar de los bienes preſentes, que ſe me huïan de las manos, y atormentavan mi coraçon, mientras yo dezia: *Mañana lo hallarè, y lo verè, y lo entenderè; Fauſto vendrà, y me lo declarará todo.* O que grandes varones ſon los Academicos! que enſeñan, que en ninguna coſa cierta ſe puede comprehender para vivir, pero mejor ſerà que la buſquemos con mayor diligencia, y no deſeſperemos. Las coſas que antes nos parecian fuera de camino en los libros ſagrados, ya nos parece que no lo ſon, y ſe pueden interpretar con muy buen ſentido. Firmemos los pies en aquel paſſo, en que ſiendo muchacho, mis padres me puſieron, haſta que hallè la verdad clara. Pero donde, y quando la buſcarè? Ambroſio eſtà ocupado, no tengo tiempo para leer, adonde hallarè libros, con que dineros los comprarè, ò quien me los empreſtarà. Hagamos diſtribucion del tiempo, ſeñalemos ſus horas, para la ſalud del alma, grande

eſperança tenemos, no enſeña la Fè Catholica lo que penſavamos, y acuſavamos malamente. Los Doctores de la Igleſia tienen por error creer que Dios es limitado con figura de cuerpo humano, y ſiendo eſto aſſi, dudamos llamar à la puerta, para que ſe nos deſcubra lo demas? Las horas de la mañana nos ocupan los dicipulos, mas las otras porque no las empleamos en eſto? Pero quando viſitaremos à los amigos de reſpeto que nos favorecen, de los quales tenemos neceſſidad? Quando aparejaremos lo que han de comprar los eſtudiantes? quando nos recrearemos deſcanſando de los cuidados? Pierdaſe todo, y dexemos eſtas vanidades ſin provecho, demoſnos ſolamente à buſcar la verdad. Eſta vida es miſerable, la muerte es incierta; ſi nos toma deſapercebidos, que ſerà de noſotros? Adonde aprenderemos, lo que aqui no quiſimos aprender? Como no ſeremos caſtigados por eſta negligencia? Que ſerà ſi la muerte nos lo acaba todo con la

vida. Luego razon ay para pensar tambien en esto, mas no quiera Dios que tal sea. No sin mucha razon, y gran fundamento està derramada por todo el Mundo la autoridad, y eminencia de la Fè Christiana, ni el Señor obraria tantas, y tales cosas por nosotros, si con la muerte del cuerpo, se rematasse la vida del alma. Pues por que nos detenemos en dar de mano à las esperanças vanas deste siglo, y emplearnos todos en buscar à Dios, y la vida bienaventurada? pero espera un poco, que tambien estas cosas de aora son sabrosas, y tienen sus contentos, y dulzuras, no se han de cortar tan facilmente, porque seria verguença bolver à ellas despues de averlas dexado. Poco falta para que alcancemos alguna honra, y que ay mas en estas cosas que desear? Tengo copia de grandes amigos, aunque no corra muy à priessa, todavia podrè aver algun estado honrado, y tomar muger con tan buen dote, que no nos ponga en necessidad, y con esto pondremos termino

à nueſtros deſſeos. Muchos, y grandes varones, dignos de ſer imitados, ſe dieron à las letras, ſiendo caſados. Todos eſtos penſamientos vanos eran como vientos que deſaſoſegavan mi coraçon, y le llevavan de una parte à otra, y mientras que yo andava embevecido en ellos, ſe me paſſava el tiempo, y tardava en convertirme à vos, Señor Dios mio, y dilatava de dia en dia de vivir en vos, y no dilatava de morir cada dia à mi. Amava la vida bienaventurada, y temiala quando eſtava en ſu trono, y mageſtad, y buſcavala huyendo della. Penſava que avia de ſer muy deſdichado, è infeliz ſi careciеſſe de los regalos de la muger; porque no ſabia yo quan eficaz medicina es la de vueſtra miſericordia para ſanar eſta enfermedad, por no la aver eſperimentado, y porque creïa que la continencia es coſa que ſe puede alcançar con las propias fuerças, y yo no ſabia que las mias no eran para tanto, y era tan necio, que no entendia lo que eſtà eſcrito, que nin-

guno puede ſer continente, ſi vos no ſe lo dais. Y cierto que vos me lo dierades, ſi con el interior gemido de mi alma yo os lo pidiera, y con una Fè ſolida me echara en vueſtros brazos.

CAPITULO XII.

La contienda que huvo entre San Aguſtin, y Alipio, cerca de caſarſe, ò no caſarſe.

ALipio era el que me detenia que no me caſaſſe, porque me dezia que era impoſſible que ſi me caſava pudieſſemos los dos ocuparnos en èl amor, y eſtudio de la ſabiduria, quieta, y ſeguramente, como ya mucho antes aviamos deſſeado. Era Alipio, aun en aquella edad caſtiſſimo, y era maravilla, porque en el principio de ſu mocedad avia caïdo, aunque no ataſcó, y tuvo dolor de ſu caïda, y menoſpreciò los deleytes ſenſuales, y de alli adelante vivia en gran continencia, Pero yo me defendia con los exemplos de los que

teniendo muger, ſe avian dado al eſtudio de la ſabiduria, ſido ſiervos de Dios, y tenido muchos, y fieles amigos. Aunque eſtava muy lexos de la excelencia del animo dellos, y ſiendo delicado, y vencido de la flaqueza de mi carne, con una ſuavidad peſtilente, y engañoſa, arraſtrava mi cadena, y temia ſer deſatado della y no queria oïr las palabras de los que me aconſejavan bien, como quien huye de la mano que le quiere deſatar. Y no me contentava con eſto, antes la ſerpiente infernal hablava por mi lengua à Alipio, y le armava, y ſembrava dulces lazos en que cayeſſen ſus caſtos, y ſueltos pies. Porque como èl me tuvieſſe reſpeto, y ſe maravillaſſe que yo eſtuvieſſe tan aſido à aquella mala liga del deleyte, y que todas las vezes que tratavamos dello, le afirmava, que en ninguna manera podria vivir ſin caſarme. Como èl ſe admiraſſe mucho deſto, y yo para quitarle aquella admiracion le dixeſſe, que avia mucha diferencia entre lo que

èl avia gustado ligeramente, y tan de passo que à penas se acordava dello, y por esso lo despreciava facilmente, y entre los deleytes de mi larga costumbre, de los quales no era maravilla que yo no me pudiesse apartar, pudiendo usar dellos honestamente con el nombre de matrimonio. Diziendole yo estas cosas, vino èl à dessear casarse, no tanto por deleyte, como por curiosidad. Porque dezia, que dessea va saber que cosa era aquello por cuya falta mi vida (que el tenia por buena) à mi no parecia vida, sino tormento. Porque como su animo estava libre de aquella passion, maravillavase mucho de la servidumbre del mio, y esta maravilla le causava dessèo de esperimentar lo que era. Y si lo esperimentara, por ventura cayera en la misma servidumbre en que yo estava, y de la qual se maravillava; pues queria hazer concierto con la muerte, y como dize el Espiritu Santo: el que ama el peligro, caerà en èl. Que ni à èl, ni à mi nos movia

mucho el bien que ay (si ay alguno) en el estado matrimonial, y procreacion de los hijos. Lo que à mi me hazia en gran parte la guerra, era mi mala costumbre, y el apetito de hartar la sed insaciable de mi concupiscencia, y à èl, el maravillarse desto, le traïa à peligro de ser cautivo. Desta manera estavamos los dos, hasta que vos, Señor Altissimo, no desamparastes esta obra de barro que formaron vuestras manos : y teniendo misericordia destos miserables, nos socorristes por unos modos ocultos, y maravillosos.

CAPITULO XIII.

Buscase muger para Agustino.

EL negocio de mi casamiento se tratava con mucho calor, ya yo pedia muger, ya se me prometia, especialmente con la instancia que hazia mi madre, para que en casandome, me bautizasse. Gozavase ella mucho, por ver que cada dia me iva haziendo mas habil para el bautis

mo, y que sus desseos, y vuestras promessas de mi Fé se le ivan cumpliendo. Y como ella, assi por aversselo rogado yo, como por el ansia que tenia, cada dia con grande instancia os suplicasse, que le revelassedes algo del matrimonio mio que se queria hazer, nunca quisistes. Bien veïa ella ciertas imaginaciones vanas, y fantàsticas, causadas de aquella solicitud, y cuidado que traia su espiritu, y me las contava, mas no con aquella seguridad, y firmeza que solia contarme lo que vos le aviades manifestado: antes, como fiel, las despreciava: porque me dezia, que con cierto sabor, y gusto, que no podia explicar con palabras, conocia la diferencia que avia entre lo que vos le revelavades, y los sueños de su coraçon. Todavia se hazia instancia en lo del casamiento, y se hablava de una donzella que era dos años menor de lo que para casada era menester, porque aquella parecia à proposito, aguardavase que creciesse.

CAPITULO XIV.

Como tratò de instituir una vida en que viviesse con sus amigos en comunidad.

MUchos amigos (aborreciendo el ruido, las molestias pesadas de la vida humana) aviamos pensado, y tratado entre nosotros, y casi determinado de apartarnos de la gente, y vivir juntos en quietud. Y la traza era esta, que todo lo que tuviessemos, lo pusiessemos en comun, y hiziessemos un monton: de manera que por el estrecho vinculo de nuestra sincera amistad, no fuesse una cosa de uno, y otra de otro, mas todo fuesse comun, y cada cosa de cada uno, y todas de todos: y que en esta compañia viviessemos hasta diez compañeros; entre los quales avia algunos muy ricos, especialmente Romaniano, que era de nuestra Ciudad, y desde niño grandissimo amigo mio, y avia venido de Africa por negocios graves que se le avian ofrecido. El era el que hazia mas instan-

cia en este negocio; y como era mucho mas rico que los demas, tenia grande autoridad para persuadirlo. Tambien aviamos pensado, que dos de nosotros cada año tomassen el cuidado de lo temporal, para que los demas estuviessen descuidados. Pero despues començamos à reparar, y à dudar, si las mugeres (que algunos de nosotros tenian, y los otros queriamos tener) lo consentirian, y llevarian bien: y con esta duda, toda aquella nuestra traza se desbaratò, y aquel negocio parò en humo, y se deshizò entre las manos. Con esto bolvimos à nuestros antiguos suspiros, y gemidos, y à seguir los caminos anchos, y trillados del siglo; porque los pensamientos, y cuidados de nuestro coraçon eran muchos, y vuestro consejo, Señor, permanece para siempre: y con este consejo haziades burla de nuestras cosas, y aparejavades las vuestras, para darnos à su tiempo mentenimiento, y abrir vuestra mano, y hinchir nuestras almas de bendicion.

CAPITULO XV.

Como en lugar de la primera amiga, tomò otra.

ENtre tanto mis pecados ſe multiplicavan, y aviendoſe partido aquella muger con quien yo tenia converſacion (por parecer que el tenerla ſeria eſtorvo para mi caſamiento) mi coraçon quedo herido, y laſtimado, y corriendo ſangre. Ella, dexandome un hijo natural que tuve en ella, bolviò à Africa, haziendo voto de no conocer mas varon. Pero yò, deſventurado, no la imitè (aunque era muger) antes, pareciendome muy largo plaço el de dos años para aguardar à la que avia de tomar por legitima muger, por no ſufrir eſta dilacion, y porque no era amador del matrimonio, ſino eſclavo de mi ſenſualidad, buſquè otra amiga, para cebar, y entretener en ſu punto la enfermedad de mi alma, con la mala coſtumbre, haſta que llegaſſe el tiempo de caſarme. Y no por eſto ſe

curava aquella llaga de mi coraçon, que ſe avia hecho en el apartamiento de la primera amiga, antes crecia, y paſſado el primer ardor (aunque parecia que ſe avia resfriado) me atormentava mas deſeſperadamente.

CAPITULO XVI.

De la immortalidad del alma.

ALabado ſeais vos, Señor, y glorificado, que ſois fuente de las miſericordias, yo era cada dia mas miſerable, y vos os acercavades à mi. Ya vueſtra dieſtra, y mano poderoſa eſtava preſta para ſacarme del lodo, y para lavarme, y yo no lo ſabia. Ninguna coſa me eſtimulava à ſalir del abiſmo profundo de los deleytes carnales, ſino el miedo de la muerte, y del juizio final; el qual (aunque entre varias opiniones) nunca ſe apartò de mi coraçon. Diſputava yo con mis amigos, Alipio, y Nebridio, en que conſiſtia el ſumo bien, y ſumo mal; y facilmente diera la ventaja y la palma à Epicuro, ſi yo no creyera, que

deſpues deſta vida avia otra, y premio, y caſtigo, conforme à los merecimientos de los bienes, y de los males de cada uno; lo qual Epicuro no quiſo creer. Y preguntava yo, ſi fueſſemos immortales, y vivieſſemos en un perpetuo deleyte del cuerpo, y ſin temor alguno de perderle, porque no ſeriamos bienaventurados; ò que mas avia que deſſear? Y no entendia que era muy gran miſeria el eſtar tan ciego, y anegado, que no pudieſſe ver la luz de la virtud, que es tan hermoſa, que de gracia, y por ſi ſola merece ſer ſeguida, y no ſe vé con el ojo de la carne, ſino con ſolo el interior del alma. Ni conſiderava yo mezquino, de donde me venia à mi el conferir eſtas coſas (aunque ſuzias) con mis amigos dulcemente, y que, ſegun el parecer que entonces tenia, no podia ſer bienaventurado ſin ellos, dado que eſtuvieſſe en toda la abundancia de deleytes carnales que ſe pudieſſen penſar. A los quales amigos amava ſin intereſſe, y ſentia ſer amado tambien dellos con

el mismo retorno. O caminos torcidos! Ay del alma osada, y atrevida, que apartandose de vos, Señor, esperò hallar otra cosa mejor que vos! Bolviòse, y rebolviòse à un lado, y à otro; atràs, y adelante, y no hallò descanso, porque vos solo sois, y acudis luego, y nos librais de miserables errores, y nos poneis en camino consolandonos, y diziendo: Venid, que yo os llevarè hasta el cabo, y aí os sufrirè: y aun aí os llevarè.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO VII.

CAPITULO I.

Como deſpues de aver deſechado las imagenes de las coſas corporales, començò à conocer que Dios no tiene cuerpo.

YA ſe avia acabado mi mocedad mala, y perverſa, y començava la juventud : y yo quanto era mas crecido en edad, tanto era mas torpe con la vanidad, y no podia penſar que huvieſſe otra ſuſtancia, ſino ſemejante à la que vemos por los ojos. No os figurava yo, Dios mio, con cuerpo humano, porque deſde que comencè à oïr algo de vueſtra verda-

dera sabiduria, siempre me pareció mal tal imaginacion, y me holgava de aver hallado esta verdad en la Fè de la Iglesia Cathólica, que es nuestra espiritual madre. Pero no sabia, ni se me ofrecia al entendimiento, que otra cosa pensar de vos, y yo hombrecillo, y tal hombrecillo, queria pensar en vos, que sois sumo, y solo, y verdadero Dios? Bien creïa de todo mi coraçon, y confessava, que vos sois un bien incorruptible, inviolable, è incomutable; porque aunque no sabia de donde, y como era esto, pero veïa, sabia cierto, que es mejor lo que no admite corrupcion, que lo que es corruptible, y lo que no puede recebir daño, que lo que le puede recebir: y lo que no està sugeto à mudanças, que lo que se quede mudar. Mi coraçon con gran fuerça dava bramidos, y procurava como con la mano, ojear todas las fantasmas que à guisa de una manada de aves immundas volavan, y turbavan mi entendimiento, y à penas eran partidas, quando luego bolvian con

mayor fuerça, y davan ſobre mi, y me ofuſcavan, y hazian perder la viſta. De manera que, aunque yo no creïa que aquel incorruptible, è immudable, que yo anteponia à lo corruptible, y mudable, tenia forma de cuerpo humano, era forçado à penſar que era alguna coſa corporal que eſtava, ò en eſpacio de lugar, ò derramado por todo el Mundo, ò fuera del Mundo, por una infinidad eſtendido. Porque todo lo que entendia fuera de ſemejantes lugares, me parecia ſer nada, y tan en eſtremo nada, que aun no me parecia que era vacuo. Como ſi quitando del lugar el cuerpo que le ocupa, quedaſſe el miſmo lugar vacio, y ſin algun cuerpo, ò terreno, ò de ayre, ò celeſtial. El tal lugar vacio ſeria como una nada eſpacioſa. Aſſi que yo, ſiendo de torpe, y boto coraçon, que aun à mi miſmo no me entendia, ni penſava que avia coſa alguna, ſino la que ſe eſtendia por eſpacio de lugar, ò ſe derramava, ò ſe juntava, ò hinchava, ó tenia, ó podia tener alguna deſ-

tas disposiciones; todo lo demas creia totalmente que era nada; porque mi coraçon no alcançava, sino aquellas formas corporales que veïan mis ojos, y no considerava que mi entendimiento, con el qual yo formava estas imaginaciones, no era corporal, y que no las formara, sino fuera alguna cosa grande. Por esta manera, ò Dios mio, y vida de mi vida, os imaginava yo grande, y que por infinitos espacios, y por todas las partes penetravades la grandeza del Mundo, y fuera della, os estendiades por immensos lugares, sin termino; para que la tierra, y el cielo, y todas las cosas estuviessen llenas de vos, y se rematassen en vos, por ser infinito, y vos no os acabassedes en ninguna parte. Porque assi como el ayre que es corporal, no impide à la luz del Sol, que no passe por èl, y le penetre, sin romperle, ni cortarle, sino hinchiendole de su claridad: assi pensava yo, que vos penetravades el cielo, y el ayre, y la mar, y la tierra, sin que huviesse cosa que os hiziesse resistencia, por

ſer todo eſte cuerpo, y máquina del Mundo, por todas ſus partes, grandes, y pequeñas, capaz, y diſpueſto para recebir vueſtra preſencia, y aquella ſecreta inſpiracion, por la qual interior y exteriormente regis, y governais todas las coſas que criaſtes. Eſto era lo que yo imaginava, y no podia penſar otra coſa; pero era falſo, porque deſta manera la mayor parte de la tierra tendria mayor parte de vos, y menor la menor; y de tal ſuerte todas las coſas eſtarian llenas de vos, que el Elefante, por tener cuerpo grande, tendria mas parte de vos, que el paxarito que le tiene pequeño: pues el uno ocupa mayor lugar que el otro. Y ſi el Mundo ſe dividieſſe en muchas partes, à las grandes comunicariades gran parte de vos, y à las pequeñas, pequeña. Mas no es aſſi, ni vos, Señor, ſois deſta manera, aunque yo no lo entendia; porque vos aun no aviades quitado las tinieblas de mi coraçon, ni alumbradole con los rayos de vueſtra luz.

CAPITULO II.

Nebridio convence à los Manicheos.

CONtra aquellos engañados, y engañadores, y mudos parleros (mudos eran, porque no os alabavan) baſtavame à mi el argumento que Nebridio ſolia proponer contra ellos (aun deſde el tiempo que eſtavamos en Cartago) y todos los que le oïmos, nos maravillamos por la gran fuerça que tenia. Porque preguntava Nebridio, en que os avia de dañar aquella no ſé que gente tenebroſa, que los Manicheos ſuelen oponer contra vos, ſi vos, Señor, no quiſieſſedes pelear contra ellos? Porque ſi reſponden: Que todavia os podian hazer algun daño, neceſſariamente ſe ſigue, que vos fuerades corruptible, y ſugeto à recebir aquel daño. Si dizen; Que en ninguna manera os podria empeçar, no avia cauſa para pelear, y pelear de la manera que ellos dizen, y deſatinan. Porque dezian que una parte vueſtra, y miembro

vueſtro, ò generacion de vueſtra miſma ſuſtancia, ſe mezclava con el poder contrario, y con las naturalezas que vos no criaſtes; las quales la corrumpian, è inficionavan, en tanto grado que ſu bienaventuranza ſe convertia en miſeria, y venia à tener neceſſidad de ſocorro para ſer librada, y purgada. Eſta parte de vueſtra ſuſtancia, dezian que es alma, à la qual vueſtro Verbo, ſiendo libre, puro, y entero, ſocorre como à eſclava, amanzillada, y perdida. Pero eſte Verbo querian que fueſſe corruptible, por ſer de una miſma ſuſtancia. Mas Nebridio apretava à los Manicheos, y deshazia eſtos diſparates, con dezir, que ſi vueſtra ſuſtancia, por la qual ſois el que ſois, era incorruptible, y ellos lo confeſſavan, todas las coſas que dezian eran falſas, y deteſtables? Y ſi dezian, que era corruptible, eſto era tan falſo, y tan abominable, que aun oirlo no ſe podia. De manera que eſte ſolo argumento baſtava para deſecharlos, y no darles algun credito, pues ſintiendo, y diziendo

de vos las cosas que dezian, no podian dexar de dar en uno de dos horribles, y espantosos sacrilegios, de lengua, y de coraçon.

CAPITULO III.

Que el libre alvedrio del hombre es causa del pecado.

PEro aunque yo firmemente sentia que Dios verdadero, y Señor nuestro, que hizo nuestras almas, y nuestos cuerpos, y todas las cosas que ay en el Cielo, y en la tierra, era inalterable, y ageno por todas partes de qualquier menoscabo, y mudança, todavia no entendia clara, y descubiertamente la causa del mal, aunque entendia que qualquiera que ella fuesse, se avia de buscar; de suerte, que no nos obligasse à poner en Dios, que es immudable, alguna mudança, por no hazerme yo malo, como lo era lo que buscava. Esta causa del mal buscava yo con grande ansia, teniendo por cosa muy cierta, y averiguada, que era falso lo que ellos dezian.

Y yo

Y yo huïa dellos, porque los veïa tan llenos de malicia, que buſcando de donde viene el mal, davan en tan grandes diſparates; pues no ſe querian perſuadir que era menos inconveniente, que vueſtra ſuſtancia padecieſſe mal, que no confeſſar que la ſuya dellos le hazia. Deſvelavame con gran cuidado, por entenderlo que avia oido, que el libre alvedrio era cauſa que noſotros obraſſemos mal, y vueſtro juſto juizio que le padecieſſemos, y con èl fueſſemos caſtigados, y no podia ver claramente la cauſa deſto. De manera que queriendo ſacar mi entendimiento deſta tenebroſa profundidad, me anegava de nuevo, y quantas vezes me esforçava à ſalir, tantas me tornava à ſumir en ella. Deſpertavanſe mis ojos, para que vieſſen vueſtra luz, con ſaber tan cierto, que yo tenia voluntad, como ſabia que tenia vida. De ſuerte que, quando queria, ò no queria alguna coſa, era muy cierto, que yo, y no otro, era el que la queria, y el que no la queria. Y ya deſde enton-

ces iva conociendo, que alli estava la causa de mi pecado, y veïa, que lo que yo hazia contra mi voluntad, no era tanto hazer, como padecer, y juzgava que esto no era culpa, sino pena, con la qual confessava que siendo vos justo, justamente me castigavades. Pero otras vezes dezia: Quien me hizo à mi? No me hizo mi Dios? El qual no solamente es bueno, sino la misma bondad: pues de donde me vino à mi el querer el mal, y no querer el bien, para que huviesse causa de ser por ello justamente castigado? Quien sembrò en mi esta semilla? Quien plantò esta raiz de amargura, pues yo todo soy formado por las manos de mi dulcissimo Dios y Señor? Si el Demonio fue el autor, quien le hizo à èl? Y si el Demonio por su mala, y perversa voluntad, de buen Angel que era, se hizo Demonio, de donde le vino à èl la mala voluntad, por la qual se hizo Demonio, pues el Criador, y Artifice de todas las cosas, que es bonissimo, criò al Angel todo bue-

no? Con eſtos penſamientos andava congojado, y me ahogava, pero no llegava à tan grande deſventura, que cayeſſen en aquel infierno horrible, y eſpantoſo, adonde nadie os alaba, y confieſſa, Señor, y eſtàn los que creen que vos padeceis el mal, y no lo haze el hombre.

CAPITVLO IV.

Que Dios no puede ſer forçado.

DE la miſma manera iva raſtreando, y procurava hallar las demas coſas, como avia hallado, que es mejor lo que no puede padecer corrupcion, que lo que la padece; y por eſſo venia à confeſſar que vos (qualquiera coſa que ſeais) ſois incorruptible. Porque ninguno jamàs pudo, ni podrà penſar que ay coſa mejor que vos, que ſois el ſumo, y perfetiſſimo bien. Pues ſi vos no fuerades incorruptible, yo pudiera con mi diſcurſo hallar alguna coſa mejor que vos (Dios mio) pues no ay duda, y es coſa certiſſima, y averigua-

da, que lo que es incorruptible, es mejor que lo que padece corrupcion? Y siendo tan cierta esta ventaja, que lo incorruptible haze à lo corruptible, aí os devia yo buscar, y de aí sacar donde està el mal, y la misma corrupcion, la qual en ninguna manera puede dañar à vuestra sustancia; pues por ningun camino, ni con la voluntad, ni con necessidad, ni con caso fortuito, la corrupcion puede corromper, y empeçar à nuestro Dios, porque èl es Dios, y lo que quiere para si es bueno, y èl mismo es aquel mismo bien que quiere para si: y tal no puede ser el bien, que puede ser corrompido. Tampoco puede ser violentado, para que quiera alguna cosa por fuerça; porque vuestra voluntad, Señor, no es mayor que vuestro poder, y serialo, si vos fuessedes mayor que vos mismo. Porque la voluntad, y potencia de Dios, es el mismo Dios. Pues que cosa puede suceder, que para vos sea repentina, y no pensada, sabiendo todas las cosas, y no teniendo algun ser, sino porque

vos la conoceis? Pero para que gasto tantas palabras, para probar que la sustancia, que es Dios, no es corruptible, pues si lo fuesse, no seria Dios.

CAPITULO V.

Como se aparta el Criador de la criatura.

YO buscava de donde tenia origen el mal, y en la misma manera, que yo lo buscava, no conocia el mal. Imaginava yo todo esta máquina del Universo, y todo lo que podemos ver en ella, como es, tierra, mar, ayre, estrellas, arboles, animales, y otras cosas mortales, y todo lo que vemos, como es, el firmamento, y todos los Angeles, y Espiritus celestiales, como si fuessen cuerpos, y estuviessen distintos, cada uno en su lugar propio, y todos juntos hiziessen como una massa grande, compuesta destos varios generos de cuerpos, ò verdaderos, ò por mi imaginacion fingidos. Y este cuerpo, y criatura vuestra, compuesta de tantos cuerpos, no la hize tan grande quanto era, porque

no lo podia saber ; pero quanto me pareciò, aunque por todas partes finita. Y à vos, Señor, me imaginava yo, infinito, y que de todas partes la abraçavades, y penetravades como huviesse un mar immenso, è infinito, que tuviesse dentro de si, una esponja grandissima, pero finita : aquella esponja por todas partes estaria llena, y rodeada de aquel mar immenso, è infinito. Assi yo pensava que vuestra criatura finita estava llena de vos que sois infinito, y dezia : Veis aqui à Dios, y veis aqui lo que Dios criò, y Dios es bueno ; y sin comparacion mejor que lo que criò : mas como èl sea bueno, hizo cosas buenas, y todas las rodea, y hinche. Pues siendo esto assi, adonde està el mal ? Y de donde nos vinò ? Y por que resquicio se nos entrò ? De que semilla nace, ò que raiz lo produce ? Por ventura no tiene el mal algun ser ? Pues porque tememos, y nos guardamos de lo que no es. Y si tememos vanamente, cierto que el mismo temor es malo, pues tan sin causa atormenta, y aflige el co-

raçon, y tanto es mayor mal este temor quanto mas tememos, no aviendo de que temer. Por tanto, ó ay el mal que tememos ò el mismo temor sin causa, es mal. Pues de donde es este mal, siendo assi, que Dios bueno, hizo todas las cosas buenas. Porque el mayor, y sumo bien hizo los otros bienes menores: y assi el Criador, como todas las cosas que èl criò son buenas; pues de donde vinò este mal, ò de que hizo las cosas? Avia por ventura alguna materia mala, la qual tomò Dios, y la formò, y ordenò, y dexò alguna cosa en ella, que no convirtiò en bien? mas esso porque? Por ventura no pudo convertirla toda, y trocarla de manera que no quedasse en ella nada del mal, siendo (como es) todo poderoso. Finalmente, porque quiso servirse desta materia para hazer algo della, ò porque usando del mismo poder no la deshizò del todo? Pudiera por ventura tener ser contra su voluntad? Y si dixeran que era eterna: pregunto yo: porque la dexò assi por infinitos es-

pacios de tiempos, y despues tuvo por bien servirse della? No fuera mejor deshazerla, para que totalmente no fuesse, y èl solo fuesse todo, verdadero, è infinito bien? Y sino era bien, que dexasse de hazer, y fabricar algun bien el que era bueno; porque no deshizo aquella mala materia; y la aniquilò, y formò otra buena, para criar della todas las cosas? Porque no seria todo poderoso, sino pudiera hazer alguna cosa buena, sin ayuda de aquella materia, que èl no avia criado. Estas eran las olas de mi coraçon: estos los pensamientos que le afligian, espantado ya con el temor de la muerte, y no hallava la verdad. Pero con todo esto; estava en mi pecho muy firme, y muy arraygada la Fè de vuestro Christo, y nuestro Señor, y Salvador, que enseña la Iglesia Cathólica, y aunque en muchas cosas era muy flaca, è imperfecta, y vacilava, y iva fuera de regla, no la dexava mi anima, antes cada dia mas se iva esforçando, y ajustando à su verdad.

CAPITULO VI.

De los vanos juizios de los Aſtrologos.

TAmbien yo avia començado ya à deſechar de mi los falſos juizios, y impios deſatinos de los Aſtrologos. Vueſtras miſericordias, Señor Dios mio, de los mas intimo de mi anima os alaben por ello. Porque vos, que ſois vida que no puede morir, vos ſolo, y no otro, nos librais de la muerte, y ſiendo lumbre que no tiene neceſſidad de otra lumbre, alumbrais los entendimientos de los hombres ciegos, con aquella ſabiduria, con la qual governais el Mundo, haſta las hojas que buelan de los arboles. Vos, pues, fuiſtes el que curaſtes mi pertinacia, y porfia, con la qual contradixe, y reſiſtia à Vindiciano viejo agudo, y à Nebridio mancebo de maravilloſa bondad; à Vindiciano, que con gran vehemencia me afirmava, y à Nebridio, que con alguna duda, mas muchas vezes me dezia, que no avia arte para conocer las coſas ve-

nideras, sino que las conjeturas de los hombres muchas vezes tenian fuerça de adivinar; y que dixiendo el hombre muchas cosas, acertava à caso à dezir algunas de las que avian de suceder, sin saber lo que dezia, sino que por hablar mucho topava con ellas. Embiastesme pues un amigo que no sabìa mucha Astrologia, pero sabìa algo, y era grande escudrinador, y muy curioso destas cosas, y avia oïdo dezir de su padre cierto cuento, que èl mismo no sabia la fuerça que tenia para destruir la opinion, y estima de aquel arte. Este hombre, y amigo mio se llamava Firmino, y era eloquente, y bien enseñado en las artes liberales: el qual vino à mi, como à su grande amigo, para consultar ciertas cosas suyas del Mundo, en las quales tenia puesta toda su esperança: y queria saber de mi lo que me parecia, segun la constelacion, y figura de su nacimiento. Y no quise negarle lo que me pedia, ni dexar de dezirle (por verle tan suspenso) lo que se me ofrecia. Pero como ya avia

començado à parecerme bien lo que tantas vezes me avia dicho Nebridio, despues de averle dicho lo que se me ofreciò, añadi que yo casi estava persuadido que todas estas cosas eran vanas y de risa. Entonces el me dixo que su padre avia sido curiosissimo de leer los libros que tratan deste arte; y que avia tenido por amigo à otro que no era menos curioso; y que estavan tan embevecidos, y puestos en esto, que para aprender, y hazer experiencia de aquel arte, tenian gran cuenta de notar las horas, y puntos de lo que nacia en sus casas, y de la postura, y aspecto de las estrellas, aunque lo que naciesse fuesse algun animal. Y que avia oïdo dezir à su padre, que estando su madre preñada del mismo Firmino, aconteciò que tambien una criada de aquel su amigo lo estuviesse, lo qual no se pudo encubrir à su amo, que era tan curioso, como he dicho, en examinar, y querer saber hasta los partos de las perras de su casa. Y como el padre de Firmino tuviesse cuenta con

el parto de su muger, y el otro del de su criada, y muy menudamente, y con gran curiosidad contassen los dias, horas, y momentos de su preñez, vinieron las dos à parir à un mismo tiempo, de manera que fueron forçados à dar el mismo nacimiento, y constelacion el uno al hijo, y el otro al siervo. Porque luego que à las mugeres començaron à venir los dolores del parto, el uno avisò al otro lo que passava en su casa, y señalaron personas que, en naciendo las criaturas, fuessen de una parte à otra, à avisar como avìan nacido: lo qual pudieron hazer como en casa propia. Nacieron dos hijos, y tan en un punto, que los mensajeros que ivan à avisar de la una parte, y de la otra, se toparon puntualmente en medio del camino, y el uno, y el otro fue forçado à dar el mismo nacimiento, y constelacion à los dos, sin que pudiesse aver diferencia en los puntos, y aspectos de las estrellas. Mas con todo esso Firmino, como era nacido de nobles padres, echò por caminos honrados del

ſiglo, y crecia en riquezas y honras; y el otro como ſiervo, ſervia à ſu ſeñor, ſujeto al yugo de la ſervidumbre, como nos lo dixo el que tambien le conocia. Aviendo oïdo eſto, y creidolo (porque èl que me le dixo era digno de fé) ceſsò toda aquella reſiſtencia, y contradicion que yo avia hecho en eſta materia, y la primera coſa que hize, fue procurar de deſenlaçar, y librar de aquella curioſidad a Firmino, con dezirle, que para ſacar el verdadero pronoſtico que me pedia, no baſtava ver ſu conſtelacion, y nacimiento, mas que tambien avia de ver en ella, que ſus padres eran hombres principales, ſu familia noble, y èl bien nacido, y criado honradamente, y enſeñado en las Artes liberales. Y que ſi aquel ſiervo, que naciò en el miſmo punto que èl, me preguntara de ſu conſtelacion (que avia ſido la miſma que la ſuya) yo le reſpondiera, que para dezirle verdad, tenia neceſſidad de ver en aquella miſma conſtelacion, que èl era de gente baxa, y de condicion de ſiervo,

y las demas cosas bien diferentes, y contrarias de las suyas. Y como era possible, que mirando la misma constelacion (si queria dezir verdad) dixesse cosas contrarias, y diziendo la misma cosa, dixesse verdad? De aqui saquè esta conclusion, y tuve por cierto, que aquellas cosas que se dizen, y salen verdaderas, mirando à estas constelaciones, no se dizen por arte, sino por suerte, y à caso; y que lo que no se acierta, no es por ignorancia del arte, sino por ser falsa la suerte. Despues de aver oïdo lo que he dicho, y pensadolo con migo mismo, para que alguno destos hombres desatinados, que siguen semejantes intereses (con los quales yo ya desseava verme para convencerlos, y reirme de su vanidad) no me dixesse que Firmino me avia engañado en lo que me avia contado, ò su padre à èl: comencè à considerar el nacimiento de dos hermanos, que nacen juntamente, y llaman mellizos, los mas de los quales de tal manera salen del vientre de la madre, uno tras otro, que aquel es-

pacio de tiempo que tardan en ſalir (por mas fuerça que ellos digan que tiene, para diferenciarlos) es tan breve, y corto, que con ninguna diligencia puede el Aſtrologo notarle, y ſeñalarle con letras; las quales ha de mirar, ſi quiere acertar, y ſiendo aſſi, no ſerà verdad lo que dixere. Porque mirando las miſmas letras, y ſeñales, la miſma ventura avia de dezir à Eſau, y à Jacob, los quales la tuvieron muy contraria. Y deſto ſe ſigue que dirà mentira, ſi dize lo miſmo, ò que ſi dixere verdad, ſerà por que aunque mire la miſma conſtelacion, no dize la miſma coſa, ſino diferente: y por conſiguiente, no dirà verdad por ſaberla por arte, ſino à caſo, y por dicha. Porque vos, Señor, que ſois certiſſimo governador del Univerſo, con vueſtro oculto juizio hazeis que quando alguno pregunta al Aſtrologo ſemejantes coſas (ſin ſaberlo, ni el que pregunta, ni el que reſponde) oïga lo que merece oïr, ſegun el abiſmo profundiſſimo de vueſtro alto conſejo, al qual no ay hombre que pueda

dezir. Que es esto; O paraque es esto? No lo diga, no, porque es hombre.

CAPITULO VII.

El desasosiego, y afliccion que tuvo buscando el origen del mal.

YA vos, Señor, ayudador mio, me aviades librado de aquellas cadenas, y yo todavia andava buscando de donde viene el mal, y no hallava salida. Aunque no permitiades que las ondas turbulentas de mis pensamientos me llevassen tras si, de manera que me apartassen de aquella Fè, y creencia con que yo creia que vos sois, y que sois una incommutable sustancia, y teneis cuidado, y providencia de todos los hijos de Adan, y por mediò de Jesu Christo vuestro Hijo, y Señor nuestro, aveis descubierto el camino de nuestra salud, para alcançar aquella vida eterna que esperamos, como las sagradas letras, autorizadas por vuestra Iglesia Cathòlica, nos lo certifican. Y estando esta verdad tan assentada,

y firme en mi coracon, no por esso dexava de andar congoxado con este cuidado, y desseo de hallar donde procede el mal. Quan grandes fueron los tormentos, y dolores como de parto, que entonces, Dios mio, tuvo mi coraçon? y en aquellos dolores estavan vuestras orejas sin saberlo yo, porque buscando yo esto en silencio, con grande ahinco, aquellas ansias caladas de mi coraçon, eran unas como grandes vozes, que clamavan à vuestra misericordia por mi. Vos solo sabiades lo que yo padecia, y ningun hombre lo podia saber. Porque muy pequeña parte de lo que yo padecia, era lo que descubria por mi lengua à mis mayores amigos, y familiares, los quales no podian oïr el ruido, y desasosiego que estava dentro de mi, ni avia tiempo, ni lengua, que bastasse para declararle como èl era. Mas todo estava patente à vuestros ojos, y sonavan en vuestros oïdos aquellos bramidos, y gemidos de mi coraçon, y delante de vos estava mi desseo, y la lumbre de mis ojos

no estava con migo, porque ella estava dentro, y yo fuera. Ella no estava en lugar, y yo andava vagueando por las cosas que ocupan lugar, y no hallava en ellas lugar donde reposar, ni ellas me admitian, de suerte que yo pudiesse dezir: Bien estoy: esto me basta; y aun no me dexavan bolver à vos, en quien solo podia descansar. Porque yo era superior à todas estas cosas, è inferior à vos, y vos para mi sois gozo verdadero, que me sugetastes à vos, y las cosas inferiores que criastes, sugestates à mi para que yo fuesse sugeto à vos, y para que estando como en medio de vos, y de las criaturas sirviendoos à vos, fuesse señor de mi cuerpo. Mas como yo me levantè con sobervia contra vos, y confiado en el escudo de mi dura cerviz, corrì contra el Señor. Hasta estas cosas baxas se levantaron contra mi, y se pusieron sobre mi cabeça, ahogandome, sin dexarme hallar alivio, ni reposo. Ellas se me ofrecian por todas partes, como puestas en esquadron, quando pen-

ſava las imagines corporales, y ſe me ponian delante al tiempo que queria dar la buelta, y dexarlas, como ſi dixeran: *Adonde caminas indigno, y ſucio?* Y eſtas coſas avian cobrado fuerça de mis llagas, porque vos heris, y humillais al ſobervio, y yo por mi vana preſuncion me apartava de vos, y mi cara eſtava tan hinchada, que me quitava la viſta.

CAPITULO VIII.

Como la divina miſericordia ſocorriò à S. Aguſtin.

PEro vos, Señor, permaneceis para ſiempre, y no os enojais para ſiempre con noſotros, porque teneis compaſſion de la tierra, y de la ceniça, y por eſto os plugo de reformar mis imperfecciones, y miſerias, y con unos eſtimulos interiores me aguijavades, para que no repoſaſſe haſta que por una viſta interior del alma, yo tuvieſſe conocimiento de vos, y con eſto con vueſtra mano oculta, y medicinal, ſe iva curando

aquella hinchazon mia, y sanando la vista de mi alma turbada, y confusa con el colirio de mis saludables dolores.

CAPITULO IX.

De las cosas que en los libros de algunos Filosofos Platonicos hallò conformes à nuestra Fè.

PRimeramente queriendo vos, Señor, mostrarme quan de veras resistis à los sobervios, y dais vuestra gracia à los humildes, y con quanta misericordia aveis descubierto à los hombres el camino de la humildad, despues que vuestro Verbo se hizo carne, y habitò entre los hombres, distes orden para que, por medio de un hombre muy hinchado y sobervio, yo huviesse ciertos libros de algunos Platonicos, traducidos de la lengua Griega en la Latina. En estos libros leì, no por estas mismas palabras, pero esta misma sentencia, la qual confirmava el Autor con muchas razones: *Que en el principio era el*

Verbo, y el Verbo era cerca de Dios, y Dios era Verbo, el qual era en el principio cerca de Dios. Todas las coſas fuèron hechas por èl, y ſin èl ninguna coſa es hecha. Lo que ha ſido hecho, es vida en el, y la vida era luz de los hombres, y la luz luze en las tinieblas, y las tinieblas no la comprehendieron. Y que el alma del hombre, aunque dè teſtimonio de la luz, no es la miſma luz, mas el Verbo de Dios, que es Dios, es la lumbre verdadera, que alumbra à todo hombre que viene à eſte Mundo. Y que èl eſtava en eſte Mundo, y el Mundo fue hecho por èl, y el Mundo no le conociò. Eſto leì alli, mas no leì que vino à los ſuyos, y los ſuyos no le recibieron, y que diò poteſtad para ſer Hijos de Dios à todos los que le recibieren, y creyeren en ſu nombre. Tambien leì alli: *Que el Verbo Dios no naciò de carne, ni de ſangre, ni por voluntad de varon, ni por voluntad de la carne, ſino de Dios.* Mas no leì que el Verbo ſe hizo carne, y habitò entre noſotros. Buſquè, y hallè en aquellos libros, que en muchas, y varias ma-

neras se dezia, que el Hijo tiene la misma forma del Padre, y que no usurpò la igualdad con Dios, porque naturalmente es la misma sustancia. Mas averse humillado, tomando forma de siervo, y vestidose de la vestidura de hombre, y sido obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, y que por esta humildad Dios le aya ensalçado, y sublimado, y dadole un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus, se arrodillen las potestades del Cielo, y de la Tierra, y del Infierno, y toda lengua confiesse que nuestro Señor Jesu Christo està en la gloria de Dios Padre: esto no se halla en aquellos libros, mas hallase: *Que vuestro unigenito Hijo que es coeterno à vos, permanece incommutablemente en todos los tiempos, y sobre todos los tiempos, y que de su plenitud toman las almas el ser bienaventuradas, y con la participacion de la sabiduria que està en ellas, se renuevan, para que sean sabias.* Tampoco se halla alli, que èl quiso morir temporalmente por los

pecadores, y que vos no perdonaſtes à vueſtro unico Hijo, mas le entregaſtes à la muerte por todos noſotros. Porque vos aveis eſcondido eſtos miſterios de la humildad de Chriſto à los ſabios, y reveladolos à los pequeños, para que los que trabajavan, y andavan cargados, viniеſſenà èl, y fueſſen recreados por èl. Porque èl es manſo, y humilde de coraçon, y endereza à los manſos en juizio, y enſeña à los manſos ſus caminos, y vè nueſtra humildad, y nueſtro trabajo, y perdona todos nueſtros pecados. Pero los ſobervios, y vanos con ſu ciencia, que no le oyen dezir; aprended de mi porque ſoy manſo, y humilde de coraçon, y hallareis deſcanſo para vueſtras almas, aunque conozcan à Dios, no le glorifican como à Dios, ni le dan gracias, mas deſvanecenſe en ſus penſamientos, y eſcureceſe ſu coraçon; y diziendo que ſon ſabios, verdaderamente ſon inſipientes. Y por eſto tambien leì alli: *Que la gloria de vueſtra incorruptible Mageſtad avia*

sido trocada en idolos, y en varias figuras, y semejanças de hombres corruptibles de aves, y de animales terrestres, y de serpientes. Esta idolatria, y corrupcion es el manjar de que se sustentan los Egypcios, el qual porque comiò Esau, perdiò su mayorazgo. Porque el pueblo primogenito, que es el de los Judios, bolviendose con el coraçon à Egypto, tomò, y honrò por vos à una bestia, y abatiendo, y amanzillando vuestra imagen (que es su alma) la sujetò, y avassallò delante de la figura de un bezerro, que se apacienta del heno. Todo esto hallè en aquellos libros, mas no comì deste manjar de la idolatria; porque vos, Señor, os dignastes de quitar del hermano menor, que era Jacob, aquella mengua, y menoscabo que avia de tener por ser hijo menor, haziendo que el hermano mayor viniesse à servir al menor: y de la misma manera reprobando al pueblo de los Judios, llamastes à los Gentiles, para que fuessen vuestro pueblo, y vuestra heredad: y yo como

avia

avia venido à vueſtro conocimiento de padres Gentiles, dìme à coger el oro de los Egypcios, que vos mandaſtes à vueſtro pueblo que les tomaſſe, y llevaſſe con ſigo, quando ſalia de Egypto, porque aquel oro, do quiera que eſtava era vueſtro. Eſte teſoro llamò la ſabiduria que vos diſtes à los Gentiles, de la qual quereis que nos aprovechemos, como lo hizo, y nos lo enſeñò vueſtro Apoſtol, quando hablando con los Atenienſes, les dixo: que en vos vivimos, y nos movemos, y ſomos como uno de ſus ſabios: antes avia dicho; Deſte miſmo teſoro eran aquellos libros de los Platonicos que yo leì, y yo, Senor, y bien mio, alumbrado por vos, aprovechandome deſta riqueza de los Egypcios, no quiſe poner los ojos en los idolos de los miſmos Egypcios, à los quales ſervian con vueſtro oro, y con vueſtras riquezas los ciegos idolatras, que trocaron la verdad de Dios en la mentira, y dexando al Criador, honraron, y ſirvieron à la criatura.

CAPITULO X.

Como las cosas divinas se le ivan descubriendo cada dia mas.

DE aqui fuì amonestado que bolviesse en mi, y guiandome vos, entrè en lo mas intimo de mi coraçon, y pudelo hazer, porque vos me ayudastes. Entrè, y con el ojo tal qual de mi alma, vì sobre la misma vista della, y sobre mi entendimiento una luz del Señor soberano, è incomutable, y no esta que es visible à toda carne, ni semejante à ella. Mucho mayor era: como si esta nuestra luz corporal fuesse creciendo, y haziendose mas resplandeciente, y ocupasse todo lugar con su grandeza. Pero aun esto no era aquella luz, sino otra cosa muy distante de todas estas. Y no estava sobre mi entendimiento, como està el azeite sobre el agua, ni como el Cielo sobre la Tierra, mas estava sobre mi, porque ella me hizo, y yo debaxo, porque soy hechura suya. El que conoce la

verdad, eſſe la conoce, y èl que la conoce, conoce la eternidad. La caridad la conoce, ò eterna verdad, y verdadera caridad, y cara eternidad. Vos ſois mi Dios, à vos de dia, y de noche ſuſpiro. Luego que os conocì, me alumbrò vueſtra luz, para que vieſſe que avia que ver, y que yo aun no tenia ojos para ver, y fueron tantos, y tan claros los rayos de vueſtra luz, que herian mis ojos; que la flaqueza de mi viſta no los pudo ſufrir, y de amor, y eſpanto temblè, y por la deſſemejança me hallè como en otra region muy remota, y apartada de vos, y como ſi oyera de allà de lo alto una voz vueſtra, que me dezia: *Yo ſoy manjar de grandes, crece, y comer me has, ni tu me mudaràs en ti, como ſe muda el manjar que comes, ſino tu te mudaràs en mi.* Y conocì que por la maldad reprehendiſtes al hombre, y hiziſtes que mi alma ſe conſumieſſe como la aranã, y dixe: Por ventura es nada la verdad, pues no ſe derrama por eſpacios de lugares finitos, ni infinitos? y vos como

de lejos distes una voz, que dezia: *Antes yo soy el que soy.* Esta voz oì, como se suele oïr en el coraçon, y no avia que dudar della: y mas facilmente dudaria yo, que no tengo vida, que no ser aquella verdad que se vee, y conoce por las criaturas.

CAPITULO XI.

En que manera las criaturas son, y no son.

BOlvì los ojos à las otras cosas debaxo de vos, y hallè, que ni del todo son, ni del todo dexan de ser. Algo son, por el ser que vos les distes, y no son, porque no son lo que vos sois. Aquello verdaderamente es, que siempre permanece sin mudarse. Para mi bueno es estar unido con Dios, porque sino estoy en èl, tampoco podrè estar en mi, y èl Señor permaneciendo en si mismo renueva todas las cosas, y vos, Señor, sois mi Dios, porque no teneis necessidad de mis bienes.

CAPITULO XII.

Que todas las coſas que ſon, ſon buenas.

ENtendì que todas las coſas que ſe corrompen, ſon buenas, y que no ſe podrian corromper, ſi fueſſen ſumamente buenas, ni tampoco ſino fueſſen buenas. Porque ſi fueſſen ſumamente buenas, ſerian incorruptibles, y ſino fueſſen buenas, no avria en ellas que corromper. Porque la corrupcion daña, y no dañaria, ſino diſminuyeſſe algun bien. De ſuerte, que avemos de confeſſar, ò que no daña la corrupcion (lo qual no puede ſer) ò lo que es certiſſimo, que todas las coſas quando ſe corrompen, ſon privadas de algun bien: y ſi fueſſen privadas de todo bien, dexarian de ſer de todo punto; porque ſi tuvieſſen ſer, y no pudieſſen ſer corrompidas, ſerian mejores que antes, porque permanecerian incorruptibles. Pero que coſa mas monſtruoſa puede ſer, que dezir que ſon mejores, aviendo perdido todo el bien.

Luego si fueron privadas de todo bien, dexaron de ser de todo punto. De donde se sigue, que mientras son, son buenas, y que todas las cosas que tienen ser, son buenas: y aquel mal que yo buscava de donde era? no es sustancia, pues si lo fuesse, ya no seria mal, sino bien: porque, ò avia de ser sustancial, y incorruptible, que es un gran bien, ò sustancia corruptible; la qual no se podia corromper, sino fuesse buena. Desta manera vì, y claramente conocì, que todas las cosas buenas vos las hizistes, y que no ay sustancia alguna que no la ayais hecho. Y porque no hizistes todas las cosas iguales, por esso son todas, y cada una dellas es buena, y todas juntas muy buenas, y assi las hizistes vos, Señor,

CAPITULO XIII.

Que todo lo criado alaba à Dios.

EN ninguna manera ay mal que à vos, Señor, os pueda empezar, y no solamente à vos, pero ni à

la universidad de vuestras criaturas: porque fuera de vos, no ay cosa que pueda violentar, y corromper el orden que vos les pusistes. Mas en algunas de sus partes ay algunos que se tienen por males, porque no son convenientes para unas cosas, aunque lo sean para otras. Y estas tales cosas son buenas, y buenas en si mismas, y todas estas cosas que desdizen, y no se atan bien entre si, dizen con la parte mas baxa deste Mundo inferior, que llamamos tierra, la qual tiene el ayre anublado, y ventoso, como le conviene. No quiera Dios que yo diga, que estas cosas no son, porque sino huviesse mas destas cosas visibles; dessearia yo otras mejores: pero la vista dellas solas me devria obligar à alabaros por ellas. Y si hasta los dragones de la tierra, y todos los abismos dan vozes, y muestran que sois digno de alabança, y lo mismo haze el fuego, el granizo, la nieve, y el yelo, los vientos, y las tempestades que obedecen à vuestro mandamiento. Los montes, y los collados, los ar-

boles frutuosos, y todos los cedros, las bestias, y todos los animales terrestres, las serpientes que se arrastran por la tierra, y todos los pueblos, Principes, y Juezes della: los mancebos, las donzellas, los viejos, con los de menor edad, alaben vuestro nombre. Y pues tambien los del Cielo os alaban, todos vuestros Angeles, Señor, y Dios nuestro, os alaben en aquellas altas moradas: todas las virtudes, èl Sol, y la Luna, y todas las estrellas, y la luz, los Cielos, y las aguas que estàn sobre los Cielos, loen vuestro santo nombre. Ya yo no desseava mejores cosas, porque todas las considerava; y aunque es verdad, que juzgava que las cosas altas, y superiores, son mejores que las inferiores y baxas, todavia mirandolo con mas acertado juizio, me venia à parecer, que para la composicion deste Universo es mejor que aya las unas, y las otras, que no solas las superiores, puesto caso que por si solas sean mejores que las otras.

CAPITULO XIV.

Que ninguna coſa de las que Dios criò deſagrada al hombre cuerdo.

NO tienen ſano juizio los que ſe deſagradan de algunas coſas de las que vos criaſtes, como yo no lo tenia, quando no me contentava de muchas coſas que hiziſtes. Y porque mi anima no ſe atrevia à deſagradarſe de vos, dezia que no era vueſtro todo lo que me deſagradava. De aqui vino el caër yo en aquella errada opinion de las dos ſuſtancias, y dezir diſparates, y no hallar repoſo en ellas. De aqui vino tambien el fingir con mi imaginacion un Dios derramado por una infinidad de eſpacios, y lugares, y el penſar que tal erades vos, colocandole en mi coraçon, el qual con eſta falſa imaginacion ſe avia hecho un abominable templo de ſu idolo que tenia por Dios. Pero deſpues que mi cabeça un poco ſe ſoſſegò, y con vueſtra miſericordia vos cerraſtes mis ojos, para

que no viessen la vanidad, respirè un poco, y se adormeciò aquella mi locura, y despertando en vos, vì que erades infinito por otra mas alta manera, la qual la carne no me podia descubrir.

CAPITULO XV.

Como se halla la verdad, y la falsedad en las criaturas.

DEspues bolvì los ojos por las otras cosas, y conocì que os deven el ser que tienen, y que todas ellas, aunque en si son finitas, en vos son infinitas: mas estàn en vos de otra manera, y no como en lugar, sino porque vos con vuestra verdad las teneis de vuestra mano. Y todas las cosas en quanto son, son verdaderas, y ninguna cosa es falsa, sino quando se piensa que es lo que no es: y entendì que no solamente cada cosa dize bien con su lugar, sino tambien con su tiempo, y que vos que solo sois eterno, no començastes à obrar despues de innumerables espacios de tiempos: por-

que todos ellos aſſi los que paſſaron, como los que paſſaràn, no pudieron, ni venir, ni paſſar, ſino obrando, y permaneciendo vos.

CAPITULO XVI.

Que todas las coſas ſon buenas, aunque no todas convienen à todos.

TAmbien ſentì, y experimentè que no es maravilla que el pan que al paladar ſano es ſabroſo al enfermo ſea deſabrido, y la luz penoſa à los ojos lagañoſos, que à los claros es agradable. Y de aqui es, que pues vueſtra juſticia deſagrada à los malos, no ay porque maravillarnos que digan mal de la bivora, y de los guſanos, y otros animales, que vos hiziſtes buenos, y convenientes, ſegun la naturaleza que diſtes à algunas de vueſtras mas baxas criaturas. Mas los malos tanto mas ſe allegan à eſtas coſas baxas, quanto ſon mas deſſemejantes à vos, y tanto ſon mas capazes de las ſoberanas, y altas, quanto ſe van haziendo mas ſemejantes à vos. Buſ-

què assi mismo, que cosa era la maldad, y hallè, que no era sustancia, sino una perversidad de voluntad torcida, y apartada de la suma sustancia, que sois vos, mi Dios, la qual voluntad derrama lo interior, y pierde su mejor, y mas secreto bien, y por de fuera se levanta, y estima con presuncion.

CAPITULO XVII.

De las cosas que nos impiden el conocimiento de Dios.

YO mismo me maravillava que ya os amava, y no alguna fantasma en vuestro lugar, como solia. Pero no podia gozar de vos continuamente, Dios mio, porque por una parte era arrebatado para ir à vos de vuestra hermosura, y por otra con el peso de mi miseria, luego era apartado de vos, y bolvia à estas cosas gimiendo: y este peso que assi me tirava, era una costumbre de carne: vuestra memoria estava con migo, y no dudava yo en ninguna ma-

nera que avia una cosa soberana, y divina, à la qual me devia allegar, y con la qual me devia abraçar; pero entendia que no era yo tal qual devia ser, para juntarme con ella: porque el cuerpo corruptible apesga el alma, y la morada terrena abate, y agrava el sentido que piensa muchas cosas. Muy cierto estava yo que lo que en vos es invisible desde el principio del Mundo, y vuestra sempiterna virtud, y divinidad, se conocen por estas cosas que vemos. Porque buscando yo una regla firme, y cierta, para medir con ella su hermosura de los cuerpos, aora sean del Cielo, aora de la tierra, y para juzgar bien, y enteramente de las cosas mudables, y poder seguramente dezir, la tal cosa deve ser desta manera, y la tal desta otra, hallè sobre mi mente mudable la incomutable, y verdadera eternidad de la verdad. Y assi de grado en grado comencè à subir como por una escalera, de los cuerpos al alma que siente por el cuerpo, y desta parte sensitiva à la otra mas

interior, à la qual el sentido del cuerpo manifiesta las cosas exteriores, y las que los brutos perciben: finalmente lleguè à la parte superior desta alma, que es la que juzga de lo que por las puertas de los sentidos ha entrado, y esta parte de mi alma mas excelente, è intelectual, mirandose à si, y hallando que era mudable, se despertò, y como avivò su virtud intelectual: y dexando su acostumbrado modo de entender, se desnudò de aquellas fantasmas, è imagenes que la podian desasosegar, è impedir, para hallar que luz fuesse aquella que la alumbrava, quando claramente, y sin alguna duda juzgava, y dezia, que el bien incomutable se deve preferir à qualquiera otro bien que se muda: y para hallar de donde, ò como conocia aquel mismo bien incomutable: el qual si en ninguna manera conociesse, no sabria tan cierta, è infaliblemente, que se deva anteponer à lo que es mudable. Y para alcançar à ver aquello que à penas se divisa, y casi se escon-

de de la flaqueza de nuestros ojos. Quando llegué à este punto, entendí por estas cosas visibles, las que en vos, Dios mio, son invisibles. Pero no pude fixar los ojos en ellas, antes rebatidos por su flaqueza, me bolví à mi antigua costumbre, quedando solamente con una amorosa memoria; la qual recreandose con el olor que tenia de aquel manjar, le desseava comer, mas aun no podia.

CAPITULO XVIII.

Que solo Christo es el camino para alcançar la salud.

ANdava yo buscando camino para hallar fuerças con que gozasse de vos, y no le hallé, hasta que me abrasé con Jesu Christo hombre, y medianero de Dios, y de los hombres, y Dios verdadero, que sobre todas las cosas es bendito para siempre: el qual nos llama, y nos dize: yo soy camino, verdad, y vida. Y porque yo no tenia fuerças para comer de tan alto manjar, él se vistió de mi

naturaleza, y el Verbo eterno se hizo carne, para que vuestra sabiduria, por la qual criastes todas la cosas, se hiziesse como leche suavissima, con que nosotros como niños, nos pudiessemos mantener. Mas como yo no era humilde, no entendia à nuestro Señor Jesu Christo humilde, ni sabia que era lo que con su flaqueza nos queria enseñar; porque vuestro Verbo, y eterna verdad, que està tan ensalçada sobre las mas altas criaturas, levanta à si à los que se humillan, y sugetan: y acà en la tierra edificò para si una casa humilde de nuestro barro, que es su sagrada humanidad, para que con los exemplos de su tan profunda baxeza, abatiesse à los que se le han de rendir, y los vaziasse de la estimacion de si mismos, y transformandolos en si, sanasse la vana hinchazon de sus coraçones, y criasse su amor en ellos, para que confiados de si, no se levantassen à mayores, antes viendo la Omnipotencia de Dios flaca, por averse vestido de los pellejos de nuestra carne, conociessen su

propia flaqueza, y se postrassen delante de Dios humanado, y el resucitado glorioso, los levantasse, y hiziesse bienaventurados.

CAPITULO XIX.

Lo que sintiò de la Encarnacion de Christo.

OTra cosa pensava yo: y assi sentia de mi Señor Jesu Christo, como de un varon sapientissimo, y tan aventajado, que ninguno se le podia igualar, especialmente por aver nacido maravillosamente de una Virgen, para darnos exemplo de menospreciar las cosas temporales, si queremos alcançar las immortales, y eternas. Y por este cuidado divino, que de nosotros avia tenido, me parecia que avia merecido aquella grande autoridad de Preceptor, y Maestro. Pero no podia imaginar el Sacramento, y Misterio inefable que encerravan en si aquellas palabras: *El Verbo se hizo carne.* Solamente por leer en las sagradas letras, que avia comido,

bevido, dormido, caminado, alegradoſe, entriſtecidoſe, y predicado, ſacava yo, que lo que de nueſtra naturaleza fue unido con vueſtro Verbo, no avia ſido ſola carne, ſino juntamente con la carne el alma, y mente humana. Eſto bien lo entiende qualquiera que entiende la incomutabilidad de vueſtro Verbo; la qual ya yo ſabia quanto podia, y dello en ninguna manera dudava. Porque mover unas vezes por ſu voluntad los miembros del cuerpo, y otras no moverlos; y unas vezes eſtar de una manera, y otras de otra, unas vezes callar, y otras dezir maravilloſas ſentencias, ſon coſas propias de un alma ſugeta à mudanças: y ſi eſtas coſas fueſſen eſcritas falſamente de Chriſto, todas las otras ſerian ſoſpechoſas; y no nos podriamos aſſegurar que no huvieſſe en ellas mentira, ni en las letras Sagradas tendria el genero humano alguna certidumbre, ni firmeza, ni eſperança de ſalud. Pero porque las coſas que eſtàn eſcritas ſon verdaderas, y deſto no ſe puede dudar, venia yo

à conocer, y à confeſſar, que en Chriſto eſtà, no ſolamente el cuerpo del hombre, ò la parte ſenſitiva con el cuerpo, ſin la mente, y parte intelectiva; ſino todo el hombre: y que eſte miſmo hombre, no por ſer verdadero hombre, ſino por una cierta excelencia extraordinaria que tenia de la humana naturaleza, y por una mas perfecta participacion de la ſabiduria, era aventajado ſobre todos los otros hombres. Mas porque Alipio penſava, que de tal manera creïan los Cathólicos, que el Verbo eterno ſe avia veſtido de nueſtra carne, como ſi ſolamente huvieſſe tomado la carne, y no el alma, y la mente, y entendimiento de hombre, de ſuerte que en Chriſto no ſe hallaſſe mas que Dios, y la carne del hombre, era mas perezoſo en recebir la Fè Chriſtiana, juzgando, y teniendo por cierto, que las coſas que ſe eſcriven aver obrado Chriſto nueſtro Señor, y yo he referido arriba, no ſe podian obrar ſin alma racional, y vital. Pero, deſpues que entendiò que eſte error era de

los hereges que siguen à Apolinar; alegròse, y còformòse con la Fè Cathólica que aborrece el tal error. Mas yo confiesso que algo mas tarde aprendì la diferencia que ay entre la verdad Cathólica, y la falsedad de Fotino herege, en el Misterio de la Encarnacion de Christo, y en el modo que el Verbo se hizo carne. Porque la contradicion de los hereges, y la guerra que con ellos tenemos, haze que se eche mas de ver lo que siente la Iglesia Cathólica, y lo que enseña la verdadera, y sana doctrina. Y como dize el Apostol san Pablo: Es necessario que aya heregias, para que los fuertes entre los flacos, y los buenos entre los malos, mejor se conozcan.

CAPITULO XX.

De la variedad de los libros Platonicos.

PEro despues que leì aquellos libros de los Platonicos, y despertado por ellos, comencè à buscar la verdad incorporea: entendì por estas cosas baxas, que vos hizistes las

coſas altas, è inviſibles que antes no conocia. Y juntamente entendì que por las tinieblas de mi alma no podia yo contemplaros, de manera que vinieſſe à tener certidumbre, que vos ſois un bien infinito, aunque no derramado por lugares finitos, ò infinitos, y que vos ſolo verdaderamente ſois, porque ſiempre ſois el miſmo, ſin ninguna alteracion, movimiento, ni mudança: y que todas las demas coſas manàn de vos como de ſu fuente; y que para prueva deſto, es baſtante, y firmiſſimo argumento ſaber que ellas ſon. Deſtas verdades yo era muy cierto; pero todavia muy flaco para gozar de vos. Parlava yo mucho, como ſi fuera ſabio, y ſino buſcara el camino de la verdad en Chriſto nueſtro Salvador, no fuera ſabio, ſino perdido: porque ya començava à querer parecer ſabio, lleno de mi pena, y no llorava, antes andava hinchado, y me deſvanecia con mi ciencia. Adonde eſtava aquella caridad, que edifica, y comiença el fundamento de la humildad, que es Jeſu

Christo Señor nuestro ? O quando aquellos libros me la pudieron enseñar ? Los quales libros, creo yo, Señor, que con gran providencia quisistes que viniessen à mis manos, para que despues de averlos leïdo, me acordasse de los afectos que avian causado en mi: y para que despues de averme amansado con vuestra doctrina, y curado con vuestra bendita mano mis llagas, supiesse hazer diferencia, y distinguir entre la presuncion, y la confession, entre los que vèn para donde se deve caminar, y los que no vèn, ni por donde caminan, ni el camino que llevan, ò solamente à ver la patria beatifica, y bienaventurada, pero aun à morar en ella. Porque si yo fuera primero enseñado con vuestras santas letras, y en el estudio dellas, os hallara dulce, y sabroso; y despues leyera aquellos libros: por ventura, ò me apartaran de aquel solido, y piadoso fundamento, ò ya que perseverara en mi afecto, y saludable proposito, viniera à creer, que alguno leyendo solos

aquellos libros, tambien pudiera ſacar dellos el miſmo afecto que yo avia ſacado de los vueſtros.

CAPITULO XXI.

Lo que hallò mas en los libros ſagrados que en los de Platon.

COmencè con gran ſed, y anſia à bever de las fuentes de vueſtro eſpiritu, y à darme el eſtilo digno de toda reverencia de vueſtras letras, y à leer particularmente al Apoſtol San Pablo, y en eſto ſe deshizieron aquellas tinieblas, y dudas, con las quales antes me parecia que avia contradicion en vueſtros libros, y que el nuevo Teſtamento no era conforme à la ley, y à los Profetas. Deſcubriaſeme con eſto el eſtilo de vueſtras palabras ſantas, y caſtas, y conocì, que todas tenian una miſma faz, y una miſma figura. Y aprendì, y comencè à alegrarme en vos con temor, y hallè que todo lo verdadero que yo avia leïdo en los otros libros, en los vueſtros eſtava encerrado mas copioſa-

mente, y con el reconocimiento de vuestra divina gracia, à la qual todo se devia agradecer; para que el que vee, no se glorie como si no huviesse recebido, no solamente lo que vee, sino tambien el poder ver. Porque, Señor, que tiene el hombre que no lo aya recebido de vos? Juntamente es amonestado el hombre en vuestras letras, no solo que mire à vos, que siempre sois el mismo, sino tambien que procure sanar con esta vista, para que os pueda tener, y estar unido con vos. Y el que estuviere tan lexos, que por la distancia no pueda ver este camino, todavia ande, y camine quanto pudiere, para que le halle, y os vea, y se abraçe con vos. Porque aunque se deleite el hombre con la ley de Dios, segun el hombre interior, que hara de la otra ley de sus miembros, que repugna, y contradize à la ley de su mente, y le lleva cautivo à la ley del pecado que està en sus miembros? Vos, Señor, sois justo, y nosotros pecadores, somos impios, y malos, y vos con vues-

tra

tra mano peſada, y fuerte, juſtamente nos caſtigais. Por nueſtra culpa fuimos entregados à aquel antiguo pecador, y preſidente de la muerte, porque perſuadiò à nueſtra voluntad la ſemejança de la ſuya, con la qual no perſeverò en la vueſtra. Que harà el hombre miſerable? quien le librarà del cuerpo deſta muerte, ſino vueſtra gracia, por los merecimientos de Jeſu Chriſto nueſtro Señor? al qual vos engendraſtes ab eterno de vueſtra ſuſtancia en quanto Dios, y en quanto hombre, le criaſtes, y le hiziſtes Rey, y Principe de todas vueſtras criaturas. En eſte Señor nueſtro, y Hijo vueſtro, no hallò el Principe deſte Mundo culpa, ni pecado, ni coſa digna de muerte, y con todo eſſo matò al inocente, por eſſo perdiò ſu derecho, y ſe raſgò la obligacion que tenia contra noſotros. Eſte myſterio divino, no ſe halla en aquellos libros Platonicos, ni raſtro deſta vueſtra piedad. No ſe hallan lagrimas de confeſſion, vueſtro ſacrificio, el eſpiritu atribulado, el co-

raçon contrito, y humillado, la salud del pueblo, esposa, ciudad, arrha del Espiritu Santo, y caliz de nuestra redempcion. En aquellos libros ninguno canta: Como no serà mi alma sugeta à mi Dios, pues dèl tengo la salud? El es sin duda mi Dios, y mi salud, es èl mi amparo, y por esto no me dexarè mover mas, por cosa que me venga. En aquellos libros no ay quien oyga aquella dulce voz del Señor, con que nos llama, diziendo: Venid à mi los que trabajais. Porque por ser manso, y humilde de coraçon, se desdeñan à aprender del. Vos aveis escondido estos profundos mysterios à los sabios, y prudentes del siglo, y los aveis revelado à los pequeñuelos. Porque una cosa es ver de la altura de un monte, como de muy lexos, la patria de la paz, y no hallar el camino para ella, y andar descarriado, sin poder atinar à èl, estando cercados por todas partes de los demonios (que con su Capitan, que es leon, y dragon, perpetuamente estan en zelada contra nosotros) y otra

cosa es entrar, y andar por el camino que nos lleva à esta patria, y vision de paz, y estar guardados por el cuidado del Celestial Emperador, para que no pueden infestarle, ni robar à los caminantes, aquellos fugitivos soldados que cayeron del Cielo, huyendo deste camino, como de su muerte, y perdicion. Estas cosas por ciertos modos maravillosos se entravan en mis entrañas, y las ablandavan quando yo leia à vuestro Apostol San Pablo, que por su humildad se llamava, el minimo de los Apostoles, y considerando vuestras obras, quedava assombrado, y como fuera de mi.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO VIII.

CAPITULO I.

Encendido del amor de las cosas divinas, determina de ir à ver à Simpliciano.

ACuerdome yo, Dios mio de las misericordias que aveis usado con migo, y hagoos gracias por ellas, y confiesso vuestro Santo nombre. Todos mis huessos se recreen con vuestro deleyte, y digan; Señor, quien es semejante à vos? Rompistes mis cadenas, yo os sacrificarè sacrificio de alabança. Yo contarè la manera que tuvistes en romperlas,

para que todos vuestros siervos quando lo oyeren os alaben, y digan: Bendito sea el Señor en el Cielo, y en la tierra, grande, y maravilloso en su nombre. Vuestras palabras, Señor, se avian pegado à mis entrañas, y yo estava cercado por todas partes de vos. Tenia certidumbre que vuestra vida era eterna, aunque la veïa por figuras, y como por espejo. Ya se me avia quitado toda la duda que antes tenia de la sustancia incorruptible, de la qual mana toda sustancia, y desseava estar no mas cierto de vos, sino mas firme, y estable en vos. Pero de mi vida temporal estava muy dudoso, y perplexo, y era necessario limpiar primero el coraçon de la levadura vieja. Agradavame el mismo Salvador, que es el camino; pero todavia me hallava perezoso de entrar por las angostas sendas deste camino. Pusistes en mi coraçon, y pareciame que seria bien ir à Simpliciano, porque me parecia que era fiel siervo vuestro, y que vuestra gracia resplandecia en èl, y yo avia oïdo dezir que

desde moço os avia servido con gran devocion: ya era viejo, y con la larga edad gastada en el estudio de vuestra virtud, tenia esperiencia de muchas cosas, y sabia mucho à lo que yo juzgava, y era assi en hecho de verdad. Y por esto queria yo descubrir las congoxas de mi coraçon, y conferir con èl mis penas: para que viendo èl la disposicion de mi alma, me aconsejasse lo que yo avia de hazer para serviros. Porque yo veia la Iglesia llena de vuestros siervos, y que uno iva por un camino, y otro por otro, y à mi desagradavame lo que hazia en el siglo, y era para mi una carga muy pesada. No porque mis apetitos me abrasassen ya como solian, y me arrebatassen con la esperança de la honra, y de la hazienda, para que sufriesse aquella servidumbre tan grave; porque ya aquellas cosas no me deleitavan en comparacion de vuestra dulzura, y de la hermosura de vuestra casa que yo amava: pero todavia estava fuertemente atado con el amor de la muger, acor-

dandome que el Apostol no me prohibia casar, aunque exorta à lo mas perfecto, y dessea que todos los hombres sean como era èl. Mas yo como flaco escogia lo mas blando, y suave, y hallandome por este dessèo, enfermo, tambien lo era en los demas: y me iva consumiendo con los congoxosos cuidados de las otras cosas, que aunque eran desabridas para mi, las avia de passar, porque eran convenientes para la vida conjugal; à la qual yo estava tan inclinado, y rendido. Avia oïdo de la boca de la Verdad, que ay algunos Eunucos que por el Reyno del Cielo, se privaron del deleyte sensual; pero el mismo Señor dize que este don no es de todos, y que èl que le puede tomar, le tome. Vanos son por cierto todos los hombres que no tienen la ciencia de Dios, ni por el rastro de las criaturas que parecen buenas, supieron hallar al que de veras es. Mas yo ya avia salido de aquella vanidad, y passado mas adelante, y con el testimonio universal de todas las criaturas, avia

hallado à vos nueſtro Criador, y al Verbo Eterno, que con vos, y el Eſpiritu Santo es un Dios, por el qual criaſtes todas las coſas. Otro genero de hombres impios ay, que conociendo à Dios no le glorifican, ni le hazen gracias, como à Dios. En eſte linage de hombres, tambien avia caïdo yo; pero vueſtra dieſtra, Señor, me levantò, y me puſo en lugar donde pudieſſe convalecer, pues dixiſtes al hombre: Mira que la piedad es ſabiduria, y no quieras parecer ſabio, porque los que dizen que ſon ſabios, ſe buelven inſipientes, y avia ya hallado la precioſa margarita que avia de comprar, vendiendo todo lo que tenia; pero eſtava dudoſo, y temeroſo de hazerlo.

CAPITULO II.

De la converſion de Victorino Retórico.

FUì pues à verme con Simpliciano, que era padre eſpiritual de Ambroſio Obiſpo, en la gracia que

vos le comunicaſtes, y à quien èl amava verdaderamente como à padre. Contèle los rodeos en que andava perdido, y los enredos de mi coraçon, diziendole: como avia leïdo algunos libros de los Filoſofos Platonicos que Victorino, que en los años paſſados avia enſeñado la Retórica en Roma, (y yo avia oido dezir, que era ya difunto Chriſtiano) avia traducido en Latin. Holgòſe mucho Simpliciano, y diòme el parabien, porque no avia caydo en los libros de otros Filoſofos, que eſtan llenos de engaños, y falſedades, conformes à los flacos, y eſcurecidos principios de la naturaleza, ſino en los de los Platonicos, en los quales ſe hallan muchos raſtros de Dios, y del Verbo Eterno, y por todas las maneras ſe dan à entender: deſpues para exortarme à la humildad de Chriſto, que ſe eſconde à los ſobervios, y ſe deſcubre à los humildes, me començò Simpliciano à contar un cuento de Victorino, à quien èl avia conocido muy familiarmente en

Roma. El qual no quiero yo aqui callar, porque el referirle darà ocasion de alabar, y ensalçar vuestra gracia, que se deve confessar para vuestra gloria. Contòme, pues, como aquel viejo doctissimo, y en todas las Ciencias sapientissimo, y que avia leïdo tantos libros de Filosofos, y juzgadolos, y declaradolos, y era Maestro de tantos, y tan nobles Senadores, y por la excelencia de sus grandes letras, y de averlas enseñado con tanta loa, avia merecido, y alcançado, que en la plaça de Roma se le pusiesse publicamente estatua: que es cosa tan estimada de los hombres deste siglo. Este tan insigne varon (digo) hasta aquella edad avia reverenciado, y adorado à los Idolos, y participado de sus sacrilegios, y ceremonias profanas, con las quales casi toda la nobleza Romana estava inficionada, y tenia por Dioses à una multitud de monstruos, y como à tales les hazia sacrificios, y suplicava. Y Victorino tantos años con su eloquencia, y voz sonora, los avia defendido: pero des-

pues alumbrado, y esforçado con vuestra gracia, Señor, no tuvo verguença de humillarse, y hazerse siervo de Christo, y lavarse como niño en el Bautismo, sujetando su cuello humilmente à vuestro santo yugo, y señalando su frente con el oprobrio de la Cruz. O Señor, Señor que inclinastes los Cielos, y descendistes: tocastes los montes, y humearon; con que blandura, y suavidad os engeristes, y entrastes en aquel pecho? Leïa Victorino (como dizè Simpliciano) la Santa Escritura, y con gran cuidado, y estudio escudriñava las letras Christianas: y no en publico, sino en secreto, y familiarmente, como amigo dezia à Simpliciano: Hagote saber, que yo ya soy Christiano. Respondiale Simpliciano. No lo creerè, ni te tendrè por Christiano, hasta que te vea en la Iglesia de Christo. Y Victorino se burlava dèl, y dezia: Pues como, las paredes son las que hazen à los hombres Christianos? Y muchas vezes repetia, que ya era Christiano, y

Simpliciano le respondia lo mismo: y èl con el mismo donayre se burlava, diziendo, que las paredes no hazen Christianos. Porque èl temia de ofender à sus amigos, que eran sobervios adoradores de los demonios, y se avian de levantar algunas graves enemistades contra èl, de personas grandes, y poderosas, que eran como los Cedros del Libano, que aun no avian sido derribados del Señor. Mas despues que con la frequente leccion, y estudio, se hizo mas fuerte, y robusto, temiò que Christo le negaria delante de los Santos Angeles, si el temia de confessar à Christo delante de los hombres: y pareciòle, que cometia grave culpa, si se avergonçava de los Sacramentos de la humildad de vuestro Verbo Eterno, no aviendo tenido antes verguença de los sacrificios sacrilegos de los sobervios demonios que èl mismo avia imitado, y recebido, y con esto echò de si la vana verguença, y vistiòse de la verdadera: y subito, y sin pensar dixo à

Simpliciano (como èl lo contava) Vamos à la Igleſia , que quiero ſer Chriſtiano : y Simpliciano no cabiendo en ſi de plazer , ſe fue con èl , y deſpues que fue inſtruido en los principios de nueſtra ſanta Fè , recibiò el ſanto Bautiſmo , maravillandoſe Roma , y gozandoſe la Igleſia. Los ſobervios veïan eſta mudança , Señor , y enojavanſe , deshazianſe entre ſi , mas vueſtro ſiervo tenia pueſta ſu eſperança en vos , y no hazia caſo de las vanidades , y locos juizios de los hombres. Finalmente quando vino la hora en que avia de hazer la profeſſion de ſu Fè (que en Roma la ſuelen hazer los que vienen à vueſtra gracia , deſde un lugar alto , y en preſencia del pueblo fiel , y con palabras contadas , y ſabidas de memoria) dezia Simpliciano , que los Sacerdotes ofrecieron à Victorino , que ſi queria , hizieſſe aquella profeſſion de la Fè ſecretamente , como ſe ſuele ofrecer à otros para quitarles la verguença. Pero él quiſo mas confeſſar delante de todos pu-

blicamente su Fè, en la qual estava su salud, pues publicamente avia enseñado la Retórica, que no se la podia dar. Y de que avia de tener verguença de confessar delante de vuestras mansas ovejas à vuestro Verbo Eterno, el que no temiò en sus palabras la muchedumbre de tantos locos? De manera que, en subiendo al lugar de donde avia de protestar su Fè; todos los que le conocian, le començaron à mirar, y aun apellidaron su nombre, como quien le dava la enorabuena, con grandes muestras de alegria. Pero quien avia alli que no le conociesse? Y sonò entre todos una voz sorda, y como susurrando, que dezia, Victorino, Victorino: levantòse aquel murmullo de presto con el gozo de verle, y sossegòse luego con el desseo de oirle. Declarò èl su Fè verdadera con gran confiança, y querianle todos meter dentro de sus coraçones, y de hecho lo hazian con el amor, y con el gozo, que estas eran las manos con que le arrebatavan, y metian en sus entrañas.

CAPITULO III.

Que Dios, y los Angeles se gozan de la conversion del pecador.

QUe quiere dezir, Señor, que el hombre se goza mas quando un alma desahuziada cobra salud, y de un gran peligro se vè libre, que si siempre tuvieramos esperança della, ò no huviera corrido tan gran peligro? Y aun vos Señor, que sois Padre misericordioso, mas os gozais, quando un pecador haze penitencia, que de los noventa y nueve justos que no tienen necessidad della. Y nosotros tambien recebimos gusto, quando oïmos dezir, quan regozijado va el Pastor que lleva sobre sus ombros la oveja descarriada: y como dan el parabien las vezinas à la muger que hallò la dragma perdida; para que se recoja en vuestros tesoros: y hazenos llorar de gozo la fiesta que se haze en vuestra casa, quando buelve à ella aquel vuestro hijo menor, prodigo, y perdido, y siendo

muerto resucita, y aviendo perecido se halla, y buelve à vos. Porque vos gozais, en nosotros, y en los Angeles, que son santos por vuestra santa caridad, y sois siempre el mismo, y de la misma manera conoceis siempre todas las cosas que no son siempre, ni de la misma manera. Pues que es lo que passa en el alma, quando recibe mayor contento con las cosas que ama, quando las halla, ò cobra, que si siempre las huviera posseydo? Porque esto es cierto, y todas las cosas nos lo testifican, y tenemos mil exemplos dello. Triunfa el Capitan General, quando ha vencido, y no venciera, sino peleara: y quanto fue mayor el peligro en la pelea, tanto es mayor el gozo en el triunfo. Fatiga la tempestad à los navegantes, y crece de manera que desesperan de la vida, y desmayan, como si tuviessen presente la muerte. Serenase el Cielo, sossieganse los vientos, abonançase la mar, y alegranse sobre manera, porque sobre manera temieron su peligro. Està en-

fermo el amado, y amigo, y el pulso dà malos pronosticos, y todos los que le quieren bien, con el animo estàn enfermos con èl. Comiença à mejorar, y aunque no aya cobrado sus fuerças, y convalecido, ay mayor alegria, y regozijo, que quando estava sano, y recio. Hasta los deleites, y contentamientos de la vida humana procuran sacar los hombres, no solamente de las pesadumbres, y molestias que les suceden contra su voluntad, sino tambien de otras que buscan, y toman por ella. No se toma deleite, y gusto en el comer, y en el bever, sino precede la molestia de la hambre, y de la sed, y por esto los que son amigos de bever, suelen comer cosas saladas, que causan ardor, y sed, para que apagandose con la bevida, recivan mayor deleite. Y aun es costumbre, que las desposadas no se entreguen luego à sus maridos, para que no los desestimen, sino que se las hagan dessear, y suspiren por ellas, para que las tengan en mas. Esto se halla en la torpe, y abominable

alegria, y en la honesta, y licita, y aun en la sinceriſſima, y perfecta amiſtad, y en aquel que siendo muerto resucitò, y aviendo perecido, fue hallado. En todas las cosas al mayor gozo precede mayor molestia. Pues que es esto, Señor, y Dios mio, que es la causa desto, siendo vos à vos miſmo un eterno gozo, y gozandose algunas criaturas siempre en vos, y de vos? Porque alguna parte destas cosas inferiores, tiene esta variedad, y à vezes crece, y mengua en sus gustos, y disgustos: en sus amiſtades, y enojos? Es por ventura esta su manera de ser? Y lo que vos solo le concediſteis, quando de lo mas alto de los Cielos, hasta lo mas baxo de la tierra, desde el principio, hasta el fin de los siglos: desde el Angel, hasta el gusanillo: desde el primer movimiento, hasta el postrero, todos los linages de bienes, y todas vuestras obras justas puſiſtes en sus lugares, y las ordenaſtes en sus tiempos? Ay de mi, quan encumbrado estais en las alturas, y quan profundo sois en los

abiſmos, y nunca os apartais de nos, y con todo eſſo, à penas bolvemos à vos.

CAPITULO IV.

Porque nos avemos de holgar mas en la converſion de un grande pecador.

EA Señor hazedlo vos, deſpertadnos, reducidnos, encendednos, y arrebatadnos, para que abraſados con vueſtra dulzura, os amemos, y corramos empós de vos. Quantos buelven à vos de un abiſmo de ceguedad mas profundo, que bolviò Victorino, y ſe allegan à vos, y ſon alumbrados con vueſtra lumbre? Y los que la reciben, juntamente reciben la poteſtad de ſer hijos vueſtros. Mas menor alegria ſe recibe de ſu converſion, ſi ſon poco conocidos: porque quando el gozo es de muchos, el de cada uno es mayor, y crece el fuego, y enciende mas à todos con el fervor de cada uno. Demas deſto los que ſon muy conocidos, con ſu autoridad ſon motivo para la vir-

tud, y van con su exemplo adelante de muchos que los siguen, y assi los mismos que precedieron, se gozan del bien dellos, y de los otros que los siguen. Bien es verdad, que en vuestra casa, Señor, no ay accepcion de personas, ni los ricos son mas preciados que los pobres, ni los nobles mas que los que no lo son: pues antes escogistes la flaqueza del Mundo para confundir los fuertes, y las cosas viles, y despreciadas, y que no tienen ser, para deshazer las que se tienen en mucho. Y puesto caso que esto sea verdad, como inspirado de vos, nos lo predica vuestro Apostol, y el se llamà el menor de los Apostoles: todavia quando por su predicacion truxistes à vuestro conocimiento à Paulo Proconsul, y le sugetastes debaxo del suave yugo de vuestro Evangelio sagrado, y con esto le hizistes verdadero Adelantado vuestro, que sois el gran Rey: el mismo Apostol por esta tan insigne victoria, trocò el nombre, y de Saulo se llamò Paulo. Porque mas se vence el enemigo en aquel

que mas poſſee, y por quien poſſee à mas: y mas poſſee à los ſobervios, por razon de ſu nobleza, y por ellos ſeñorea à muchos mas; porque con el exemplo de los grandes ſe autoriſa ſu maldad. Por eſta cauſa quanto Victorino eſtava en mayor reputacion, y ſu pecho parecia una torre inexpugnable, en la qual el demonio, ſe avia encaſtillado, y ſu lengua una ſaeta aguda, y penetrante, con que avia herido à muchos; tanto devia ſer mayor el gozo de vueſtros hijos, viendo que vos como Rey nueſtro, y poderoſo, atavades al fuerte, y limpiavades los vaſos immundos, para que, Señor, os ſirvieſſen, y fueſſen provechoſos en vueſtra caſa.

CAPITULO V.

De las coſas que le detenian, para que no ſe convirtieſſe à Dios.

COntòme lo que he dicho vueſtro ſiervo Simpliciano de Victorino: y luego me encendì yo con un deſſeo de imitarle, y él me lo avia

contado para este fin. Añadiò, que en tiempo del Emperador Juliano se hizo una ley rigurosa, en que se mandava à los Christianos, que no enseñassen el arte oratoria, y buenas letras, y que Victorino obedeciendo à esta ley, quiso antes dexar la escuela parlera, en que enseñava la Retórica, que à vuestro Verbo, con el qual hazeis eloquentes las lenguas de los niños que no saben hablar. Quando me dixo esto, me pareciò que Victorino no avia sido tanto fuerte, quanto dichoso, y bienaventurado, pues avia hallado ocasion de vacar à vos: y esto era lo que yo desseava, y por lo que suspirava, estando atado, no con hierro ageno, sino con mi voluntad tan dura como el hierro. El enemigo tenia mi voluntad, y della avia hecho una cadena, con la qual me tenia aprisionado: Porque de la voluntad naciò el mal apetito, y entregandose à este apetito, se hizo la costumbre, y no resistiendo à la costumbre, se haze la necessidad, y con estos como eslabones travados entre

si, se hizo aquella cadena que dixe; con la qual debaxo de una dura servidumbre yo estava aherrojado, y encadenado. Y aquella voluntad nueva, que començava à tener ser en mi coraçon de serviros, y gozar de vos, Señor (que solo sois cierta alegria) aun no tenia fuerças para vencer la otra voluntad, que con la vieja costumbre se avia hecho fuerte, y poderosa. Y assi dos voluntades mias, una vieja, y otra nueva, una carnal, y otra espiritual, peleavan entre si, y siendo contrarias, distraïan, y afligian mi alma: y con esta experiencia mia, venia à entender lo que avia leïdo, como la carne peleava contra el espiritu, y el espiritu contra la carne. Yo à la verdad estava en lo uno, y en lo otro, pero mas en aquello que me agradava, que en lo que me desagradava. Aunque por mejor dezir, no estava yo tanto en lo que estava, quanto era llevado à ello, en gran parte contra mi voluntad. Pero aquella costumbre que avia nacido de mi, tenia

mayores fuerças contra mi, y queriendo yo, me avia llevado à lo que yo no queria. Y quien podia con razon contradezir que la pena justa siga al pecador? Yo no tenia ya aquella falsa escusa, con que en otro tiempo me parecia que no os servia, ni dava de mano à las cosas deste siglo, porque aun no tenia certidumbre de vuestra verdad: porque si la tenia, y ella ya en mi anima era muy cierta, y averiguada. Mas como estava todavia asido, y abraçado con la tierra, rehusava seguir vuestra bandera, y temia tanto el verme desembaraçado de todos los estorvos que me impidian, quanto fuera justo temer ser dellos embaraçado. Andava suavemente cargado con esta carga del siglo, como suele el hombre con el sueño: y los pensamientos que tenia de vos, eran semejantes à los desperezos, y meneos de los que duermen, y quieren despertar, que con la profundidad del sueño, se buelven del otro lado, y buelven à dormir. Y assi como no ay quien quiera dormir siempre,

siempre, y por comun juizio de todos los que tienen seso es mejor velar; pero con todo esso algunas vezes el hombre no sacude el sueño quando està muy cargado dèl, y aunque sea tiempo de levantarse, no dexa de dormir dulcemente: assi yo, bien sabia, y tenia por cierto, que era mejor entregarme à vuestra caridad que servir à mi apetito; pero lo uno me agradava, y vencia; lo otro me dava gusto, y me atava, porque no tenia que responderos, quando me deziades: *Levantate tu que duermes, levantate de entre los muertos, y Christo te alumbrarà*, y convencido de vuestra verdad no tenia que dezir, sino unas palabras frias, y soñolientas, que eran: *Luego, luego, dexame un poco*; pero este luego, luego, no tenia termino: y el dexame un poco iva à la larga. De balde mi hombre interior se deleytava en vuestra ley, porque la parte inferior, y sensual, hazia contradicion à la ley de mi alma, y preso, y cautivo me llevava à la ley del pecado que està en mis miembros.

Porque la léy del pecado es una violencia, y fuerça que nace de la costumbre, con la qual el animo, aunque no quiera, es arrebatado, y preso; y esto por aver entrado èl en ella por su voluntad. Triste, y desventurado de mi quien me librarà del cuerpo desta muerte, sino vuestra gracia, Señor, por los merecimientos de Jesu Christo nuestro Redemptor.

CAPITULO VI.

Como Ponticiano le contò la vida de S. Antonio Abad.

COntarè aora, Señor mio, ayudador, y Redemptor mio, la manera que tuvistes en librarme de aquellas fuertes ataduras con que estava atado del deleite sensual, y amor de la muger, y de la servidumbre pesada de los negocios seglares, y alabarè vuestro santo nombre por ello. Vivia yo cada dia con mayores congojas, y dava suspiros, y gemidos à vos: iva à vuestra Iglesia todas las vezes que podia, y me hallava desem-

baraçado de aquellos negocios que con ſu peſo me afligian. Eſtava con migo Alipio deſcuidado de los negocios que tienen los Letrados, aviendo ſido tres vezes Aſſeſſor, y aguardava vinieſſen à èl negociantes, para venderles ſu conſejo, como yo vendia el Arte de hablar (ſi alguna por ſer enſeñada ſe puede alcançar) Nebridio por hazernos placer, vencido de nueſtra amiſtad, ſe avia encargado de ſoſtituir por Verecundo Ciudadano Milanès, y amiciſſimo de todos noſotros, que enſeñava Gramatica, y tenia neceſſidad grande de ſer ayudado, y muy encarecidamente nos rogava que no le faltaſſemos en aquella neceſſidad, de manera que Nebridio, no por codicia, ni por ſu interes, ſe encargò de aquel trabajo (porque ſi quiſiera, otras mayores ganancias pudiera ſacar de ſus letras) ſino como era amigo dulciſſimo, y amantiſſimo, quiſo cumplir con el oficio de amigo, y no deſechar nueſtra peticion. Y hazia eſto con gran prudencia, por huir de ſer conocido

de los grandes del siglo, y no perder con el trato dellos la paz, y quietud de su alma; la qual queria tener libre, y quanto mas pudiesse desocupada para buscar, ò leer, ò oïr alguna cosa provechosa de la sabiduria. Un dia, pues, estando ausente Nebridio, no sé por que causa, vino à nuestra casa à verme à mi, y à Alipio, Ponticiano, que era Africano, y de nuestra tierra, y Cavallero principal en Palacio, para preguntarnos no sé que. Sentamonos para hablar sobre una mesa, en que se solia jugar, que estava delante de nosotros. Viò à caso un Libro, tomòle, abriòle, y hallò que era el Apostol san Pablo, y fue cosa nueva para èl, porque pensò que era algun libro de los de mi profession. Como le viò, sonriòse, y miròme, como quien me dava el parabien, por aver hallado delante de mi aquel libro, y no otro, porque era Christiano, y fiel siervo vuestro, y muy amenudo, y largo espacio de tiempo, estava en oracion en la Iglesia, prostrado delante vuestro acata-

miento. Y como yo le dixeſſe, que me ocupava mucho en las letras ſagradas, començònos à contar la vida maravilloſa de Antonio Monge de Egypto, que era tan eſclarecida entre vueſtros ſiervos, y haſta aquella hora no avia venido à nueſtra noticia. Y como èl viò que eſtavamos tan ayunos della, detuvòſe mas en ſu razonamiento para dar noticia de un tan ſeñalado varon, à los que la ignoravan, maravillandoſe de nueſtra ignorancia: Eſtavamos atonitos, y maravillados, oyendo coſas tan ciertas, y maravilloſas, obradas por vos en la Fé verdadera, è Igleſia Cathólica, caſi en nueſtros dias, cuya memoria era freſca. Todos nos maravillavamos: noſotros por ſer tan grandes las coſas que nos dezia, y èl porque ſiendo tales, no las huvieſſemos ſabido. Deſta plática paſſò en otra de la muchedumbre de los Monaſterios, y de las ſantas, y oloroſas coſtumbres, y fertiles deſiertos del yermo, de los quales noſotros no ſabiamos nada. Ni tampoco que fuera de los muros de

Milan, huviesse un Monasterio lleno de santos Religiosos, debaxo de la diciplina, y govierno de Ambrosio: Passava adelante con su plática, y nosotros le oïamos con mucha atencion, y de una cosa en otra nos vino à dezir que en la ciudad de Treveris, èl, y otros tres compañeros suyos; una tarde estando el Emperador ocupado en ver ciertas fiestas, se salieron à passear à unas huertas que estavan pegadas à los muros de la Ciudad: de donde se partieron de dos en dos, y se fueron recreando por diversas partes. Mas los otros dos, sin saber donde ivan, dieron en cierta casilla adonde moravan algunos siervos vuestros, pobres de espiritu (cuyo es el Reyno de los Cielos) y hallaron un libro en que estava escrita la vida de Antonio; tomòle en las manos el uno dellos, començòle à leer, y à maravillarse, y encenderse, leyendole con desseo de imitarle, y dexada la milicia seglar, entrar en la vuestra para serviros, y este era uno de los Agentes del Emperador. Estando en

esto, subitamente, lleno de amor santo, y de una Religiosa verguença, como enojado con sigo mismo, bolviò los ojos à su compañero, y dixole: *Yo te ruego que me digas adonde pensamos llegar con todos estos nuestros trabajos? que buscamos? que es el fin de nuestra milicia? Puede nuestra esperança, y nuestra buena ventura en el Palacio llegar mas que à ser Privados del Emperador? Pues esta privanza quan fragil, y peligrosa es? Y por quantos peligros se viene à otro mayor peligro, y esto quanto durarà? pero si yo quisiere ser amigo de Dios, luego lo puedo ser.* Dixo esto turbado con el parto de la nueva vida, y bolvió los ojos al libro: leïa, y mudavase interiormente, donde tu le vias: su alma se iva desnudando del Mundo, como luego se mostrò. Porque leyendo, y rebolviendo las ondas de su coraçon, diò un gran gemido, y conociò, y abraçó lo mejor, y siendo ya tuyo, dixo à su amigo: *Yo he dado libelo de repudio à todas estas nuestras falsas esperanças, y estoy determinado de servir*

à Dios, y comenzar luego: en esta hora, en este lugar quiero começar; tu sino quieres imitarme, no quieras estorvarme. Respondiò el compañero, que no podia apartarse del, ni dexar de tenerle compañia en tal oficio, y con esperança de tan gran galardon. Y assi los dos siendo ya vuestros, Señor, començaron à edificar la torre Evangelica con bastantes expensas, que son el dexar todas las cosas por vuestro amor, y seguiros. A este tiempo Ponticiano, y su compañero, que por la otra parte del huerto se passeavan, buscando à estos dos, los hallaron en el lugar donde estavan, y les dixeron, si querian bolver, porque ya era tarde. Mas ellos aviendoles hecho saber su voluntad, y el propósito que tenian, y como Dios se le avia dado, y confirmado, les rogaron, que sino les querian hazer compañia, los dexassen, y se fuessen. No se mudaron Ponticiano, y su compañero por lo que oyeron, aunque lloraron, y alabaron su buen propósito, y les dieron el parabien, y se encomendaron en sus

oraciones, baxando el coraçon à la tierra, se bolvieron al Palacio, y los otros dos enclavando su coraçon en el Cielo, se quedaron en su casilla, y ambos eran desposados: y las esposas despues que supieron lo que avian hecho sus esposos, consagraron su virginidad à vos. Todo esto nos contò Ponticiano.

CAPITULO VII.

Como aviendo oydo à Ponticiano, se descontentò de si mismo.

Y Vos, Señor, mientras que Ponticiano hablava, haziades que yo me mirasse, y me considerasse: y porque yo me avia echado tras las espaldas, por no verme, vos me poniades à mi delante de mi; para que viesse quan feo era, quan descompuesto, quan suzio, y lleno de manchas, y llagas. Yo me veïa, y me espantava, y no tenia adonde huïr de mi: y quando procurava desviar los ojos de mi mismo por no verme, con lo que Ponticiano iva contando,

vos tornavades à poner mi faz delante de mi, y à hazer que en ella, como en un espejo, me viesse, y conociesse, y aborreciesse mi maldad. Yo bien la conocia, pero dissimulava, y passava por ella, y luego me olvidava: pero entonces quanto yo mas amava à aquellos que con tanto afecto se avian entregado del todo à vos, para que los sanassedes, tanto mas (comparandome con ellos) me aborrecia. Porque muchos años mios avian ya passado, digo, cerca de doze, que siendo yo de diez y nueve, aviendo leïdo un libro de Ciceron, que se llamava Hortensio, me movia al estudio de la sabiduria: pero dilatava el ponerlo por obra, y despreciada la felicidad de la tierra, el ocuparme en ella, siendo ella tan preciosa, que no solamente el hallarla, sino solo el buscarla, se deve preferir à todos los tesoros, y Reynos del Mundo, y à todos los deleites del cuerpo, por mas copiosos, y aventajados que sean. Mas yo desventurado, y miserable, desde el princi-

pio de mi mocedad os avia pedido la caſtidad, y dicho: *Señor dadme la continencia, y la caſtidad, pero no aora.* Porque temia que no me oyeſſedes preſto, y me ſanaſſedes luego de la enfermedad de mi concupiſcencia, la qual yo mas queria cumplir, que no apagar. Y avia caminado por caminos torcidos con una ſacrilega ſuperſticion, no porque yo la tenia por cierta, ſino porque la anteponia à las coſas ciertas, las quales no buſcava yo piadoſamente, como devia, antes como enemigo las contradezia. Penſava que la cauſa porque yo iva de dia en dia dilatando el entregarme à ſolo vos con menoſprecio del Mundo, era porque no tenia coſa fixa, y cierta, à la qual como à puerto, pudieſſe endereçar el curſo de mi navegacion. Pero vino un dia, en que mi conciencia me reprehendiò, y me deſnudò, y me moſtrò quien yo era. Adonde eſtas lenguas? porque dezias, que no querias ſacudir la carga peſada de la vanidad, por no tener cer-

tidumbre de la verdad? He aqui, que ya estàs cierto de la verdad, y toda via la vanidad te oprime, y aquellos han cobrado alas mas ligeras para bolar, que no se han fatigado tanto en buscarla, ni gastaron diez años, y mas en este desseo; assi que yo dentro de mi me angustiava, y carcomia, y me avergonçava estrañamente de mi mismo, quando Ponticiano nos hablava. Acabado su razonamiento, y aquello à que venia, el se fue, y yo me bolvì à mi: y que cosas entonces no dixe contra mi? Con que açotes de palabras no castiguè mi alma, reprehendiendola para que me siguiesse, desseando yo ir tras vos, y ella repugnava, y rehusava, y no se escusava? Todos los argumentos eran ya acabados, y deshechos, solamente me avia quedado un miedo mudo, temiendo à par de muerte, ser apartado de la fuerça de la costumbre, el qual me consumia.

CAPITULO VIII.

Lo què hizo eſtando en el huerto.

ESTando yo en eſta tormenta, y congojoſa contienda de mi coraçon, con el roſtro, y con la mente turbada, me fuì à Alipio, y començè à dezir à gritos: *Que es eſto que padecemos? que es eſto que aveis oydo? levantanſe los indoctos, y arrebatan el Cielo, y noſotros con nueſtras doctrinas, faltos de coraçon andamos ſumidos debaxo de las olas de nueſtra carne, y ſangre? Por ventura porque ellos van delante, tenemos verguença de ſeguirlos, y no tenemos verguença ſiquiera de no ſeguirlos?* Dixe no sè que palabras, como eſſas, y con aquella anſia, y anguſtia me apartè de Alipio, que atonito callava, y me mirava, porque yo no hablava lo que ſolia, y mas declarava mi animo con la frente, con el ſemblante, con los ojos, con el color del roſtro, y la manera de la voz, que no con las palabras que dezia. Avia en la caſa de nueſtra

morada un huerto, del qual, y de toda la casa gozavamos, porque el señor della estava ausente. A este huerto me llevò el desasosiego de mi coraçon, para que ninguno me impidiesse, ni me quitasse de la lid que yo avia començado con migo mismo, hasta que se acabasse con el fin que vos sabiades, yo no lo sabia, mas enloquecia sabiamente, y moria para vivir, sabiendo el mal que tenia, y no sabiendo el bien que de alli à poco avia de tener. Partìme, pues, para el huerto, y Alipio se fue tràs mi, passo ante passo, porque por estar èl presente, no por esso dexava yo de estar secreto, ni estando yo como estava, el me dexara. Sentamos nos lo mas lexos de la casa que pudimos, yo dava bramidos con mi espiritu, y me enojava gravemente con migo, porque no iva à vos, Dios mio, y me abraçava con vuestro santo beneplacito, y voluntad, como todos mis huessos clamavan, y me dezian que lo devia hazer: especialmente, que no avia de ir con naves,

ni con coches, ni con mis pies (como aviamos ido de la caſa al lugar donde eſtavamos) porque no ſolo el ir, pero aun el llegar allà, no era mas que un querer ir, pero un querer entero, fuerte, y con voluntad reſoluta, y no tibia, y floxa, y tal que quiere, y no quiere. De manera, que yo me hallava como algunos hombres que algunas vezes quieren hazer lo que no pueden, ò porque no tienen miembros para hazerlo, ò porque los tienen atados ò flacos con alguna enfermedad, ò de otra qualquiera ſuerte impedidos. Quando arranquè el cabello, herì la frente, cruzè las manos, y con ellas apretè las rodillas: hizelo porque lo quiſe hazer; pero ſi los miembros con que lo avia de executar, no me huvieran obedecido, aunque lo quiſiera hazer, no lo hiziera. Aſſi que muchas coſas hize, en las quales no era lo miſmo querer, y poder: y entonces no hazia lo que con un afecto vehemente mas me agradava, y adonde en queriendo pudiera, porque el poder no era

otra coſa ſino el querer. Porque en eſto el poder es lo miſmo que el querer, y el querer es hazer, y con todo eſſo no ſe hazia: y mas facilmente obedecia el cuerpo à la mas flaca voluntad del anima, y ſe movia luego à ſu mandado, que la miſma alma obedecia à ſi miſma, poniendo en efecto lo que con ſola ſu voluntad ſe avia de hazer, y cumplir.

CAPITULO IX.

Porque el animo es pereçoſo para el bien.

DE donde nace eſte monſtruo, Señor, y de donde viene eſto? Deſcubrid el rayo de vueſtra miſericordia ſobre mi, y preguntarè, à ver ſi por ventura me podran reſponder las penas eſcondidas de los hombres, y las congojas ſecretiſſimas, y eſcuriſſimas de los hijos de Adan, de donde es eſte monſtruo, y por que es eſto? Manda el animo al cuerpo, y luego es obedecido. Manda el animo à ſi miſmo, y halla reſiſtencia.

Manda el animo que se mueva la mano, y hazese con tanta facilidad, que à penas se puede distinguir el mandamiento del servicio, y el animo, y la mano es cuerpo. Manda el animo, que quiera el animo, y no se haze, siendo el mismo el que manda, y el que es mandado. De donde nace este monstruo, y de donde viene esto? Manda, digo que quiera, y no lo mandaria si no quisiesse, y no se haze lo que manda. Pero no quiere del todo, y assi no manda del todo. Porque en tanto manda, en quanto quiere: y en tanto no se haze lo que manda, en quanto no quiere. Porque la voluntad manda que sea voluntad, y no otra voluntad, sino ella misma. No està enterà del todo, quando assi manda, y por tanto no se haze lo que manda, porque à ser entera, no mandaria que fuesse, porque ya seria. Luego no es monstruo querer en parte, y en parte no querer, mas una enfermedad de anima, por la qual no se levanta del todo esforçada de la verdad, por estar pesada

con la costumbre antigua: y por tanto son dos voluntades, porque la una dellas no es entera, y lo que tiene la una, le falta à la otra.

CAPITULO X.

Como la voluntad del hombre es varia.

PErezcan, Señor, delante de vuestra faz (como perecen los vanos, y engañadores del alma) los que, viendo en si dos voluntades, quando deliberan, afirman que ay dos naturalezas de animas, una buena, y otra mala. Ellos verdaderamente son los malos, quando piensan que estas cosas son malas, y ellos mismos seran buenos, si creyeren, y obedecieren à la verdad, para que vuestro Apostol les diga: En un punto fuistes tinieblas, pero aora sois luz en el Señor. Estos tales queriendo ser luz, no en el Señor, sino en si mismos, y pensando que la naturaleza del alma es lo mismo que Dios, se convertieron en unas tinieblas espessas, por averse con una arrogancia espantosa alexado de

vos, que sois verdadera lumbre, que alumbra à todo hombre que viene à este Mundo. Mirad lo que dezis, y tened verguença, y allegaos à èl, y sereis alumbrados, y no se confundirà vuestro rostro, como lo canta el Real Profeta: quando yo tratava de servir à mi Dios, y Señor, como mucho antes lo tenia pensado yo, era el que queria, y yo mismo el que no queria: ni del todo queria, ni del todo dexava de querer: y portanto luchava con migo mismo, y yo mismo me consumia, y esta congoja era contra mi voluntad, pero no por esso era señal de que huviesse en mi dos naturalezas de animas contrarias, sino de mi pena. Y por tanto no era yo el que la obrava, sino el pecado que habitava en mi, y manò del castigo de otro pecado mas libre, porque era hijo de Adan. Porque si ay tantas naturalezas entre si contrarias, quantas son las voluntades que se contradizen, ya no seràn dos solas, sino muchas. Si alguno està en duda de lo que ha de hazer, y oïr à los

ayuntamientos deſtos tales hombres, ò al teatro, luego dan vozes, y dizen: Veis aqui dos naturalezas, una buena, que lleva à nueſtros ayuntamientos, y otra mala, que lleva al teatro. Porque de que otra parte puede venir eſta repugnancia de voluntades entre ſi contrarias? Pero yo digo, que ambas voluntades ſon malas, la que lleva à ellos, y la que lleva al teatro. Mas ellos no creen que pueda ſer ſino buena la voluntad que lleva à ellos. Pero pregunto yo: Si alguno de noſotros trataſſe con ſigo miſmo, y por ſentir dos voluntades contrarias, y que pelean entre ſi, eſtuvieſſe en duda; ſi devia de ir al teatro, ò à nueſtra Igleſia, que nos pueden ellos reſponder? Porque ò han de confeſſar lo que no quieren, y dezir que es buena la voluntad con que ſe và à nueſtra Igleſia (como van los que en ella quieren ſer enſeñados en los Sacramentos) ò han de juzgar que dos malas naturalezas, y dos malas voluntades, pelean en un miſmo hombre, y no ſerà verdad lo que ſuelen

dezir, que una voluntad es buena, y otra es mala: ò convencidos de la verdad, no negaràn que una miſma alma en ſus deliberaciones tiene diverſas voluntades, y eſtà dudoſa, y perplexa con ellas. No digan pues de aqui adelante, quando vieren que en el miſmo hombre ay dos voluntades contrarias entre ſi, que ay dos animas contrarias, de dos ſuſtancias, y de dos principios contrarios, una buena, y otra mala, que hazen guerra entre ſi, porque vos, Señor, Dios verdadero, lo reprobais, y reprehendeis, y convenceis con el exemplo ya pueſto de las dos malas voluntades. Como ſi alguno dudaſſe ſi mataria à ſu enemigo con hiervas, ò con hierro, ò qual de dos heredades deſtruiria, quando no las puede deſtruir ambas: ſi gaſtarà la hazienda en torpe deleite, ò ſi la guardarà por avaricia: ſi en un dia ſe hazen dos fieſtas juntas, y no puede ir à ambas, à qual dellas irà? Y aun añado la tercera, ſi teniendo ocaſion, irà à robar la caſa agena, y aun la quarta, ſi irà à adulterar, pu-

diendo, si todas estas cosas concurren en un mismo articulo de tiempo, y el coraçon humano las dessea, y no las puede poner todas juntas por obra. Porque siendo assi, estas quatro voluntades parten el alma en quatro partes, y en mas, si fueren mas las cosas que se apetecen: mas ellas no suelen dezir que ay tantas naturalezas diversas: lo mismo se concluye, si las voluntades son buenas: porque querria yo saber dellos, si es bueno deleitarse leyendo al Apostol: y si es bueno tomar gusto en un canto honesto; y si es bueno declarar el Evangelio? Responderàn sin duda, que todas estas cosas son buenas. Pues si todas ellas en el mismo tiempo nos deleitan; que serà? Necessariamente estas diversas voluntades han de partir el coraçon del hombre, y hazerle vacilar, y estar en duda de lo que principalmente ha de tomar. Y todas estas voluntades son buenas, y pelean entre si, hasta que el hombre escoja una sola cosa, en la qual se emplee toda la voluntad que estava reparti-

da en tantas partes. Deſta miſma manera, quando el amor de las coſas eternas regala la parte ſuperior de nueſtra alma, y el deleite de los bienes de la tierra, ablanda nueſtra ſenſualidad, la miſma alma es la que quiere lo uno, y lo otro, no con toda la voluntad, y por tanto ſe deſpedaça, y con una peſada moleſtia ſe aflige, teniendo por mejor lo de allà, como es verdad, y no dexando lo de acà, por ſerle familiar: y traerlo entre las manos.

CAPITULO XI.

La lucha del eſpiritu de Aguſtino con ſu carne.

DEſta manera eſtava enfermo, y atormentado, acuſandome à mi miſmo mas gravemente de lo que ſolia, bolviendome, y rebolviendome en aquella cadena que traïa, haſta que ſe acabaſſe de romper aquella parte que quedava; la qual aunque era pequeña, todavia era baſtante para tenerme, y vos, Señor, con una mi-

ſericordia ſevera me davades prieſſa allà en lo mas ſecreto de mi coraçon, doblando los açotes del temòr, y de la verguença, para que no tornaſſe otra vez à deſcuydarme, y aquello poco, y delgado de la cadena que reſtava, quedaſſe entero, y cobrando nuevas fuerças, mas fuertemente me apretaſſe. Dezia yo dentro de mi: *Ea hagaſe luego, aora ſea?* y diziendo eſto caſi me iva tras lo que dezia, y caſi lo hazia; y con todo eſſo lo dexava de hazer. No tornava à las coſas paſſadas, ſino eſtava cerca, y reſpirava. Bolvia otra vez à alentarme, y à cobrar nuevas fuerças, y caſi allegava, y tocava, y tenia: mas era tanta mi flaqueza, que en realidad de verdad, ni yo llegava, ni tocava, ni tenia, dudando morir à la muerte, y vivir à la vida: y mas podia conmigo el mal acoſtumbrado, que el bien no uſado. Y quanto mas cerca ſe allegava aquel punto de tiempo, en que yo me avia de mejorar, tanto me ponia mayor horror, y eſpanto: no haziendome bolver atras, ni mudar

dar propoſito, mas teniendome ſuſpenſo. Las liviandades, y lazos, y aquellas vanidades vaniſſimas de mi antigua amiſtad me detenian, y tratavan de la veſtidura de mi carne, y como ſuſurrando dezian: *Como, que nos has de dexar? Y que deſde eſte momento jamàs eſtaremos con tigo? Y que de aqui adelante no te ſerà licito eſto, ni aquello?* Ay Señor, y que coſas eran las que me repreſentavan debaxo deſto, y de aquello? Apartadlo, Señor, por vueſtra miſericordia del anima deſte vueſtro ſiervo. Que ſuciedades, que torpezas me repreſentavan, y debaxo deſto, y de aquello eſtavan encubiertas? yo las oïa como de lexos, y no ya todo yo, ſino la menor parte de mi, y no me hazian guerra poniendoſeme delante, ſino como viniendo tras mi, y ſiguiendo mis paſſos, me aſian, y murmuravan, paraque bolvieſſe los ojos atràs, y las miraſſe. Y eran tan importunas, que todavia me detenian, ſiendo yo perezoſo en ſacudirlas, y deſcabullirme dellas, y paſſar adonde me llamavan.

Quando me dezia, la costumbre violenta : *Como piensas tu que podràs vivir sin estas cosas ?* Y aunque lo dezia ya con gran tibieza. Porque en aquel mismo camino que yo tenia delante, y por donde temblava de passar, se me descubria la casta dignidad de la continencia con un rostro sereno, y grave alegria ; la qual halagandome con una blandura honesta, me combidava que fuesse à ella sin temor, y estendia las piadosas manos llenas de excelentes, y virtuosos exemplos para recebirme, y abraçarme. Alli avia un numero innumerable de niños, y niñas ; alli mancebos, y hombres de toda edad ; alli avia gran copia de viudas graves, y donzellas purissimas ; y viejas continentes, cuya continencia no es esteril, sino fecunda, y madre de alegrias, que son hijos de los que à vos, Señor, tienen por Padre. Y burlavase de mi, y como quien con donayre me exortava, y me dezia : *Tu no podràs lo que estos, y estas pueden ? ò piensas que lo que estos, y estas pueden, lo pueden por sus proprias fuerças, y*

por las fuerças de ſu Dios? El Señor Dios ſuyo me diò à ellos: porque eſtàs, y no eſtàs en ti? Arrojate en ſus brazos, y no temas, porque no ſe apartarà, y te dexarà caer: echate ſeguramente, y èl te recebirà, y ſanarà? Yo tenia gran verguença de mi, porque todavia oïa el ſonido de aquellas vozes, aunque ſordas, y eſtava ſuſpenſo, y perplexo; y ella otra vez me bolvia à dezir: *Hazte ſordo à la voz de tus ſuzios ſentidos, paraque ſe mortifiquen. Proponete deleytes, pero no ſon ſemejantes à los que ay en la ley de tu Señor Dios.* Eſta batalla en mi coraçon, era de mi miſmo, contra mi miſmo; pero Alipio que eſtava pegado à mi lado, con gran ſilencio aguardava el fin que avia de tener eſte movimiento interior mio, tan nuevo, y no acoſtumbrado.

CAPITULO XII.

Como del todo se convirtiò, amonestado por una voz del Cielo.

PEro despues que, con los vientos rezios de mi consideracion, se rebolvieron, y turbaron las aguas de mis miserias, y todas juntas como un monte se pusieron delante de mi coraçon, se levantò una borrasca grandissima, con una abundante lluvia de lagrimas, y para poderla mejor derramar toda, y dar vozes à solas, me levantè de donde estava Alipio, pareciendome que para llorar era mas à proposito la soledad. Apartème dèl lo mas que pude; de manera que su presencia no me pudiesse estorvar. En esta disposicion estava yo, y èl lo sintiò, porque dixe no sé que palabras que ivan mezcladas con el llanto, y la misma voz dava à entender como yo estava. En esto me levantè, y èl como atonito se quedò en el mismo lugar donde estavamos sentados, yo me arrojè debaxo de una higuera,

no ſé como, y ſoltè las riendas à las lagrimas, y ellas ſalieron como dos rios de mis ojos, como ſacrificio aceptable à vos, Señor, no con eſtas palabras; pero con eſta ſentencia os dixe muchas coſas: *Y vos, Señor, haſta quando? haſta quando, Señor, eſtareis enojado? no os acordeis de nueſtras maldades antiguas.* Porque yo, como me ſentia preſo dellas, dava vozes laſtimoſas: *Haſta quando? haſta quando, mañana, y mañana? Porque no luego? Porque eſta hora no ſerà el fin de mi fealdad?* Eſto dezia, y llorava con un coraçon contrito, y muy amargo: y eſtando en eſto, oïgo una voz de la caſa mas vezina, con un cantar que dezia, y lo repetia muchas vezes, como ſi fuera de un niño, ò de una niña: *Toma, y lee, toma, y lee.* Y luego mudado el roſtro, comencè à penſar con grande atencion, ſi por ventura avia alguna ſuerte de juego, en que los muchachos uſaſſen de aquella manera de canto, y palabras: y como no ſe me ofrecieſſe averlas oïdo jamàs, reprimì las lagrimas, y levan-

tème, entendiendo que Dios me mandava que tomasse el libro en las manos, y le abriesse, y leyesse el primer capitulo que hallasse; porque avia oïdo dezir de S. Antonio, que avia sido amonestado de lo que avia de hazer, casi desta manera. Porque leyendose el Evangelio, sobrevino èl, y tomò las palabras que se leïan, como si para èl solo se dixeran, y las palabras eran; *Vè, y vende todo lo que tienes, y dalo à los pobres, y tendras tesoro en los Cielos, y sigueme.* Y con este oraculo luego se convirtiò à vos. Assi que con passò apressurado bolviò al lugar donde estava assentado Alipio, y yo avia dexado el libro de las Epistolas de S. Pablo, quando me levantè, tomèle, abrìle, leì callando el primer capitulo que hallè, y en èl estas palabras: *No en comidas, y bevidas, no en camas, y deshonestidades, no en porfias, y contiendas, mas vestios de nuestro Señor Jesu Christo, y no tengais demasiado cuidado de vuestra carne, ni sigais sus apetitos*, y no quise passar adelante, ni fue menester: porque

luego en leyendo eſta ſentencia; como un rayo de luz que penetrò mi coraçon, todas las tinieblas de mis dudas deſaparecieron. Entonces poniendo el dedo, ò no ſé que otra ſeñal en el libro, le cerrè, y con el roſtro ya alegre, y ſereno, declarè à Alipio lo que paſſava por mi, y èl me deſcubriò lo que paſſava por èl, y yo no ſabia. Quiſo que le moſtraſſe lo que avia leïdo; moſtreſelo, y èl mirò lo que ſe ſiguia adelante de lo que yo avia leïdo: ſin ſaber lo que era, y fueron eſtas palabras: *Recebid al flaco en la Fè*, lo qual le tomò por ſi, y aſſi me lo dixo, y con la amoneſtacion deſtas palabras ſe confirmò, y ſin alguna turbacion, ni tardança ſe abraçò con aquel ſanto propoſito, digno de ſus coſtumbres, en que ay mucho tiempo antes tanta ventaja me hazia. De alli nos fuìmos los dos para mi madre, y le declaramos lo que paſſava, y como el Señor nos avia alumbrado, y ella ſe alegrò, y gozò, y triumfò, y bendixò vueſtro ſanto nombre, viendo que ſois pode-

roso para darnos mas de lo que pedimos, ò entendemos: y que le aviades concedido mucho mas de lo que ella os solia suplicar con sus gemidos llorosos, y lastimeros por mi. Porque vos, Señor, de tal manera me convertistes à vos, que ya no buscava muger, ni alguna esperança vana del siglo, y me afirmastes en aquella regla de la Fè, que muchos años antes le aviades revelado à ella, que yo abraçaria: trocastes su llanto en un gozo mucho mas cumplido que ella pedia, y muy mas casta, y preciosamente de los que ella buscava en los nietos que de mi pensava tener.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO IX.

CAPITULO I.

Alaba la bondad de Dios, conociendo ſu miſeria.

SEñor, yo ſoy vueſtro ſiervo: yo ſoy vueſtro ſiervo, y hijo de vueſtra ſierva, quebrado aveis mis cadenas, y por eſto yo os ſacrificarè hoſtia de alabança. Alabeos mi coraçon, y mi lengua, y todos mis hueſſos digan, Señor, quien es ſemejante à vos? Eſto digan, y vos reſpondedme, y dezid à mi alma: yo ſoy tu ſalud. Quien ſoy yo? y que tal fuì yo, y quan pequeño, y miſerable ſoy, que mal no huvo en mi? En mis obras, y ſino en

las obras, en las palalabras, y ſino en las palabras, à lo menos en la voluntad. Pero vos, Señor, ſois bueno, y miſericordioſo, y mirando la profundidad de mi miſeria, y muerte, con vueſtra dieſtra poderoſa limpiaſtes lo mas intimo de mi coraçon, agotando aquella balſa de podre en que eſtava: y eſta era no querer lo que vos queriades, y querer lo que no queriades. Pero donde eſtuvo tanto tiempo mi libre alvedrio? y de que alto, y ſecreto abiſmo en un momento fue llamado (ò Chriſto Jeſu, ayudador mio, y Redentor mio) para que yo ſugetaſſe mi cuello à vueſtro jugo, y los ombros à vueſtra carga ligera? O quan ſuave me fue luego carecer de las ſuavidades de las niñerias, y vanidades que me tenian preſo! Ya guſtava tanto dexarlas, quanto antes tenia perderlas. Porque vos que ſois verdadera, y ſuma ſuavidad, las echavades de mi: echavadeslas, y en ſu lugar entravades vos, que ſois mas dulce que todo deleite, aunque no à la carne, y ſangre: y ſois

mas claro que toda luz, y mas interior, y mas alto, que toda honra, pero no para los que ſon grandes en ſus ojos. Ya yo me hallava libre de los congojoſos cuidados del adquirir, y valer, y del rebolverme, y entretenerme en mis guſtos, y apetitos; y holgavame con vos, Señor Dios mio, que ſois mi claridad, mi riqueza, y mi ſalud.

CAPITULO II.

Como dexò de enſeñar la Retórica.

AViendo mirado delante de vueſtro acatamiento, Señor, me pareciò que era bien no dexarlo todo de golpe, ſino poco à poco irme retirando, y dexar de enſeñar el arte de la Retórica parlera, para que de alli adelante los moços que no ſe exercitan en vueſtra paz, y en vueſtra ley, ſino en ſus locuras mentiroſas, y en los pleytos, y contiendas de los Tribunales, no compraſſen de mi boca armas para ſu furor. Y vino bien, que quedavan pocos dias haſta las vacaciones

de las vendimias, los quales determiné sufrir, y aguardar para partirme publicamente, y siendo rescatado de vos, no bolver otra vez à venderme. Este nuestro consejo vos solo le sabiades, y los amigos domesticos, y familiares; y estava secreto à los demas, porque aviamos concertado entre nosotros, que no se publicasse. Aunque vos, Señor, à los que ya subiamos por este valle de lagrimas, y començavamos à cantar el Canticum graduum, nos aviades armado con vuestras saetas agudas, y encendido con el fuego de vuestro amor, para que con èl pudiessemos resistir à la lengua blanda, y engañosa que, so color de dar consejo, contradize, y es como el calor natural que amando, y abraçando la vianda, la consume. Ya vos aviades asaeteado, y herido nuestro coraçon con vuestra caridad, y teniamos atravessadas vuestras palabras en nuestras entrañas; y los exemplos de vuestros siervos (que vos de escuros aviades hecho resplandecientes, y de muertos vivos) recogidos en

nuestro seno, y coraçon, nos encendian, y despedian nuestra floxedad, y torpeza, y nos detenian para que no cayessemos, y nos animavan de manera que ningun viento de contradicion que viniesse, fuesse parte para apagar la llama que en nuestro pecho ardia, sino para acrecentarla mas. Pero, porque, por vuestro nombre que aveis santificado en toda la tierra, aquel nuestro desseo, y proposito avia de ser alabado de muchos, parecia una cierta manera de jactancia, el no aguardar las vacaciones, que tan presto avian de venir, sino dexar luego, y repentinamente una cosa tan publica, y puesta en los ojos de todos, y dar ocasion de hablar de mi à todos los que lo supiessen, y à dezir, que yo avia pretendido parecer grande, pues no avia querido aguardar tan pocos dias. Y que me iva à mi en que desta manera se pensasse, y hablasse de mi animo, y se dixesse mal de nuestro bien? En este mismo verano, por la continuacion de mis estudios, avia començado à

sentirme malo del pulmon, y con la dificultad de la respiracion, y los dolores del pecho, y conocido que estava lastinado, de manera que no podia hablar alto, y mucho tiempo. Al principio turbòme esta enfermedad, por parecerme que era forçado à dexar del todo aquella carga de enseñar, ò à lo menos por algun tiempo, si queria curarme, y convalecer della. Pero despues que tuve voluntad entera, y resoluta de darme à vos, y de entender que vos sois el Señor; bien sabeis, Dios mio, que comencè à gozarme: porque con esta ocasion que era verdadera, me podia escusar, y mitigar el enojo de los padres que por amor de sus hijos no querian que yo fuesse libre, ni que jamas fuesse mio. Estando, pues, lleno deste gozo, sufria aquellos dias, hasta las vacaciones, que no sè si eran veinte, y llevavalos con fortaleza, y paciencia, porque ya la codicia me avia dexado, que era la que me solia afligir. Dirà por ventura alguno de vuestros siervos, y hermanos mios, que yo pequè

en eſto, porque eſtando ya determinado del todo de ſeguir vueſtra bandera, quiſe eſtar ſentado una hora mas en la catedra de la mentira. Yo no quiero porfiar, pero vos, Señor miſericordioſiſſimo, no me perdonaſtes eſte pecado, con todos los demas graviſſimos, y abominables en el agua del ſanto Bautiſmo?

CAPITULO III.

Como Verecundo diò una heredad à San Aguſtin en que pudieſſe vivir.

ENtre los otros amigos que tenia, era uno Verecundo, el qual era caſado con una muger Chriſtiana, aunque èl aùn no lo era, y andava muy congoxado por eſte nueſtro bien, porque ſe veïa atado muy apretadamente, y que noſotros le aviamos de dexar, y èl no nos podia ſeguir por el camino que aviamos començado, por no ſer libre, y eſtar aprifionado con la muger. Dezia que no queria ſer Chriſtiano, ſino de la manera que no lo podia ſer. Ofrecièonos con mu-

cha voluntad una heredad ſuya, para que vivieſſemos en ella todo el tiempo que alli aviamos de eſtar. Vos, Señor, le pagarais eſta buena obra que nos hizo, quando reſucitaràn los juſtos, pues ya le aveis preſto en el numero dellos, porque eſtando noſotros auſentes, y ya en Roma, le vino una enfermedad, y della ſiendo ya Chriſtiano, y fiel, paſsò deſta vida: y aſſi tuviſtes miſericordia, no ſolamente dèl, ſino tambien de noſotros, que ſino muriera Chriſtiano, nos afligieramos ſobremanera, y truxeramos el coraçon atreveſſado de un intolerable dolor, conſiderando por una parte la corteſia, y humanidad, que como buen amigo, avia uſado con noſotros, y por otra, que no le podiamos contar en el numero de vueſtro rebaño. Gracias ſean à vos, Señor Dios nueſtro, vueſtros ſomos, fiel ſois en vueſtras promeſſas, como lo manifieſtan vueſtras exortaciones, y conſolaciones. Vos pagareis à Verecundo eſte ſervicio, y por aquella heredad ſuya (que ſe llamava Caſi-

eiaco) en la qual noſotros, apartados del bullicio deſte ſiglo, repoſamos en vos, le dareis los deleites perpetuos de vueſtro Paraiſo, que ſiempre eſtà verde, y nunca ſe marchita (pues le perdonaſtes los pecados que cometiò en la tierra) y le regalareis en eſte vueſtro ſanto monte, monte de leche, y abundante. Congoxavaſe, pues, Verecundo, y Nebridio ſe holgava, porque aunque èl tampoco aun no era Chriſtiano, y avia caïdo en aquel error muy pernicioſo, de creer que la carne de vueſtro unigenito Hijo erà fantáſtica, y no verdadera, pero avia reconocido ſu error, y falido de aquella hoya. Y pueſto caſo que no avia recebido ningun Sacramento de vueſtra Igleſia, era muy grande, y ardiente inveſtigador de la verdad. Y no mucho deſpues de nueſtra converſion, y de la regeneracion que por vueſtro bautiſmo recebimos, ſiendo èl ya fiel y Cathólico, y adornado de una perfecta continencia, y caſtidad, y ſirviendoos en Africa entre los ſuyos, y aviendo

traïdo toda ſu caſa à vueſtro conocimiento, dexò el deſpojo deſta carne mortal, y aora vive en el ſeno de Abrahan. Sea lo que ſe fuere, lo que con eſte vocablo de ſeno de Abrahan ſe ſignifica, en èl vive aora mi Nebridio, amigo dulce mio, y vueſtro hijo, Señor, que de cautivo, y eſclavo reſcataſtes, y adoptaſtes: ahi vive; porque que otro lugar ſe ha de dar à tal alma? Ahi vive el que me ſolia preguntar muchas coſas, ſiendo yo un hombrezillo ſin experiencia. Ya no pone la oreja à mi boca, para oïr mis palabras, ſino pone ſu boca eſpiritual à vueſtra fuente, y beve quanto puede de vueſtra Sabiduria, y harta ſu ſed, ſiendo bienaventurado para ſiempre. Y no pienſo yo, que de tal manera ſe embriaga deſta fuente de ſabiduria, que ſe olvida de mi. Pues vos, Señor, que ſois la miſma fuente de que èl beve, os acordais de noſotros. Pues nueſtro eſtado era eſte; conſolavamos à Verecundo, que eſtava triſte, como he dicho, por nueſtra converſion, y exortavamoſle

à tomar la Fè, y à ſervir à Dios en la vida conjugal que tenia, ſin quiebra de nueſtra amiſtad. Aguardavamos que Nebridio nos ſiguieſſe, porque eſtava muy cerca, y cada dia para hazerlo: y con eſto ſe paſſaron finalmente aquellos dias, que me parecian muchos, y muy largos por el deſſeo vehemente que tenia de una ocioſa libertad, y de poder cantar de todas mis entrañas, y de lo mas intimo de mi coraçon, aquellas palabras del Pſalmo: Mi coraçon os ha dicho: yo he buſcado vueſtro roſtro; vueſtro roſtro, Señor, buſcarè.

CAPITULO IV.

Lo que eſcriviò con Nebridio de los Pſalmos, y del dolor de los dientes.

ENfin llegò el dia en que yo me avia de ver libre de enſeñar la Retórica con la obra, como ya lo eſtava con la voluntad, y aſſi ſe hizo: y vos, Señor, libraſtes mi lengua de lo que antes aviades librado mi coraçon, y yo con gran gozo os alaba-

va, y me fuì à la aldea con toda mi gente. Lo qual alli hize en las letras que ya os ſervian (aunque todavia con algun reſabio de vanidad) los libros que entonces eſcrivì, lo manifieſtan: diſputando algunas vezes con los preſentes, y otras con migo ſolo delante de vos. Y aſſi miſmo ſon teſtigos de lo que alli hize las epiſtolas que eſcriví à Nebridio que eſtava auſente. Y quien podrà tener tiempo para contar todos los grandes beneficios que en aquel tiempo, Señor, nos hiziſteis, eſpecialmente queriendo referir otras coſas mayores? Pero detieneme la memoria de aquel tiempo, y la dulzura que ſiento en confeſſar, Señor, y alabar vueſtra bondad; acordandome con que eſtimulos me amanſaſtes, y humillaſtes los altos montes, y collados de mis vanos penſamientos, y endereçaſtes mis caminos torcidos, y allanaſtes los fragoſos, y aſperos, y la mano con que ſugetaſtes à Alipio, hermano de mi coraçon, al nombre de Jeſu Chriſto vueſtro unigenito Hijo, y Salvador,

y Señor nueſtro. El qual nombre ſacratiſſimo, antes que Alipio ſe convirtieſſe, menoſpreciava, y no queria que ſe leyeſſe en nueſtros libros: porque mas queria que ellos tuvieſſen de aquella vana oſtentacion de las eſcuelas, y de los cedros que ya el Señor avia quebrantado, que de la humilde verdad y llaneza, y de las ſaludables yervas de la Igleſia, con que mueren las ſerpientes. Que vozes del profundo de mi coraçon os dì, Señor, quando ſiendo aun Catecumeno, y rudo en vueſtro verdadero amor, eſtando en el aldea con Alipio, que tambien era Catecumeno, leïa los Pſalmos de David, y aquellos cantares fieles, y ſonidos llenos de piedad tan contrarios del eſpiritu ſobervio, y vano, y eſtava con noſotros mi madre en el habito muger, en la Fè varon, vieja en el ſoſſiego, en la caridad madre, y Chriſtiana en la piedad? Que vozes os dava en aquellos Pſalmos, y como me encendia en ellos, con un ardiente deſſeo de recitarlos, ſi pudieſſe, por todo el Mundo,

contra la sobervia del genero humano por todo el Mundo se cantan, y no ay en èl quien se pueda esconder de vuestro calor. Con quan vehemente, y fuerte dolor me enojava contra los Manicheos, y les tenia lastima, porque no entendian aquellos Sacramentos, y medicinas, y como freneticos desechavan el remedio que los podia sanar? Quisiera, que sin que yo lo supiera, estuvieran en algun lugar alli cerca de mi, y me miraran à la cara, y oyeran mis vozes, quando leí el quarto Psalmo estando en aquella quietud: las palabras del Psalmo eran: *Quando te invoquè oísteme Dios de mi justicia, y en la tribulacion dilataste mi coraçon, ten misericordia de mi, Señor, y oye mi oracion.* O si me oyeran, sin saber yo que me oïan, porque no pensassen que dezia por ellos lo que dixe, ni yo cierto lo dixera de aquella manera, si entendiera que me oïan; ò me veïan, ni aunque lo dixera, ellos lo tomaran con el afecto, y animo con que lo dezia. Vieran el sobresalto que tuve, por

el temor, y el fervor, por la esperança, y alegria en vuestra misericordia, Señor, que sois nuestro Padre, y estos afectos salian por mis ojos, y por mi voz, quando vuestro espiritu bueno, Señor, se bolvia à nosotros, y nos dezia: *Hijos de los hombres, hasta quando aveis de tener pesado corazon? Porque amais la vanidad, y buscais la mentira?* Porque yo amado avia la vanidad, y buscado la mentira, y vos, Señor, ya aviades magnificado à vuestro Santo, resucitandole de la muerte, y colocandole à vuestra diestra, para que de alli embiasse, como lo avia prometido, el Espiritu consolador, y de la verdad, y ya le avia embiado, pero yo no lo sabia. Avia embiado, porque ya èl mismo avia sido glorificado, resucitando de los muertos, y subiendo à los cielos, que antes desto el espiritu aun no avia sido dado, porque Jesus aun no avia sido glorificado, y el Profeta clama: *Hasta quando sereis de duro coraçon? porque amais la vanidad, y buscais la mentira? sabed que Dios ha*

magnificado à su Santo. Clama hasta quando? Clama que sepamos, y yo en tanto tiempo no supe, y amè la vanidad, y busquè la mentira, y por esso oì estas palabras, y temblè, porque se dizen à aquellos que son tales, como yo me acordava aver sido, porque en aquellas fantasmas que yo avia tenido por verdad, avia vanidad, y mentira, y por esso dixe muchas palabras, grave, y fuertemente con el dolor de aquella memoria; las quales, pluguiera Dios que huvieran oïdo los que aman la vanidad, y buscan la mentira, porque por ventura se huvieran turbado con ellas, y la huvieran desechado, y vos, Señor, los huvierades oïdo, llamandoos, pues verdaderamente muriò el que intercede por nos delante de vos. Leïa: *Enojaos, y no queréis pecar mas:* Y moviame mucho, Dios mio, porque avia ya aprendido à enojarme con migo por las culpas passadas, para no cometerlas mas: y con razon me enojava, porque no ay otra naturaleza de linaje escuro, y tenebroso,

ſo, que pecaſſe en mi ; como dizen los que no ſe enojan con ſigo, y atheſoran ira para ſi, en el dia de la ira, y revelacion de vueſtro juſto juizio. Ya mis bienes, y eſperanças no las ponia en eſtas coſas de fuera, ni con los ojos carnales yo las buſcava en eſta luz exterior. Porque los que buſcan ſu contento, y gozo en eſtas coſas de fuera, muy facilmente ſe deſvanecen, y derraman en las coſas viſibles, y temporales, y con una cierta imaginacion hambrienta lamen las imagines della. Oxala fatigados de la hambre, digan : *Quien nos moſtrarà los bienes?* Y reſponderiamoſles, y oïrian : *Impreſa eſtà en noſotros la lumbre de vueſtro roſtro.* Porque noſotros no ſomos la lumbre que alumbra à todos los hombres que vienen à eſte mundo, ſino ſomos alumbrados de vos, para que los que en otro tiempo fuimos tinieblas, aora ſeamos luz en vos. O ſi ellos vieſſen la lumbre interior eterna, la qual por averla yo guſtado me carcomia, porque no ſe la di à moſtrar. Si me traxeran el co-

raçon derramado en las cosas exteriores, y fuera de vos, y me dixeran: quien nos mostrarà los bienes? Alli donde yo me enojè contra mi, en aquel secreto donde yo estava compungido, y avia hecho sacrificio, y degollado mi vieja costumbre, y començado con vuestro favor la renovacion de mi espiritu, aviades vos començado à ser dulze para mi alma, y dar alegria à mi coraçon. Y leyendo estas cosas de fuera, y entendiendolas dentro, dava vozes, y no queria que me fuessen multiplicados los bienes de la tierra, para consumirlos, y ser consumido dellos, porque ya tenia en essa vuestra simplicidad eterna, otro trigo, otro vino, y otro azeyte para mi sustento. Y en el verso siguiente clamava con un çlamor profundo de mi corazon: *O en paz, ò esso mismo, ò que dixo dormirè, y descansarè.* Porque quien nos resistirà quando se cumpliere lo que està escrito: *En su misma victoria perdiò su fuerça la muerte?* Y vos, Señor, sois esse mismo, que nunca se

muda, y en vos eſtà el repoſo, y olvido de todos los trabajos, que ninguno otro eſtà con vos que nos pueda ayudar, aun para las otras coſas que no ſois vos. Porque vos ſolo, Señor, ſingularmente me aveis pueſto en eſperança: leïa, y ardia, y no hallava remedio que dar à los ſordos, y muertos; de los quales yo avia ſido, y eſcandalo, y tropiezo para los demas: pues ladrava contra las letras ſagradas, y como ciego no via el reſplandor que tenia de vueſtra luz, y con el guſto lleno de hiel, no guſtava de la miel celeſtial de que eſtàn llenos. Y por eſto quando me acordava de todas las coſas que paſſaron en aquellos dias de vacaciones, me enojava, y conſumia contra las eſcrituras que ſon contrarias à eſta vueſtra eſcritura. Pero no me he olvidado, ni quiero callar el açote aſpero con que me caſtigaſtes, y la maravilloſa miſericordia vueſtra, con que tan preſto me conſolaſtes. Afligiame entonces un dolor de dientes, y iva creciendo de manera que no podia hablar. Pa-

reciòme pedir à todos los que estavan alli con migo, que rogassen, y hiziessen oracion por mi à vos que sois Dios de toda salud. Y como no podia hablar escrivìlo, y dizèlo para que lo leyessen. En hincando las rodillas, con humilde afecto, para hazer oracion, luego huyò aquel dolor. Mas que dolor? y como huyò? Yo confiesso, Señor mio, y Dios mio, que quedè atonito, porque nunca despues que nacì tal cosa avia experimentado. Descubrieronse en el profundo deste mi trabajo las señas de vuestro poder, y alegrandome en la Fè alabava vuestro nombre. Y aquella Fè no me dexava assegurar de mis pecados passados, los quales aun no me avian sido perdonados por el Bautismo.

CAPITULO V.

Pregunta à San Ambrosio, que libro de la sagrada Escritura leerà.

ACabadas las vacaciones, y vendimias, avisè à los de Milan, que buscassen para sus estudiantes

otro vendedor de palabras : porque yo avia determinado de ſerviros , Señor , y por eſtar doliente del pecho no podia leer mas. Y eſcrivì à vueſtro Prelado , y varon ſanto Ambroſio los errores de mi vida paſſada, y el deſſeo preſente que tenia , para que me aconſejaſſe , que libro de los vueſtros principalmente avia de leer, para aparejarme , y eſtar mas diſpueſto à recebir la gracia del ſanto Bautiſmo. El me mandò , que leyeſſe al Profeta Iſaïas , à lo que yo creo , porque mas claramente eſte Profeta deſcubre los theſoros de vueſtro Evangelio , y la gracia de la vocacion de las gentes. Mas yo por hallar la primera entrada , y licion deſte Profeta eſcura , y penſando que todo el reſto ſeria aſſi , le dexè , para bolver à èl , quando eſtuvieſſe mas exercitado en las divinas letras.

CAPITULO VI.

Como fue bautizado en Milan.

LLegò aquel dichoſo dia, en que yo avia de aſſentar debaxo de

vueſtra bandera, y para eſto, dexada el aldea, nos bolvìmos à Milan. Tambien Alipio quiſo renacer con migo en vos, eſtando ya veſtido de una humildad digna de vueſtros Sacramentos, y ſiendo tan fuerte domador de ſu cuerpo, que ſe atreviò à andar con los pies deſcalços por la tierra de Italia con grandes yelos. Juntamos con noſotros al muchacho Adeodato nacido de mi pecado, aunque vos Señor bueno le criaſtes. Era caſi de quinze años, y de tan grande ingenio, que ſe aventajava à muchos varones doctos, y graves. Yo confieſſo vueſtros dones, Dios mio, Criador de todas las coſas, que podeis facilmente reformar nueſtras fealdades, porque yo no tenia mas parte en èl que el pecado, y ſi le enſeñava vueſtra doctrina, vos primero me la inſpiravades, y no otro: yo confieſſo vueſtros dones. Un libro ay nueſtro, que ſe intitula del Maeſtro, en èl habla eſte moço con migo, y vos ſabeis que todas aquellas ſentencias que eſtan eſcritas en perſona dèl,

que en èl habla con migo, ſon ſuyas, ſiendo entonces de diez y ſeis años. Otras coſas mas maravilloſas vì yo en èl. Eſpantavame en gran manera aquel ingenio. Pero quien ſino vos, puede ſer el artifice de tales ingenios, y obrador de tales maravillas? Preſto lo libraſtes de los trabajos, y peligros deſta vida, y yo mas ſeguramente me acuerdo dèl, porque no temo ya que le acontezca algun deſaſtre, de los que ſuelen acontecer à los muchachos, y à los moços; y al fin al hombre. Hizimoſle compañero nueſtro, en vueſtra gracia, para criarle en vueſtra diciplina, y bautizamos nos, y huiò de noſotros la ſolicitud de la vida paſſada. No me podia hartar aquellos dias de conſiderar la alteza de vueſtro conſejo ſobre la ſalud del genero humano, regalando vos mi eſpiritu con una maravilloſa dulcedumbre. Quantas lagrimas derramè en los Hymnos, y Canticos, movido ſobremanera con las vozes de vueſtra Igleſia, que eran tan ſuaves para mi? Aquellas

vozes entravan por mis orejas, y vueſtra verdad ſe derretia en mi coraçon, y della ſe inflamava un afecto de piedad, y diſtilavan lagrimas por mis ojos, y me iva muy bien con ellas.

CAPITULO VII.

Las coſas que viò en Milan.

NO mucho antes ſe avia començado à uſar en la Igleſia de Milan eſte genero de conſolacion, y exortacion con grande afecto de los hermanos, y fieles, que cantavan juntamente con las vozes, y con los coraçones; porque no avia ſino un año ò poco mas, y al miſmo tiempo Juſtina, madre de Valentiniano Emperador (que era muchacho) engañada de los Arrianos por favorecer à ſu heregia, perſeguia à vueſtro ſiervo Ambroſio. Velava el pueblo piadoſo en la Igleſia, aparejado para morir por ſu Obiſpo, y ſiervo vueſtro. Entre los otros, mi madre, y vueſtra ſierva era que en la ſolicitud,

y vigilias mas ſe eſmerava, viviendo de oracion. Noſotros todavia nos eſtavamos frios, y apartados del calor de vueſtro eſpiritu, aunque no dexavamos de deſpertarnos, viendo la Ciudad turbada, y atonita. En eſte tiempo pues, para algun alivio, y conſuelo del pueblo, ſe inſtituyò en Milan, que ſe cantaſſen los Hymnos y Pſalmos, ſegun la coſtumbre de la Igleſia de Oriente, y deſde entonces haſta aora ſe guarda: porque muchas de las otras Igleſias, ò caſi todas han querido imitar eſta ſanta inſtitucion. En eſte miſmo tiempo revelaſtes à vueſtro ſanto Prelado el lugar donde eſtavan encubiertos los cuerpos de los Martires Protaſio, y Gervaſio, los quales por tantos años aviades guardado ſin corrupcion en el theſoro de vueſtro ſecreto conſejo, para deſcubrirlos à ſu tiempo: y con eſte favor reprimir la rabia de una muger, y muger Reyna. Porque aviendoſe manifeſtado, y ſacado eſtos cuerpos, y llevandoſe à la Igleſia de Ambroſio, con la honra, y reverencia de

vida, no solamente los endemoniados quedavan libres, confessandolo los mismos demonios que los atormentavan; pero un Ciudadano y muy conocido en la Ciudad, que muchos años antes era ciego, oyendo el ruido, y la alegria que avia en la Ciudad, preguntando, y oyendo la causa della, saltò de plazer, y rogò al que le adestrava, que le llevasse adonde los cuerpos estavan. Llegò, y alcançò que le dexassen tocar con su sudario las andas de vuestros santos, cuya muerte es preciosa en vuestro acatamiento. Hizòlo, aplicò à sus ojos el lienço, y luego viò, y de aqui se començò à derramar la fama deste milagro por la Ciudad, y à exercitarse todos à vuestras alabanças, y arder en vuestro amor, y el animo de la mala Reyna, puesto caso que no se convirtiò, ni sanò, detuvòse en la persecucion de vuestro siervo, y mitigò su furor. Yo os hago gracias, Dios mio, por averme traïdo à la memoria cosas tan grandes, que ya avia olvidado, para

que os alabaſſe por ellas. Y con dar entonces tan ſuave olor la fragancia de vueſtros unguentos, no corriamos empós de vos, y por tanto llorava yo mas entre vueſtros Cantares, y Himnos, ſuſpirando por el tiempo paſſado, y començando à reſpirar, y alentarme quanto la pequeñez, y flaqueza deſta caſa pagiza, y de heno lo ſufria.

CAPITULO VIII.

La converſion de Evodio.

VOs, Señor, que hazeis morar en una caſa à los de un coraçon, traxiſtes à nueſtra compañia à Evodio, que era mancebo, y natural de mi lugar. El qual ſiendo ſoldado, ſe convirtiò à vos antes que noſotros, y ſe bautizò, y dexando la milicia ſeglar ſe diò à la vueſtra. Juntos eſtavamos, juntos moravamos en un ſanto propoſito, buſcando en que lugar mas utilmente os pudieſſemos ſervir, y para eſto de compañia bolviamos à Africa. Y eſtando en la ciudad de

Oſtia, donde el rio Tibre entra en la mar, mi madre paſsò deſta vida. Muchas coſas dexo, porque voy de corrida; pero vos Dios mio, aceptad mis confeſſiones, y las gracias que os hago por los innumerables beneficios vueſtros que callo. Pero no puedo callar, ni dexar de dezir lo que ſiente mi alma de aquella vueſtra ſierva, que me pariò en la carne para eſta vida temporal, y en el coraçon para la eterna. No dirè yo los dones della, ſino los vueſtros en ella: porque ella no ſe avia hecho, ni criado, vos la criaſtes; y ſu padre, y ſu madre no ſupieron qual ella avia de ſer, aunque ſu madre que era ſierva de Chriſto, la enſeñò en vueſtro ſanto temor. Pero mas ſolia ella alabar al cuidado de una buena vieja criada de caſa, que avia criado à ſu padre, y traidole en los brazos ſiendo niño (como las muchadas grandecillas ſuelen traer à los niños) y por eſta cauſa, y por ſu mùcha edad, y buenas coſtumbres, en una caſa tan Chriſtiana, era muy honrada de ſus

ſeñores ; y aſſi le encomendaron la criança de ſus hijas , y ella tenia dellas gran cuidado , yendoles à la mano quando era meneſter con mucha ſeveridad , y enſeñandolas con moderada prudencia. Porque fuera de aquellas horas en que comian templadamente à la meſa de ſus padres , aunque pereciеſſen de ſed , no las dexava bever , ni un trago de agua , porque no hizieſſen mala coſtumbre, y les dezia eſtas cuerdas palabras : *Aora beveis agua , porque no teneis vino ; pero quando os caſaredes , ſiendo ya ſeñoras de vueſtras bodegas, el agua os deſagradarà , y la coſtumbre de bever ſe os quedarà , y tendrà ſu fuerça.* Con eſtos preceptos , y con aquella autoridad que tenia,refrenava aquel apetito de la edad tierna , y ajuſtava la ſed de las muchachas à una ſobria templança , para que nos les agradaſſe lo que no les convenia. Contavame mi madre , y vueſtra ſierva , como à hijo , que ſiendo muchacha ſe le avia entrado ſin ſentir el apetito del vino ; porque como era don-

zellita templada, mandavanle sus padres sacar vino de la cuba, y ella antes de echarlo en el jarro, solia dar un sorbillo, y no mas, porque no tenia gusto dello, ni lo hazia por amor del vino, sino por la curiosidad de aquella edad, que con semejantes movimientos, y excessos suele hervir, y fatigar con mayor vehemencia los animos de los moços. De manera, que añadiendo à aquel poco que bevia cada vez, un poco mas (porque el que menosprecia lo poco cae en lo mucho) vino à hazer la costumbre, que despues bevia todo un pequeño vaso de vino con mucho gusto. Adonde estava entonces aquella vieja sagaz, y aquella prohibicion tan severa? Por ventura aprovechava algo contra la enfermedad secreta, si vuestra medicina, Señor, no velara sobre nosotros? Estando el padre, y la madre, y las amas ausentes, vos estais presente, que nos criastes, y nos llamais, y por medio de otros hombres procurais la salud de las almas que hizistes. En aquella

ocaſion, Dios mio, como la curaſtes; como la ſanaſtes? Permitiſtes con vueſtra oculta Providencia, que ſe le dixeſſe una palabra peſada, y injurioſa, y con ella, como con una lancetada ſe abrieſſe aquella poſtèma, y ſe curaſſe. Porque una criada que ſolia acompañar à mi madre, quando iva por vino, riñendo con ella (como ſuelen) à ſolas, le diò en roſtro con lo que hazia, y la llamò borrachuela: y ella ſe corriò tanto, que conſiderando aquella fealdad, luego la dexò, y ſe emendò. Porque aſſi como los amigos liſongeando nos echan à perder: aſſi los enemigos reprehendiendonos, muchas vezes nos corrigen. Y vos, Señor, dais el pago à cada uno, no conforme à lo que vos por èl hazeis, ſino conforme à lo que èl pretende hazer. Porque aquella criada no pretendiò ſanar à ſu menor ſeñora, ſino amargarla, y por eſſo la injuriò à ſolas, ò quizà porque començando à reñir en aquel lugar, y tiempo ſe le vino à la boca aquella palabra: y aun por ventura, porque

no la castigassen, por no aver descubierto aquello antes. Mas vos, Señor, que governais las cosas del Cielo, y de la tierra, y de todas ellas, hazeis vuestra voluntad, con la enfermedad de una alma sanastes la enfermedad de otra: para que ninguno que considerare esto, attribuya à su virtud, ò poder, si viere que se emienda, el que èl pretende corregir, y curar con su palabra.

CAPITULO IX.

Como vivia Santa Monica con su marido.

Siendo pues criada con gran honestidad, y templanza, y sugeta por vuestro amor à sus padres, mas que por amor dellos à vos, siendo ya de edad la casaron, y fue entregada à su marido, al qual servia, como à su señor, y procurava con gran solicitud ganarle para vos, hablandole de vos con sus costumbres, con las quales la haziades hermosa, y con cierta reverencia, y respeto, amable,

y admirable à su marido: Sufria con tan grande paciencia los agravios, y deslealtad de su marido, que nunca tuvo con èl disgusto por ello: porque siempre esperava que vuestra misericordia avia de venir sobre èl, y con vuestra Fè quedar casto. Era èl por una parte muy amoroso, y por otra muy colerico, y enojadizo: pero ella sabia muy bien no resistir à su marido quando estava enojado, ni con obra, ni con palabra. Mas despues que se le avia passado el enojo, viendole quieto, y sossegado en buena ocasion, le dava razon de lo que avia hecho, quando le parecia que èl se avia enojado mas de lo justo. Finalmente como muchas matronas, que tenian los maridos mas mansos, truxessen señalados, y afeados sus rostros con las señales de los golpes que les davan, y entre sus amigas se quexassen de la crueldad de sus maridos; mi madre, como haziendo donaire, reprehendia aquella su libertad: y les dezia, que se acordassen de las leyes del matrimonio, y que el dia

que se hizieron los conciertos entre el marido, y la muger, se avian sugetado, y hechose siervas suyas, y que acordandose desta suerte, y obligacion, no se devian ensobervecer, ni engreir contra sus señores. Y como ellas se maravillassen que siendo Patricio su marido hombre bravo, y terrible, nunca se huviesse oïdo, ò por alguna señal entendido que avia puesto las manos en ella: ò que un solo dia huviessen estado reñidos, y discordes, y le preguntassen familiarmente la causa? Ella respondia lo que hazia con èl, que es lo que he dicho. Las que la imitavan, y tomavan su consejo, hallavanse bien, y holgavanse de averle seguido: las que no, eran maltratadas, y afligidas. Al principio la suegra, por los chismes de algunas malas criadas, no la mirava con buen rostro. Pero despues de tal manera la ganò con sujecion, y con un sufrimiento, y mansedumbre tan perseverante, que la misma suegra manifestò à su hijo las criadas que con sus malas lenguas

turbavan la paz entre ella, y su nuera, para que las castigasse. Y assi despues que èl, por obedecer à su madre, y tener cuenta con su familia, y mirar por la paz de su casa, las castigò de la manera que su madre quiso, avisò ella à todas, que serian castigadas de la misma manera, las que pensando agradarle, le hablassen mal de su nuera, y con esto no osando ninguno ir con chismes, vivieron suegra, y nuera con una maravillosa benevolencia, y suavidad. Entre los otros dones, que vos, Señor, distes à esta vuestra sierva, en cuyo vientre me criastes, fue uno muy excelente de apaciguar à los que entre si estavan reñidos, y discordes. Era tan grande su prudencia, que oyendo de la una parte, y de la otra muchas quexas, y palabras descompuestas, que el enojo, y desseo de vengança suele arrojar, quando la persona habla con confiança con su amigo presente, de su enemigo ausente, nunca jamas dezia à la una parte lo que avia oïdo de la otra,

ſino ſolo lo que la podia deſenconar, y hazerlos amigos. Pequeño bien me parecia eſte, ſi yo miſmo con dolor no huviera experimentado à caſi innumerables gentes (por averſe eſtendido mucho eſta peſtilencia deteſtable de pecados) las quales no ſolamente deſcubren, y dizen à los enemigos enojados lo que ſus miſmos enemigos tambien enojados dizen de ellos, pero aun añaden otras coſas que no dixeron. Y no devria de ſer aſſi, ſino al contrario, procurando no criar, ni fomentar las enemiſtades de los hombres, hablando mal, ſino hablando bien atajarlas. Y tal era mi madre, porque os tenia à vos por Maeſtro, que la enſeñavades en la eſcuela de ſu coraçon. Finalmente ya en el fin de ſu vida ganò à ſu marido para vos, y no llorò en èl, ſiendo ya fiel, lo que antes que lo fueſſe, avia ſufrido, y llorado. Ella era tambien ſierva de vueſtros ſiervos, porque todos los que la conocian, os loavan, honravan, y amavan mucho en ella, porque conocian que vos

eſtavades preſente en ſu coraçon, como lo teſtificavan ſus obras, y el fruto de ſu ſanta converſacion. Porque avia ſido muger de un ſolo marido, avia cumplido con lo que devia à ſus padres, avia governado ſu caſa con mucha piedad, y ſus buenas obras eran teſtimonio de ſu virtud. Avia criado ſus hijos, pariendolos tantas vezes, quantas ellos de vos ſe deſviavan. Y por concluir, Señor, à todos noſotros vueſtros ſiervos, que por vueſtra gracia nos dexais hablar, y deſpues que recebimos la gracia de vueſtro Bautiſmo, y antes que ella murieſſe, viviamos en una ſanta hermandad, y compañia; aſſi nos regalava, como ſi à todos nos huviera parido, aſſi nos ſervia, como ſi fuera hija de cada uno de noſotros.

CAPITULO X.

El coloquio que tuvo con ſu madre del Reyno de los cielos.

ALlegandoſe el dia en que avia de ſalir deſta vida (el qual dia

vos ſabiades, y noſotros no) ſucediò à lo que yo creo, por vueſtra ſecreta, y oculta diſpoſicion, que yo, y ella eſtuvieſſemos ſolos arrimados à una ventana, de donde ſe deſcubria una huerta de la caſa en que eſtavamos junto à la Ciudad de Oſtia: y apartados del ruido de la gente, y canſados del largo camino, nos apareja-vamos para la nevegacion. Alli hablavamos ella, y yo ſolos muy dulcemente, y olvidados de las coſas paſſadas, tratavamos de lo porvenir. Y delante de la verdad, que eſtava preſente (que ſois vos) conferiamos entre nos, que tal ha de ſer aquella vida eterna de los Santos, que ni ojo la viò, ni oreja la oyò, ni coraçon del hombre la puede comprehender. Eſtavamos con la boca de nueſtro coraçon abierta, mirando eſſas corrientes de vueſtra fuente, fuente de vida, para que, beviendo ſi quiera una gota della, conforme à nueſtra capacidad, en alguna manera pudieſſemos barruntar coſa tan grande. Llegò nueſtra plática à eſta conclu-

ſion, que qualquiera deleyte por grande que ſea de nueſtros ſentidos carnales, cotejado con la alegria de aquella vida, no ſolamente no es digno de ſer comparado con ella, pero ni aun de ſer mentado: y de aqui encendidos con mayor afecto ſubimos como por eſcalones por todas las coſas corporales, haſta llegar al Cielo, de donde el Sol, y la Luna, y las Eſtrellas embian ſu claridad ſobre la tierra. Y aun ſubimos mas adelante, penſando interiormente de vos, y hablando de vos, y maravillandonos de vueſtras obras. Entramos en nueſtras almas, y tranſpaſſamoſlas para llegar à aquella region de abundancia, que nunca desfallece, adonde apacentais à Iſraël para ſiempre, con paſto de verdad, y adonde la vida es Sabiduria, por la qual todas eſtas coſas ſe hazen, las que fueron, y las que ſeràn; y ella no ſe haze, mas aſſi es como fue, y aſſi ſerà ſiempre. Antes no ay en ella, fuè, y ſerà, aver ſido, y aver de ſer; ſino ſolo un ſer preſente, porque es

eterna: y el aver sido, y aver de ser, no es eterno. Mientras que hablamos della, y la desseamos, en cierta manera la tocamos un poco con todo el afecto del coraçon y suspiramos, y dexando alli las primicias de nuestro espiritu, bolvimos al ruido de nuestra boca, adonde la palabra se comiença, y acaba. Y que cosa ay, Señor, semejante à vuestro Verbo Jesu Christo, el qual permanece sin envejecerse jamas, y renueva todas las cosas. Llegados à este punto, deziamos: Si huviesse alguno tan bien aventurado, à quien no hiziesse ruido la carne; à quien las imaginaciones de la tierra, y de las aguas, y del ayre, y del mismo Cielo no inquietassen, sino que estuviessen en un quieto silencio, y la misma alma estuviesse en este mismo silencio, y passasse por si, sin pensar en si: y los sueños, y las revelaciones, que se hazen en la imaginacion, y toda lengua, y toda señal, y todo quanto passa, callasse, y del todo se emmudeciesse. Porque todas estas cosas al que tiene buenos oïdos,

claman.

claman : No nos hizimos nosotros , sino el Señor nos hizo , que permanece para siempre , y con este clamor nos despiertan , y nos hazen oïr al que las hizo : y hablasse solo el Señor , no por las cosas que èl hizo , sino por si mismo , de suerte que oyessemos su palabra , no por lengua de carne , ni por voz de Angel , ni por sonido de nubes , ni por semejanças escuras : pero sin estas cosas oyessemos à aquel Señor à quien amamos en ellas , à la manera que alguna vez aora nos empinamos , y estendemos , y con un pensamiento veloz , y apressurado penetramos hasta la sabiduria eterna. Pero si este pensamiento se continuasse , y dexando todos los otros que son de mas baxa suerte , este solo nos arrebatasse , robasse , y transportasse , y escondiesse en aquel gozo interior , y durasse por toda la vida eternamente lo que aora avemos sentido por un momento ; no seria esto lo que dixo el Salvador : Entra en el gozo de tu Señor. Pero esto quando serà ? Por ventura quando

todos resucitaremos, y no todos seremos mudados? destas cosas hablavamos, aunque no deste modo, ni con estas palabras: pero vos, Señor, sabeis que en aquel dia hablando desto, y teniendo este mundo debaxo de los pies, con todos sus plazeres, ella me dixo: *Hijo por lo que à mi toca, ya ninguna cosa me deleyta en esta vida, no sè que me hago mas en ella, ni para que vivo, aviendoseme cumplido tan bien la esperança que tenia? Una cosa sola avia, por la qual yo desseava detenerme un poco en ella, que era verte Catholico Christiano, antes que muriesse: mi Dios me ha cumplido este desseo, y aun mas colmadamente de lo que yo desseava, pues te veo siervo suyo, menospreciando la felicidad de la tierra, pues que hago yo mas aqui?*

CAPITULO XI.

Del extasi, y muerte de su madre.

NO me acuerdo bien lo que à esto le respondì, mas dentro de cinco dias, ò poco mas, cayo mala

en la carne de calenturas, y un dia le vino un deſmayo, y eſtuvo un poco de tiempo como ſin ſentido. Acudimos à la enferma, y bolviò preſto en ſi, y mirando à mi hermano, y à mi, que eſtavamos preſentes, como quien nos preguntava, dixo: *Adonde eſtava yo aora.* Y deſpues viendonos triſtes con la pena, añadiò: *Aqui enterrarèis à vueſtra madre.* Yo callava, y reprimia las lagrimas, y mi hermano le dixo, no sè que palabras, dandole à entender, que deſſeava que no murieſſe fuera de ſu tierra, ſino en ella, para que la muerte fueſſe mas dichoſa. Oyò ella eſto, y miròle con ojos graves, como quien le reprehendia, y bolviendoſe à mi, dixo: *Mira lo que dize eſte.* Y luego dixo à los dos, *poned mi cuerpo donde quiera, y no tengais dèl mas cuidado. Una coſa ſola os ruego, que os acordeis de mi en el Altar del Señor, en qualquier lugar que os hallaredes.* Y aviendo dicho eſto con las palabras que pudo, callò, fatigada de la enfermedad que ſe iva agravando. Mas yo, Señor Dios mio, pen-

sando en los dones que sembrais en los coraçones de vuestros fieles, para que produzgan maravillosos frutos, mucho me gozava, y os hazia gracias, acordandome del cuidado que avia tenido antes mi madre de su entierro, y como le tenia aparejado junto al de su marido. Que como avia vivido con èl en tanta conformidad, tenia por parte de felicidad (porque el animo humano es poco capaz de las cosas divinas) que despues de aquella larga peregrinacion que avia hecho por mar, se supiesse que Dios le avia hecho merced de bolverla à su tierra, para que su cuerpo, y èl de su marido, que eran tierra, fuessen cubiertos con una misma tierra. No sabia yo quando esta vanidad avia començado à salir de su coraçon, por la plenitud de vuestra gracia. Pero aunque no lo sabia, holgavame, y maravillavame. Verdad es que quando me hablò arrimada à la ventana, y me dixo: *Que hago yo aqui?* No me diò à entender que desseava morir en la patria. Y aun

deſpues he ſabido, que hablando un dia con ciertos amigos mios, con mucha confianza, como madre, del menoſprecio deſta vida, y del bien de la muerte, eſtando yo auſente, como ellos ſe maravillaſſen de aquel esfuerço, y valor que vos aviades dado à una muger, y le preguntaſſen, ſi tenia miedo de morir, y dexar el cuerpo en un lugar tan lexos de ſu tierra: Reſpondiò ella: *Para Dios no ay coſa lexos, y en el fin del ſiglo, bien ſabrà hallarme do quiera que eſtuviere para reſucitarme.* De manera, que al noveno dia de ſu enfermedad, y à los cincuenta y ſeis años de ſu edad, y à los treinta y tres de la mia, aquella ſanta, y religioſa alma fue deſatada del cuerpo.

CAPITULO XII.

Como llorò la muerte de ſu madre.

CErrava yo los ojos de mi madre, y entrava en mis entrañas una grande triſteza, y ſaliame por los ojos, derramando lagrimas: haziame gran

fuerza para reprimirlas, y para enjugar los ojos, y hallavame muy fatigado en esta lucha. En acabando de espirar, el muchacho Adeodato diò un gran grito, y començò à llorar; hasta que yendole todos à la mano, se sossegò, y callò. A la misma manera sentia yo en mi un no sè que movimiento de muchacho, que me inclinava à llorar, mas con el seso de hombre le detuve, y mandè que callasse, y assi callò. Porque no nos pareciò que era cosa decente celebrar aquel entierro con gemidos, y sollocos, con los quales se suele lamentar la miseria de los que mueren, y se acaban totalmente. Mas mi madre, ni moria miserablemente, ni moria totalmente: y esso eficazmente nos persuadian sus santas costumbres, y su Fè no fingida. Pues que era aquello que me causava tanto dolor, y me apretava el coraçon, sino una nueva llaga, que se avia hecho en èl, por ver repentinamente deshecha aquella dulcissima y amabilissima compañia con que viviamos juntos? Goza-

vame yo con el testimonio de mi madre; porque en esta su ultima enfermedad, sirviendola yo, y queriendome ella regalar, me llamò piadoso, y con un maravilloso afecto de amor, dixo, que nunca avia oido de mi boca mala palabra, ni pesada contra ella. Pero que tiene que ver, Dios mio, la honra que yo la hazia, con el amor, y solicitud con que ella me servia? Pues como yo quedasse desamparado de tan grande consuelo, no es maravilla que mi alma se lastimasse, y mi vida se consumiesse, estando tan colgada de la suya. Aviendo pues reprimido aquel moço, para que no llorasse, abriò Evodio el Psalterio y començò à cantar aquel Psalmo: *Misericordia, y juizio cantarè à ti Señor*, y todos los de casa començamos à responder. Oyeronse nuestras vozes, y acudieron muchos hermanos, y mugeres piadosas, y haziendo su oficio (como suelen) los que tenian cargo del entierro, yo me entretenia à parte con las personas que me acompañavan, y tratava con ellas de lo que

convenia à aquel lugar, y tiempo; y con esta plática iva mitigando aquel dolor interior, que vos sabiades; y los que atentamente me oïan, no sabian, antes creïan que estava sin dolor. Pero yo en vuestros oïdos (donde ninguno dellos me podia oïr) reprehendia mi ternura, y flaqueza, y detenia aquel impetu de mi tristeza, y ella à ratos, algun tanto me obedecia, y luego tornava con grande furia, no tanto que me hiziesse llorar, ni mudar el semblante; pero sin pelear con migo, y encubrir lo que fatigava, y congojava el coraçon. Mucho me pesava por verme tan flaco, y que pudiesse tanto en mi este afecto humano, (pues necessariamente nos han de suceder semejantes cosas por la orden que vos aveis puesto, y por nuestra misma condicion,) y assi con otro dolor me dolia deste mi dolor, y con doblada tristeza me consumia, y congojava. Sacòse el cuerpo difunto: fuimos, y bolvimos sin lagrimas: porque, ni en las oraciones que hizimos, quando se ofreciò por ella el

ſacrificio de nueſtra redempcion, eſtando el cuerpo junto à la ſepultura (como ſe ſuele hazer) ni en las demas plegarias, yo no llorè, mas todo el dia interiormente eſtava atreveſſado de dolor, y con la mente turbada, ſuplicandoos, como podia, que ſanaſſedes aquel dolor, y vos no lo haziades (à lo que yo creo) para darme à entender la fuerça que tiene qualquiera coſtumbre, aunque ſea con las perſonas que eſtàn ya deſengañadas, y no ſe apacientan de palabras vanas. Avia oido dezir, que los baños eran provechoſos para quitar la triſteza del coraçon, y que por eſto en Griego los llaman Balanion, vocablo que ſignifica eſto, y aſſi me pareciò lavarme en ellos. Pero yo confieſſo à vueſtra miſericordia, Señor mio, y padre de los huerfanos, que me lavè, y ſali del baño como entrè en èl, porque no ſudè, ni deſpedì de mi coraçon aquella triſteza, y amargura que me afligia. Deſpues dormì, y recordè, y hallè mi dolor en parte aliviado; y eſtando ſolo en la cama,

me acordè de unos verſos verdaderos de vueſtro ſiervo Ambroſio, que dizen aſſi:

Tu eres cuya mano artificioſa
Diò ſer à quanto vemos,
Y por cuyo ſaber, y ley eterna
Se rige aqueſta maquina hermoſa,
Juntando dos eſtremos.
Con proporcion igual, y ſempiterna:
El dia ſe govierna
Con luz reſplandeciente, y le dà entrada
A la noche callada,
Que repara los miembros fatigados
Y afloxa (con el ſueño) los cuidados.

Mas deſpues poco à poco tornava à mi memoria la converſacion de aquella vueſtra ſierva, ſanta, y piadoſa para con vos; blanda, y modeſta para con nos, de la qual ſubitamente me vía privado: y juzgando que tenia razon de llorar en vueſtro acatamiento por ella, y por mi, ſoltè la rienda à las lagrimas que tenia repreſſadas, para que mi coraçon ſe deſahogaſſe con ellas, y ſe hartaſſe de llorar: y con eſto deſcansò mi coraçon; porque vueſtras orejas me oïan,

y no las de algun hombre ſobervio, y vano, que diferentemente podia interpretar eſte mi llanto: y aſſi, Señor, lo confieſſo en eſta eſcritura, leàlo quien quiſiere, è interpretelo como quiſiere, y ſi le pareciere que ay pecado en aver yo llorado, por un breve tiempo con mis ojos à mi madre muerta, y à madre que muchos años me avia llorado à mi, para que vivieſſe en vueſtros ojos, no haga burla de mi, antes ſi tiene tanta caridad, llore por mis pecados, y ruegue por mi à vos, Señor, que ſois verdadero Padre de todos los hijos de JESU CHRISTO vueſtro Hijo.

CAPITULO XIII.

Ruega à Dios por ſu madre difunta.

AOra que ya yo eſtoy ſano de aquella llaga que afligia mi corazon, por la qual el afecto de la carne ſe podia reprehender delante de vos, Señor Dios nueſtro, quiero derramar por aquella vueſtra ſierva otro genero de lagrimas, que mane

de un espiritu temeroso, considerando los peligros que tiene qualquier alma que muere en Adan. Porque aunque es verdad, que mi madre despues que fue reengendrada en Christo, mientras que viviò en la carne, viviò de tal manera, que en su Fè, y costumbres, podemos alabar vuestro santo nombre, no por esso me atrevo à dezir que despues de la gracia del Bautismo, no saliò palabra de su boca contra vuestros mandamientos. Y la verdad eterna, que es vuestro Hijo, dixo, que si alguno dixesse alguna palabra injuriosa à su hermano, seria digno del fuego eterno. Y aun ay de la vida (por loable que sea) de los hombres, si de vos fuere examinada sin misericordia. Mas porque no escudriñais nuestras culpas con rigor, tenemos confiança de hallar en vos perdon: y el que delante de vos cuenta sus verdaderos merecimientos, que cuenta sino vuestros dones? O si los hombres conociessen que son hombres, y los que se glorian, se gloriassen en el Señor. Pero yo, Señor,

alabanza mia, y vida mia, y Dios de mi coraçon, dexando à parte un poco las buenas obras de mi madre (por las quales con grande alegria os hago gracias) yo os ruego, y ſuplico que perdoneis ſus pecados. Oydme, Señor, por aquella medicina de vueſtras ſagradas llagas, que eſtuvo colgada en aquel madero ſanto, y aora ſentado à vueſtra dieſtra intercede por nos. Yo sè que era miſericordioſa, y que perdonava de coraçon à los que la ofendian: pues vos, Señor, perdonadla à ella ſus deudas, ſi algunas tuvo, deſpues que recebiò el agua de la ſalud. Perdonadla, Señor, perdonadla, yo os ſuplico, y no entreis en juizio con vueſtra ſierva. Venca la miſericordia al juizio, pues vueſtras palabras ſon verdaderas, y à los miſericordioſos prometiſtes miſericordia; por vueſtra gracia fueron ellos miſericordioſos, y tendreis miſericordia de quien la tuviſtes, y uſareis della con quien antes la huvierades uſado. Yo bien creo que ya aveis hecho lo que yo os ſuplico, mas

tened por bien, Señor, que yo os lo ruege. Porque ella estando ya para dar el alma à vos su Criador, no tuvo cuenta que su cuerpo fuesse enterrado con pompa, ni embalsamado, ni puesto en monumento rico, ni en su tierra, ni tal nos encomendò, sino solamente que nos acordassemos della en el Altar, al qual ella cada dia, sin faltar alguno, servia; porque sabia que en èl se ofrecia aquella santa Hostia, por la qual la obligacion de nuestros pecados se rasgò, y el enemigo fue vencido; aquel enemigo que anda buscando nuestros pecados, con que darnos en rostro, y por virtud de aquel en quien le vencimos, no los halla. Quien podrà bolver à sus venas la sangre inocente de este Señor? Quien podrà restituirle el precio con que nos comprò, y desta manera quitarnos de sus manos? Al Sacramento deste precio de nuestra redemcion atò esta vuestra sierva su alma con el lazo de la Fè. Ninguno la arrebate de vuestro amparo, y protecion, ni el leon con su violencia, ni el dragon

con ſu aſtucia ſe pongan delante. Porque ella no reſponderà que no deve nada (por no ſer convencida , y preſa del aſtuto acuſador) mas reſponderà, que ſus pecados le han ſido perdonados por aquel , al qual ninguno puede pagar lo que èl , ſin deverlo , por noſotros pagò. Sea pues , Señor, en paz con ſu marido , con el qual ſolo fue caſada , al qual ſirviò , y diò fruto con paciencia , para ganarle à èl tambien para vos. Inſpirad , Señor Dios mio , inſpirad à vueſtros ſiervos, y hermanos mios , à vueſtros hijos , y ſeñores mios , à los quales yo ſirvo con la voz , y con el coraçon , y con mis libros que todos los que eſto leyeren , ſe acuerden en el Altar de Monica vueſtra ſierva , y de Patricio ſu marido , por los quales me diſtes el ſer , y me ſacaſtes à eſta vida mortal , el como no lo ſé. Acuerdenſe con un afecto piadoſo de mis padres en eſta vida tranſitoria , y de mis hermanos (de los quales vos ſois Padre en la Igleſia Cathólica , nueſtra Madre) y de mis conterraneos en aquella Je-

rusalen eterna, à la qual todos peregrinamos por este valle de lagrimas, desde la hora en que nacimos, hasta la hora en que acabamos. Para que desta manera, por las oraciones de muchos, y mediante estos mis ruegos, y confessiones, alcancè mas copiosamente mi madre la postrera cosa que con tanto encarecimiento me pidiò.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO X.

CAPITULO I.

De la confeſſion del coraçon.

COnozcaos yo conocedor mio: conozcaos yo, como vos me conoceis. Virtud de mi alma entrad en ella, y ajuſtadla à vos, para que vos la tengais, y poſſeais, ſin mancha, y ſin ruga. Eſta es mi eſperança, y por eſto hablo, y en eſta eſperanza me alegro, quando ſantamente me alegro: todas las otras coſas deſta vida, tanto menos ſe deven llorar, quanto mas ſe lloran: y tanto mas ſe devrian llorar, quanto menos las lloramos. Porque vos amais la verdad, y quien

la obra, esse alcanza la luz. Yo la quiero obrar en mi coraçon: confessandome delante de vos, y delante de muchos testigos en esta escritura.

CAPITULO II.

Que à Dios todos nuestros secretos son manifiestos.

PEro estando tan patente à vuestros ojos el abismo de la conciencia del hombre, que cosa puede aver, Señor, oculta en mi, por mas que yo la quisiesse encubrir, y no me confessar à vos? Pues en tal caso no me esconderia yo de vos, sino à vos esconderia de mi. Mas aora que mi gemido, y mi llanto es testigo del descontento que yo tengo de mi mismo, vos resplandeceis, y me agradais, y sois de mi amado, y desseado, para que yo tenga verguença de mi mismo, y dexandome à mi, escoja à vos, y no me agrade à mi, ni à vos, sino por vos. De manera, Señor, que tal qual soy, à vos soy manifiesto, y ya he dicho con que fruto

me confieſſo à vos. Porque no hago eſto con la lengua de carne, y con palabras, y vozes muertas, ſino con las palabras de mi alma, y con un clamor fuerte de mi coraçon, que penetra vueſtros oydos. Porque quando yo ſoy malo no es otra coſa confeſſarme à vos, ſino deſagradarme de mi miſmo, y quando ſoy bueno, no es otra coſa confeſſarme à vos ſino no atribuirme à mi eſta bondad, porque vos, Señor, que bendezis al juſto, antes que lo ſea, le juſtificais: y de impio le hazeis juſto. Y aſſi, Dios mio, mi confeſſion delante de vos habla, y calla, calla con el ſonido de fuera, y habla con el afecto de dentro. Porque no puedo yo dezir à los hombres coſa buena, que vos primero no la ayais oido de mi, ni aun vos oirla de mi, ſi yo primero no la huviera oido de vos.

CAPITULO III.

Para que aprovecha la confessión de los pecados.

PUes qué tengo yo que ver con los hombres, ò que provecho me puede venir à mi, que ellos oygan mis confessiones, pues no pueden sanar todas mis dolencias? Curioso por cierto es el linage de los hombres en querer saber las vidas agenas, y perezoso en enmendar las suyas. Para que quieren oïr de mi quien soy, los que no quieren oïr de vos Señor, lo que ellos son? Y quando me oyen hablar de mi, como saben que digo verdad? Pues no ay hombre, que sepa el coraçon del hombre, sino el espiritu del mismo hombre, que sabe lo que ay en si. Pero si os oyeren hablar à vos de si mismos, no podràn dezir que miente el Señor. Porque que otra cosa es, oïr de vos lo que ellos son, sino conocerse? Quien ay que se conozca, y diga, falso es, sino mintiendo? Mas porque la caridad

todo lo cree, entre los que allà tiene unidos, y travados, como si fuesse un coraçon: yo tambien, Señor, de tal manera me confessarè à vos, que los hombres me oygan, ya que no les pueda probar que digo verdad, à lo menos me crean aquellos à quien la caridad abre los oïdos. Pero queria mucho saber, Señor Dios mio, y intimo medico mio, que fruto puedo yo sacar destas mis confessiones? Cierto, Señor, que las confessiones de mis peçados passados, (los quales me perdonastes por hazerme bienaventurado, y cubristes con el velo de vuestra misericordia) quando se leen, ò se oyen, despierta el coraçon, para que, oprimido del sueño de la desesperacion, no diga, no puedo, antes se despierte, y vele en el amor de vuestra misericordia, y en la dulcedumbre de vuestra gracia, por la qual qualquiera hombre enfermo que conoce su enfermedad, y flaqueza, cobra fuerças, y vigor, y se haze robusto: y los buenos se deleytan de oïr los males passados de los

que ya carecen dellos, y no se deleytan, porque son males, sino porque lo fueron, y ya no lo son. Pues con que fruto, Señor Dios mio (al qual mi conciencia cada dia se confiessa, estando mas segura con la esperança de vuestra misericordia, que con su inocencia) dezidme, yo os suplico, con que fruto delante de vos me confiesso à los hombres por esta mi escritura, y descubro lo que soy, y no lo que fuì? porque el fruto de confessar lo que he sido, ya yo lo vì, y he hecho dèl mencion. Pero lo que yo aora soy en este tiempo de mis confessiones, muchos de los que me conocen, y de los que no me conocen, lo desean saber, los quales de mi mismo, ò de otros han oïdo hablar de mi: pero sus orejas no estan en mi coraçon, adonde yo soy el que soy. Estos tales quieren que yo me confiesse, y que diga lo que soy acà dentro de mi, adonde ellos no pueden llegar con la vista, ni con el oido, ni con su entendimiento: y estàn aparejados para creerme, pero pre-

gunto yo si me podràn conocer ? Mas aquella caridad, mediante la qual ellos son buenos, les persuade que yo no miento en estas mis confessiones, y esta misma caridad es la que en ellos me cree.

CAPITULO IV.

De los grandes provechos que se sacan de la confession.

PEro que provecho pueden sacar desta mi confession los que la dessean oïr ? Quieren por ventura alegrarse con migo, quando oyeren quanto por vuestra gracia yo me llegò à vos, y rogar por mi, quando oyeren quanto tardò en seguiros, por el peso de mi corrupcion ? A estos tales de buena gana me descubrirè : porque no es pequeño fruto, Señor Dios mio, quando muchos os hazen gracias por los beneficios que de vos avemos recebido, ò os ruegan por nos. Justo es que el animo de mis hermanos ame en mi lo que vos enseñais que se deve amar,

y ſe duela de mi, en lo que vos mandais que ſe deven doler. Eſto haga el animo de mis hermanos, no el de los eſtraños, ni el de los hijos agenos, cuya boca habla vanidades, y cuya dieſtras es dieſtras de maldad. El amor, digo, de mis hermanos, que quando ſe agrada de lo que hago, ſe goza de mi bien, y quando no ſe agrada, ſe entriſtece de mi mal: y quando me alaba, y me vitupera, ſiempre me ama. A eſtos tales me manifeſtarè, porque reſpiren en mis bienes, y ſuſpiren mis males. Los bienes que tengo, Señor, dones vueſtros ſon, y mis males ſon mis pecados, y vueſtros juizios. Reſpiren, y alegrenſe en aquellos, ſuſpiren, y entriſtezcanſe en eſtos; y el Canto de alabança, juntamente con el llanto derretido como encienſo en el incenſario de los coraçones de mis hermanos, ſuba delante de vueſtro Divino acatamiento, para que vos Señor aplacado con la ſuavidad deſte olor, tengais miſericordia de mi por vueſtro ſanto nombre, y conſervando lo

que

que aveis començado, acabais lo mucho que me falta. Eſte es el fruto de mis confeſſiones, quando yo digo, no lo que fuì, ſino lo que ſoy, y no ſolamente lo confieſſo delante de vos, con una ſecreta alegria, acompañada con pavor, y con un ſecreto dolor, mezclado con eſperança, ſino tambien lo pongo en los oïdos de los hombres fieles, que ſon compañeros de mi gozo, veſtidos de la flaqueza de la carne como yo, y ciudadanos, y peregrinos con migo, aſſi de los que van delante, como de los que nos ſeguiràn, y de los que aora viven. Eſtos ſon vueſtros ſiervos, y hermanos mios, eſtos ſon vueſtros hijos, y mis ſeñores, à los quales vos me aveis mandado que yo ſirva, ſi quiero vivir con vos, y vivir de vos: y eſte vueſtro mandato no tuviera tanta fuerça, ſi fuera ſolo de palabra, y no acompañado con la obra, y con el exemplo que nos diſtes. Eſto es lo que yo hago con obras, y con palabras debaxo de vueſtro amparo, y harialo con gran peligro, ſino fueſſe

eſtando mi anima debaxo de vueſtras alas, y ſujeta à vos, que tambien conoceis mi flaqueza. Pequeño ſoy, pero mi Padre ſiempre vive, y mi tutor es muy baſtante para mi: porque el miſmo que me engendrò, es tambien mi tutor, y defenſor, y el miſmo es todo mi bien. Y vos, Señor todo poderoſo, ſois eſte que digo, y eſtais con migo aun antes que yo eſtuvieſſe con vos. Pues à eſtos tales à quien vos me mandais que yo ſirva, me manifeſtarè, y dirè no quien fuì, ſino quien aora ſoy, aunque no ſoy juez de mi, ni me juzgo yo, y aſſi me oïràn.

CAPITULO V.

Como el hombre no ſe conoce de todo, ni conoce à Dios, ſino confuſamente.

VOs, Señor, ſois el que me juzgais, porque aunque ningun hombre ſabe las coſas que eſtàn dentro del hombre, ſino el miſmo eſpiritu del hombre, que conoce lo que eſtà dentro de ſi, todavia algunas coſas

ay en el hombre, que el miſmo eſpiritu del hombre no las entiende, pero vos, Señor, ſabeis todo lo que ay en el hombre, porque vos le hiziſtes, y es obra de vueſtras manos. Mas yo aunque delante de vueſtro acatamiento me menoſprecio, y confieſſo que ſoy tierra, y ceniza, no por eſſo dexo de conocer, que alguna coſa ſé de vos, què no ſé de mi. Porque dado que en eſta vida no os vemos cara à cara, ſino por eſpejo, ſombras, y figuras, y que todo el tiempo que dura eſta mi peregrinacion, no os conozco tan claramente à vos, como à mi, con todo eſſo ſé de vos, que ſois inviolable, y que ninguna coſa os puede empecer, y no ſé de mi à que tentaciones podrè reſiſtir, y de que tentaciones me dexarè vencer, y toda mi eſperança eſtriva en ſaber que vos ſois fiel, y que no nos dexais tentar ſobre nueſtras fuerças, antes creciendo la carga de la tentacion, crece el favor de vueſtra gracia, para que la podamos llevar. Confeſſarè, pues, lo que ſé,

porque lo que ſé de mi, lo ſé por la luz que vos me dais: y lo que no ſé de mi, no lo ſé, ni lo ſabrè, haſta que eſtas mis tinieblas ſe deshagan con vueſtro roſtro mas reſplandeciente que el medio dia, y con vuestra luz ſe ſerene mi conciencia, y quede cierta, y no dudoſa.

CAPITULO VI.

Que coſa ſea Dios, y como ſe conoce.

SEñor, yo os amo, heriſteis mi coraçon con vueſtra palabra, y yo os amè. El Cielo, y la tierra, y todas las coſas que en ella ay, por todas partes me dizen, y predican, que yo os amè, y no ay hombre à quien no pregonan eſto miſmo, para que ninguno ſe pueda eſcuſar. Pero vos ſereis miſericordioſo, con el que lo huvieredes ſido, y uſareis de miſericordia con el que la huvieredes uſado: y ſi vos no uſais deſta miſericordia, lerdos ſomos, y en balde el Cielo, y la tierra nos predican vueſtras alabanzas. Pero que es lo que

yo amo quando os amo? No hermoſura de cuerpo, ni lindeza de tiempo, ni reſplandor de luz que deleyta nueſtros ojos, no melodia de dulces vozes, no olores ſuaviſſimos de flores, ni de unguentos, ni de eſpecies aromaticas, no mana, ni miel, ni coſas ſabroſas al guſto, ò deleytables al tacto, ni otra coſa alguna que eſtè ſujeta à nueſtros ſentidos. No amo eſtas coſas, quando amo à mi Dios, y con todo eſſo amo una luz, y una voz, y un olor, y un manjar, y un abraço, quando amo à mi Dios: mas una luz, voz, olor, y manjar, y abraço de mi hombre interior, adonde reſplandece à mi alma lo que el lugar no comprehende, y ſuena lo que no arrebata el tiempo, y huele lo que el viento no derrama, y es ſabroſo lo que no ſe diſminuye por comerſe, y lo que eſtà tan pegado, que con la hartura no ſe puede apartar, ni deſpegar. Eſto es lo que amo, quando amo à mi Dios: y que es eſto? Preguntè à la tierra, y dixome: No ſoy tu Dios: y todas las coſas que ay

en ella dixeron lo miſmo. Preguntè à la mar, y à los abiſmos, y à todos los animales, que viven en ellos, y reſpondieronme: No ſomos tu Dios, buſcale ſobre noſotros. Preguntè al ayre, y à todas las coſas que moran en él, y todas confeſſaron, y dixeron: Anaximenes Filoſofo ſe engañò, no ſomos tu Dios. Preguntè al Cielo, al Sol, à la Luna, y à las Eſtrellas, y tambien me dixeron: No ſomos el Dios que buſcas. Y finalmente preguntè à todas las coſas que eſtàn fuera de mi, y dixeles, que pues ellas, no eran mi Dios, me dieſſen nuevas y me dixeſſen algo dèl: y todas à grandes vozes clamaron, y dixeron: *El nos hizo.* Eſta pregunta de las criaturas es una profunda conſideracion dellas, y ſu reſpueſta es una teſtificacion que ellas hazen de Dios, con ſu miſmo ſer, y con las varias eſpecies que èl les diò. Yo tornè, y entrè en mi, y dixe à mi miſmo: Tu quien eres? y reſpondiòme: Hombre ſoy, cuerpo y alma tengo; el cuerpo es viſible, y corporal, el al-

ma es interior, y espiritual. Por qual destos dos devo yo buscar à mi Dios? ya yo le avia buscado por el cuerpo, embiando mis mensageros hasta el Cielo por todas las partes que se pueden estender mis ojos; pero mucho mejor es aquella parte interior del alma, que es la que preside, y à quien los embaxadores del cuerpo refieren lo que hallaron, y la que juzga de lo que responden el Cielo, y la Tierra, y todas las cosas criadas, quando à boca llena dizen: No somós tu Dios, sino èl nos hizo. El hombre interior es el que conoce estas cosas por el ministerio del hombre exterior: yo interiormente las he conocido; yo, y la mejor parte de mi, que es mi alma, mediante los sentidos del cuerpo. Preguntè à esta grande máquina del mundo de mi Dios, y respondiòme? No soy yo Dios, sino hechura suya. Pues viendo todos los que tienen buenos ojos esta hermosura, como no oyen esta voz: los animales grandes, y pequeños la ven, mas no pueden preguntar: por-

que aunque tengan los sentidos, no tienen la razon para juzgar. Mas los hombres pueden preguntar, y percebir las cosas invisibles de Dios por estas cosas visibles que parecen: pero porque se sujetan por el amor à las cosas perecederas, estando dellas cautivos, por esso no pueden juzgar, ni ellas responden à los que solamente preguntan, sino à los que preguntan, y juzgan. Y no mudan ellas su voz (que es su especie, y hermosura) quando uno se contenta con solo verlas, y otro viendolas pregunta, aunque al uno parezcan de una manera, y al otro de otra: antes pareciendo de una misma manera al uno, y al otro, al uno calla esta voz, y al otro le habla, ò por mejor dezir, à todos habla. Pero aquellos solos la entienden, que aviendola percebido por los sentidos de fuera, la rumian interiormente, y la cotejan con la verdad. Esta verdad es la que me dize: No es tu Dios el Cielo, ni la Tierra, ni cosa corporal: y su misma naturaleza dize, y clama esto mismo:

Y ſi lo quieres ver, mira como la grandeza corporal es menor en la parte que en el todo. De la qual verdad ſe ſigue, que tu, alma mia, eres mejor que el cuerpo: porque tu ſuſtentas la grandeza de tu cuerpo, dandole vida, lo qual ningun cuerpo puede hazer, y tu Dios es vida deſta tu alma que dà vida.

CAPITULO VII.

Que con ninguna fuerça corporal ſe puede hallar Dios.

PUes que es lo que yo amo, quando amo à mi Dios? quien es eſte que eſtà ſobre la cabeça de mi alma? por la miſma alma ſubirè à èl. Levantarme he ſobre mi miſmo, y ſobre aquellas potencias con que eſtoy aſſido al cuerpo, dandole vida, y ſer, porque no puedo yo con ellas hallar à mi Dios; pues ſi le hallaſſe, tambien los animales brutos, que no tienen entendimiento, lo hallarian, viviendo ſus cuerpos con los miſmos ſentidos. Otra virtud ay ſuperior, con

la qual no solamente yo doy vida à mi carne, sino tambien le doy sentido: y esta virtud fabricò mi Señor, mandando al ojo que no oïga, y à la oreja que no vea, sino al ojo que me sirva, para que yo vea, y à la oreja, para que yo oïga: y à los demas sentidos los puso en sus propios lugares, y los repartiò sus diferentes oficios, los quales todos siendo tan diversos, mi animo solo los obra por ellos. Sobre esta virtud sensitiva tengo de subir para conocer à Dios, porque esta tambien la tiene el cavallo, y las otras bestias, pues tambien sienten por el cuerpo.

CAPITULO VIII.

La fuerça de la memoria.

TRaspassando pues esta mi naturaleza, y subiendo como por escalones, à aquel Señor que me hizo, llegùe à un campo grande, y à un palacio maravilloso de mi memoria, en el qual estàn los tesoros de innumerables imagines que entra-

ron à ella por las puertas de los sentidos. Aqui està guardado todo lo que pensamos, acrecentando, ò disminuyendo, ò de otra qualquier manera variando las cosas que el sentido percibiò, y se puso como en deposito en la memoria, si ya no estuviesse por el olvido sepultado. Deste tesoro de la memoria pido yo que salga lo que quiero, y algunas cosas salen luego, otras es menester buscarlas mas de espacio, y sacarlas como de unos escondijos mas secretos. Otras salen como en tropel, y buscando, y pidiendo otra cosa, saltan en medio, como si dixessen: Somos por ventura nosotras las que buscais? y yo como con la mano las ojeo, y aparto de mi memoria, hasta que de allà de aquellos apartamientos ocultos se descubra lo que busco, y se me ponga delante. Otras cosas ay que facilmente, y con la misma orden que se piden, se representan, y las que preceden, dan lugar à las que se siguen, y se buelven como à sus casas para tornar otra vez à salir, quando se lo

mandaren : lo qual se haze quando se cuenta alguna cosa de memoria. En esta memoria estàn guardadas distintamente las cosas que entran cada una por su puerta, como la luz, y todos los colores, y la hermosura de los cuerpos por los ojos. Todos los generos de los sonidos, y vozes por los oïdos, todos los olores por las narizes, todos los sabores por el gusto, y por el tacto (que està derramado por todo el cuerpo) lo que es duro, y lo que es blando, lo caliente, y lo frio, lo liso, y lo aspero, lo pesado, y lo ligero, aora sea intrinseco, aora extrinseco al cuerpo. Todas estas cosas recibe la memoria en un grande y espacioso receptaculo, y en ciertos senos suyos secretos, è inexplicables, para quando fuere menester presentarlas, y bolverlas, y entran en este palacio de la memoria por sus propias, y diferentes puertas, y se guardan en ella : aunque las que entran no son las mismas cosas, sino las imagines de las cosas sensibles, y estas son las que alli se ofrecen à la me-

moria, quando dellas se quisiere acordar. Quien podrà dezir como estas imagenes, y especies se juntan, y componen, aunque entienda por que sentidos entraron, y se guardan alli? Porque aun quando estoy à escuras, y callando, saco de la memoria quando quiero, las colores, y hago diferencia del blanco al negro, y entre los demas: y quando hago esto, y considero lo que entrò por los ojos, no me turban, ni me impiden los sonidos, aunque estèn alli à parte, y como escondidos en su aposento; porque si yo los pido, tambien ellos salen luego, y callando mi lengua, y mi garganta, tanto quanto quiero. Y todas aquellas imagenes de las colores que tambien estàn alli, no se entremeten, ni me interrumpen, quando trato de aquellas especies, y de otro tesoro que entrò por las orejas: y desta manera me voy acordando como quiero de las demas cosas que entraron por los sentidos, y se guardan en la memoria: y sin oler nada, hago diferencia del olor

de los lirios, y de las violetas, y sin gustar, ni tocar cosa, sino solo acordandome, antepongo la miel al arrope, y lo que es liso à lo aspero. Todas estas cosas hago dentro de aquel gran palacio de mi memoria, adonde se me representa el Cielo, y la tierra, y la mar, con todas las cosas que ay en ellos, y yo he sentido, fuera de aquellas que del todo se me huviessen olvidado. Alli tambien topo con migo mismo, y me acuerdo de mi, y de lo que hize, quando, y en que lugar, y con que disposicion estava quando lo hize. Alli estàn todas las cosas que me acuerdo aver experimentado, ò creido. Deste mismo tesoro salen las semejanças de las cosas, que ò yo he experimentado, ò por la experiencia he creido, que son varias, y diversas, y yo las voy cotejando con las passadas, y sacando dellas las acciones, y sucessos, y esperanças en lo porvenir, y las medito como si estuviessen presentes. Y en este gran seno de mi alma, lleno de imagenes de tantas, y tan varias co-

ſas digo algunas vezes: Yo harè eſto, ò aquello, ò eſto, ò aquello ſe ſeguirà: oxâla fueſſe eſto, ò aquello: Dios me libre deſto, ò de aquello. Eſto digo dentro de mi, y quando lo digo, ſubito ſe me repreſentan, y ſalen del teſoro de la memoria las imagenes deſtas miſmas coſas que digo: porque ſino ſe repreſentaſſen, ſin duda yo no las podria dezir: Grande es eſta fuerça, y virtud de la memoria, grande es, Dios mio, grandes eſpacios tiene, infinita es ſu capacidad, quien puede llegar al cabo de ſu profundidad? Eſta virtud, y potencia, es de mi animo, y pertenece à mi naturaleza, y yo miſmo no alcanço à entender todo lo que ſoy; de manera, que el animo no cabe en ſi miſmo, y tiene angoſta poſada, y à penas cabe en ella. Eſtà por ventura èl fuera de ſi, y no en ſi? Pues como no cabe? Muy maravillado eſtoy deſto, y como paſmado. Maravillanſe los hombres de las alturas de los montes, de las furioſas ondas de la mar, de la corriente de los anchos

rios, del circuito del Oceano, del curſo de las eſtrellas, y dexan à ſi miſmos, y no ſe maravillan de ſi. Añadeſe à eſto, que quando yo dezia eſtas coſas, no las vía con los ojos, y con todo eſſo no las pudiera dezir, ſi yo no viera dentro de mi memoria en unos eſpacios tan grandes como ſon allà de fuera, los montes, y las olas, y los rios, y las eſtrellas, que he viſto, y el Oceano que he creido. Y quando yo ví eſtas coſas, no las ſorbí con los ojos, ni por ellos entraron dentro de mi, ni aora eſtàn con migo, pero eſtàn las imagines, y eſpecies dellas, y yo ſé lo que en mi eſtà impreſſo, y por que ſentido del cuerpo han entrado en mi.

CAPITULO IX.

De la memoria de la Ciencia.

PEro no ſolo eſtas coſas ſe encierran en aquella gran capacidad de mi memoria: mas tambien en ella eſtàn todos aquellos preceptos que tocan à las artes liberales, ſino ſe han

olvidado, y estàn como escondidos en un lugar mas interior, y secreto donde se guardan, no las imagines de las cosas, sino las mismas cosas. Porque yo sé que cosa sea la Gramatica, y la Logica, y quantas maneras ay de questiones, y lo que desto sé, de tal manera lo sé, y està en mi memoria, que no entrò dentro su imagen, y quedò la cosa de fuera, ni sonò, y se passò como la voz, que se oye, y despues de passada dexa en los oydos un rastro, y una como señal de si, por la qual nos acordamos de lo que oymos como si sonasse, no sonando ya, ò como el olor quando passa, y se deshaze en el ayre, y mueve el sentido del olfato, y por el embia à la memoria una imagen de si, de la qual despues nos acordamos, ò como el manjar, que quando està en el estomago ya no tiene sabor, y en la memoria parece que le tiene, ò como lo que se toca con la mano, de lo qual, por mas apretado que estè, se acuerda la memoria. Mas todas estas cosas no entran en la me-

moria, ſino ſolas ſus imagines, las quales con una admirable facilidad, y preſteza ſe reciben, y ſe guardan en aquellos repartimientos, y como celdas maravilloſas de la memoria, y con gran maravilla ſalen dellas, y ſe nos ofrecen quando nos àcordamos.

CAPITULO X.

Por los ſentidos entran las coſas à la memoria.

PEro quando yo oygo dezir, que ay tres generos de queſtiones, ſi es, que es, y qual es: tengo en la memoria las imagines, ò eſpecies de los ſentidos con que eſtas palabras ſe dizen, y paſſaron con ruido por las orejas, y sè que ya ſe acabaron, y no ſon. Mas las coſas que con los ſonidos ſe manifieſtan, con ningun ſentido del cuerpo ſe pueden percebir, ſolo mi animo las puede ver, y guardarlas en la memoria donde eſtàn, no las imagines dellas, ſino las miſmas coſas: las quales por donde ayan

entrado en mi, yo lo declararè ſi pudiere. Porque diſcurriendo por todas las puertas que ay en mi cuerpo, no hallo por qual dellas ayan entrado. Pues los ojos dizen, ſi tiene color, noſotros dìmos nuevas dellos. Las orejas dizen, ſi tuvieran ſonido, por nueſtra puerta entraran. Las narizes dizen, ſi tuvieran olor por nos paſſaran. El ſentido del guſto dize, ſi no ay ſabor, no ay que preguntarme. El tacto dize, ſi no es coſa corpulenta, y de tomo, yo no lo toquè, y no tocando, no pude moſtrarlo. Pues de donde, y por donde entraron eſtas coſas en mi memoria? no sè como, porque quando las aprendì, no creìa al coraçon ageno, mas en el mio las reconocì, y las tuve por verdaderas, y las depoſitè en mi miſmo coraçon para que las guardaſſe, y me las bolvieſſe quando yo ſe las pidieſſe. Luego alli eſtavan antes que yo las aprendieſſe, aunque no eſtavan en la memoria? Pues adonde eſtavan? ò porque quando me las dixeron, las conocì, y dixe: Aſſi es, verdad es, ſino

porque ya eſtavan en la memoria, pero eſtavan tan remotas, y eſcondidas, y en unas tan profondas, y ocultas como cuevas, que no podia yo penſar en ellas, ſino ſacandolas de aquella profundidad donde eſtavan por el aviſo, y amoneſtacion de alguno.

CAPITULO XI.

Como eſtàn en el anima las eſpecies de las coſas.

POr lo qual hallamos que aprender eſtas coſas, cuyas imagines no entran por los ſentidos, ſino que ſin ellas vemos las miſmas coſas como ſon dentro de noſotros, no es otra coſa, ſino recoger con el penſamiento, y advertir con la atencion, lo que ſin orden, y confuſamente contenia la memoria, y lo que eſtava eſparcido primero, y eſcondido, y como pueſto en olvido, juntarlo con orden, y concierto, y ponerlo en la memoria, para que eſtè prompto quando lo quiſieremos, y facilmente ſe nos o-

frezca, y repreſente. Muchas coſas ſemejantes encierra en ſi mi memoria inventadas, y (como he dicho) pueſtas como à la mano, que ſon las que ſe dize que avemos aprendido, y ſabemos, y eſtas miſmas coſas, ſi à ſus ciertos tiempos no ſe repiten, y buelven à tratar, de tal manera ſe olvidan, y ſe hunden en otros lugares mas profundos, y eſcuros, que es meneſter deſpues bolver à ellas como ſi fueſſen nuevas, y nunca ſabidas: porque no tienen otra region, ni eſtancia, ſino eſta: y otra vez ſe han de ayuntar en uno, para que ſe puedan ſaber, y eſtando derramadas, recogerlas: de donde en Latin ſe tomò el verbo *Cogitare*, que es frequentativo de *Cogo* porque *cogitare*, no es otra coſa, ſino coger, amontonar, y ayuntar en uno las coſas que en la memoria eſtàn derramadas, para que deſpues de viſtas podamos hazer juizio dellas, y lo que deſta manera ſe recoge en el animo, ya por el comun uſo de los que hablan Latin, propiamente ſe dize: *Cogitare*, que es juntar, ò coger penſando.

CAPITULO XII.

De la memoria de los Matemáticos.

COntiene assi mismo la memoria innumerables leyes, y razones de numeros, y dimensiones, las quales porque no tienen color, ni sonido, ni olor, ni sabor, ni se pueden tocar, no entraron por las puertas de los sentidos. Bien oïgo yo el sonido de las palabras con que estas cosas se significan, quando se disputa dellas, pero otra cosa es el sonido destas cosas, otra las mismas cosas. Porque el sonido de las palabras, que significan estas cosas, de otra manera suena en Griego, y de otra en Latin: mas las mismas cosas, ni son Griegas, ni Latinas, ni de otro genero de lengua. Yo he visto algunas lineas muy sutiles de oficiales primos, y tan delicadas como hilos de araña, mas aquellas lineas son otras, y no imagenes de las lineas que entraron en mi memoria por mis ojos. Qualquiera que tiene noticia dellas, dentro de si las

conoce, aunque por ninguna parte del cuerpo las aya ſentido. Tambien ſentì los numeros por todos los ſentidos corporales; pero los numeros con que contamos ſon otros, y no ſon imagines deſtos, y por tanto ſu ſer es mas verdadero. El que no los vee, y me oye dezir eſto, reirſe ha de mi, y yo tendrè laſtima del que de mi ſe riere.

CAPITULO XIII.

De la memoria de las aficiones.

TOdas eſtas coſas tengo en la memoria, y tambien como las aprendì. Muchas coſas he oïdo diſputar falſamente contra eſtas verdades, las quales tengo en la memoria, y aunque ellas ſon falſas, no es falſo que yo me acuerdo dellas, y que he hecho diferencia entre las coſas verdaderas, y las falſas que eſtan en diſputa. Deſto me acuerdo, y veo que tengo diferente juizio deſtas coſas aora, del que tuve en otro tiempo, aviendo muchas vezes penſado en

ellas, de suerte, que aora me acuerdo que muchas vezes entendì estas cosas, y lo que aora conozco, y entiendo, lo guardo en la memoria, para acordarme despues que assi lo entendì. Luego aora me acuerdo de averme acordado, y si despues me acordare que aora me acordè, por la fuerça de la memoria me acordare. Las afecciones assi mismo de mi alma estàn en la memoria, no de la manera que estàn en la misma alma quando las padece, pero de otra manera muy diferente, porque no estando alegre, me acuerdo de averme alegrado: y no estando triste, de la tristeza passada, y estando sin temor, del temor que tuve: y sin codicia aver sido codicioso: y por el contrario, estando alegre, me acuerdo de la tristeza passada, y estando triste, de la alegria que tuve.

CAPI-

CAPITULO XIV.

Como nos acordamos de las coſas alegres eſtando triſtes.

NO es maravilla que eſto ſe haga en el cuerpo, quando el hombre ſe acuerda del dolor corporal que tuvo: pero la maravilla es, que ſiendo la memoria parte del animo, el miſmo animo eſtè alegre, quando ſe acuerda de la triſteza paſſada, y la memoria no eſtè triſte con la triſteza que tienne dentro de ſi. Porque el animo eſtà alegre, por la alegria que tiene, y la memoria no eſtà triſte, por la triſteza que tiene: ni ſe puede dezir, que la memoria no ſea parte, y potencia del animo. Pero lo que ſe deve entender, es que la memoria es como un eſtomago del animo: y la alegria, y la triſteza, como el manjar dulce, y amargo, y quando paſſan à la memoria, y baxan al eſtomago, alli ſe pueden conſervar, mas no pueden tener ſabor. Coſa de riſa parece, penſar que eſtas coſas ſon

ſemejantes à aquellas, mas no ſon del todo deſſemejantes. Aſſi miſmo ſe deve conſiderar, que quando digo, que ay quatro paſſiones en el animo, codicia, alegria, temor, triſteza, y las partes que cada una deſtas paſſiones tiene, y como ſe dividen, y difinen, todo eſto lo hallo en la memoria, y de aquel teſoro lo ſaco à luz: y con todo eſſo quando me acuerdo deſtas paſſiones, y acordandome trato dellas, ninguna dellas me turba, y antes que yo trataſſe, y me acordaſſe dellas, alli eſtavan, y por eſſo acordandome dellas, pudieron ſalir à luz. Y por ventura aſſi como el manjar que rumian las beſtias, ſube del eſtomago à la boca, aſſi eſtas coſas ſuben de la memoria, quando nos acordamos dellas. Pues porque el que ſe acuerda no ſiente la dulzura de la alegria, ni la amargura de la triſteza? es por ventura lo que avemos dicho deſſemejante en eſto, pues no es en todo ſemejante? quien avria que por ſu voluntad nombraſſe triſteza, ò miedo, ſi cada vez que lo nom-

braſſe, huvieſſe de tener triſteza, ò temor? pero cierto es, que no podriamos dezir eſtas coſas, ſino eſtuvieſſen en nueſtra memoria, no ſolamente los ſonidos de los nombres que imprimieron en los ſentidos del cuerpo ſus imagines, ſino tambien las noticias de las miſmas coſas, que por ninguna puerta del cuerpo entraron. Pero el miſmo animo las encomendò à la memoria, ſintiendolas por la experiencia de ſus paſſiones, ò la miſma memoria, ſin ſerle encomendadas las retuvo.

CAPITULO XV.

Como nos acordamos de las coſas auſentes.

PEro quien podrà dezir, ſi eſte conocimiento ſe haze mediante algunas imagenes, ò ſin ellas? quando yo nombro la piedra, y el Sol, aunque no eſtan preſentes à mis ſentidos, ſus imagines eſtan preſentes en mi memoria. Nombro el dolor del cuerpo, no eſtando preſente el dolor, por-

que quando le nombro, no lo tengo; pero sino estuviesse la imagen del dolor en mi memoria, no sabria lo que me dezia, ni podria hazer diferencia, quando disputo entre el dolor, y el deleyte. Nombro la salud del cuerpo estando sano, y entonces la misma cosa està con migo: mas si la imagen desta salud no estuviesse en mi memoria, en ninguna manera me acordaria de lo que quiere significar el sonido deste nombre, ni los que estàn enfermos entenderian que quiere dezir salud, quando lo oyen dezir, sino tuviessen en la memoria la especie della, aunque la misma salud estè apartada de su cuerpo. Nombro los numeros con que contamos, y estan en mi memoria, no las imagenes dellos, sino los mismos numeros. Nombro la imagen del Sol, y està en mi memoria, porque yo me acuerdo, no la imagen de su imagen, sino della misma, la qual se me representa luego que della me acuerdo. Nombro la memoria, y conozco lo que nombro, y conozco esto en la

miſma memoria : eſtà por ventura la memoria preſente à ſi por ſu imagen, y no por ſi miſma ?

CAPITULO XVI.

Que tambien ay memoria del olvido.

MAs quando nombro el olvido, y conozco lo que nombro, como lo podria conocer, ſino me acordaſſe, y lo tuvieſſe en la memoria ? No hablo del ſonido deſta palabra, ſino de la coſa que por la palabra ſe ſignifica : de la qual ſi yo eſtuvieſſe olvidado, poco me aprovecharia el ſonido de la palabra : pues por èl no podria conocer la coſa que ſignifica. Luego quando yo me acuerdo de la memoria, la miſma memoria es la que ſe me ofrece, y repreſenta : mas quando me acuerdo del olvido, eſtàn preſentes la memoria, y el olvido ; la memoria con que me acuerdo, y el olvido de que me acuerdo. Y que es el olvido, ſino una privacion de la memoria ? Pues como eſtà preſente eſte olvido, para que yo me acuer-

de dèl, si estando presente, no me puedo acordar dèl? Mas si es verdad que tenemos en la memoria aquello de que nos acordamos, y que sino nos acordassemos del olvido, en ninguna manera podriamos entender la cosa que se significa por este nombre, necessariamente se sigue, que en la memoria està el olvido: luego està presente, para que no nos olvidemos, lo que quando està ausente nos haze olvidar. Por ventura de lo que avemos dicho se saca, que el olvido (quando dèl nos acordamos) no està en la memoria por si mismo, sino por su imagen? porque si estuviesse presente, por si mismo, no seria causa que nos acordassemos, sino que nos olvidassemos dèl. Y quien ay que pueda investigar, y comprehender como se haze esto en el hombre? yo cierto, Señor, mucha dificultad tengo en esto, y trabajo con migo mismo por entenderlo, y con mucho sudor, y estudio, no lo alcanço: porque no escudriñamos las regiones del Cielo, ni medimos la distancia

de las eſtrellas, ni buſcamos ſobre que cimientos eſtè ſentada la tierra, ni otras coſas que eſtàn fuera de mi. Yo ſoy el que me acuerdo, el animo es el que lo haze, que es la mejor parte de mi. No es coſa de tanta maravilla, que lo que no ſoy yo, eſtè lexos de mi; pero que coſa ay mas conjunta con migo que yo miſmo? Y con todo eſſo yo no comprehendo la fuerça de mi memoria, la qual ſi yo no tuvieſſe, no ſeria el que ſoy. Pues que es lo que avemos de dezir, ſiendo coſa cierta para mi, que yo me acuerdo del olvido? Puedo por ventura dezir que no eſtà en mi memoria, para que no me olvide, aquello de que me acuerdo? ò que el olvido eſtà en mi memoria, para que no me olvide? Lo uno, y lo otro es diſparate. Pues veamos lo tercero, como diremos, que quando me acuerdo del olvido, no eſtà en mi memoria el miſmo olvido, ſino la imagen del? eſpecialmente viendo que quando ſe imprime la imagen de qualquiera coſa en la memoria, es neceſ-

ſario que antes eſtè preſente la miſma coſa, de la qual como con ſello ſe pueda imprimir la imagen. Porque deſta manera me acuerdo de Cartago, y de todos los lugares que he viſto, y de los roſtros de los hombres, y de las demas coſas que entran por los ſentidos, y por eſtar preſente la ſalud, ò el dolor del cuerpo, pudo la memoria recoger ſus imagenes, para que yo mirandolas, me acordaſſe del dolor, y de la ſalud, aunque eſtuvieſſen auſentes. Luego ſi el olvido eſtà en la memoria por ſu imagen, y no por ſi miſmo, neceſſariamente huvo de eſtar el miſmo olvido preſente, para que ſu imagen ſe imprimieſſe: y ſi eſtava preſente, como pintava ſu imagen en la memoria? pues aun lo que eſtà ya pintado, el olvido lo borra con ſu preſencia. Pero de qualquiera manera que ello ſea, aunque el modo parezca incomprehenſible, è inexplicable, lo que yo sè cierto es, que me acuerdo del olvido, con el qual ſe ſuele ſepultar aquello de que nos acordamos.

CAPITULO XVII.

De tres grados, ò maneras de memoria.

GRande es, Dios mio, esta fuerça, y virtud de la memoria. Maravillosa, y espantosa cosa es, ver una infinidad de varias, y diversas cosas juntas èn el animo, que soy yo. Pues que naturaleza es la mia, ò que soy yo, Dios mio? Mi vida en mi manera es varia, è immensa à maravilla: porque en los campos, y en las cuevas, y secretos apartamientos de mi memoria, que son innumerables, y llenos de innumerables generos de innumerables cosas, discurro yo, y buelo de una parte à otra, y penetro quanto puedo, aora sea por las imagines que estàn en la memoria, como lo estan las de todos los cuerpos, aora por la presencia, como lo estàn las Artes, aora por no sè que noticias, como estàn los afectos del animo, de los quales aun quando el animo no padece, se acuerda la memoria, pues todo lo que està en ella, està en el

animo. Por todas estas cosas (como he dicho) discurro por la virtud, y fuerça de la memoria, y no hallo fin, tanta es la virtud de la vida que vive el hombre, aunque sea mortal. Pues que harè yo Dios mio y vida mia verdadera, passarè, y volarè sobre esta potencia de mi anima, que se llama memoria, passaré por ella para llegar à vos, que sois lumbre dulcissima, y subiré por mi alma à vos, que estais sobre ella, con desseo de abraçaros de la manera que podeis ser abraçado, y de unirme con vos, por aquella parte que una pobre criatura se puede unir con el Criador. Porque tambien las bestias, y las aves tienen su memoria, porque si no la tuviessen, no bolverian à sus nidos, y à sus guaridas, ni harian otras cosas que hazen, ni se acostumbrarian à lo que se acostumbran, sino tuviessen memoria. Pues yo passaré delante desta memoria para llegar à aquel que me hizo diferente de los animales de la tierra, y mas sabio que las aves que buelan por el

ayre. Paſſarè la memoria para hallaros à vos, que ſois una ſuavidad verdadera, buena, y ſegura; y adonde, Señor, os hallarè?

CAPITULO XVIII.

De la Reminiſcencia.

SI yo os hallo fuera de mi memoria, olvidado eſtoy de vos. Pues como os podrè hallar, ſi no me acuerdo de vos? Quando la muger perdiò la dragma, buſcòla con el candil, y ſi no ſe acordara della, no la pudiera hallar, porque deſpues de averla hallado, como ſupiera que era la miſma que buſcava, ſi no ſe acordara della? Yo me acuerdo aver perdido muchas coſas, y buſcadolas, halladolas, Eſto como lo sè? porque quando yo buſcava alguna dellas, y me preguntavan; es por ventura lo que buſcais eſto, ò aquello? Siempre reſpondia, que no, haſta que me moſtravan lo que yo buſcava, y ſi yo no me acordara dello (qualquiera coſa que fueſſe) aunque me lo enſeñaran, no lo

hallara, porque no lo conociera. Y deſta manera ſe haze, quando buſcamos lo que avemos perdido, y lo hallamos. Mas quando alguna coſa que eſtava preſente, y delante de nueſtros ojos deſaparece, la memoria no la tiene dentro de ſi, como ella es, ſino la imagen della, y ſe buſca haſta que la miſma coſa ſe buelva à repreſentar à la viſta, y quando ſe halla, por la imagen que eſtà dentro, ſe reconoce que ella es. Y no dezimos que avemos hallado lo que ſe perdiò, ſino lo conocemos, ni podemos conocerlo, ſino nos acordamos: y aſſi lo que ſe perdiò, y deſpareciò de los ojos, en la memoria ſe conſerva.

CAPITULO XIX.

Que coſa ſea el acto de la Reminiſcencia.

PEro que diremos, quando la miſma memoria pierde alguna parte de lo que tiene allà dentro, como acontece quando nos olvidamos, y lo buſcamos para acordarnos dello?

porque donde lo buſcamos ſino en la miſma memoria? Y ſi en ella ſe nos ofrece una coſa por otra, deſechamosla haſta que ſe nos ofrezca lo que buſcamos: y entonces dezimos: *Eſto es?* Lo qual no diriamos ſino lo conocieſſemos, ni lo conoceriamos, ſino nos acordaſſemos. De donde ſe ſigue que ſin duda nos aviamos olvidado dello: pero no nos aviamos olvidado del todo, ſino de una parte, y por la otra que nos acordavamos, buſcavamos lo que ſe avia olvidado. Y la miſma memoria, ſintiendo, que no abrazava dentro de ſi todo lo que antes ſolia abrazar, como menguada y manca, pedia que ſe bolvieſſe lo que le faltava. Como ſi vieſſemos un hombre que conocemos, ò penſaſſemos dèl, y olvidados de ſu nombre le buſcaſſemos: qualquiera otro nombre que ſe nos ofrezca, que no ſea el ſuyo, luego vemos que no dize con aquel hombre, porque no ſoliamos penſar dèl con aquel nombre, y por eſto le deſechamos, y no nos ſoſſegamos, haſta que hallamos el nombre que

buscamos, el qual nos representa la memoria. Y aunque otro nos lo acuerde, de nuestra memoria sale, porque no le recebimos como nombre nuevo, sino acordandonos del antiguo, le aprobamos, y dezimos: *Este es*: pero si del todo fuesse olvidado, y borrado de nuestra memoria, no nos acordariamos, por mas que nos avisassen dello: porque no se puede dezir, que del todo estamos olvidados de lo que nos acordamos que estamos olvidados, y assi no podemos buscar como cosa perdida, la que de tal manera està olvidada, que no ay memoria alguna della.

CAPITULO XX.

Que todos desean la bienaventuranza.

DE que manera, pues, os busco yo à vos Señor? porque quando os busco à vos Dios mio, la vida bienaventurada busco. Busquè os yo para que viva mi alma, porque assi como mi alma es vida de mi cuerpo, assi vos sois la vida de mi alma. Pues

como buſco yo la vida bienaventurada, la qual nunca alcanzarè, haſta que pueda con verdad dezir: *Eſto me baſta*, y lo diga en el lugar donde conviene dezirlo? Pues como la buſco? buſcola por ventura para acordarme della, como ſi antes me huvieſſe olvidado, y me acordaſſe de averme olvidado della? ò por el deſſeo que tengo de aprender, y ſaber, aora ſea lo que nunca ſupe, aora lo que de tal manera eſtoy olvidado, que no me acuerdo del olvido? Todos apetecen la vida bienaventurada, y no ay hombre tan deſventurado, que no la quiera. Pues de donde la conocieron, que aſſi la quieren? adonde la vieron para amarla, pero cada uno tiene en cierta manera eſta bienaventuranza, aunque otra manera ay mas alta de tenerla; la qual quando el hombre la alcanza, entonces de veras, y con efeto ſe llama bienaventurado. Y otros ay que ſon bienaventurados con la eſperança, que es con grado inferior de los que con efeto lo ſon: aunque eſtos tales

ſon mejores,que los que no ſon bienaventurados, ni con lo que poſſeen, ni con la eſperança de poſſeerlo. Mas aun eſtos que no lo ſon, es coſa certiſſima, que deſſean ſer bienaventurados, y que no lo deſſearian ſi no tuvieſſen algun raſtro de la bienaventurança. No sè yo como la conocen, y tienen no sè que noticia della, y eſta noticia querria yo ſaber ſi eſtà en la memoria, porque ſi eſtuvieſſe en ella, ya en algun tiempo huvieramos ſido bienaventurados. No trato yo aora, ſi todos los hombres lo fueron cada uno por ſi, ò en ſolo aquel hombre que fue padre de todos, y fue el primero que pecò, en el qual morimos todos, y del qual todos nacemos miſerables. Solamente aora deſſeo ſaber, ſi la vida bienaventurada eſtà en la memoria, pues no la amariamos, ſino la conocieſſemos. Oïmos eſte nombre bienaventurança, y todos confeſſamos que apetecemos lo que quiere dezir, porque no nos deleytamos con el ſonido de la palabra. Que el Griego quando la oye dezir

en Latin, no ſe deleyta, porque no la entiende, y noſotros nos deleytamos, porque la entendemos, como ſe deleytaria el Griego ſi la oyeſſe en ſu lengua. Porque la coſa que ſe ſignifica en lo que dezimos bienaventurança, ni es Griega, ni Latina: y los Griegos, y los Latinos, y todos los hombres de todas las lenguas ſuſpiran por ella, y la deſſean alcançar. Todos tienen noticia della: y ſi fueſſen preguntados, ſi deſſean ſer bienaventurados, à una voz, y ſin alguna duda reſponderian que ſi: lo qual no deſſearian, ſi no tuvieſſen en la memoria la coſa ſignificada por eſte nombre.

CAPITULO XXI.

Que tambien nos acordamos de las coſas que nunca tuvimos.

PEro como ſe haze eſto? Acordamos nos por ventura de la bienaventurança, de la manera que ſe acuerda de una Ciudad el que la ha viſto? no por cierto, porque la vida

bienaventurada no se vee con los ojos, pues no es cuerpo. Acordamos nos della, como nos acordamos de los numeros? tampoco, porque el que los tiene ya sabidos, no dessea mas alcanzar el arte dellos: mas la vida bienaventurada, aunque tenemos noticia della, y por esso la amamos, todavia la dessearamos alcançar, para ser bienaventurados. Serà por ventura como quando nos acordamos de la eloquencia? no, dado caso que oyendo este nombre de eloquencia, muchos de los que no son eloquentes, y de los que lo dessean ser, se acuerdan de la cosa significada por aquel nombre. De donde se vee, que tienen noticia della, la qual alcançaron por los sentidos del cuerpo: porque viendo à otras personas eloquentes, y holgandose de verlas, dessean ser como ellas: aunque no se deleytaran sin aquel exterior conocimiento, y noticia que tuvieron dellas, y no deleytandose, no dessearan serlo. Pero la vida bienaventurada, con ningun sentido del cuer-

po se experimenta en los otros. Por ventura serà como quando nos acordamos del gozo? Esto podria ser, porque assi como estando triste, me acuerdo de mi gozo passado, assi siendo miserable, me acuerdo de la bienaventurança, y con ningun sentido de mi cuerpo jamàs vi mi gozo, ni le oì, ni le olì, ni le gustè, ni le toquè, sino con solo mi animo le percebì estando alegre. Y la noticia deste gozo se pegò à mi memoria, porque yo me pueda acordar dèl, unas vezes con aborrecimiento, y otras con desseo, segun la diversidad de las cosas que me causaron aquel gozo. Porque algunas vezes de las cosas feas me gozè, y acordandome aora dellas, lo lloro, y abomino: otras vezes me gozè de las buenas, y honestas, y me acuerdo dellas con desseo, y aunque no estèn presentes, y assi estando triste, me acuerdo de mi gozo passado. Pues donde, ò quando he tenido yo experiencia de mi vida bienaventurada, para poderme acordar della, y amarla, y

deſſearla? Y no ſoy yo ſolo, ò poco: con migo, los que deſſean ſer bienaventurados, pero todos lo deſſean ſin faltar ninguno, y ſino lo conocieſſemos con una cierta noticia, no lo querriamos con tan cierta voluntad. Pero como es eſto? Porque ſi ſe preguntaſſe à dos hombres ſi quieren ir à la guerra? puede ſer que el uno dellos reſponda que ſi, y el otro, que no: y ſi ſe les preguntaſſe, ſi quieren ſer bienaventurados? Luego reſponderian ambos ſin ninguna duda, que ſi. Y para ſerlo, el uno quiere ir à la guerra, y el otro no. Y la cauſa por ventura deſto, es porque el uno pone ſu gozo en una coſa, y el otro en otra. Mas todos conciertan en querer ſer bienaventurados, de la manera que concertarian, ſi ſe les preguntaſſe ſi quieren eſtar gozoſos, y contentos. Y eſte gozo, y contento es el que ellos llaman vida bienaventurada: el qual gozo, aunque unos por un camino, y otros por otro le alcancen, un miſmo fin es, y un miſmo blanco, adonde aſpiran, y deſ-

ſean llegar los que deſſean tener gozo: lo qual por ſer coſa que ninguno puede dezir que no ha experimentado, quando oye el nombre de la bienaventuranza, la viene à conocer, hallandola en ſu memoria.

CAPITULO XXII.

Del verdadero gozo.

NUnca, Señor, vos permitais que eſte vueſtro ſiervo pienſe que es bienaventurado, por gozar de qualquier gozo, ò plazer: porque ay un gozo que no ſe dà à los impios, y malos, ſino ſolamente à los que de grado os ſirven, cuyo gozo vos miſmo ſois. Y la vida bienaventurada no es otra coſa, ni puede ſerlo, ſino gozarſe en vos, de vos, y por vos. Mas los que pienſan que es otra coſa, buſcan otro gozo, el qual aunque es falſo, y engañoſo, con la voluntad no ſe apartan, y deſvian de cierta imagen, y ſombra del gozo verdadero.

CAPITULO XXIII.

Que coſa ſea la bienaventuranza, y donde ſe halla.

DEſto ſe ſigue, que no todos deſſean ſer bienaventurados, pues los que no quieren gozar de vos (en lo qual ſolo conſiſte la bienaventurança) ſin duda no quieren la bienaventurança. Por ventura deſſean todos eſto? Si deſſean: pero como la carne pelea contra el eſpiritu, y el eſpiritu contra la carne, de manera que no hazen lo que quieren, caën en lo que pueden, y con ello ſe contentan. Porque aquello que no pueden, no lo quieren con tanta eficacia como es meneſter, para que puedan, y tengan ſalud. Porque, pregunto yo à todos los hombres, ſi querrian mas gozarſe de la verdad, que de la falſedad? Sin duda que todos me reſponderàn, que mas de la verdad: como tambien dirian, que querrian ſer bienaventurados. Pues la vida bienaventurada no es otra coſa, ſino

gozo de la verdad : y este gozo , Dios mio , luz mia , y salud de mi alma , está en vos , y es de vos , que sois la verdad. Esta vida bienaventurada todos la querrian : esta vida , que sola es bienaventurada , todos la apetecen , y todos buscan gozo de la verdad. Muchos he hallado que querrian engañar , y ninguno que quiera ser engañado : Pues donde conocieron esta vida bienaventurada , sino donde conocieron la verdad ? Porque aman la misma verdad , no queriendo ser engañados , y quando aman la vida bienaventurada (que no es otra cosa , si no gozò de la verdad) tambien aman la misma verdad , la qual no amarian , si no tuviessen alguna noticia della en su memoria : pues porque no se huelgan della ? Porque no son bienaventurados ? Porque se ocupen con mas fuerça , y ansia en otras cosas , que los hazen mas miserables , que aquella flaca memoria , y desseo debil los puede hazer bienaventurados. Tienen aun poca luz los hombres , anden , anden , porque

no les tome la noche. Mas ſi ſe ama la vida bienaventurada, que no es ſino gozò (como diximos) de la verdad, porque la verdad engendra odio, y ſe tiene por enemigo (Señor Dios mio) el ſiervo vueſtro, que predica la verdad? Sino porque de tal manera ſe ama la verdad, que qualquiera que ama otra coſa, que no ſea ella, quiere que lo que ama ſea verdad: y porque no quiere ſer engañado, no quiere ſer convencido de ſu engaño: y de aqui es, que la miſma coſa que tienen, y aman por verdad, les es motivo para que aborrezcan la verdad. Aman la verdad quando reſplandece, aborrecenla quando reprehende. Porque como no quieren ſer engañados, y quieren engañar, amanla quando ella ſe les deſcubre, y manifieſta: y aborrecenla quando ellos miſmos los manifieſta, y deſcubre, diziendoles lo que ſon. Y aſſi la paga ſerà, que los que no quiſieren ſer manifeſtados della, ella los manifeſtarà, aunque no quieran, quedandoſe ella encubierta, y

ſin ma-

ſin manifeſtarſe à los ojos dellos. Aſſi, aſſi el hombre miſerable, aſſi el ciego, y enfermo, aſſi el deshoneſto, y deſcompueſto, quiere eſconderſe, y no quiere que ninguna coſa ſe le eſconda. Pero ſucede al contrario, que èl no ſe puede eſconder de la verdad, y la verdad para èl eſtà eſcondida. Y aun con todo eſſo, aſſi miſerable como es, mas ſe huelga con las coſas verdaderas, que con las falſas. Bienaventurado ſerà el tal, ſi libre de toda moleſtia, ſe alegrare de aquella ſola verdad, por la qual todas las otras coſas ſon verdaderas.

CAPITULO XXIV.

Que Dios tambien eſtà en la memoria.

MUcho me he detenido en mi memoria, buſcandoos Señor, y no os he hallado fuera della. Porque no he hallado ninguna coſa de vos, de la qual no me aya acordado deſpues que os conocì. Y deſpues que os conocì, no me he olvidado de vos. Porque adonde hallè la verdad,

allì hallè à mi Dios, que es la misma verdad, de la qual no me he olvidado despues que la aprendì: y assi desde que os conozco, estais en mi memoria, y alli os hallo, quando me acuerdo de vos, y me deleyto en vos. Estos son mis santos deleytes, que vos mirando mi pobreza, me distes, por vuestra misericordia.

CAPITULO XXV.

En que parte de la memoria està Dios.

MAs en que parte de mi memoria estais vos Señor? en que lugar della morais? que talamo, ò que santuario aveis fabricado en ella para vos? Vos os aveis dignado de ennoblecer mi memoria, estando en ella: pero querria saber en que parte estais, porque yo he subido sobre todos los grados de memorià que tienen los animales, acordandome que no os hallava entre las imagines de las cosas corporales. Passé mas adelante, y vine à aquella parte de la memoria, adonde se suelen depo-

sitar los afectos del animo, y tampoco alli os hallè. Penetrè hasta la silla, y assiento del mismo animo, que està en mi memoria (porque tambien el animo se acuerda de si) y no estavades alli, porque assi como no sois imagen corporal, ni passion humana, como es alegria, tristeza, desseo, temor, memoria, olvido, ò cosa semejante, tampoco sois vos mi animo, sino, Señor, y Dios de mi animo. Y todas estas cosas se mudan, y vos sois incommutable, y permaneceis sobre todas ellas. Y con todo esso os aveis dignado habitar en mi memoria desde que os conocì. Y porque busco en que lugar della morais, como si en ella huviesse lugares? Pero cierto que vos morais en ella, porque yo me acuerdo de vos desde que os conozco, y en ella os hallo, quando me acuerdo de vos.

CAPITULO XXVI.

Adonde se halla Dios.

PUes adonde os hallè yo para conoceros, siendo verdad, que an-

tes que yo os conocieſſe, aun no eſtavades en mi memoria? donde os hallè para conoceros, ſino en vos miſmo que eſtais ſobre mi? Entre vos, y nos, no ay diſtancia de lugares, y no por eſſo dexamos de allegarnos à vos, y de apartarnos de vos. En todos los lugares preſidis como verdad eterna, para reſponder à todos los que os conſultan, y ſe aconſejan con vos, y juntamente reſpondéis à todos, aunque os pregunten diverſas coſas. A todos reſpondéis claramente, mas no todos oyen claramente. Conſultan, y preguntan todos los que quieren: mas no oyen ſiempre lo que quieren. Aquel cierto es buen dicipulo vueſtro, que no deſſea tanto oïr de vos lo que él quiere, como querer lo que de vos oyere.

CAPITULO XXVII.

Como Dios lleva tras ſi al hombre.

TArde os amè, hermoſura tan antigua, y tan nueva, tarde os amé. Vos eſtavades dentro, y yo fue-

ra, y en las cosas exteriores os buscava, y estando mi alma fea, se iva tras estas cosas visibles, y hermosas, que vos hizistes. Vos estavades conmigo, y yo no estava con vos, y las mismas cosas me tenian apartado, y lexos de vos, que no tendrian ser, si no estuviessen en vos. Llamastesme, distesme vozes, y rompistes mis orejas sordas, embiastes sobre mi vuestro relampago, y vuestra luz, y alumbrastes mi ceguedad. Derramastes vuestra fragrancia, y suave olor, y respirè, y anhelè por vos. Gustè, y tengo hambre, y sed, tocastesme, y abrasème con un vivo desseo de vuestra paz.

CAPITULO XXVIII.

De la miseria desta vida.

SEñor, quando yo me abraçarè con vos del todo, no tendrè ni dolor, ni fatiga. Entonces mi vida serà verdaderamente viva, porque estarà llena de vos. Mas aora porque vos hazeis ligero al que està lleno de vos,

no lo estando yo, necessariamente tengo de ser à mi mismo pesado, y cargoso. Pelean mis contentos dignos de ser llorados con las tristezas dignas de alegria, y no sè de que parte estè la vitoria. Ay de mi, Señor, aved misericordia de mi: Mis malas tristezas traen contienda con las buenas alegrias, y no sè quien vencerà. Ay de mi, Señor, aved misericordia de mi: Ay de mi? He aqui, Señor, mis llagas, no las escondo, vos sois Medico, y yo enfermo: vos misericordioso, y yo miserable: y como no es tentacion la vida del hombre sobre la tierra? quien ay que quiera sufrir molestias, y dificultades? vos mandais que se sufran, pero no mandais que se amen. No ay quien ame lo que sufre, aunque ame el sufrirlo: porque aunque se huelga de sufrirlo, mas querria que no huviesse que sufrir. En las cosas adversas desseo las prosperas, y en las prosperas temo las adversas. Que medio puede aver entre estos dos estremos, donde la vida humana nò tenga sus tentaciones,

y combates? Ay de las proſperidades deſte ſiglo, una, y dos vezes, por el temor de la adverſidad, y por el daño que haze la alegria! Ay de las adverſidades del ſiglo, una, y dos, y tres vezes por el deſſeo de la proſperidad, y porque la miſma adverſidad es aſpera, y dura, y por el peligro de no canſarnos, y perder la paciencia con ello! Y ſiendo eſto aſſi, bien ſe echa de ver que la vida del hombre ſobre la tierra es una cruda, y perpetua tentacion, ſin intervalo de tiempo.

CAPITULO XXIX.

Que la eſperança ſe ha de poner en Dios.

TOda mi eſperança, Señor, eſtriva en vueſtra ſola, y grandiſſima miſericordia. Dadnos lo que nos mandais, y mandadnos lo que fueredes ſervido. Mandais nos que ſeamos continentes: y dixo un varon ſabio: Como yo ſupieſſe que ninguno puede ſer continente, ſi Dios no ſe lo dà, entendì, que ſaber de que fuente mana eſte don de la continencia, es

parte de la sabiduria. Porque andando derramados, y distraidos en muchas cosas, por la continencia nos recogemos, y unimos: y menos, Señor, os ama el que con vos ama otra cosa, que no ama por vos. O amor, que siempre arde, y nunca se apaga! ò Dios mio, caridad infinita! encendedme: mandais la continencia, dadme lo que mandais, y mandad lo que quisieredes.

CAPITULO XXX.

De los engaños de los sueños.

MAndaisme que sea continente de la concupiscencia de la carne, y de la concupiscencia de los ojos, y de la ambicion del siglo: mandastes lo mismo del ayuntamiento carnal, y aviendo concedido el matrimonio, aconsejastes como cosa mejor la castidad: y porque vos me la distes, yo la alcancè aun antes que fuesse dispensador de vuestro Sacramento. Pero todavia viven en mi memoria (de la qual he hablado tan-

to) las imagenes de las coſas torpes, que con la mala coſtumbre hizieron aſſiento en ella: y quando eſtoy deſpierto ſe me ofrecen, aunque flacas, y ſin fuerça: mas entre ſueños no ſolamente llegan al deleyte, pero aun haſta una ſemejança de conſentimiento, y obra. Y puede tanto aquella iluſion, y engaño en mi alma, y en mi carne, que eſtando dormido, me perſuade aquella falſa viſion con ſu imagen lo que las miſmas coſas que ella repreſenta, quando eſtoy deſpierto, no me pueden perſuadir. Por ventura, Señor Dios mio, no ſoy yo el miſmo quando duermo, y quando eſtoy deſpierto? Pues como ay tanta diferencia entre mi, y mi, y entre dos momentos, en que, ò comienço à dormir, ò deſpierto del ſueño. Donde eſtà entonces la razon que deſpierta reſiſte, y contra eſtas ſugeſtiones eſtà fuerte, aunque las miſmas coſas ſe le repreſenten, y pongan delante? Cierraſe por ventura eſſa razon con los ojos, ò duerme con los ſentidos del cuerpo? Si eſto es aſſi;

como otras vezes resistimos en los sueños, y estando firmes, y permaneciendo en nuestro casto proposito, no consentimos à semejantes blanduras? Pero quando sucede lo contrario, estando ya despiertos examinamos nuestra conciencia, y hallandola sossegada, y quieta, entendemos que no hizimos nosotros, lo que nos pesa averse hecho en cierta manera en nosotros. Y como Dios mio todo poderoso, no es vuestra mano poderosa para sanar todas las enfermedades de mi anima, y con la abundancia de vuestra gracia, apagar todos los movimientos lascivos, que yo padezco entre sueños: Vos, Señor, acrecentareis en mi vuestros dones, para que mi alma me siga para vos: y para que siendo libre de la liga del apetito sensual, no sea rebelde à si: y para que aun en los sueños, movida de las imaginaciones bestiales, no solamente no cayga en semejantes torpezas, y corrupcion, pero ni las consienta. Porque no es cosa dificultosa para vos, que todo lo podeis, y nos

dais aun mas de lo que pedimos, y entendemos, que no solo en esta vida, pero en esta edad que tengo, no quede en mi, ni una sola inclinacion tan debil, quanto lo es la que se puede reprimir por una honesta voluntad del que duerme. Pero lo que aun yo soy en este genero de mal, hèlo confessado aora à mi buen Señor, alegrandome con temor por lo que me aveis dado, y llorando por lo que aun me falta, y esperando que dareis perfeccion à lo que aveis començado, y acabareis vuestras misericordias, dandome verdadera, y cumplida paz: la qual alcançaràn todas mis potencias interiores, y exteriores, quando la muerte quedarà de tal manera vencida, que no quede rastro della.

CAPITULO XXXI.

De la tentacion de la Gula.

OTra malicia tiene el dia, y plegue à Dios, que le baste. Porque cada dia reparamos con la comida, y la bevida lo que se và gastando

de nuestro cuerpo: y es necessario, que lo hagamos mientras que vos, Señor, no destruis el manjar, y el vientre. Lo qual hareis quando matarèis mi hambre, y necessidad, con una maravillosa hartura, y vestireis este mi cuerpo corruptible con una sempiterna incorrupcion. Entre tanto esta necessidad es suave para mi, y temiendo ser preso della, peleo contra ella, y le hago guerra, ayunando, y sugetando mi cuerpo, y mis mismos dolores los desecho con deleyte: Porque la hambre, y la sed, dolores son que queman, y matan como la calentura, sino se curan, y socorren con la medicina del mantenimiento. La qual porque luego nos socorre con el regalo de vuestros dones, y el Cielo, y la tierra, y el agua sirven à nuestra flaqueza, llamamos deleyte, y regalo, lo que es miseria, y desventura. Y vos me aveis enseñado, que de la misma manera que tomaria la medicina, tome el manjar. Pero queriendo passar de la molestia, y fatiga que me causa la hambre, al descan-

so, y contentamiento que de la hartura, en el mismo passo hallo armado el lazo de mi apetito: porque el mismo passo es deleyte, y gusto, y no ay otro passo por donde passar, sino por donde nos fuerça la necessidad. Y siendo la causa del comer, y bever, la salud: acompañase con ella, como criado, un peligroso deleyte, y las mas vezes quiere ir delante, y que se haga por èl, lo que yo quiero, ò digo que quiero hazer por mi salud. Y no es la misma tassa, y medida la de la salud, y la del deleyte: porque lo que basta para la salud, es poco para el deleyte. Y muchas vezes no sabemos si el cuydado necessario del cuerpo pide lo que se le da, ò si el engañoso, y deleytoso gusto se entrega en lo que no ha menester. Estando en esta duda la misera alma, se alegra, y se huelga de no saber lo que le basta para conservar la salud: pareciendole que tiene legitima escusa de su exceso, y que so color de la salud, se puede encubrir su deleyte. A estas tentaciones cada dia pue-

curo resistir, è invoco vuestra diestra, para que me dè salud, y presento ante vos mis dudas, y congojas, porque no sè en esto hasta aora tomar consejo. Oïgo la voz de mi Dios, que me manda, y dize: No se carguen vuestros coraçones con la glotonia, y embriaguez. Lejos està de mi la embriaguez, y ella no se allegarà à mi por vuestra misericordia. Pero la demasia en el comer, algunas vezes engañosamentte se inxiere: mas vos me librareis, y la apartareis de mi, porque ninguno puede ser continente, si vos no le dais la continencia. Muchas cosas nos otorgais, porque os las rogamos, y todo el bien que recebimos antes que oremos, de vos lo recebimos: y conocer esto, tambien es don vuestro, yo nunca me embriaguè, y he conocido algunos, que siendo dados al vino, vos lo hizistes templados: luego vuestra gracia fue cosa que no fuessen destemplados, los que nunca lo fueron; y que no lo fuessen siempre los que algun tiempo lo fueron: y que los

unos, y los otros entendieſſen quien era el Autor de ſu bien. Oì otra voz vueſtra, que dize: No ſigas tus concupiſcencias, y apartate de tu deleyte. Oì otra por vueſtro don, que me alegrò mucho, y dize: No por comer mucho tendremos abundancia, ni nos faltarà, ſi dexaremos de comer. Que es tanto como ſi dixera: Ni lo uno me harà rico, ni lo otro pobre. Otra oì. Yo aprendì à contentarme con lo que tengo, y sè uſar de la abundancia, y ſufrir la pobreza, todo lo puedo en aquel Señor, que me conforta. El que dize eſto es ſan Pablo, ſoldado de los exercitos celeſtiales, y no polvo como noſotros (pero acordaos, Señor, que ſomos polvo, y que de polvo hiziſteis al hombre: y que aviendo perecido, vos le hallaſtes) y mas que el que eſto dixo, no eſtriva en ſus fuerças, porque tambien era polvo, y yo me aficionè mucho à él, quando oì las razones que dezia, inſpirado por vos. Todas las coſas puedo (dize) en aquel que me conforta: pues confortadme, Señor, pa-

raque yo todo lo pueda en vos: dadme lo que me mandais, y mandadme lo que quiſieredes. Eſte glorioſo Apoſtol confieſſa aver recebido ſus dones de vos, y quando ſe gloria, ſe gloria en vos. A otro oì, que rogava à Dios, que le dieſſe lo que le pedia diziendo: Quitad, Señor de mi, los apetitos de mi carne. De donde ſe vè, Dios mio, que quando vos mandais que ſe haga una coſa, vos miſmo dais lo que mandais, y gracia para que ſe haga. Aveisme enſeñado, Padre ſanto, que à los limpios, todas las coſas ſon limpias, pero que es malo comer con eſcandalo del proximo: y que toda criatura vueſtra es buena, y que ninguna ſe deve deſechar ſi ſe toma con hazimiento de gracias: y que el manjar no nos haze dignos de alabança delante de Dios, y que ninguno nos juzgue en èl comer, ò en el bever, y que el que come, no deſprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come. Eſtas coſas he aprendido, y por ellas os hago gracias, y ofrezco ſacrificio de

alabanza à vos, Dios mio, y Maeſtro mio, que aſſi aveis abierto mis oïdos, y alumbrado mi coraçon: libradme, Señor, de toda tentacion, porque yo no temo la immundicia del manjar que como, ſino la culpa de mi apetito. Bien sè, que vos permitiſtes à Noë, que comieſſe de todo genero de carne comeſtible: y que Elias comia carne: y que el gran Bautiſta, varon de admirable penitencia, no ſe enſuziò con el manjar de los animales que llaman langoſtas. Y sè que Eſau fue engañado por el demaſiado apetito de una eſcudilla de lantejas: y que David ſe reprehendiò por el deſſeo que tuvo de bever un jarro de agua: y que nueſtro Rey, y Señor fue tentado, no de carne, ſino de pan: y el pueblo en el deſierto mereciò ſer deſechado, y reprehendido, no por aver deſſeado carne, ſino porque con el deſſeo della avia murmurado contra el Señor. Pues hallandome yo en eſtas tentaciones cada dia, peleo contra eſte apetito del comer, y bever; porque eſta no es coſa que yo

pueda cortar del todo de una vez, determinandome de nunca mas bolver à ella, como pude hazer en el ayuntamiento, y deleyte carnal, el qual de una vez pude cortar, determinandome con firmeza de ser casto. Pero en el comer, y bever es menester siempre tener la rienda en la mano, para tirarla, ò afloxarla, segun que lo pide la necessidad. Y quien ay, Señor, que alguna vez no salga de raya, y de los limites desta necessidad? Quien quiera que es tal, por cierto es gran varon, y deve magnificar vuestro nombre. Yo no lo soy, porque soy hombre pecador, mas yo tambien magnifico vuestro nombre, y sè que intercede por mis pecados aquel bendito Hijo vuestro, y Señor mio, que venciò el siglo, contandome entre los miembros enfermos de su cuerpo. Porque vuestros ojos vieron mi imperfeccion, y todos serán escritos en vuestro libro.

CAPITULO XXXII.

Que no ay coſa ſegura en eſta vida.

DEl regalo de los olores no tengo mucho cuidado; quando no los tengo, no los buſco; quando los tengo, no los deſecho, pero eſtoy aparejado para carecer ſiempre dellos: eſto es lo que me parece, por ventura me engaño. Porque entre los otros males, tambien es para llorar el ver las tinieblas, è ignorancia que tenemos de nueſtras coſas, y que nueſtra miſma alma no ſe acaba de entender: y queriendo examinarſe, y conocer ſus fuerzas, no puede facilmente creerſe, ni fiarſe de ſi. Porque muchas vezes eſtà encubierto lo que tiene dentro, y no lo conoce, haſta que la miſma experiencia ſe lo haga conocer. Y ninguno ſe deve tener por ſeguro en eſta vida, la qual toda ſe llama tentacion; pues aſſi como el hombre pudo hazerſe de peor mejor, puede hazerſe de mejor peor. Toda, y ſola nueſtra eſperança, toda nueſ-

tra confiança es, Señor, vuestra misericordia, fundada en vuestra firme, y estable promessa.

CAPITULO XXXIII.

Del deleyte de los oydos.

EL deleyte del oïdo me avia enlazado mas fuertemente, y rendido, mas vos me aveis desatado, y librado. Aora quando se cantan con suave, y artificiosa voz vuestras palabras santas (que son la vida, y como el alma de las vozes en que van embueltas) yo confiesso que algun tanto descanso, no de manera que se pegue mi espiritu, mas que se pueda levantar quando quisiere. Verdad es, que quando estas vozes, acompañadas con las sentencias (que como dixe) les dan vida, vienen à mi, y buscan en mi coraçon algun honrado lugar, à penas se le doy conveniente. Porque algunas vezes me parece, que aquellas santas palabras mueven mas nuestros coraçones, y los encienden en el amor divino,

quando se cantan con aquella suavidad, que quando se cantan sin ella, y que todos nuestros afectos tienen sus propios modos, y correspondencias, con la voz, y con el canto, con cuya no sè que oculta propiedad, se mueven, y despiertan. De donde se vee, que doy mas honra al sonido de las vozes de lo que devria. Pero el deleyte de mi carne à la qual no se deve entregar el alma, para que la debilite, y enflaquezca, muchas vezes me engaña, quando el sentido no sigue la razon, contentandose con el postrer lugar, antes siendo admitido por causa della, procura ir adelante, como guia: y assi peco en estas cosas sin sentirlo, aunque despues lo conozco. Otras vezes, por guardarme demasiadamente deste engaño, passo al otro estremo, y yerro con gran severidad: y algunas vezes tanto, que querria quitar de mis oïdos, y aun de toda la Iglesia, la melodia, y suavidad de la musica, con que cotidianamente se cantan en ella los Psalmos de David: y me parece

mas seguro lo que muchas vezes he oïdo dezir de Atanasio Obispo de Alexandria, el qual mandava cantar los Psalmos con tan baxa voz, que mas parecia que se leïan, que no que se cantavan. Pero quando me acuerdo de aquellas lagrimas que yo derramè, oyendo los canticos de vuestra Iglesia en el principio de mi Fè, y que aun aora me muevo, no con el canto, sino con las cosas que se cantan, con llana, suave, y conveniente voz, entiendo que es muy provechosa esta costumbre de la santa Iglesia. Y ando como entre dos aguas, temiendo por una parte el peligro del deleyte, y experimentando por otra el provecho saludable del canto: y mas me inclino (aunque no doy difinitiva sentencia) à aprobar la costumbre de cantar en la Iglesia, para que el animo flaco, y enfermo, con el deleyte de la musica se levante à Dios, y crezca en su amor. Aunque quando siento moverme mas con el canto, que con las cosas que se cantan, confiesso que pecò, y entonces

mas querria no oïr cantar. En este estado estoy. Llorad con migo, y llorad por mi todos los que dentro de vuestros coraçones (de donde proceden las obras) hazeis alguna cosa buena, que los que no la hazeis, no os movereis por lo que digo. Y vos Señor Dios mio, oydme, miradme, y vedme, y apiadad os de mi, y sanadme, en cuyos ojos yo he puesto mis congojosas dudas, y las peleas que tengo dentro de mi mismo: y esta es mi flaqueza, y enfermedad.

CAPITULO XXXIV.

Del deleyte de los ojos.

REsta el deleyte de los ojos de mi carne, del qual quiero confessarme, para que vos, Señor, desde esse vuestro santo templo oygas mis confessiones, y tambien las oygan las piadosas orejas de mis hermanos: y para que concluyamos, las tentaciones de la concupiscencia de mi carne, las quales todavia me combaten, llorando yo mi desdicha, y des-

seando essa morada del Cielo, à la qual suspiro. Los ojos desean ver hermosas, y varias figuras, y lindos, y lustrosos colores. No posean estas cosas mi alma, poseala el Señor que las hizo à ellas, porque aunque son muy buenas, no son ellas, sino èl, mi bien. Todos los dias quando estoy velando, me tientan estas cosas, sin intermission, y no me dexan reposar, como hazen las vozes quando callan, y yo estoy en silencio. La misma luz, que es la Reyna de los colores, y que haze visible todo esto que vemos, de dia me viene à engañar, sin yo sentirlo, ni estar atento à sus engaños. Entra tan sutilmente, y con tanta vehemencia, que si de repente faltasse, con desseo se buscaria, y si mucho tiempo se nos negasse, nos afligiria. O luz! la qual veía Tobias, quando cerrados los ojos enseñava à su hijo el camino de la verdad, y yendo él delante con él pie de la caridad no le errava. O la que veía Isaac interiormente, quando cargados, y cerrados los ojos de la carne, por sus muchos

muchos años, no conociendo los hijos que bendezia, bendeziendolos, los mereciò conocer. O la que viò Jacob, quando assi mismo estando ciego por la vejez, viò con el coraçon esclarecido, lo que avia de suceder à sus hijos, y puso las manos trocadas misticamente sobre sus nietos, hijos de Joseph, no como su padre dellos las componia por defuera, sino como interiormente èl juzgava que se avian de poner. Esta es la luz, una es, y no ay otra, y una cosa son todos los que la aman. Pero esta luz corporal, de la qual yo hablava con una blanda dulcedumbre de sabor, à esta vida del mundo, con la qual se engañan los que ciegamente la aman. Pero aquellos que por ella os saben loar, ò Dios, Criador de todas las cosas, usan della alabandoos, y no se ciegan con ella, oprimidos de su sueño. Tal desseo yo ser, resisto à los engaños de los ojos, para que mis pies no resbalen en este vuestro camino que yo ando, y levanto à vos los ojos invisibles de mi alma para

que vos libreis del lazo mis pies. Vos los deſenlazais, porque ellos ſe enlazan: vos no ceſſais de librar mis pies, mas yo muchas vezes caygo en la celada que me tienen armada por todas partes: porque vos, Señor, que ſois la guarda de Iſraël, no dormis, ni dormiteis. Quan innumerables coſas añadieron los hombres à los deleytes de los ojos, con varias artes, è invenciones de ropas de varias hechuras, calçados, vaſos de mil maneras, pinturas, y artificios, paſſando el uſo neceſſario, y moderado, y ſacando las coſas de ſus juyzios? ſiguen de fuera lo que hazen, y dexan la de dentro aquel que los hizo, y deſtruyen lo que èl en ellos hizo. Pero yo Señor, Dios mio, y hermoſura mia, tambien por eſto os alabo, y ofrezco ſacrificio de alabança, à vos ſantificador mio, porque todas las coſas hermoſas que ſe hazen por el ingenio del hombre, y artificio de ſus manos, ſe derivan de aquella hermoſura que es ſobre las almas, à la qual mi alma de dia, y de noche ſuſ-

pira. Todos los que obran, y siguen las hermosuras exteriores, toman la traza, y modèlo desta hermosura, pero no toman el modo con que deven usar dellas. En las mismas cosas està este modo, mas no le ven, para asirse dèl, y no divertirse, y alexarse dèl, y derramar su fortaleza, y vigor, no en vos, sino en sus cansados deleytes, y cansancios deleytosos. Yo mismo que digo esto, y que lo conozco, tambien me enredo, y pongo el pie en estas cosas hermosas, pero vos, Señor, le sacais dellas, y sacaisle, porque vuestra misericordia està delante de mis ojos, que yo de mi parte miserablemente caygo, y vos misericordiosamente me levantais: unas vezes aviendo caido sin sentirlo, y otras hallandome atollado con dolor.

CAPITULO XXXV.

De la curiosidad del saber.

A Estas tentaciones, se añade otra de muchas maneras mas peligrosa,

porque demas de aquella concupiscencia de la carne, que se percibe en el deleyte de los sentidos, al qual los que se dàn como esclavos, perecen, y se alexan de vos; ay en el alma por medio de los mismos sentidos del cuerpo, un cierto, vano, y curioso apetito, vestido con nombre de conocer, y saber, el qual no consiste en el deleyte de la carne, sino en hazer por la carne experiencia de las cosas. Este apetito se llama en las sagradas letras concupiscencia de los ojos, porque està en aquel apetito, y potencia con que conocemos las cosas, y entre los sentidos del cuerpo con que las conocemos, los ojos tienen el primero, y mas excelente lugar. Porque el ver es propio de los ojos, y usamos desta palabra en los demas sentidos, quando nos servimos dellos para conocer. Y assi no solamente dezimos: Mirad como luze (que pertenece solamente à los ojos) sino tambien mirad como suena, mirad como huele, mirad como sabe, mirad que duro es; lo qual no se dize de los demas

ſentidos. Y por eſto eſta general experiencia de los ſentidos, ſe llama (como avemos dicho) concupiſcentia de los ojos, por que los otros ſentidos, entre los quales el mas principal es el de la viſta, uſurpan en cierta manera el oficio, y nombre de ver quando quieren conocer alguna coſa. Deſto ſe conoce muy claramente la diferencia que ay entre el deleyte, y la curioſidad, que ſe percibe por los ſentidos. Porque el deleyte pide coſas hermoſas, ſonoras, ſuaves, ſabroſas, y blandas: y la curioſidad buſca aun lo contrario deſtas, no porque deſſee recebir moleſtia, ſino por el apetito deſordenado de experimentar, y conocer coſas nuevas. Porque, que deleyte ay en ver un cuerpo muerto deſpedazado, coſa que cauſa horror, y eſpanto? Y con todo eſſo ſi eſtà en el ſuelo, concurren los hombres à verle, aunque ſe entriſtezcan de verle, y muden la color. Temen de ver eſto entre ſueños, como ſi alguno los forzaſſe à verlo eſtando deſpiertos, ò ſe huvieſſen movido à

verlo, por aver oído que era alguna cosa hermosa. Y esto mismo podriamos dezir en los otros sentidos, pero seria cosa larga. Desta enfermedad de la curiosidad nacen los embaimientos que se hazen en los juegos de manos: De aqui nace el querer saber los secretos de naturaleza, que ella obra sin nosotros: y aunque el saberlos no aprovecha nada, ninguna cosa desean mas los hombres que saberlos. Y aun por este mal fin de su perversa curiosidad quieren saber muchas cosas por hechizos, y arte magica. Y no se contentan con esto, pero en la misma Religion tientan à Dios, pidiendole señales, y prodigios, no por alcanzar salud, sino por solo tener experiencia vana de lo que pretenden. En este monte, y en este bosque tan espesso, y tan lleno de assechanças, y peligros, yo he cortado mucha parte, y desechado de mi coraçon, como vos, Dios, y Salvador mio, por vuestra gracia, me aveis concedido que lo haga. Pero viendo que nuestra vida de todas partes con-

tinuamente es combatida, y cercada de semejantes engaños, no oso dezir que estoy libre deste peligro, y que ninguna destas cosas vanas me tira à si, y prende mi coraçon. Verdad es que ya los teatros, y los juegos que en ellos se hazen, no me arrebatan, y llevan tras si, ni tengo cuenta con el curso de las estrellas, ni jamas mi alma buscò respuesta por las sombras: porque yo aborrezco todas las supersticiones sacrilegas, y excomulgadas. Pero con quantas máquinas, y quan porfiadamente me combate el enemigo, para que yo pida algun milagro à vos, Señor Dios mio, al qual devo humilde sugecion, y servicio? pero yo os suplico por aquel Señor, y Rey mio, y por toda essa santa Jerusalem, patria nuestra, simple, y casta, que assi como el consentimiento desta tentacion està lexos de mi, assi lo esté siempre, y vos le aparteis mas de mi. Quando yo os ruego por la salud de alguno, muy diferente deste es el fin que yo tengo, en suplicaros lo que os suplico. Y vos me

dais, y me dareis, por vuestra gracia, que tenga por bueno, y siga alegremente lo que hazeis. Pero quien podrà contar las tentaciones con que cada dia es combatida esta nuestra curiosidad, aun en las cosas despreciables, y menudas, y las vezes que caëmos en ellas? Quantas vezes contandose cosas vanas, al principio con disgusto las oïmos, y dissimulamos, por no entristecer al que las cuenta, y despues poco à poco las oïmos con gusto? No veo aora en el cerco el perro que corre tras la liebre; pero en el campo, si à caso algun galgo và tras ella, tirame aquella caça, no porque yo vaya tras ella con el cavallo, sino voy con la inclinacion del coraçon: y por ventura me devierte de algun grave pensamiento en que voy ocupado. Y me detendria vanamente en esta vista, si vos dandome à entender mi flaqueza, no me amonestassedes à levantar, por lo que veo mi espiritu, y consideracion à vos, ò dexar, y menospreciar todo lo que veo. Pues que dirè de las vezes que

eſtando ſentado en mi caſa, me parò à mirar como el Alguazil de las moſcas las prende, y la araña con ſus redes quando caën las enreda? Por ventura, por ſer pequeños los animales que eſto hazen, no es la miſma curioſidad la que en mirarlos ſe tiene? Bien es verdad, que deſpues ſube mi coraçon à alabaros, Señor Criador maravilloſo, y admirable Artifice de todas las coſas: pero quando comencè, no comencè con eſta intencion. Otra coſa es levantarſe preſto, y otra no caër. De ſemejantes coſas eſtà llena mi vida, y mi eſperança ſola es vueſtra grande miſericordia. Porque ſiendo nueſtro coraçon un receptaculo de ſemejantes coſas, tan repartido en muchos ſenos de tanta vanidad, nueſtras oraciones, muchas vezes con eſtas vanidades, ſe interrumpen, y turban: y eſtando delante de vueſtro acatamiento, y querriendo con la voz de nueſtro coraçon inclinar vueſtros piadoſos oïdos, no sè de donde ſe levantan tan grande impetu unos penſamien-

tos vanos, y engañosos, que cortan el hilo desta nuestra tan importante oracion.

CAPITULO XXXVI.

Del vicio de la sobervia.

TAmpoco se puede hazer poco caso de lo que aqui dirè, ni ay cosa que nos pueda dar esperança, sino sola vuestra misericordia, con la qual aveis començado à trocar nuestros coraçones, y vos bien sabeis, de que parte, y de quantas me aveis mudado. Y primeramente me aveis sanado del apetito de vengarme, para perdonarme todos los otros pecados mios, y sanar todas mis enfermedades, y librar mi vida de la corrupcion, y coronarme con vuestra misericordia, y hartar mi desseo en vuestros bienes. Porque con vuestro santo temor, aveis reprimido mi sobervia, y domado mi dura cerviz con vuestro yugo. Yo le llevo, y me parece suave, como vos lo prometistes, y lo aveis hecho. Y verdaderamente

que eſte ſanto yugo era ligero, y yo no lo ſabia quando huya del. Pero querria, Señor, ſaber de vos (que ſolo ſois verdadero Señor, que no reconoce otro Señor, y ſeñoreais ſin fauſto, ni altivez) ſi otro tercero genero de tentaciones ha ceſſado en mi, ò puede ceſſar en eſta vida, que es querer ſer temido, y amado de los hombres, no por otro fin, ſino por tener un contento, que no es contento, y un gozo, que no es gozo. Miſerable vida es, y una fea jactancia, de la qual nace principalmente el no amaros à vos, ni temeros caſtamente, y por eſto vos reſiſtis à los ſobervios, y dais vueſtra gracia à los humildes, y tornais ſobre los ambicioſos del ſiglo, para que tiemblen los fundamentos de los altos montes. Y porque para cumplir con las obligaciones deſta conjuncion, y buen trato que ay entre los hombres, es neceſſario algunas vezes ſer amados, y temidos de los miſmos hombres: el enemigo de nueſtra bienaventurança vela ſiempre, y no ceſſa de ar-

marnos lazos en todas partes, y sembrar en ellos nuestra vanidad, para que abalançandonos à ella, caygamos en el lazo, y quitando nuestro gozo de vos (que sois eterna) le pongamos en la opinion engañosa de los hombres, y de aqui vengamos à querer ser amados, y temidos, no por vos, sino en vuestro lugar. Y desta manera aviendonos hecho semejantes à nuestro adversario, èl nos tenga por suyos, no conformes en la caridad, sino compañeros en la pena. Porque èl es el que quiso poner su silla en Aquilon, para que à su imitacion perversa, y torcida, los que le imitassen, quedassen frios, y escuros. Mas nosotros, Señor, que somos vuestro pequeño rebaño, vuestros somos, posseednos vos, estended vuestras alas para que nos amparemos debaxo dellas: Séd vos nuestra gloria, por vos seamos amados, y vos seais temido en nosotros. Que el que quiere ser loado de los hombres, vituperandole vos, no serà defendido de los hombres, quando vos le juzgaredes, ni

ſibrado,quando vos le condenaredes. Porque quando el hombre no es alabado en ſus maldades, ſino por algun don que vos le dais, y el ſe alegra mas por ſer alabado, que por el don, por el qual es alabado: eſte tal es alabado de los hombres, vituperandole vos, y es mejor el que le alaba, que el que es alabado. Porque al uno le agrada en el hombre el don de Dios, y al otro le agrada mas el don del hombre, que el de Dios.

CAPITULO XXXVII.

El efecto que haze en noſotros el ſer alabados, ò vituperados.

CON eſtas tentaciones, Señor, ſomos tentados cada dia, tentados ſomos ſin ceſſar. La lengua del hombre es la llama, y un incendio cotidiano, y vos nos mandais que tambien en eſto ſeamos continentes: dadnos lo que nos mandais, y mandadnos lo que fueredes ſervido. Bien ſabeis vos los ſuſpiros de mi coraçon, y los rios de lagrimas, que

por esto yo derramò : porque no puedo facilmente entender si soy libre desta pestilencia , y temo mucho los secretos de mi alma , que conoceis vos , y yo no conozco. Porque en los otros generos de tentaciones , puedo yo en alguna manera conocerme , pero en este no hallo camino , porque en los deleytes de la carne , y en la curiosidad de saber cosas impertinentes , bien veo lo que he aprovechado , para refrenar mi apetito , quando carezco destas cosas , aora sea por mi voluntad , aora porque no las tengo. Porque entonces yo mismo me examino , y quiero saber si el no tenerlas me es grave , y pesado , y en que grado. Y las riquezas que se desean para servir con ellas à la concupiscencia de la carne , ò à la concupiscencia de los ojos , ò à la sobervia de la vida , ò à dos , ò à todos tres estos apetitos , si el que las posee no puede facilmente entender el afecto con que las posee , y si las desprecia , ò no puede dexarlas para probarlo , y experimentarlo.

Pero no podemos hazer eſto en la alabança, ni carecer della, para hazer prueva de noſotros. Avemos por ventura de vivir tan mal, y ſer tan perdidos, y deſalmados, que todos los que nos conocieren, nos aborrezcan? que locura tan grande ſeria eſta! Luego ſi la alabança ſuele, y deve acompañar la buena vida, y las ſantas obras, aſſi como no ſe deve dexar la buena vida, tampoco ſe deve dexar la alabança que la ſigue. Pero no ſabemos el animo que tenemos en las coſas, y ſi llevamos la falta dellas con triſteza, ò con alegria, haſta que nos faltan, y lo probamos. Pues que es lo que yo, Señor, me confieſſo à vos en eſte genero de tentacion? ſino que yo me huelgo con mis alabanças, aunque mas con la verdad. Porque ſi me dixeſſen, qual querria mas, ſer un hombre deſatinado, y perdido, y loado de los hombres, ò un hombre cuerdo, conſtante, y amigo de la verdad, pero vituperado de todos, bien claro eſtà lo que yo eſcogeria: mas querria yo,

que la aprobacion, y el loor de la lengua agena, no fuesse parte para acrecentar el gozo de qualquiera bien que yo hago. Y conozco, y confiesso, que no solo le acrecienta, sino que el vituperio tambien le disminuye. Y quando me turba esta miseria, luego se me pone delante una escusa, que vos Señor sabeis quanto vale, que yo no lo sè. Porque como no solamente nos aveis mandado que seamos continentes, y de lo que nos devemos guardar, conservando puro nuestro amor; pero tambien nos mandais que seamos justos, y en lo que devemos emplear este vuestro mismo amor, y que no solo os amemos à vos, sino tambien al proximo: muchas vezes quando me deleyto de ser alabado, me parece que la causa de aquel deleyte es el provecho, ò esperança del provecho del proximo: por ser èl tan entendido, que alaba lo que se deve alabar. Y al contrario, que me entristezco de su mal, quando veo que vitupera lo que no sabe, ò lo que es bueno. Porque tambien

me entriſtezco algunas vezes quando me alaban, porque, ò alaban en mi las coſas que à mi miſmo me deſagradan, ò eſtiman algunos bienes de poca importancia, y pequeños, mas de lo que ſe deven eſtimar. Pero donde sè yo que eſte afecto no nace en mi de peſarme que el que me alaba, no ſienta lo que yo ſiento, no por el provecho dèl, ſino porque los bienes que en mi me agradan, me ſon mas agradables, quando veo que agradan à otros? Porque en cierta manera no me alaba, el que no alaba el juizio que yo tengo de mi, ò porque alaba en mi, lo que à mi me deſcontenta, ò alaba mas lo que à mi me contenta menos. Pues tengo yo en eſto cierto conocimiento de mi? Bien veo en vos, Dios mio, y verdad eterna, que no devo yo holgarme de mis alabanças por mi, ſino por la utilidad de mi proximo. Pero no sè ſi aſſi lo hago, y en eſto no me conozco tanto, quanto vos me conoceis. Pero yo os ſuplico, Dios mio, que me déis gracia para que me co-

nozca, para que hallandome herido desta culpa, la manifieste à mis hermanos, porque rueguen à vos por mi. Quiero otra vez examinarme, y hazerme otra pregunta con mayor cuydado. Si quando soy alabado, me mueve la utilidad del proximo: porque me mueve menos el vituperio injusto que se haze à otro, que el que se me haze à mi? Porque me congoja mas la afrenta que se me haze, que la que se haze à otro delante de mi, aunque el pecado con que se haze sea el mismo? Puedo por ventura dezir, que no sè ser verdad esto? Bueno seria que yo lo dixesse para engañarme, y apartárme de la verdad en vuestro acatamiento con el coraçon, y con la lengua? Apartad vos Señor de mi esta gran locura, y no permitais que yo sea tan ciego, que me quiera lisongear, y como dize el Profeta: Mi boca sea el azeyte del pecador con que untè mi cabeça. Yo soy pobre, y mendigo, y mejor quando dentro de mi mismo gimo, y me descontento de mi,

buscando vuestra misericordia, hasta que mis imperfecciones se reparen, y perficionen, y llegue mi coraçon à aquella paz que no sabe, ni conoce el espiritu sobervio, y arrogante.

CAPITULO XXXVIII.

Del peligro de la vana gloria que tiene la virtud.

LAs palabras que salen de la boca, y las obras que hazemos, y vienen à noticia de los hombres, corren una tentacion muy peligrosa, y tienen un fuerte contrario, que nace del apetito, y amor de ser loado. Este amor procura su particular excelencia, y para alcançarla, busca la aprobacion de los hombres, y quando yo le reprehendo en mi, con lo mismo que le reprehendo se despierta: y muchas vezes el hombre se gloria mas vanamente de aver menospreciado la vana gloria. Aunque entonces no se puede dezir, que se gloria de averla despreciado: porque no la menosprecia quando se gloria dentro de si.

CAPITULO XXXIX.

Del amor proprio.

EN eſte miſmo genero de tentacion ay otro mal dentro de noſotros, con el qual ſe deſvanecen los que ſe agradan de ſi miſmos, no teniendo cuenta, ſi contentan, ò deſcontentan à los otros. Porque à ellos les baſta eſtar contentos de ſi. Eſtos tales que à ſi ſe agradan, mucho os deſagradan à vos, Señor, no ſolamente quando tienen por buenas las coſas que no lo ſon, mas tambien quando ſe complacen en vueſtros bienes, como ſi fueſſen ſuyos, ò de tal manera los tienen por vueſtros, que creen averlos alcançado por ſus merecimientos. Y ya que los atribuyan à vueſtra gracia, y no à ſus merecimientos, no ſe gozan que ſus compañeros los tengan, antes les tienen embidia. En todos eſtos, y otros ſemejantes peligros, y dificultades, vos, Señor, veis el temor de mi coraçon, y yo conozco que ſanais mis llagas

continuamente, que son mas de las que yo en mi veo, ni siento.

CAPITULO XL.

De la lucha contra los vicios.

QUerria saber, ò verdad eterna, donde dexastes de acompañarme, y andar con migo, para enseñarme lo que tengo de huir, y lo que tengo de apetecer, quando yo iva à vos con las cosas caducas que avia visto, y os pedia consejo: Yo di una buelta à este mundo exterior de la manera que pude con mis sentidos, y mirè la vida de mi cuerpo, y los mismos sentidos. De alli entrè én unos espacios anchos, y apartados de mi memoria, llenos de innumerables, y maravillosas cosas: considerèlos, y espantème, y no pude entender cosa dellos sin vos. Y hallè, que vos no sois ninguna cosa dellas, ni yo mismo que las hallè, y las mirè todas, y procurè distinguirlas, y estimar à cada una dellas, segun su dignidad. Porque algunas dellas per-

cebia por los sentidos, otras sentia que estavan como mezcladas con migo: unas vezes juzgava, y destinguia los mismos sentidos, que como embaxadores me davan noticia de las cosas. Otras me entretenia con mi memoria, considerando sus grandes riquezas, ò guardandolas en ella, ò sacandolas della. Y ni yo que esto hazia, ni aquella virtud, y potencia con que lo hazia, erades vos. Porque vos, Señor, sois luz que permanece, la qual yo buscava, quando sobre todas estas cosas os consultava, y preguntava si eran? Y que caso dellas se avia de hazer? Y yo oïa lo que vos deziades, y me mandavades, y aora muchas vezes hago esto, que es lo que deleyta mi alma, y es mi consuelo, y yo acudo à èl como à mi refugio, todas las vezes que me puedo desatar de los cuydados, y necessidades desta vida miserable. Y en ninguna cosa destas, por las quales passo, y consulto con vos, hallo lugar seguro para mi alma, sino en vos, donde pueda recoger mi

eſpiritu derramado, y ninguna coſa mia ſe aparte de vos. Y alguna vez por vueſtra bondad, hazeis que dentro de mi ſienta un cierto afecto no acoſtumbrado, y una no sè que dulcedumbre interior, que no ſe puede explicar, la qual ſi fueſſe perfeta en mi, yo tendria por nada todo lo que no fueſſe eſto. Pero con el peſo miſerable deſta fragil carne, torno à caër, y à ſumirme en las ondas acoſtumbradas, y detienenme, y aunque yo lloro mucho, veo que me detienen mucho. Tanto apeſga, y agrava la carga de la mala coſtumbre, y aſſi donde puedo eſtar, no quiero eſtar; donde quiero, no puedo: y en lo uno, y en lo otro ſoy miſerable.

CAPITULO XLI.

De los tres apetitos de la carne.

POr tanto yo conſiderè la dolencia de mis pecados, cauſada de tres apetitos, y concupiſcencias, y invoquè vueſtra poderoſa dieſtra, para que me ſalvaſſe. Porque con el co-

raçon herido vì vueſtro reſplandor, y reverberò en mis ojos, y eſpantado de ſu gran claridad, dixe: Quien podrà llegar allà? deſechado ſoy de vueſtra faz. Vos ſois la verdad que preſidis ſobre todas las coſas, mas yo por mi avaricia no quiſe perderos, pero quiſe juntamente con vos poſſeer la mentira: aſſi como no ay quien quiera de tal manera dezir lo que es falſo, que no ſepa la verdad, y por eſto yo os perdì, porque no os dignais ſer poſſeido con la mentira.

CAPITULO XLII.

Del remedio que algunos piden à los demonios contra los vicios.

QUien pudiera yo hallar que me reconciliara con vos? avia de tomar por ventura por interceſſores los Angeles? con que ruegos? con que Sacramentos? Muchos (à lo que yo he oïdo) deſſeando bolver à vos, y no pudiendo por ſi miſmos hazerlo, tentaron eſtas coſas, y cayeron en un vano deſſeo de viſiones curioſas, y merecieron

merecieron ser engañados, è ilusos: porque os buscavan con sobervia, confiados en su doctrina hinchada, y mas levantando, que hiriendo sus pechos: y por esto atraxeron à si à los demonios sus semejantes, y compañeros de sobervia, y fueron dellos engañados por el arte magica, porque buscavan un medianero, que los purgasse, y santificasse: y entre ellos no le avia, mas era el Demonio que se transfigurava en Angel de luz, el qual no teniendo cuerpo de carne, procura engañar mucho la carne sobervia. Porque los tales que pretendian esto eran mortales, y pecadores, y vos, Señor (con quien ellos con sobervia se querian reconciliar) sois immortal, y sin pecado. Mas el mediador entre Dios, y el hombre, era necessario que fuesse en algo semejante à Dios, y en algo semejante à los hombres: porque si en todo fuera semejante à los hombres, estuviera lexos de Dios; y si en todo fuera semejante à Dios, estuviera muy apartado de los hombres: y assi no fuera

mediador entre los hombres, y Dios. Pero el demonio, que es engañoso mediador, y por el qual, por vuestros secretos juizios, la sobervia merece ser engañada, con los hombres tiene una cosa, que es el pecado, y quiere parecer que tiene otra cosa con Dios: y por no estar vestido de la mortalidad de la carne, jactase que es immortal. Mas como la paga del pecado es la muerte, tienela tambien comun con los hombres, para que èl, y ellos juntamente sean condenados à la muerte.

CAPITULO XLIII.

Que Christo es verdadero medianero.

PEro el verdadero medianero, Señor, es el que vos con vuestra secreta misericordia, manifestastes à los humildes, y embiastes al mundo, para que con su exemplo aprendiessen la humildad. Este medianero entre Dios, y los hombres, es Jesu Christo hombre, el qual apareciò entre los pecadores mortales, y vos justo, è immortal. Mortal con los

hombres, y justo con Dios, para que siendo el premio de la justicia la vida, y la paz: por la justicia, con la qual estava conjunto con Dios, destruyesse la muerte de los pecadores, que èl avia justificado. La qual muerte quiso el mismo padecer, y morir, como mueren los demas. Este medianero fue revelado, y descubierto à los santos antiguos, porque ellos por la Fè de su Passion futura fuessen salvos, assi como nosotros lo somos por la Fè de su Passion, que ya passò. En quanto es hombre, en tanto es medianero, pero en quanto es Verbo Eterno, no es medianero, sino igual à Dios, y Dios cerca de Dios, y con Dios juntamente con el Espiritu Santo. O Padre bueno, y santo, como nos amastes? Pues no perdonastes à vuestro unico Hijo, antes le entregastes à la muerte por nosotros pecadores? Como nos amastes, pues aquel que no tuvo por robo ser igual à vos, por nosotros se humillò hasta la muerte de Cruz, siendo èl solo libre entre los muertos, y teniendo

poder de morir, y resucitar, quando, y como quiso. Este, Señor, se hizo por nosotros vencedor, y victima delante de vos: y por esso vencedor, porque fue victima. Por nosotros se hizo Sacerdote, y sacrificio, y por esso Sacerdote, porque fue sacrificio: y assi naciendo de vos, y sirviendo à vos, de esclavos que eramos, nos hizo vuestros hijos. Con mucha razon tengo yo grande esperança, que por este medianero, y Señor mio que està sentado à vuestra diestra, è intercede por nosotros, vos sanareis todas mis dolencias, que si esto no fuesse, yo desesperaria. Bien sè que son muchas, y muy grandes mis enfermedades, muchas son, y muy grandes, yo lo confiesso. Pero mucho mayor, y mas copiosa es la medicina de vuestra misericordia. Si este vuestro Verbo no se huviera hecho carne, y habitara entre nosotros, tuvieramosle por ageno de nuestra naturaleza, y apartado de la conjuncion, y amor del hombre, y con esto desesperaramos. Yo cierto es-

pantado de mis grandes pecados, y oprimido de la carga dellos, y de mi miſeria, avia tratado, y penſado con migo miſmo huir à la ſoledad, y retirarme à algun aſpero deſierto. Pero vos me detuviſtes, y me animaſtes, diziendo por vueſtro Apoſtol: Por eſſo murió Chriſto por todos, porque los que viven, ya no viven para ſi, ſi no para aquel que por ellos murió. Señor, héme aqui, yo arrojo todo mi cuydado en vos; porque con eſto vivirè, y conſiderarè las maravillas de vueſtra ley, vos ſabeis mi ignorancia, y mi enfermedad, enſeñadme, y ſanadme. Aquel Hijo vueſtro unico, en el qual eſtán eſcondidos todos los teſoros de la ciencia, y ſabiduria me redimió con ſu ſangre. Los ſobervios no me calumnien, ni hagan burla de mi, por ver que yo pienſo en el precio con que fuì reſcatado, y le eſtimo, y como, y bevo, y gaſto dèl, y ſiendo pobre deſſeo hartarme con los otros, que aſſi miſmo comen, y ſe hartan dèl, y buſcando al Señor le alabaran.

LAS CONFESSIONES DE S. AGUSTIN.

LIBRO XI.

CAPITULO I.

Porque nos confessamos à Dios, sabiendo el lo que le confessamos.

POr ventura, Señor, siendo vuestra la eternidad, no sabeis las cosas que yo os digo? O véis à tiempo lo que se haze en tiempo? Pues porque os cuento yo tantas cosas como os he contado? No por cierto para que de mi las sepáis, sino para despertar en vos mi afecto, y el de los que esto leyeren, y para que todos digamos: grande es el Señor, y en gran manera digno de alabança. Ya lo he dicho, y otro vez lo diré, por

amor de vuestro amor hago esto. Porque desta misma suerte tambien oramos: y con todo esso dize la verdad: Vuestro Padre celestial sabe las cosas de que teneis necessidad, antes que se las pidais; pues quando hazemos esto, no hazemos sino manifestar el afecto que tenemos para con vos, confessando nuestras miserias, y alabando vuestras misericordias sobre nosotros, para que liberandonos del todo, y dando perfeccion à lo que aveis començado, dexemos de ser miserables en nosotros, y seamos bienaventurados en vos, que nos llamastes, para que seamos pobres de espiritu, y mansos, y lloroso, y para que tengamos hambre, y sed de la justiçia, y seamos misericordioso, y limpios de coraçon, y pacificos. He aqui, Señor, quantas cosas os he contado, de la manera que he podido, y querido: porque vos primero lo quisistes, y me inspirastes, que me confessasse, y manifestasse à vos, Señor Dios mio, porque sois bueno, y vuestra misericordia permanece en los siglos de los siglos.

CAPITULO II.

Pide al Señor, que le libre del pecado, y de los engaños, y que le dè verdadero conocimiento.

CON que lengua, ò con que estilo podria yo explicar, Bien mio, todas las exortaciones que me aveis hecho, los temores con que me aveis espantado, las consolaciones con que me aveis regalado, el govierno suave de vuestra Providencia con que me aveis traido à este estado, y hechome Predicador de vuestra palabra, y dispensador de vuestros Sacramentos? Y aunque yo pudiesse contar todas estas cosas por su orden, el tiempo me es muy caro, y muy precioso, y ha mucho que yo desseo meditar en vuestra ley, y en ella confessaros mi ciencia, y mi ignorancia, y los principios de mi conversion, quando vos con vuestra luz me alumbrastes: y llorar lo que de mis tinieblas aun resta en mi, hasta que mi flaqueza sea consumida de vuestra fortaleza. Y no querria gastar sino en esto las horas

que me quedan libres de la neceſſidad de reparar el cuerpo, y de la ſervidumbre que devemos à los hombres, y de la que pagamos ſin deverſela. Señor Dios mio, eſtad atento à mi razon, y vueſtra miſericordia oïga mi encendido deſſeo, que es no ſolamente de atender à mi, ſino tambien al provecho de mis hermanos. Y vos bien vèis mi coraçon, y que es aſſi, y que deſſeo ſacrificaros mis penſamientos y mi lengua, y emplearme todo en vueſtro ſervicio. Dadme que os ofrezca, porque yo pobre ſoy, y mendigo, y vos ſois rico para todos los que os invocan, y tenèis cuydado de noſotros eſtando ſeguro. Cercenad de mi toda temeridad, y toda mentira, y limpiad mis labios interiores, y exteriores con vueſtra gracia. Vueſtras eſcrituras ſean mis caſtas delicias, de manera que yo no me engañe en ellas, ni con ellas engañe à nadie. Atendedme, Señor. Tened miſericordia de mi, Señor Dios mio, luz de los ciegos, y virtud de los flacos, y ſubita luz de los que veen, y

virtud de los fuertes, mirad mi alma, y oidla, que del profundo abismo clama à vos. Porque si en este abismo no estàn vuestras orejas para oirnos, adonde iremos? adonde clamaremos? Vuestro es el dia, y vuestra es la noche, à vuestra voluntad buelan los momentos desta vida; dadme tiempo para que yo medite en los secretos de vuestra ley, y no cerreis la puerta à los que llamamos à ella: porque no debalde aveis querido vos, Señor, que se escrivielle tantos, y tan secretos misterios en vuestras sagradas letras, y que se recogiessen à los bosques amenos dellas muchos siervos vuestros, para que como ciervos las passean, y se apacienten, y descansen, y rumien en ellas. O Señor, hazedme perfecto, y descubridme, y reveladme estos misterios. Vuestra voz es mi gozo, y mi alegria, vuestra voz es sobre toda la abundancia de deleytes. Dadme lo que amo; porque yo amo, y este tambien es don vuestro. No desampareis vuestros dones, ni este mi coraçon (que està

como una yerva ſeca, y ſedienta.) Todo lo que hallare en vueſtros libros, ſerà para vueſtra gloria, y oïrè la voz de vueſtra alabança, y beveré de vueſtro eſpiritu, y conſiderarè las maravillas de vueſtra ley, començando deſde el principio en que criaſtes el Cielo, y la Tierra, haſta llegar al Reyno perpetuo de vueſtra ſanta ciudad. Señor, tened miſericordia de mi, y oid eſte mi deſſeo: porque yo creo que eſte vueſtro Reyno, no es de la tierra, ni de oro, ni de plata, ni de piedras, ni de hermoſas veſtiduras, honras, y eſtados, ò deleytes de carne, ni de coſas al cuerpo, y à eſta vida de nueſtra peregrinacion neceſſarias: las quales coſas todas dais vos como añadidura, à los que buſcan vueſtro Reyno, y vueſtra juſticia. Mirad, Señor, y Dios mio, de donde nace eſte mi deſſeo, porque los malos me contaron ſus deleytes, pero no ſon ellos como los de vueſtra ley, y deſta ley nace mi deſſeo. Mirad, Padre Santo, conſideradlo, vedlo, tenedlo por bueno, y dignaos por

vuestra misericordia de abrirme las puertas de vuestras escrituras, y admitirme à los secretos retretes dellas, pues yo estoy à la puerta, y llamo. Yo os ruego por nuestro Señor Jesu Christo vuestro Hijo, y varon de vuestra diestra, y hijo de la Virgen, y medianero entre vos, y nos: por el qual buscastes à los que no os buscavan, y los buscastes, para que os buscassen. Por este vuestro Verbo, por el qual criastes todas las cosas, y entre ellas à mi, y llamastes al pueblo de los creyentes à vuestro conocimiento, y Fè, y en èl à mi. Por este Señor lo pido, y suplico, que està sentado à vuestra diestra, è intercede por nos, en el qual estàn escondidos todos los tesóros de vuestra ciencia, y sabiduria. A este Señor busco en vuestros libros, dèl escriviò Moysen, y esto lo dize el mismo Señor, y lo dize la verdad.

Fin de las Confessiones.

TABLA

DE LOS CAPITULOS.

LIBRO PRIMERO.

CAP. I. *Maravillaſe de la Mageſtad de Dios con un encendido deſſeo de alabarle.* Fol. 1

Cap. II. *Que el hombre tiene de Dios el ſer, y Dios eſtà en èl, y èl en Dios.* 3

Cap. III. *Que Dios eſtà en todas partes.* 4

Cap. IV. *Que Dios reparte à todos ſus dones ſin perder nada.* 5

Cap. V. *Pide perdon de ſus pecados, y la caridad del Señor.* 7

C. VI. *Que todos los bienes recebiò de Dios.* 9

Cap. VII. *Que ann la niñez eſtà ſugeta à pecado.* 15

Cap. VIII. *Pinta la niñez.* 18

Cap. IX. *El aborrecimiento que los muchachos tienen al eſtudio, è inclinacion al juego.* 20

Cap. X. *Que por jugar à la pelota, no hizo el mandado de ſus padres.* 23

Cap. XI. *De una enfermedad que tuvo ſiendo niño, y como por aver ſanado della dilatò el bautiſmo.* 25

Cap. XII. *Como le apremiavan, para que eſtudiaſſe, y Dios ſe ſervia dello.* 28

TABLA,

Cap. XIII. *A que eſtudios ſe aficionava mas.* 29
Cap. XIV. *De las letras Griegas, y Latinas.* 34
Cap. XV. *Oracion à Dios.* 36
Cap. XVI. *Contra las fabulas deshoneſtas.* 37
Cap. XVII. *El exercicio que tenia en recitar, y en deſatar los verſos.* 40
Cap. XVIII. *Como los hombres procuran guardar las leyes de la Gramatica, y quebrantan las leyes de Dios.* 42
Cap. XIX. *Que mas cuydado ponia de no caer en algun barbariſmo que en pecado.* 45
Cap. XX. *Dà gracias à Dios de los beneficios recebidos.* 48

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. *COmo entrò en la edad, y vicios de la juventud.* Fol. 50
Cap. II. *Acuſa ſu juventud gaſtada en amores deshoneſtos.* 51
Cap. III. *Los caminos que hizo por razon de ſus eſtudios, y el intento de ſus padres.* 55
Cap. IV. *De un hurto que hizo.* 61
Cap. V. *Que ninguno peca ſin cauſa.* 63
Cap. VI. *Que todas las coſas con que ſo color de bien los vicios nos engañan, en ſolo Dios ſon verdaderos, y perfectos bienes.* 66
Cap. VII. *Haze gracias à Dios por el perdon de ſus pecados, y por averle guardado de otros muchos.* 71

Cap. VIII. *Lo que amò en el hurto.* 72
Cap. IX. *Quan dañosa es la mala compañia.* 74
Cap. X. *Que en Dios està todo el bien.* 75

LIBRO TERCERO.

Cap. I. *COmo deſſeando amor, fue preſo del amor.* Fol. 77
Cap. II. *De las repreſentaciones de las tragedias.* 79
Cap. III. *Como començò à tratar los negocios publicos.* 84
Cap. IV. *Como ſe aficionò à la Filoſofia, leyendo un libro de Ciceron, que ſe llama Hortenſio.* 86
Cap. V. *Que le deſagradaron las letras ſagradas por la llaneza del eſtilo.* 90
Cap. VI. *Como fue engañado de los Manicheos.* 91
Cap. VII. *Que la doctrina de los Manicheos era desbaratada.* 96
Cap. VIII. *Que coſa ſea maldad, y como han de ſer caſtigados los pecados.* 101
Cap. IX. *La diferencia que ay entre los pecados, y entre el juizio de Dios, y de los hombres.* 106
Cap. X. *Haze burla de los Manicheos.* 108
Cap. XI. *El ſueño que tuvo ſu madre de ſan Aguſtin.* 109
Cap. XII. *Lo que reſpondiò un Obiſpo à ſanta Monica, ſobre la converſion de ſu hijo.* 112

TABLA.

LIBRO QUARTO.

Cap. I. *Quanto tiempo, y como engañò à los otros.* Fol. 115

Cap. II. *Como enseñava la Retórica, y no hizo caso de un agorero que le prometia la victoria.* 117

Cap. III. *Como aviendose dado à la Astrologia, se apartò della por consejo de un viejo docto en Medicina.* 120

Cap. IV. *Cuenta la enfermedad, y bautismo de un su amigo, à quien èl avia engañado, y llora su muerte.* 124

Cap. V. *Las lagrimas que derramò por la muerte de su amigo.* 128

Cap. VI. *Declara el grande afecto con que amava à su amigo.* 130

Cap. VII. *Como saliò de su tierra, por no poder sufrir la fuerza deste dolor.* 132

Cap. VIII. *Que el tiempo cura las penas.* 134

Cap. IX. *Compara la amistad humana con la divina.* 136

Cap. X. *Que toda la hermosura es de Dios, el qual deve ser alabado en todas las cosas.* 137

Cap. XI. *Que todas las cosas criadas son mudables en si, y estables en Dios.* 139

Cap. XII. *Que no es malo el amor, quando en las cosas que nos agradan amamos à Dios.* 142

Cap. XIII. *De donde nace el amor.* 145
Cap. XIV. *Del libro que escriviò de lo que llamamos apto, ò conveniente, y de lo que llamamos hermoso, y hermosura.* 146
Cap. XV. *Que por estar escurecido con las especies de las cosas corporales, no podia entender las espirituales.* 150
Cap. XVI. *Como por si entendiò los predicamentos de Aristoteles.* 155

LIBRO QUINTO.

Cap. I. *DEspierta su alma à alabar à Dios.* 160
Cap. II. *Que ninguno puede huir la presencia de Dios, porque està presente en todas las cosas.* 161
Cap. III. *Trata de Fausto Manicheo, y de la Astrologia.* 163
Cap. IV. *Que solo el conocimiento de Dios nos haze bienaventurados.* 168
Cap. V. *El atrevimiento de Fausto Manicheo, que enseñava lo que no sabia.* 170
Cap. VI. *Que Fausto Manicheo era eloquente, mas por naturaleza que por arte.* 173
Cap. VII. *Como se apartò de la secta de los Manicheos.* 177
Cap. VIII. *Como se partiò para Roma contra la voluntad de su madre.* 180
Cap. IX. *Como enfermò peligrosamente de unas calenturas.* 185
Cap. X. *Los errores en que andava antes*

que recibieſſe la doctrina Evangelica. 189
Cap. XI. *Como ſan Aguſtin confirió ſus coſas con los Cathólicos.* 195
Cap. XII. *El engaño que uſavan en Roma los dicipulos contra ſus maeſtros.* 196
Cap. XIII. *Partéſe para Milan à enſeñar la Retórica.* 198
Cap. XIV. *Como oyendo à ſan Ambroſio, començò poco à poco à caër en la cuenta de ſus errores.* 200

LIBRO SEXTO.

Cap. I. *COmo ya, ni era Manicheo, ni Cathólico.* Fol. 204
Cap. II. *De las ofrendas, y comidas que ſolian hazer en las ſepulturas de los Martyres.* 207
Cap. III. *Las ocupaciones, y eſtudios de ſan Ambroſio.* 210
Cap. IV. *De la letra, y eſpiritu.* 214
Cap. V. *De la autoridad, y neceſſidad de las ſagradas letras.* 218
Cap. VI. *De la miſeria de los ambicioſos.* 222
Cap. VII. *Como apartò à Alipio de la loca aficion que tenia à los juegos, que llaman Circenſes.* 226
Cap. VIII. *Como Alipio ſe aficionò otra vez à los juegos de los Gladiatores, que antes aborrecia.* 231
Cap. IX. *Como Alipio fue preſo como ladron.* 234

Cap. X. *De la bondad de Alipio, y de la venida de Nebridio.* 238
Cap. XI. *Como tratò de ordenar ſu vida.* 241
Cap. XII. *La contienda que huvo entre ſan Aguſtin, y Alipio, à cerca del caſarſe, ò no caſarſe.* 246
Cap. XIII. *Buſcaſe muger para Aguſtino.* 249
Cap. XIV. *Como tratò de inſtituir una vida en que vivieſſe con ſus amigos en comunidad.* 251
Cap. XV. *Como en lugar de la primera amiga tomò otra.* 253
Cap. XVI. *De la immortalidad del alma.* 254

LIBRO SEPTIMO.

Cap. I. *COmo deſpues de aver deſechado las imagenes de las coſas corporales, començò à conocer que Dios no tiene cuerpo.* Fol. 257
Cap. II. *Nebridio convence à los Manicheos.* 262
Cap. III. *Que el libre alvedrio del hombre es cauſa del pecado.* 264
Cap. IV. *Que Dios no puede ſer forçado.* 267
Cap. V. *Como ſe aparta el Criador de la criatura.* 269
Cap. VI. *De los vanos juizios de los Aſtrologos.* 273
Cap. VII. *El deſaſſoſſiego, y afliccion que tuvo buſcando el origen del mal.* 280
Cap. VIII. *Como la divina miſericordia ſocorriò à ſan Aguſtin.* 283

Cap. IX. *De las cosas que en los libros de algunos Filosofos Platonicos hallò conformes à nuestra Fè.* 284
Cap. X. *Como las cosas divinas se le ivan descubriendo.* 290
Cap. XI. *En que manera las criaturas son, y no son.* 292
Cap. XII. *Que todas las cosas que son, son buenas.* 293
Cap. XIII. *Que todo lò criado aluba à Dios.* 294
Cap. XIV. *Que ninguna cosa de las que Dios criò desagrada al hombre cuerdo.* 297
Cap. XV. *Como se halla la verdad, y la falsedad en las criaturas.* 298
Cap. XVI. *Que todas las cosas son buenas, aunque no todas convienen a todos.* 299
Cap. XVII. *De las cosas que nos impiden el conocimiento de Dios.* 300
Cap. XVIII. *Que solo Christo es el camino para hallar la salud.* 303
Cap. XIX. *Lo que sintiò de la Encarnacion de Christo.* 305
Cap. XX. *De la variedad de los libros Platonicos.* 308
Cap. XXI. *Lo que hallò mas en los libros sagrados que en los de Platon.* 311

LIBRO OCTAVO.

Cap. I. *ENcendido del amor de las cosas divinas, determina de ir à ver à Simpliciano.* Fol. 316

Cap. II. *De la converſion de Victorino Retórico.* 320
Cap. III. *Que Dios, y los Angeles ſe gozan de la converſion del pecador.* 327
Cap. IV. *Porque nos havemos de holgar mas en la converſion de un gran pecador.* 331
Cap. V. *De las coſas que le detenian que no ſe convirtieſſe a Dios.* 333
Cap. VI. *Como Poticiano le contò la vida de ſan Antonio Abad.* 338
Cap. VII. *Como aviendo oïdo à Poticiano, ſe deſcontentò de ſi miſmo.* 345
Cap. VIII. *Lo que hizo eſtando en el huerto.* 349
Cap. IX. *Porque el animo es perezoſo para el bien.* 352
Cap. X. *Como la voluntad del hombre es varia.* 354
Cap. XI. *La lucha del eſpiritu de Aguſtino con ſu carne.* 359
Cap. XII. *Como del todo ſe convirtiò, amoneſtado por una voz del Cielo.* 364

LIBRO NONO.

Cap. I. *ALaba la bondad de Dios, conociendo ſu miſeria.* 369
Cap. II. *Como dexò de enſeñar la Retórica.* 371
Cap. III. *Como Verecundo diò una heredad à ſan Aguſtin en que pudieſſe vivir.* 375
Cap. IV. *Lo que eſcriviò con Nebridio de los Pſalmos, y del dolor de los dientes.* 379

Cap. V. *Pregunta à San Ambroſio, que libro de la ſagrada Eſcritura leera.* 388
Cap. VI. *Como fue bautizado en Milan.* 389
Cap. VII. *Las coſas que viò en Milan.* 392
Cap. VIII. *La converſion de Evodio.* 395
Cap. IX. *Como vivia ſanta Monica con ſu marido.* 400
Cap. X. *El coloquio que tuvo con ſu madre, del Reyno de los Cielos.* 405
Cap. XI. *Del extaſi, y muerte de ſu madre.* 410
Cap. XII. *De como llorò la muerte de ſu madre.* 413
Cap. XIII. *Ruega à Dios por ſu madre difunta.* 419

LIBRO DECIMO.

Cap. I. *De la Confeſſion del coraçon.* 425
Cap. II. *Que à Dios todos nueſtros ſecretos ſon manifieſtos.* 426
Cap. III. *Para que aprovecha la confeſſion de los pecados.* 428
Cap. IV. *De los grandes provechos que ſe ſacan de la confeſſion.* 431
Cap. V. *Como el hombre no ſe conoce del todo, ni conoce à Dios ſino confuſamente.* 434
Cap. VI. *Que coſa ſea Dios, y como ſe conoce.* 436
Cap. VII. *Que con ninguna fuerça corporal ſe puede hallar Dios.* 441
Cap. VIII. *La fuerza de la memoria.* 442
Cap. IX. *De la memoria de la ciencia.* 448

Cap. X. *Por los sentidos entran las cosas à la memoria.* 450
Cap. XI. *Como estàn en el anima las especies de las cosas.* 452
Cap. XII. *De la memoria de los Matemáticos.* 454
Cap. XIII. *La memoria de las aficiones.* 455
Cap. XIV. *Como nos acordamos de las cosas alegres estando tristes.* 457
Cap. XV. *Como nos acordamos de las cosas ausentes.* 459
Cap. XVI. *Que tambien ay memoria del olvido.* 461
Cap. XVII. *De tres grados, ò maneras de memoria.* 465
Cap. XVIII. *De la reminiscencia.* 467
Cap. XIX. *Que cosa sea el acto de la reminiscencia.* 468
Cap. XX. *Que todos desseam la bienaventuranza.* 470
Cap. XXI. *Que tambien nos acordamos de las cosas que nunca tuvimos.* 473
Cap. XXII. *Del verdadero gozo.* 477
Cap. XXIII. *Que cosa sea la bienaventuranza, y donde se halla.* 478
Cap. XXIV. *Que Dios tambien està en la memoria.* 481
Cap. XXV. *En que parte de la memoria està Dios.* 482
Cap. XXVI. *Adonde se halla Dios.* 483
Cap. XXVII. *Como Dios lleva tras si al hombre.* 484

Cap. XXVIII. *De la miseria desta vida.* 485
Cap. XXIX. *Que la esperança se ha de poner en Dios.* 487
Cap. XXX. *De los engaños de los sueños.* 488
Cap. XXXI. *De la tentacion de la gula.* 491
Cap. XXXII. *Que no ay cosa segura en esta vida.* 499
Cap. XXXIII. *Del deleyte de los oïdos.* 500
Cap. XXXIV. *Del deleyte de los ojos.* 503
Cap. XXXV. *De la curiosidad del saber.* 507
Cap. XXXVI. *Del vicio de la sobervia.* 514
Cap. XXXVII. *El efecto que haze en nosotros el ser alabados, ò vituperados.* 517
Cap. XXXVIII. *Del peligro de la vana gloria que tiene la virtud.* 523
Cap. XXXIX. *Del amor propio.* 524
Cap. XL. *De la lucha contra los vicios.* 525
Cap. XLI. *De los tres apetitos de la carne.* 527
Cap. XLII. *Del remedio que algunos piden à los demonios contra los vicios.* 528
Cap. XLIII. *Que Christo es verdadero medianero.* 530

LIBRO UNDECIMO.

Cap. I. *Porque nos confessamos à Dios, sabiendo èl lo que le confessamos.* Fol. 534
Cap. II. *Pide al Señor, que le libre del pecado, y de los engaños, y que le dè verdadero conocimiento.* 536

Fin de la Tabla.